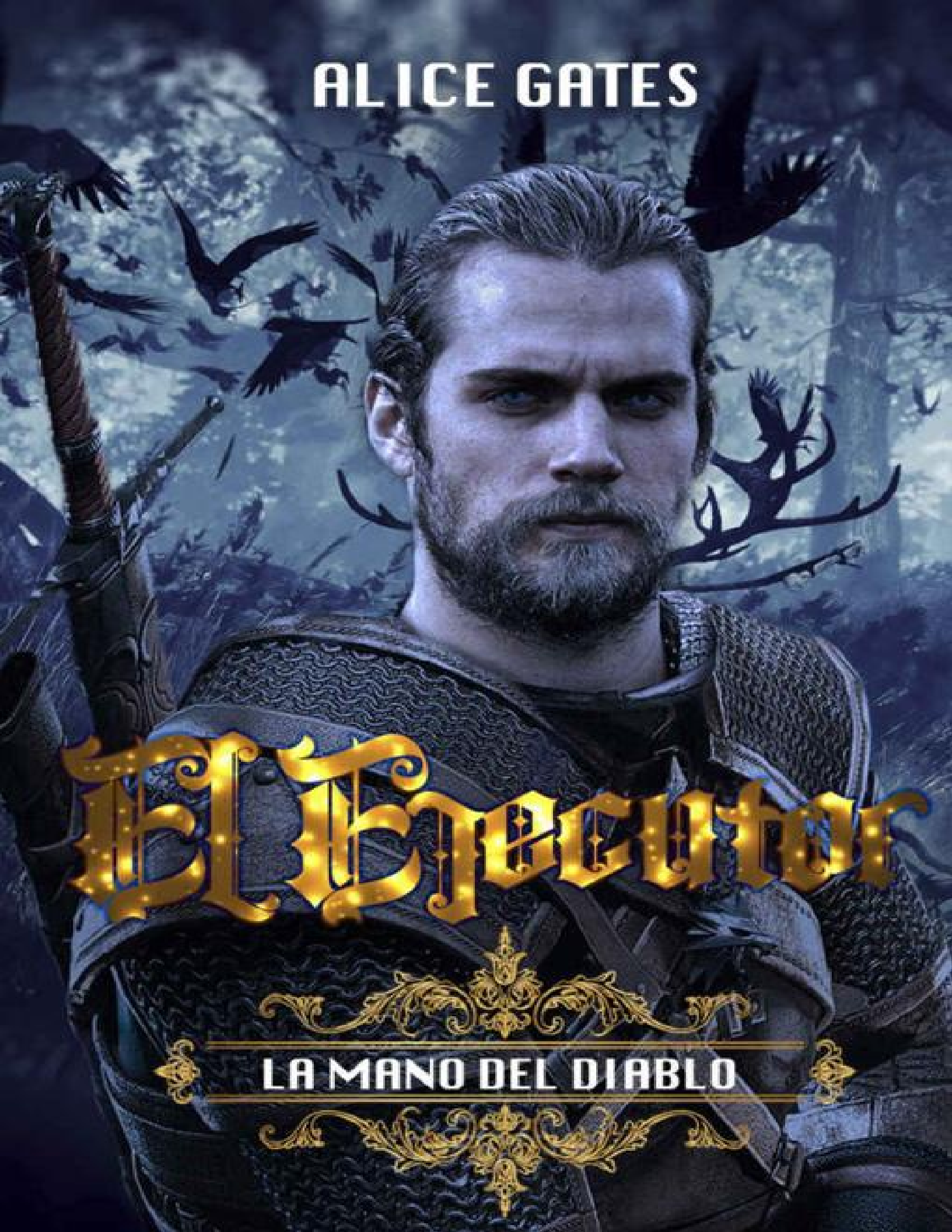




ALICE GATES

El Ejecutor

LA MANO DEL DIABLO

EL EJECUTOR

La mano del Diablo

ALICE GATES

Derechos de autor © 2022 ALICE GATES

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Página del título	
Derechos de autor	
EL EJECUTOR	
Prólogo	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Capítulo 31	
Capítulo 32	
Capítulo 33	
Capítulo 34	
Capítulo 35	

EL EJECUTOR

La mano del Diablo

Debido a sus lazos con la oscuridad, Lucille es acusada de las peores atrocidades y amenazada por la Inquisición, vive en la granja de sus padres, hasta que estos deciden venderla a una rica familia noble. Al cuestionar este intercambio secreto, descubre que está destinada a casarse con el último heredero de la familia.

¿Quién es este señor? ¿Por qué quiere casarse con una bruja? Sin saberlo, Lucille sella su destino a la oscuridad.

Lord Westridefort era un hombre, ella todavía se consideraba una niña. Había tantas diferencias entre ellos que no sabía por dónde empezar: ella era rubia, él era castaño; ella era delgada, él era fuerte; ella era baja, él era alto; ella era hija de la Oscuridad, él era miembro de la Inquisición.

Prólogo

***"Aquí hay algo que debes saber: una bruja no nace bruja, se
convierte en una"***

Capítulo 1

—¿Sabes quién viene a por ti?

—Lord Westridefort —respondió Lucille.

Su madre apretó el cepillo con tanta fuerza contra su cuerpo que se estremeció de dolor.

—¿Qué harás cuando lo veas?

—Haré una reverencia.

Un cubo de agua helada cayó sobre su cabeza. No tuvo tiempo de abrir los ojos cuando su madre la sacó del cubo y la agarró del brazo con firmeza. Roja de impaciencia, la cubrió con un paño y la instó a ponerse una túnica.

Lucille se obligó a seguir, en silencio, cuando su madre la ayudó a ponerse el corsé, lo apretó tanto que la joven pensó que le había roto una costilla. Se inclinó sorprendida y jadeante.

—Párate derecha —chilló su madre.

Ella cumplió, apretando los dientes. Normalmente su madre, Maggy Turner, se empeñaba en mantenerla alejada de la familia. Dormía en el granero, comía con los animales y se lavaba en el arroyo. No había nadie en el pueblo más odiado y más temido que ella. Pero desde ayer era objeto de una intención particular que no comprendía. Un señor parecía estar muy interesado en su perfil de plebeya y su madre estaba haciendo todo lo posible para que no hubiera vuelta atrás.

—Ponte estos —dijo, señalando unos bonitos zapatos verdes.

Lucille intentó meter el pie.

—Me temo que son demasiado pequeños.

—Póntelos —le ordenó de nuevo su madre, mirándola con tanto enfado que se estremeció.

Tomó aire y se puso los zapatos. Eran tan difíciles de poner que su madre tuvo que llamar a una de sus hermanas al rescate. La hermana mayor llegó a toda prisa, ante las protestas del ama de casa.

—Mary, por favor, ayúdame a ponerme estos zapatos —pidió la joven bajando la mirada.

—No quiero —contestó, lanzando una mirada sombría a su hermana menor—. Llevo un niño, no quiero problemas.

Le puso una mano protectora en el estómago.

—Ayúdame —insistió la otra.

Mary vaciló, luego extendió la mano y levantó la parte delantera de su vestido. Con un movimiento brusco, cogió el pie de Lucille y lo plantó como pudo en el zapato. Dolida, la joven se mordió el labio para no gemir.

De repente, la puerta se abrió de golpe.

—Madre, aquí están —gritó una joven.

—Rápido, todo el mundo fuera —exclamó, tirando de su hija por el brazo.

Atravesaron la sala de estar hasta el patio. Allí, las seis hermanas Turner estaban acompañadas por sus maridos e hijos. Cuando se unió a ellos, arrastrada por su madre, todos se quedaron paralizados y la observaron cómo a una bestia. Sus sobrinos, que habían estado cantando y jugando, fueron a esconderse detrás de sus padres.

—En fila —ordenó su padre, agitando el brazo.

Todos ocuparon sus puestos, como en un ensayo teatral. Lucille estaba en el centro, justo entre sus padres, que a su vez estaban flanqueados por sus seis hijas y yernos. Todos iban tan

bien vestidos para un día de la semana que la escena parecía surrealista.

Esperaron unos buenos cinco minutos, hasta que una de las hermanas se enfadó.

—Lisa, ¿estás segura de que viste la caravana?

La otra hermana no tuvo tiempo de responder. A lo lejos, cruzando los campos, acababan de aparecer cinco caballos. Galopando a gran velocidad, traían consigo espesas nubes de polvo. Cuando la caravana se detuvo frente a la granja, nadie movió una oreja. Había un carruaje con dos caballos, seguido por dos soldados fuertemente armados y un hombre elegantemente vestido. Este último tenía unos cuarenta años y llevaba un abrigo oscuro con cuello alto y botones plateados.

¿Era este Lord Westridefort?

—Señoras y señores —dijo sin molestarse en bajar del caballo.

La madre de Lucille le dio un discreto toque para animarla a hacer una reverencia. La joven obedeció, conteniendo una mueca de dolor cuando los dedos de los pies se flexionaron contra la suela.

El hombre se aclaró la garganta, avergonzado.

—Vengo en nombre de Lord Westridefort. ¿Es usted Lucille Turner, la séptima hija de John y Maggy Turner?

—Sí, mi señor —dijo claramente.

Como si fuera una señal, el cochero bajó de su vehículo y le abrió la puerta. Lucille dudó y luego subió al vagón sin prestar atención a la mano que le tendía para ayudarla a subir. Nunca había estado en este tipo de infraestructura. Abrumada por la belleza del entorno, casi se olvidaba de su situación y se sobresaltó cuando la puerta se cerró tras ella.

—Esto es lo que le corresponde, señor Turner, y es lo último que tendrá.

Un bolso lleno voló a las manos de su padre y este se inclinó valientemente. De inmediato sonó un látigo y el carruaje se puso en marcha. Lucille sintió que su corazón latía con fuerza. Observó cómo se alejaba la granja, sin saber lo que le esperaba.

Capítulo 2

Sentada tranquilamente en su banco, miraba el paisaje pasar en absoluto silencio. Su corazón latía con fuerza contra su pecho. ¿La han vendido? El bolso que le habían dado a su padre apuntaba en esa dirección, pero a ella le parecía extraño el arreglo.

¿Por qué quería Lord Westridefort comprarla? A todo el mundo le caía mal. Los aldeanos la rechazaban como a la peste y difundían rumores sobre ella: cuando no estaba fornicando con los animales, debía estar enfermando a los niños o estropeando las cosechas.

Tres veces los vecinos habían llamado a la Inquisición, tres veces la institución les había dicho que su comunidad estaba demasiado lejos para que pudieran enviar a alguien inmediatamente. Los aldeanos, decepcionados, se habían vuelto contra su familia.

¿Por qué la retuvieron? ¿Por qué alimentaban a la puta responsable de todos sus males? Su padre había mencionado el miedo a las represalias. Las brujas eran formidables, así que era mejor dejarlas tranquilas.

Un golpe la hizo sobresaltar. Llevaban dos días de viaje y Lucille empezaba a darse cuenta de que nada volvería a ser lo mismo. Extrañamente, tenía miedo de abandonar la aldea maldita en la que había crecido. Su miedo no hizo más que aumentar a medida que el paisaje cambiaba. No importaba cuántas veces preguntara al personal de la caravana, nadie le respondía, como si todos fueran tan ignorantes como ella en el tema.

De repente, le entró un sudor frío. ¿Y si fue la Inquisición quien la mando a buscar? No, ningún prisionero sería transportado en un vehículo de este tipo. Se tranquilizó, mientras atravesaban a toda velocidad un pueblo.

Miró al exterior, los habitantes se bajaban los sombreros de copa al ver la caravana, entonces Lucille corrió la cortina. Debieron pensar que estaban tratando con alguien importante. Estaba a punto de descansar cuando el carruaje redujo la velocidad y los pasos de los caballos se detuvieron.

—Abran las puertas —exclamó un guardia.

Lucille corrió su cortina. Estaban en un camino pavimentado frente a un muro. Un escalofrío la recorrió cuando los caballos atravesaron las enormes puertas de madera y hierro forjado. El carruaje giró en una esquina y se detuvo. Al instante, el conductor abrió la puerta y le ofreció la mano, que ella tomó para salir del vehículo. Una arruga de preocupación se formó entre sus cejas al darse cuenta de dónde estaba.

Nunca había visto una casa así. El castillo tenía varios pisos, algunos balcones y una torre medio, decorada por la hiedra. A su alrededor, se adosaron edificios como para evitar que quedara demasiado aislado. Había una herrería, establos y lo que parecía ser un almacén de grano. Todo estaba ordenado, alineado, archivado. No se permitía la presencia de animales en el recinto.

—Bienvenida —dijo una voz femenina.

Lucille se giró bruscamente. Detrás de la carroza, en los escalones que conducían a la entrada principal del castillo, una mujer le sonreía.

Estaba flanqueada por individuos que la joven pronto identificó como sus sirvientes.

Era delgada y esbelta, con una larga melena oscura que le caía hasta las caderas y unos ojos claros que la observaban con curiosidad. Lucille no se movió, sin saber cómo reaccionar.

—Ven aquí —le animó con una sonrisa.

Lucille dobló la esquina y subió los escalones uno a uno, sin prisa. Todas las miradas estaban puestas en ella, observándola atentamente.

—Me alegro mucho de verte —suspiró la mujer, agarrando su mano.

Poco acostumbrada a este tipo de familiaridad, Lucille se puso rígida de pies a cabeza.

Odiaba que la tocaran.

—Supongo que debes tener muchas preguntas. Entremos y charlemos, este sol es demasiado caliente para mí —dijo con una mueca.

Ante estas palabras, ella se deshizo de su mano para pasar su brazo por debajo del de ella, lo que no agradó más a la joven. Lucille estaba tan confundida que no podía articular nada. Había sido curiosa por naturaleza y de repente estaba muy callada.

Atravesaron una entrada gigantesca y llegaron a un salón extremadamente grande. En la pared había colgados multitud de tapices y cuadros, todos ellos con escenas de caza. En el techo, colgaban dos enormes lámparas de araña. Una estaba sobre una mesa de madera maciza con hiedra tallada en las patas, la otra era un pequeño salón de té iluminado por un gran ventanal. En el fondo, la mayor chimenea que Lucille había visto nunca se encontraba bajo el retrato de un señor.

La mujer señaló un asiento y Lucille se sentó, mirando con recelo la lámpara de araña que había sobre ella. Una gruesa cadena la mantenía alejada de un colapso seguro, pero aun así se sentía incómoda.

—Tráiganos un té y vino —ordenó la mujer con brusquedad.

Inmediatamente, un criado desapareció en busca de las bebidas y regresó cargado de un bandeja. Sirvió una taza de té a Lucille y un vaso de vino a la mujer.

—Estoy fallando en todos mis deberes —dijo mientras terminaba de llevarse el vaso a los labios—. Soy Katherine Westridefort, probablemente ya has oído hablar de mí.

—No hasta ayer, señora.

Los criados se permitieron una mirada, indignados ante tal franqueza. Katherine enarcó una ceja.

—¿Tus padres nunca te hablaron de sus señores?

—Digamos que no era su prioridad —dijo Lucille.

Otra mirada de los sirvientes. Katherine tomó un sorbo de vino y la miró. Esta joven podía haber sido una mancha en esta tediosa escena, pero todavía tenía un espíritu vivo e independiente. Encogiéndose de hombros, cambió de tema:

—¿No te pareció que el viaje fue demasiado cansado?

Lucille frunció ligeramente el ceño. Como siempre había vivido en un establo, no, este viaje no le había parecido difícil, sino todo lo contrario.

—No, señora —contestó en un tono distante.

—Bien por ti. Personalmente, siempre me han parecido muy poco cómodos estos carruajes. Es una pena que no haya otra forma de llegar aquí. ¿Sabías que dudé en venir por ese inconveniente? Al final fue mi salud la que eligió...

El resto de su frase no llegó a Lucille. Observó a la mujer hablar sin entender la mitad del vocabulario que utilizaba. Con sonrisas y encogimientos de hombros, ilustró sus palabras con gestos discretos, como si cada postura estuviera cuidadosamente calculada. Con su vestido de satén azul, nada era demasiado problema. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado, las joyas de la cabeza impecablemente colocadas y los dedos impecablemente anillados. Al inspeccionarla más de cerca, Lucille se dio cuenta de que eran manos que nunca habían trabajado.

—¿Puedo preguntar por qué la señora me mandó llamar?

Su voz no temblaba, pero su cuerpo estaba febril por el nerviosismo. ¿Podían entender que la mantuvieran en el más desagradable de los suspensos? Acababa de viajar dos días sin que le dieran ninguna explicación.

Katherine no tuvo en cuenta esta grosería.

—¿No te lo ha dicho nadie? —preguntó simplemente.

Lucille la miró con incredulidad. «¿Decirle qué?» Había estado tratando de obtener respuestas desde el día en que se la llevaron.

—Tu matrimonio —dijo Katherine, levantando una ceja.

Lucille se congeló.

Ella esperaba cualquier cosa menos esa respuesta. Una ola de terror la recorrió. ¿La van a casar? ¿Ella que susurraba cosas dulces a los animales? ¿La que podía cambiar el color de su pelo para adaptarse a su estado de ánimo? ¿Cómo era posible?

—Vamos, no pongas esa cara —dijo Katherine—. Todas las chicas tienen que enfrentarse a esta situación tarde o temprano.

Había muchas cosas que Lucille desconocía del mundo, pero si había un hecho del que estaba segura, era de que estaba lejos de ser una dama. Apretando las manos en el reposabrazos, miró atentamente a Katherine.

—¿Con quién? —preguntó con voz estrangulada.

—Mi hijo, Blake Westridefort. Llegará en unas semanas.

Lucille no podía concentrarse en nada más que en los ojos oscuros de Katherine. Una avalancha de miedo y odio se apoderó de ella. Según los aldeanos, era una bruja. Una criatura del Maligno. Se suponía que nunca se casaría con nadie.

Ahogada en un torrente de preguntas, recordó en un instante su fama de paria en el pueblo: si alguna ventaja le daba su aislamiento era que la mantenía alejada de los hombres.

Capítulo 3

—¿Puedes dar tu brazo a torcer?

Lucille giró la cabeza hacia la criada. Tras unos segundos de reflexión, se lo entregó. La joven que la cuidaba tenía su edad. Tenía el pelo oscuro y rizado y unos ojos azules brillantes que contrastaban con el resto de su rostro. Lucille se preguntó por qué no había sido ella la elegida para el compromiso. Suspirando, se hundió más en la bañera.

Tras el anuncio de su matrimonio, Katherine la había vuelto a coger del brazo para enseñarle los alrededores. Todas las habitaciones eran suntuosas, pero nada, ni siquiera la gran biblioteca que contenía varios cientos de libros, podía relajarla.

La conmoción fue fuerte y la boca le ardía de preguntas, pero en cuanto interrogó a Katherine, la dueña de la casa esquivó e hizo oídos sordos. Sin piedad para satisfacer su curiosidad, la había dejado entonces en manos de los criados para que estuviera más "presentable".

—Si Mademoiselle quiere salir —dijo la criada con suavidad.

Lucille se levantó y salió de la bañera. Inmediatamente la dama de compañía la cubrió con un paño y comenzó a prepararla para la cena. La escena le recordó brevemente el último baño que le dio su madre. Aunque la criada era mucho más amable, a Lucille no le gustaba que la tocaran.

—Mademoiselle, estará encantada, Lady Katherine ha elegido un vestido especialmente para usted.

La criada la condujo a su habitación, donde un vestido de noche yacía elegantemente sobre la cama. Rojo y dorado, Lucille lo vio como una especie de obra maestra que esperaba ser usada. Cuando la criada la ayudó a ponérselo, se sintió incómoda. El corsé le apretaba horriblemente, la tela le picaba igualmente y se asfixiaba bajo todas sus capas de ropa. Esto no pareció desanimar a la criada, que comenzó a peinar su larga cabellera.

—Qué hermosa cabellera tiene usted, señorita.

Lucille no respondió, avergonzada. Si hubiera sabido que podía cambiar el color, habría gritado de terror.

—Aquí vamos... ¿Le parece bien?

La criada le entregó un espejo. Como chica de campo, nunca se había visto en un espejo. La única imagen que conocía de sí misma era un contorno aproximado en el reflejo del agua.

Lucille levantó suavemente el espejo y se miró. Tenía unos enormes ojos marrones ocultos tras unas largas pestañas oscuras, una nariz bien perfilada y unos labios carnosos que la hacían lucir bien. Su larga melena rubia estaba trenzada en un grueso moño que despejaba su cuello y dejaba entrever su garganta.

Lucille frunció el ceño y giró el espejo bruscamente. Esta farsa tenía que terminar cuanto antes. Al mismo tiempo, sonó la campana que indicaba el servicio de la cena. Su corazón dio un vuelco: por fin iba a obtener las respuestas a sus preguntas. Sin dejar siquiera que su criada terminara de vestirla, bajó las escaleras y entró en el gran comedor. Allí acababa de entrar Katherine, más refinada que nunca con un escotado vestido esmeralda. Cuando la vio, su sonrisa se extendió casi hasta las orejas.

—Qué joven tan hermosa eres —dijo entusiasmada—. Por favor, toma asiento.

Indicó un asiento al final de la mesa. Lucille trató de levantar una silla, pero un sirviente se apresuró a hacerlo por ella.

Frente a ella, a Katherine ya le estaban sirviendo lo que parecía ser una sopa. Lucille miró hacia abajo y se preguntó por los platos. Había cuatro juegos de cubiertos diferentes, por no hablar de los vasos y platos que se amontonaban de todas las formas. Frunció el ceño. ¿Por qué todo parecía tan complicado aquí?

Un criado le sirvió la sopa. Se le hizo la boca agua cuando el olor llegó a sus fosas nasales, pero no movió un dedo.

—¿Puedes decirme tu nombre, querida?

Lucille levantó la vista de su plato. ¿Era una broma? ¿Katherine Westridefort la traía desde lo más profundo del campo para hablarle de su boda y ni siquiera sabía su nombre? Algo estaba mal.

—Lucille —respondió con la mayor calma posible.

—Es un nombre gracioso. Me pregunto si a Blake le gustará. Es bastante exigente...

—Sin querer ofenderle, Lady Katherine, pero ¿qué estoy haciendo aquí?

Katherine enarcó una ceja.

—Ya te lo he dicho: tu matrimonio —respondió con una voz mucho menos jovial.

—Creo que se equivocó de persona.

—¿Y por qué, mi querida niña? —Lucille se preguntó por un momento si hablaba en serio. Miró a los sirvientes con vergüenza y luego volvió a mirar a su interlocutora.

—Vengo de un entorno diferente.

—¿Y crees que soy tan estúpida como para no haberme dado cuenta? —La voz de Katherine había sido aguda. Sus ojos habían dejado su suave velo para mirarla con cierto desprecio.

La joven comprendió que era mejor no andarse con rodeos.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—Tu situación, querida.

—¿De qué situación está hablando?

—Lo sabes muy bien. Por favor, come —ordenó, señalando su plato.

Lucille frunció el ceño, confundida. ¿Por qué tanto alboroto? Katherine parecía prestar más atención a su cena que a su futura nuera.

—Me niego —dijo claramente Lucille.

Katherine la miró.

—¿Qué, mi dulce?

—Me niego a casarme. Me gustaría volver a casa lo antes posible.

Katherine parpadeó varias veces, observándola en un silencio absoluto, y luego se levantó con premura y ordenó a los sirvientes que salieran. Inmediatamente, todo el personal desapareció y la pesada puerta del comedor se cerró con un fuerte golpe.

Como una serpiente, la señora de la casa se movió silenciosamente hacia ella, y luego se apoyó en la mesa. Lucille tuvo que levantar la vista para ver su rostro.

—¿De verdad crees que estás en posición de decidir algo?

La joven se estremeció. Katherine no se parecía en nada a la hermosa y jovial mujer de antes: su amable rostro se había vuelto severo y una fea vena había aparecido en medio de su frente.

—Tus padres te vendieron, tonta. Tu casa es aquí ahora.

La noticia le estalló en la cara. En efecto, era lo que ella había temido. El bolso que el

soldado le había dado a su padre no era voluntario.

Lucille sintió que sus músculos se tensaban. Hasta ahora había estado todo lo tranquila que podía estar, pero ahora que se daba cuenta de que no volvería a ver su pueblo, un miedo malsano se apoderó de ella.

—No tiene ni idea de lo que soy —dijo.

La joven temblaba de emoción. Lentamente, sus grandes ojos oscuros miraron a Katherine, que se estremeció. Dejó de apoyarse en la mesa y giró la cabeza.

—No me mires así —le ordenó con dureza.

Se puso de perfil y se llevó una mano a la cara. Lucille no entendía lo que estaba haciendo. Era como si intentara a toda costa no encontrarse con sus ojos.

—¿Crees que soy tan estúpida como para casar a mi hijo con una plebeya sin ninguna razón real? ¡Sé exactamente lo que eres, tonta! Tus inclinaciones hacia la oscuridad pueden asustar a tu familia de campesinos, pero no a mí: ¡precisamente por eso te elegí!

Todavía de perfil, su cuerpo se crispó de ira. Por su tono, Lucille intuyó que ese enfado era objeto de un viejo rencor y no un simple arrebato.

La joven se sorprendió.

Katherine Westridefort era consciente de que estaba lejos de ser una simple campesina sin historia. En ese caso, ¿le habían dicho todo lo que podía hacer? ¿Sabía que podía ver y oír cosas que los demás no podían? ¿O simplemente había escuchado los chismes del pueblo?

—Termina tu cena y vete a la cama —dijo Katherine de repente—. Mañana será un día especialmente largo.

Salía de la habitación con un elegante movimiento de su vestido, cuando se detuvo en la puerta.

—Si de alguna manera desbaratas este matrimonio, te juro que yo misma te llevaré a la Inquisición y te quemaré viva.

Con eso, salió del comedor sin mirar atrás.

Capítulo 4

Katherine no había bromeado cuando le dijo que el día siguiente sería largo, pero había olvidado que Lucille siempre había dormido en un establo. Descansar en una cama tan cómoda como la de su habitación tenía un efecto tan vigorizante que incluso levantarse a las seis, vestirse a las treinta y arreglarse el pelo a las siete no le molestaba lo más mínimo.

Cuando bajó, el desayuno ya estaba servido y Katherine la estaba esperando, tomando una taza de té. Extrañamente, Katherine no mencionó ni una sola vez su discusión del día anterior. Todo parecía volver a la normalidad, pero Lucille no lo había olvidado: o se casaba por una razón que aún se le escapaba por completo, o la entregaban a la Inquisición.

Si su estado de ánimo era malo, nada parecía alterar a Katherine, que le decía con especial entusiasmo que tenía que estar lista para su boda. Enseguida le enseñó los buenos modales en la mesa, y esta primera lección duró todo el día: "Párate derecha"; "No hagas muecas"; "Sonríe"; "Tómalo con calma cuando te sientes"; "No, el otro cubierto"; "Aprieta los codos cuando comas"; "Lleva la cuchara a la boca, no al revés"; "Hazlo de nuevo"; "Continúa"; "Habla como una dama"; "No suspires"; "Mantén los hombros bajos"...

A las nueve, Lucille solo se había levantado de la mesa dos veces para ir al baño. Para cuando se sirvió la cena, estaba tan intimidada por los consejos de Katherine que no podía hacer nada.

—¡Qué torpe eres!

Los propios sirvientes se sobresaltaron. Fieles a su estilo, no dijeron nada, pero Lucille vio en sus ojos que se compadecían de ella.

—Hazlo de nuevo inmediatamente —chilló, señalando la silla.

Lucille se levantó y luego se volvió a sentar con la mayor suavidad posible. Cuando sus muslos tocaron el asiento, se sintió aliviada. Había practicado tanto el subir y bajar de la mesa que le ardían los músculos. Ahora que la cena estaba servida, estaba tan empeñada en no tener que volver a hacerlo que no pensaba en nada más que en su postura.

—Créeme, cariño, es mejor que lo haga yo a que lo haga mi madre —dijo Katherine pensativa.

Lucille no tenía ningún deseo de entablar una conversación con ella, pero esta información la sorprendió.

—¿Su madre? —preguntó ella, cuidando de mantener una cara seria.

—Sí, mi madre. Llegará al mismo tiempo que mi hijo, y es, como mínimo, drástica cuando se trata de la propiedad.

Katherine levantó las cejas para respaldar sus palabras. Extrañamente, Lucille no tenía miedo. Ser la paria del pueblo le había dado unos nervios de acero y las recomendaciones no le afectaban. Además, Katherine le había estado gritando todo el día, pero no se sintió afectada en lo más mínimo. Lo único que la obligaba a hacerlo bien era el cansancio y la amenaza que Katherine había hecho sobre la Inquisición.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Lucille había seguido el consejo de Katherine y había pedido interrogarla. Parecía que hacer preguntas sin permiso era excesivamente inapropiado, incluso en su situación.

—Pero, por supuesto, mi dulce —respondió la charlatana con la mayor de las sonrisas.

Parecía estar encantada de que sus lecciones dieran frutos.

—¿Cuándo es... la boda?

Lucille no pudo evitar una entonación estrangulada en la última palabra.

—Cuando estés listas. Dicho esto, lo mejor sería antes del final del verano.

Lucille tragó.

Era mayo.

Sin prestar atención a su malestar, Katherine se levantó de la mesa y le deseó buenas noches. Lucille se resistió, agotada. Estar allí tanto tiempo la había cansado mucho más de lo que pensaba. Su cuerpo no estaba acostumbrado.

—¿Cómo es Lord Westridefort? —preguntó Lucille, mientras su criada se disponía a apagar la vela de su habitación.

La criada parecía totalmente sorprendida. Sus ojos azules se dirigieron a cualquier cosa y a todo mientras buscaba una respuesta.

—Él es... Un excelente señor —dijo, acomodando un largo mechón castaño detrás de su oreja.

Lucille se apoyó sobre sus codos. Esta respuesta no le gustó. Mirándola fijamente desde detrás de su larga melena rubia, le susurró que se acercara, cosa que hizo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Elizabeth, pero todos me llaman Lizzie —respondió la doncella.

—Encantada de conocerte, Lizzie. Mira, entré aquí sin saber nada y sigo sin saber nada. Te agradecería que me dijeras qué está pasando.

La criada tragó saliva.

—No tengo nada más que decir, señorita. No sé nada al respecto.

Lucille movió la cabeza de un lado a otro.

—Me voy a casar con un hombre del que no sé nada. ¿Podrías tener piedad y satisfacer mi curiosidad? Después de todo, tú también eres una mujer en edad de casarse. Si estuvieras en mi caso, ¿no querrías saber más sobre tu prometido?

Un pliegue de preocupación se formó entre las cejas de Lizzie. Sus ojos azules se movieron, y luego comenzó a susurrar.

—Lord Westridefort no es muy hablador. Es sobre todo autoritario.

—¿Qué quieres decir?

La criada bajó la mirada.

—Digamos que si algo no le gusta, lo hace saber.

—¿Es violento?

Lizzie la miró, pero no respondió.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Lucille. Su padre la había golpeado una vez y nunca más lo hizo. Su reputación austera hacía que normalmente se la evitara. ¿Tenía su futuro marido la intención de respetar esta norma? De hecho, ¿sabe siquiera lo que es? Hasta ahora, Katherine parecía ser la única que lo sabía, pero tal vez estaba equivocada.

—¿Dónde está ahora? —le preguntó a Lizzie.

La doncella miró al cielo para pensar.

—Creo que actualmente está en el juzgado, pero es posible que esté fuera. Ocurre a menudo debido a sus obligaciones.

—¿Qué funciones están implicadas?

Lizzie levantó las cejas.

—¿No lo sabe la señora? Monseñor Westridefort trabaja para la Inquisición. Es el ejecutor

judicial. Se encarga de llevar a las criaturas de la oscuridad más allá de las fronteras del Hombre.

Lucille se sintió a punto de desmayarse. No sabía qué decir, qué pensar. La Inquisición estaba firmando su sentencia de muerte, pero ¿por qué la obligaban a casarse con uno de sus miembros? ¿A qué estaba jugando Lady Katherine?

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó Lizzie, tomando su mano.

Lucille se había desvanecido tanto que casi podía confundirse con su bata. Ella asintió lentamente, pero su cerebro estaba acelerado. Mañana pediría explicaciones a la señora de la casa.

Lizzie apagó la vela y le deseó buenas noches. Por desgracia, no pudo dormir y cuando la joven criada volvió a por ella a la mañana siguiente, sus ojeras eran tan oscuras que le preguntó si estaba enferma. Lucille respondió con un no rotundo, pero la criada no estaba lejos de la verdad: quería enfrentarse a Katherine a toda costa.

Cuando bajó, la señora de la casa la esperaba en el comedor donde, como el día anterior, se estaba sirviendo el desayuno. No tuvo tiempo de decir nada cuando los comentarios llegaron de todas partes: "¿Qué hiciste anoche para tener este aspecto?"; "Qué manera más lamentable de hacer una entrada"; "¡Ponte derecha, Señor!

Lucille se sintió rodeada de represalias. Quiso interrogarla, pero Katherine hizo oídos sordos de tal manera que la joven se dio cuenta de que no conseguiría nada hasta que cumpliera con sus lecciones de buena conducta.

Se produjo el mismo patrón que el día anterior: tuvo que sentarse a la mesa todo el día y cuando llegó la noche, estaba tan dolorida el día anterior.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Katherine asintió y parpadeó. Era un truco ridículo, pero Lucille sintió que no tenía otra opción.

—He oído que su hijo es miembro de la Inquisición. —Miró a los criados con inquietud, sin saber cómo formular la pregunta sin revelarse—. ¿Podría ser esto problemático para... mi vida futura como esposa?

Katherine sonrió.

Lucille supo inmediatamente que había entendido lo que quería decir. Quedaba por ver si ella respondería.

—No te preocupes por eso, cariño. Aunque mi hijo viaje regularmente, siempre tendrá tiempo para ti. Concéntrate en tus clases, ya hablaremos de estos detalles más tarde — respondió ella, terminando su copa de vino.

Lucille se tensó.

Katherine le decía suavemente que sería mejor que no se preocupara por ello, pero estaba más que preocupada por ello. Su habitual desconfianza hizo que no supiera si creer o no a la ama de llaves cuando le dijo que no se preocupara.

—¿Su hijo está al tanto de mi "situación"? —preguntó Lucille, comiendo lo más suavemente posible.

—¡Por supuesto, querida! Blake es un hombre, tiene que saber todo sobre su prometida.

Lucille tragó lentamente.

—Él lo sabe, pero aún así planea casarse conmigo —se asustó. De repente fue como si se sintiera atrapada en un círculo vicioso que no la dejaba ir. ¿Era esto un sueño? ¿Se iba a despertar con un sobresalto en su establo? No, todo esto había sucedido durante demasiado tiempo para que fuera un sueño.

Sacudida por estas revelaciones, no habló durante el resto de la comida. Su principal

pregunta seguía siendo «¿por qué?» pero no podía pedirle a Katherine que diera sus respuestas delante de tantos sirvientes.

Molesta por esta situación, la joven se comprometió a interrogarla en cuanto estuviera sola.

Por desgracia para ella, ese momento nunca llegó. En los días siguientes, Katherine se empeñó en tener siempre un criado con ella en todo momento, hasta el punto de que pronto le fue imposible preguntarle nada.

Paradójicamente, las lecciones se intensificaron. Cuando no aprendía a caminar, comer o hablar correctamente, tenía que aprender a leer en la gran biblioteca. Apenas podía leer, esta actividad le encantaba, pero al ver que la disfrutaba demasiado, Katherine pronto la utilizó como recompensa: si el día iba bien, leía. Si no salía bien, volvería a empezar sus lecciones de modales. Después de dos semanas y seis días sin descanso, la cabeza de Lucille estaba tan saturada de conocimientos que empezó a preguntarse si iba a explotar.

Al percibir su angustia intelectual, Katherine finalmente cedió y le permitió una tarde libre.

—¡La señorita debe estar encantada! Lleva años soñando con esto —dijo Lizzie con entusiasmo.

Había pedido a la criada que la acompañara en su paseo.

Vestida con un escotado vestido azul cielo, Lucille sintió el calor aplastar sus hombros desnudos.

—¿Quieres parecer una campesina? Arriba la sombrilla! —exclamó de repente una voz detrás de ella.

Las dos jóvenes se volvieron para ver a Katherine mirándolas desde un balcón del castillo. Lucille obedeció y se dio la vuelta. Cuando se encontró con la mirada molesta de Lizzie, no pudo evitar reírse. Hacía tanto tiempo que no veía el mundo exterior que la más mínima situación la hacía sonreír.

Las dos jóvenes caminaron a lo largo de la muralla del castillo por un sendero de grava beige, y luego se pasearon por los jardines de flores. Pronto Lucille encontró el calor espantosamente sofocante, pero volver a casa estaba descartado. Por un momento envidió a Lizzie, cuya condición de sirvienta le permitía llevar vestidos más ligeros.

—¿Qué le parece ir a la fuente?

—¿Hay alguna?

—Por supuesto, sígame.

La criada la llevó a un parque detrás de unos espesos arbustos. Al ver el espectáculo que tenía ante sí, Lucille dejó escapar una exclamación de asombro. Frente a un sendero, un ser gigantesco sostenía en su centro una estatua de bronce que el tiempo había vuelto verde. Era un hombre a caballo blandiendo una lanza contra un dragón totalmente repulsivo. Los arrendajos de agua sobresalían de cada lado de la escultura, como si quisieran enmarcar el espectáculo.

—Es San Jorge matando al dragón —dijo Lizzie mientras se sentaba en un banco.

Lucille se unió a ella. Era una mala cristiana, apenas podía recitar el Padre Nuestro, y curiosamente, de todas las lecciones de vida que le enseñó Lady Katherine, esta fue sistemáticamente omitida. Para una señora cuyo hijo estaba en la Inquisición, esto era muy extraño, pero a ella no le importaba: no tenía ni idea de si estaba bautizada o no, y consideraba que ya tenía bastante con sus lecciones de corrección.

—¿Sabía que San Jorge era el patrón de los miembros de la Inquisición?

—No, pero en vista de esta escultura, no me sorprende.

En esta obra de arte había un verdadero poder de San Jorge sobre su oponente. Lucille pensó para sí que la verdad debía ser muy diferente, y luego pensó que estaba diciendo una

blasfemia, y que era el tipo de cosas que no debía decir en una casa como esta.

Se levantó y fue a sumergir las manos en el agua. La humedad en esta parte de los jardines le hacía mucho bien. Lástima que no pudiera bañarse en el espejo de agua. Suspirando, se volvió hacia su sirvienta, que había aprovechado para cerrar los ojos.

—¿De dónde eres, Lizzie? —preguntó.

La joven se apresuró a abrir de nuevo los ojos.

—Yo nací en este castillo —respondió—. Mi madre cuidaba de Lady Katherine.

—¿Sigue aquí?

Lizzie negó.

—Murió cuando yo era todavía una niña. Fue una de las víctimas de un Ogro que rondaba por la zona.

—Lo siento.

—No es nada, señorita.

Se hizo un silencio. Lucille dio un paseo alrededor de la fuente y se sentó en el banco, con la sombrilla bien colocada. Mientras estaba sentada allí, con el sol brillando en el agua y el jardín, empezó a saborear con curiosidad su vida en el castillo. Ciertamente había grandes inconvenientes, pero pasar un tiempo en este hermoso lugar al aire libre era una de las cosas más agradables que había hecho en su vida. Era un cambio con respecto al arroyo y los campos. Echando la cabeza hacia atrás e inhalando profundamente el olor de las flores cercanas, pensó por un momento en su vida anterior, y luego se quedó dormida.

Fue el sonido de una bocina lo que la despertó con un sobresalto. Recogiendo la sombrilla que había caído al suelo, miró a la izquierda y luego a la derecha, completamente aturdida. A su lado, Lizzie también había saltado.

—¿Qué fue eso? —preguntó Lucille, ajustando su vestido.

—Sonaba como un cuerno. Oh, Señor —gritó de repente.

Tiró de Lucille de la mano y la obligó a salir de la fuente.

—¿Qué pasa, Lizzie? —preguntó preocupada Lucille.

Lizzie seguía presionando, sujetando su mano con firmeza.

—¡Lord Westridefort, Mademoiselle! ¡Ya viene!

Capítulo 5

Lizzie la arrastró alegremente, pero Lucille se mostró reticente. No sabía qué hacer, qué pensar. Extrañamente, su miedo era tan denso como su ira: por primera vez, sentía la Injusticia con mayúsculas.

—Apúrese, señorita —dijo Lizzie, dirigiendo una mirada preocupada hacia ella.

Lucille miró fijamente a sus ojos azules. Si no se daba prisa, su criada se llevaría un tirón de orejas, y era seguro de que ella tampoco se libraría. Apresurándose, las dos jóvenes pasaron el jardín y cruzaron el castillo hasta la entrada principal.

Allí esperaba Lady Katherine, mirando a traición la entrada de la muralla. Inmóvil, parecía haberse convertido en piedra. Su larga melena oscura brillaba con un resplandor que Lucille nunca había visto. Su piel pálida parecía impecable. Era como si llevara una eternidad esperando.

—Quédate ahí —ordenó sin moverse.

Lucille se puso al lado del escudero mientras Lizzie se unía al resto de los sirvientes al pie de la escalera. En el patio, nada destacaba. Estaba aún más estática que cuando había llegado. ¿Qué pudo haber hecho este hombre para que todo el mundo se alterara tanto?

—Hubiera preferido verle vestido de otra manera, pero mi hijo siempre ha tenido la manía de aparecer sin avisar. Eso es algo que he echado de menos en su educación.

Lucille no respondió, prefiriendo mirar discretamente a su interlocutora. Llevaba un suntuoso vestido de parma tejido con hilos de plata.

Si su hijo siempre se dejaba caer sin avisar, entendía por qué siempre iba vestida de punta en blanco. Estaba a punto de interrogarla cuando una quincena de soldados y un enorme carruaje atravesaron las pesadas puertas de la muralla. La multitud se detuvo y alguien abrió la puerta del carruaje.

Una señora salió.

—Esta es Lady Meredith, mi madre. A partir de ahora, no tengas culpa —dijo Katherine en voz baja.

La señora era la doble de su hija. Su larga y oscura cabellera estaba recogida en un severo moño y rematada con una diadema tachonada de suntuosas perlas. Bajando los escalones con una postura regia, parecía imperturbable el peso y el tamaño colosal de su vestido granate.

—¿Qué idea la de venir hasta aquí! ¡Estábamos bien en el castillo de su majestad!

—No te enfades, madre. ¿Dónde está Blake? —preguntó Katherine apresuradamente, estirando el cuello.

—Este patio es pequeño... Tenemos el privilegio de poseer varias casas, ¡y esta es la que buscas! ¡Estoy perdida!

Katherine no dijo nada, pero no pudo evitar tensar la mandíbula. Evidentemente, su madre debía ser una fuente constante de críticas y lloriqueos sinsentido. Lucille miró brevemente a su alrededor en busca de un hombre que pudiera ser Lord Westridefort, pero nadie le llamó la atención. ¿Quizás estaba ausente? Se encontró con la esperanza.

—Bueno, aquí está.

La madre de Katherine la miraba fijamente desde el fondo de la escalera. La joven se encontró con sus ojos oscuros y algo la perturbó. Había algo que no funcionaba bien en su

anatomía, pero no podía precisarlo.

Lentamente, Meredith subió las escaleras. Cada paso que daba hacía que Lucille se tensara más y no podía apartar los ojos de ella. Cuando llegó a su altura, se dio cuenta de que no era tan impresionante. Sus ojos eran severos, pero su altura era ridículamente pequeña. Lucille hizo una reverencia, recordando todas las lecciones de Katherine.

—¡Qué presentación tan lamentable! Has sido demasiado suave con esta pequeña, me encargaré yo misma —dijo, besando a su hija.

Lucille apretó los dientes. Estaba segura de que había puesto su corazón y su alma en esta reverencia: ya lidiando con el espantoso temperamento de Katherine, quería evitar el de su madre a toda costa.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Katherine, con una arruga de preocupación entre las cejas.

—¡A la caza, hija mía!

—¿Caza? ¿A esta hora?

Lady Meredith puso los ojos en blanco.

—¡Estos hombres, siempre persiguiendo el culo de un conejo!

Lucille levantó las cejas. Para ser una persona que se empeñaba en ser correcta, sus palabras parecían ser todo lo contrario a esos principios.

Miró a la mujercita que gesticulaba y observaba a la vez. Lady Meredith podía ser pequeña, pero aún así parecía formidable. Lucille se estremeció al pensar que tendría que estar cerca de ella unos cuantos años más.

—¿Está lejos de aquí? —preguntó Katherine, todavía preocupada.

—No, está muy cerca de...

No tuvo tiempo de terminar su frase. Con un ruido ensordecedor, una docena de hombres irrumpieron en el patio. Varios soldados sostenían un estandarte blanco con una cruz de dos espadas en el centro: el escudo de Westride. Uno de los jinetes se destacó, entregando su casco y su caballo al sirviente más cercano.

Alto, de pelo oscuro, Lucille supo inmediatamente que era él. Ocupado en quitarse los guantes de cuero, subió los peldaños de dos en dos y solo se detuvo en su camino cuando su madre le cortó con voz cantarina.

—¡Blake, mi hijo! —dijo entusiasmada.

Enderezó la cabeza bruscamente, como si no hubiera esperado esta aparición. Tenía los ojos claros, una barba de pocos días y una altura tan impresionante que Lucille se sentía ridículamente pequeña. Su complexión era la de un hombre activo, similar a la de los mensajeros que pasaban por el pueblo de Lucille cuando ella aún vivía allí. Nada más verlo, sintió una franca antipatía que luego se convirtió en miedo.

Lord Westridefort era un hombre, ella todavía se consideraba una niña. Había tantas diferencias entre ellos que no sabía por dónde empezar: ella era rubia, él era castaño; ella era delgada, él era fuerte; ella era baja, él era alto; ella era hija de la Oscuridad, él era miembro de la Inquisición.

—Madre —dijo Blake en voz baja y firme, a modo de saludo.

La miraba desde tan lejos que parecía que habían tenido una gran pelea el día anterior. Al verlos juntos, Lucille no pudo evitar fruncir el ceño. Blake parecía ser apenas más joven que su madre, como si solo les separaran diez años. Lo mismo ocurrió con Lady Meredith. Ella también era extrañamente joven en comparación con su hija.

—Me gustaría que conocieras a tu prometida —dijo Katherine de repente, interviniendo.

Katherine la señaló con un elegante gesto de la mano. Por primera vez, el señor se dignó a mirarla. Lucille no se inmutó y le miró alegremente. Cuando se encontró con sus pálidos iris, no pudo evitar una sensación familiar, como si ya lo conociera.

—Lucille Turner —hizo una reverencia.

Un pliegue se formó en el lado de la mandíbula del hombre. Desvió la mirada con indiferencia y entró en el castillo sin más. El intercambio había sido breve, pero explícito: no se gustaban. Lucille no sabía si eran buenas o malas noticias, pero algo le decía que esto era solo el principio de un largo conflicto.

—Prepara una comida excelente. Esta noche cenaremos en familia —dijo Katherine, dirigiendo a los criados una mirada autoritaria.

Nada más decir estas palabras, todos empezaron a marcharse a sus respectivas tareas. Lucille quería irse a los jardines, pero Katherine la sujetó firmemente del brazo.

—Subid a vuestras habitaciones y Lizzie intentará que estéis más presentables.

La charlatana la miró con una expresión sombría que no se prestaba a la negociación. Lucille retiró su brazo y se dirigió a las escaleras.

Cuando entró en su habitación con Lizzie, cerró la puerta tras de sí, se dirigió a su cama y ahogó un largo grito en la almohada. Hasta ahora había estado tranquila, pero ahora estaba completamente sorprendida por los acontecimientos. Cuando levantó la cabeza de la almohada, un mechón de pelo rubio le cruzó la cara, haciéndola parecer una loca. Tenía miedo. Miedo al futuro, miedo a morir en las garras de la Inquisición, miedo a imaginarse cerca de ese hombre el resto de su vida.

—Tengo que preparar a la señorita —dijo Lizzie.

La joven criada la miró con preocupación.

Lucille la miró por un momento y luego se enderezó. Lamentar su destino no sirvió de nada. Sin mediar palabra, se desnudó y la dejó a su aire. Lizzie la lavó, la peinó y la vistió. Cuando terminó, le entregó a Lucille una taza de té, esperando una respuesta positiva, pero la joven la apartó con un gesto de la mano.

No le importaba estar presentable si era para satisfacer algún sórdido deseo de su prometido. Pasó una hora y luego sonó el timbre de la cena. Lucille bajó las escaleras. Por la mirada de Katherine, sabía que no podía tener un aspecto más presentable, lo que le dio ganas de despeinarse y desvestirse. Sentada con toda la elegancia posible, no prestó atención a Lady Meredith, que se sentó a su derecha.

—Estás más tiesa que una tabla.

Lucille no pudo evitar mirarla. Katherine estaba a punto de reprenderla por esta grosería, pero su madre la interrumpió con un gesto:

—Esto es difícil. Se lo agradezco. Seguro que mañana nos conoceremos mejor —sonrió enigmáticamente.

Lucille la miró y luego giró la cabeza con desdén. Frente a ella, Katherine apretó la mandíbula. Le había advertido que se mantuviera firme con su madre y claramente había fallado.

Dejando de lado la silenciosa reprimenda de la charlatana, observó a Blake Westridefort entrar en la habitación. Había cambiado su armadura por un traje de nobleza extremadamente sobrio, acompañado de una cadena de oro que le cruzaba los hombros. Esta joya era especial. Tenía piedras rojas a intervalos regulares y un extraño símbolo en el centro. Al examinarlo más de cerca, Lucille descubrió que se trataba de un dragón atravesado por una espada colocada verticalmente: el símbolo de la Inquisición. Ella tragó.

Todo en este hombre era amenazante, y no tenía nada que ver con su posición en la corte.

Su andar era el de un monarca y su complexión la de un soldado.

Tan claros como el cielo, sus ojos eran de un extraño y penetrante azul que lo hacía antipático, casi desagradable. Algo le dijo a Lucille que fuera cautelosa. Siguió su mirada cuando se sentó a la mesa, y luego dejó de lado su contemplación para aplicar las lecciones de Katherine sobre la corrección.

—¿Su Majestad está bien? —preguntó, dirigiendo a su hijo una mirada amable.

—Sí —respondió bruscamente.

—¿Le hablaste de tu compromiso?

—No.

Blake había hablado con tanta frialdad que Lucille enarcó una ceja. No sabía si era la boda o las dulces preguntas de su madre lo que le ponía de mal humor, pero de repente le pareció que Blake era una persona temperamental y sin paciencia. Había algo agudo en su forma de ir al grano, aunque su voz era tan monótona como siempre. Solo miraba su plato y se contentaba con comer mientras le servían vino.

—Mi madre me ha explicado que has salido a cazar antes...

Blake enarcó una ceja.

—¿Cazar...? —preguntó, enderezando la cabeza.

Siguió masticando su faisán, pero esta vez miraba fijamente a Lady Meredith.

—La caza del Oscuro —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Es lo mismo, siempre hay que perseguir a una bestia...

—Un animal fue desgarrado a pocos kilómetros de aquí —dijo Blake, volviendo su atención a su madre—. No fue obra de un hombre. Mis obligaciones me obligan a echar un vistazo.

—¿De qué se trata?

—No hace falta que lo sepas.

A Lucille le sorprendió esta impertinencia. Miró a Katherine, esperando una frase asesina o una mirada, pero no hizo nada. Ella asintió, dio un sorbo a su copa de vino y comenzó a comer.

—Si este evento ocurrió en su tierra, creo que todos tienen el derecho a saberlo.

Lucille había soltado estas palabras sin pensar. No sabía si era la rabia o la tristeza lo que la había empujado a ser tan descarada. Por la expresión de su rostro, la joven sabía que acababa de cometer un gran error.

Blake se bebió su copa de vino, la volvió a dejar y le preguntó.

—¿Sabes leer?

Lucille se sintió nerviosa.

—Un poco, pero yo...

—¿Sabes la diferencia entre un ogro y un troll?

—No, pero...

—¿Estás en condiciones de dirigir una operación para neutralizarlos?

—No, yo...

Blake levantó la vista de su plato y la miró fijamente.

—Así que cállate.

Capítulo 6

Lucille miró por la ventana de su habitación. Fuera, en el patio, decenas de soldados se afanaban en prepararse. Hablaban, se armaban y enjaezaban sus ya nerviosos caballos. Miró al cielo azul y los envidió. Hacía diez días que no pisaba el exterior. Katherine había decidido hacerse cargo de ella, prohibiendo a Lady Meredith hacer nada.

Por extraño que parezca, la joven lo agradeció. Esta vieja lechuza —aunque era extrañamente joven—, la hacía sentir como en una pesadilla perpetua. Tan seca como siempre, se pasaba los días tejiendo en el salón mientras Katherine le daba clases. A veces la miraba con diversión entre puntada y puntada y luego volvía a su trabajo, aparentemente despreocupada.

—Mire, señorita, ahí están —dijo Lizzie, señalando un punto del patio.

Lucille se apoyó en el cristal para ver el objeto de su curiosidad. Unos metros más abajo, siete caballeros bajaban los escalones de la entrada principal. Durante tres días, estos extraños combatientes se habían instalado en el castillo. Por ello, Lucille tenía estrictamente prohibido entrar en ciertas habitaciones a determinadas horas, donde suponía que se alojaban.

—Son ellos... —dijo Lizzie con el ceño fruncido.

Los siete hombres estaban ocupados recuperando sus caballos. Armados hasta los dientes, destacaban con su flamante armadura y el emblema en el pecho: un dragón atravesado por una espada.

—Miembros de la Inquisición —dijo Lucille con frialdad.

Ya nada la sorprendía. Se acomodó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja y luego giró nerviosamente la cabeza hacia Lizzie.

—¿Por qué están aquí? —preguntó con un tono más autoritario del que pretendía.

—Probablemente para la batalla. Los siete caballeros que ve allí son los secuaces de Lord Westridefort. Es el líder de la tropa.

—La bestia que está asolando la zona debe estar haciéndole pasar un mal rato para que llame a sus hombres —respondió bruscamente Lucille.

La criada asintió, se trataba de la famosa bestia que ella y Katherine no debían conocer. Había sido humillada la noche de la cena, pero después de ese primer encuentro gélido no había vuelto a ver a Lord Westridefort.

Por lo que dijo Lizzie, salía temprano en la mañana y regresaba tarde en la noche, siempre escoltado por una tropa de soldados.

—¿Sabes cuál es la naturaleza de esta... Bestia? —preguntó Lucille con dudas.

La criada asintió.

—Nadie lo sabe realmente. Deja muchos muertos y causa estragos en las granjas. Todas las casas que ataca quedan destrozadas, y nunca queda ningún superviviente para contar lo sucedido.

—Espero que se deshaga pronto de ella —dijo Lucille, apoyándose en la ventana.

—No tengo ninguna duda, Mademoiselle. Su honor está en juego.

Lucille volvió sus ojos oscuros hacia la sirvienta.

—¿Su honor? —preguntó con cautela.

—Se supone que el feudo de Westridefort es el más seguro del reino. Si alguna vez se supiera que una bestia está cometiendo fechorías atroces en la propia tierra del Ejecutor Oscuro, mi señor perdería su legitimidad. Por eso hay que resolver el problema lo antes posible.

Lucille no sabía si esto era una buena o mala noticia. Si se supiera que una bruja estaba a punto de casarse con un miembro de la Inquisición, sería su fin y el de este castillo. Apretando los puños con aprensión, estaba a punto de alejarse de la ventana cuando reconoció a Blake Westridefort bajando los escalones de la entrada principal. Vestido con una armadura y una capa negra, no se parecía en nada al hombre que había visto unos días antes: le había crecido la barba y tenía el pelo oscuro revuelto. Hablando con uno de sus subordinados, parecía tan autoritario como lo había sido con ella, si no menos nervioso y molesto. Más bien preocupado. De repente, el hombre giró la cabeza en su dirección.

—¡Señor! —exclamó Lizzie mientras se agachaba.

Lucille había dado un paso atrás. Pensó que estaba fuera de su alcance, pero el hombre siguió observándola, mirándola fijamente con sus ojos claros. Su mirada se centró en él, pero no se inmutó: la había pillado en el acto, así que más le valía afrontarlo. Se produjo un intercambio de unos segundos, y luego el señor apartó la mirada antes de montar en su caballo y salir furioso del patio, acompañado de toda su tropa. Solo cuando las pesadas puertas se cerraron sobre ellos, Lucille recuperó el aliento.

—Vamos, señorita, ya casi es hora de bajar —dijo Lizzie, quitándose el polvo del vestido.

Lucille se quedó un momento en la ventana y luego siguió a su criada. Cuando bajaron las escaleras, la voz de Katherine resonó en todo el salón. No entendía lo que decía la charlatana, pero estaba bastante segura de que estaba en fuerte desacuerdo con su madre, Lady Meredith.

Avergonzada, Lizzie huyó a la cocina, no queriendo verse envuelta en las disputas de sus amas. Lucille se aclaró la garganta antes de entrar en la habitación. Inmediatamente la conversación se detuvo.

—¿Interrumpo? —dijo, tomándose el tiempo de cuidar su entonación, tal como había explicado Katherine.

—No, mi querida niña. Te estábamos esperando —dijo Lady Meredith.

Katherine miró fijamente a su madre, pero esto no pareció afectarla, por el contrario, siguió sonriendo enigmáticamente. Al ver esto, la charlatana levantó la barbilla con exasperación, y luego se dirigió hacia la salida en un remolino de vestido y pelo oscuro.

—Sé resistente —dijo en voz baja mientras pasaba junto a Lucille.

¿"Resistir"? La joven la observó salir de la habitación con desconfianza y luego volvió los ojos hacia Lady Meredith. Todavía vestida con un vestido oscuro, con el pelo atado con tanta fuerza como la última vez, le hizo un gesto para que la siguiera. Lucille cumplió, pero se mantuvo bien alejada. ¿Qué quería decir Katherine con "resistente"?

—Qué tiempo más bonito, ¿no crees? —dijo de repente Lady Meredith, cogiéndole del brazo.

—Sí —respondió la joven, tratando de ocultar el repugnante efecto que esta persona tenía en ella.

—¿Qué tal un pequeño paseo por los jardines? Debemos aprovechar que los hombres no están aquí.

El corazón de Lucille perdió el ritmo. Llevaba mucho tiempo soñando con salir al exterior. No pudo evitar sonreír mientras atravesaban la puerta del parque.

En el exterior hacía un tiempo precioso, pero el sol ya estaba alto en el cielo y el calor se había extendido por toda la finca. Lady Meredith pidió paraguas, que le fueron proporcionados en dos minutos. Entraron en el jardín sin mediar palabra y se detuvieron ante un encantador parterre. Allí le esperaban un cómodo sillón y un libro a la sombra de un árbol. Lady Meredith se sentó y pidió agua, tras lo cual despidió a todos los criados.

—Mi hija me ha dicho que tienes una excelente elocución a la hora de leer —dijo la señora mientras daba un sorbo a su vaso de agua—. ¿Es algo que te gusta?

Lucille miró el libro que tenía a su lado. Amar la lectura era un eufemismo. Desde que estaba aquí, le resultaba imposible aventurarse en la biblioteca sin hojear un libro. Ella, que solo podía entender una simple frase cuando llegó, ahora podía leer un libro de poemas sin la menor duda. Su progreso había sido tan meteórico como su gusto por la cultura.

—Adoro leer —dijo en voz baja a Lady Meredith.

—A Dios se le adora, querida, eso lo aprenderás por las malas —respondió al instante—. ¿Qué tal si me lees? Mis ojos se cansan con la edad.

—Con mucho gusto, mi señora —respondió Lucille con una sonrisa.

«Tal vez esa vieja lechuza no sea tan mala como dicen» pensó mientras cogía el libro que le tendía la mujer. Al darse la vuelta para buscar un asiento, se sorprendió al no encontrar ninguno. ¿Quizás un sirviente se olvidó de colocar uno? Estaba a punto de señalar esto cuando la madre de Katherine la interrumpió.

—No necesitarás un asiento, querida. Ponte ahí, y no olvides tu sombrilla.

Lady Meredith señaló un lugar al sol frente al parterre. Lucille frunció el ceño y fue a sentarse allí, sin saber qué hacer sin una silla.

—Arrodíllate. Levántate el vestido, para no ensuciarlo —sonrió enigmáticamente Lady Meredith.

Lucille miró al suelo. Cientos de miles de gravas servían de camino. Mirando su ubicación, sabía que no sería una lectura agradable. Miró al viejo búho y se arrodilló. La grava se hundió al instante en sus rodillas. Demasiado orgullosa para mostrar su malestar, se limitó a apretar los dientes y a pensar en otra cosa.

—Mantente derecha, querida. No te apoyes en los muslos. ¡Allí, así! Ahora coloca el libro frente a ti y lee el lugar marcado por el marcador.

Lucille abrió el libro y frunció el ceño. Un pasaje fue rodeado con tinta negra. Se aclaró la garganta avergonzada. La grava ya dolía mucho.

—Bueno, ¡empieza! Lee ese pasaje una y otra vez. Cuando sienta que su entrega es perfecta, podremos pasar la página.

Lucille la miró. Esto era una tortura, nada más y nada menos. Lady Meredith parecía feliz de presenciar este espectáculo. La joven dejó el libro y, sujetando la sombrilla como pudo, comenzó a leer:

—También quiero que las mujeres, vestidas de manera decente, con recato y modestia, no se adornen ni con trenzas, ni con oro, ni con perlas, ni con ropas suntuosas, sino que se adornen con buenas obras, como corresponde a las mujeres que profesan servir a Dios. Que la mujer escuche la instrucción en silencio, con total sumisión —hizo una pausa para digerir el dolor de sus rodillas.

—No te detengas, querida. Adelante —exclamó Lady Meredith, dando un sorbo a su vaso de agua.

Los rayos del sol golpeaban su sombrilla, pero el calor era omnipresente. Lucille tomó aire y continuó con voz clara.

—No permito que la mujer enseñe, ni que tome autoridad sobre el hombre; pero debe permanecer en silencio. Porque Adán fue formado primero, Eva después; y no fue Adán quien fue seducido, sino la mujer quien, siendo seducida, fue culpable de transgresión. Sin embargo, se salvará al convertirse en madre, si persevera modestamente en la fe, en la caridad y en la santidad —continuó Lucille.

—¡Muy bien! Ahora empieza de nuevo, hasta que yo dé la orden de cambiar el pasaje.

Lucille la miró, recuperó el aliento y empezó a leer de nuevo. Pasó una hora, luego dos, luego tres. Cuanto más tiempo pasaba, más se sentía Lucille cayendo a un lado. En cuanto vacilaba, la voz chillona de Lady Meredith acudía a recomponerla, sermoneándola con "levanta la sombrilla"; "más alto, que no oigo nada"; o "siéntate derecha, querida". Lucille nunca había tenido más ganas de vomitar.

El calor le hacía girar la cabeza y el dolor era tal que sus propios muslos temblaban. Al cabo de un rato, la pobre chica sudaba tanto que las gotas de sudor caían por su frente hasta la grava de abajo. Cuando Lady Meredith decidió que había terminado, estaba tan débil que los sirvientes tuvieron que cargarla.

La noche fue corta, pues al día siguiente ocurrió lo mismo: el mismo pasaje, el mismo torrente de reproches. Comprendió mejor por qué Katherine se había dirigido a ella con un "sé resistente". Cuando terminó el día, Lucille no podía ni mover un dedo del pie: le sirvieron la cena en su habitación. Lizzie aprovechó para informarle de que Lord Westridefort había sido herido por la bestia, pero que volvería al día siguiente para acabar con ella.

Lucille no ocultó su indiferencia. Tenía otras cosas por las que preocuparse que por el bienestar de su futuro marido, y saber que se había marchado de nuevo en busca de lo horrible, aunque estuviera herido no la calentaba ni la enfriaba. Por la mañana, como ya no podía arrodillarse, Lady Meredith tuvo la rica idea de hacerla sentar. Sin embargo, cada vez que cometía un error —como inclinar la sombrilla o deletrear una palabra—, le golpeaba las rodillas magulladas con una fina rama que recordaba inequívocamente a un látigo.

—... No fue Adán quien fue seducido, fue la mujer quien, seducida, fue culpable de transgresión... —dijo Lucille vacilante.

La rama cayó con fuerza sobre sus piernas. Lucille se mordió el labio con fuerza para desviar el dolor. Recuperando el aliento, comenzó de nuevo.

—No permito que la mujer enseñe, ni que tome autoridad sobre el hombre; pero debe permanecer en silencio. Porque Adán fue formado primero, Eva después; y no fue Adán quien fue sedado...

Otra rama golpeada.

—Más alto —dijo Lady Meredith secamente.

—No permito que la mujer enseñe, ni que tome autoridad sobre el ho...

La rama volvió a caer sobre su pierna. Esta vez el dolor fue tan grande que la visión de Lucille fue borrosa. Lady Meredith le habló molesta, pero no pudo entender nada. Su cabeza se negaba a funcionar, y la rama seguía cayendo sobre sus rodillas hinchadas y destrozadas por la grava. Una terrible fiebre recorrió su cuerpo.

—¡Basta! —gritó la joven.

En el mismo momento, un sonido agudo le atravesó el cráneo y el vaso de agua que Lady Meredith había estado sorbiendo estalló en su boca. Los cristales salieron disparados en todas las direcciones, hasta el punto de que la torturadora se le escapó un grito de sorpresa.

Lucille se desplomó en su asiento y observó a través de su pelo cómo Lady Meredith se llevaba una mano a los labios ensangrentados. No hubo más golpes de las ramas, ni más reproches. Solo ojos grandes de asombro.

—Prodizzieux —articuló con dificultad la vieja.

Lucille había esperado todo menos esta respuesta. Mirándola con odio, no se movió de su asiento. El tiempo parecía haberse detenido.

—Si hace sonar el timbre que tiene a su lado, se lo agradeceré —dijo Lady Meredith,

señalando el objeto que tenía a un lado del reposabrazos.

Lucille tragó. Todo parecía irreal. Sin decir nada, se agachó y tocó el timbre, levantando el brazo en alto. Un minuto después, llegaron dos sirvientes con las manos en la espalda. Al ver la escena, se lanzaron sobre su señora para ayudarla. Les obligó a apartarse con un movimiento brusco de la mano.

—¿Parezco una anciana? No me ayudes a levantarme, tráeme en cambio un par de pañuelos, estoy sangrando como un cerdo que está siendo sacrificado.

Un sirviente fue a buscar los objetos necesarios, mientras el otro se apresuró a recoger los cristales rotos. Cuando el primero regresó, lo hizo acompañado de Katherine.

—Bueno... ¿Podría saber cómo ocurrió este incidente? —preguntó con voz tranquila.

No parecía sorprendida por la escena.

—Agarré mi vaso con demasiada fuerza, eso es todo —dijo Lady Meredith.

—Por supuesto... —respondió Katherine, mirando a Lucille.

Hacía dos días que no la veía. Todavía pálida y femenina, había algo divino en su presencia. Por primera vez, Lucille lamentó sus lecciones.

—Esta pequeña me molesta tanto como me fascina —comentó de repente Lady Meredith.

—Déjala en paz —respondió su hija, mirando las piernas de su alumna.

La sangre de sus rodillas se había filtrado a través de su vestido.

—Pídele a Lizzie que la cambie —le dijo a un sirviente—. Creo que la señorita se merece un poco de descanso.

Katherine tomó el brazo de su madre y entró en el castillo. Lucille permaneció inmóvil hasta que Lizzie vino a buscarla. Subir las escaleras hasta su habitación era una tortura, al igual que lavarse, le dolían mucho las rodillas. Menos de dos horas después estaba en la cama, agotada. Llevada por un sueño oscuro y sin alivio, no prestó atención al animal que vino a posarse en su ventana. Fue su graznido lo que la despertó. Abrió un ojo para mirar alrededor de la habitación. La habitación estaba desierta y la noche parecía haber caído hacía tiempo.

—¿Lizzie? —llamó, intrigada.

Un ruido sordo le respondió. Jadeó, mirando hacia la ventana. Fuera, una sombra jugaba con el cristal. Entrecerró los ojos, encendió una vela y se acercó, haciendo una mueca de dolor. En la penumbra, un cuervo la miraba fijamente.

—Vete —susurró ella, mirándole.

El pájaro no hizo nada. Con obstinación, atacó de nuevo. Lucille frunció el ceño. Sabía hablar con los animales, pero estaba fuera de lugar involucrarse en una conversación de este tipo —estaba aquí, en casa del verdugo—. Haciendo una mueca, hizo un gesto repentino con la mano para ahuyentarlo. El cuervo no se movió ni un centímetro. Molesta, abrió la ventana para dejarlo volar, pero al sacar la mano, el animal la agarró de la manga, le arrancó un trozo de vestido y voló hasta un rincón de la muralla. Se posó en una piedra y soltó un graznido tan fuerte que Lucille se puso rígida de pies a cabeza.

Fue una llamada. Quería que se corriera. Su corazón comenzó a acelerarse. ¿Qué era tan importante ahí fuera? ¿Peligro? Lucille no se tomó el tiempo de pensar, vio este mensaje como una liberación. Poniéndose una bata sobre el camisón, abrió lentamente la puerta de su habitación y bajó la escalera central.

En la planta baja, tres sirvientes hablaban alrededor de un candelabro. Al estar más atenta, se arrastró de puerta en puerta y al exterior, teniendo cuidado de caminar a lo largo de las paredes. Cuando vio al cuervo, este se elevó en el aire y se posó en medio de los jardines.

Apresurándose, se unió a él antes de abordar un seto para no ser descubierta por los

sirvientes del castillo. En silencio, el animal la observó y luego le indicó con el pico un pasaje que conducía al exterior. Parte de la muralla estaba en ruinas. Era ridículamente pequeño y estrecho. Lucille se arrodilló y se arrastró hacia la salida. El dolor de sus rodillas le hizo llorar. Cuando se levantó, estaba a punto de desmayarse. El cuervo graznó para despertarla.

—Ya voy —respondió débilmente.

Señaló un bosque y subió volando a la rama del primer árbol que encontró. Le siguió, paso a paso, de árbol en árbol. No podía ver mucho, y sus tobillos se aferraban a las ramas y raíces que cruzaban el camino. Al cabo de un rato, el cuervo se detuvo. Lucille frunció el ceño. A su alrededor no había ningún sonido. Los animales nocturnos parecían haber desaparecido. Miró al cuervo, desconcertada.

Apuntó su pico al suelo, al pie de un árbol centenario. Frente a él, una sombra gigantesca se desplomaba. Lucille pensó al principio en un perro enorme, luego se dio cuenta de que era un lobo. El lobo más grande que había visto. La joven se congeló horrorizada. Frente a ella, dos enormes ojos luminiscentes la miraban fijamente. El lobo gruñó y mostró una hilera de colmillos afilados. Asustada, Lucille tropezó y apenas se enganchó al árbol que tenía detrás. No podía pensar, moverse o respirar. Todo su cuerpo parecía estar paralizado.

—Por fin estás aquí, hermana mía. Te estaba esperando —dijo el lobo, sin cambiar de posición.

Todavía apoyada en su árbol, Lucille clavó las uñas en la corteza mientras trataba de entender lo que estaba sucediendo. ¿Estaba hablando con ella? Normalmente hablaba con los animales, pero ellos nunca le hablaban en lenguaje humano. Esta fue la primera vez.

—No tengas miedo, niña. Yo no mato a los que me entienden —dijo el lobo.

Su voz era inhumana. Salía del fondo de la garganta, como si el animal quisiera tocar solo las notas más graves. La joven rompió a sudar frío. Sus labios comenzaron a temblar.

—Eres tú... —jadeó horrorizada.

Su voz era tan entrecortada que no se entendía.

—¿Lo soy? —repitió el lobo, que no pareció molestarse lo más mínimo.

—Tú eres... La bestia —logró responder, con el corazón en la boca.

El lobo mostró sus colmillos, como si intentara sonreír.

—Los hombres me dan muchos nombres. Lobo gigante, hombre del saco, leu, Lovaina... A la mayoría le gusta llamarme Fenrir.

Lucille se inclinó un poco más hacia su árbol, aterrorizada. El animal parecía estar mirándola de pies a cabeza.

—Sé feliz —dijo con voz ronca—. Es hora de entrar en el baile.

El corazón de Lucille estaba a punto de explotar bajo la presión.

—¿Qué quieres? —consiguió decir con un hipo.

El lobo bostezó, mostrando una enorme boca. En su rama, el cuervo batió sus alas.

—He estado caminando por aquí durante unos días. He venido a advertirles que el evento se acerca.

—¿De qué acontecimiento estás hablando? —dijo la joven, temblando.

El lobo se lamió los labios.

—El sábado.

Su boca había susurrado la última palabra con una entonación tan característica que su aliento acarició su rostro, apartando un mechón de pelo. Extrañamente, la palabra hizo aflorar en ella una fuerza que hasta ahora desconocía. Era dulce y extrañamente agradable.

—El sábado —repitió, como si pudiera ver exactamente de qué estaba hablando.

Los ojos del lobo comenzaron a brillar con una luz aún más aterradora de lo que ya lo hacían.

—Sí, hermana. El evento es una celebración para las criaturas de la oscuridad —respondió con picardía.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó débilmente Lucille.

El lobo parpadeó lentamente antes de mirarla.

—Ven al Sabbath y entra en el baile. Ha llegado el momento de que te unas a la oscuridad y desarrolles tu verdadera naturaleza.

Un escalofrío recorrió a la joven. El lobo hablaba del sábado con franqueza y sencillez. Casi se podría decir que no hay nada extraño en esa propuesta. Además, había algo tranquilizador y particularmente atractivo en este discurso. El corazón de Lucille se ralentizó, haciéndola entrar en un suave y relajante letargo.

—¿Cuándo? —preguntó con curiosidad.

Ya no tenía miedo.

—No hay fecha, hermana. Lo sabrás solo por intuición.

Lucille asintió, convencida de lo que decía.

—¿Cómo voy a llegar allí? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado.

La serenidad que le envolvía no alteraba su curiosidad. El lobo apoyó su enorme cabeza en sus patas delanteras.

—Tomarás un trozo de mi piel para hacer una liga en la que escribirás con tu sangre "Abumalith cades ambulavit in fortudine subi illius". Una vez hecho, te lo pondrás. El objeto te llevará inmediatamente al Sabbath.

Lucille frunció el ceño.

—¿Tu piel? —preguntó, como si eso fuera lo único extraño que había escuchado en este discurso.

—Sí, hermana. Cuando tu marido me haya matado, usará mi piel para hacer un abrigo. Intenta conseguir algo de él.

La palabra "marido" la hizo volver a la tierra de inmediato. Se sintió como si hubiera caído repentinamente de una pared y se hubiera estrellado contra el suelo. El sopor que la envolvía se desvaneció con un gesto. Solo tenía una imagen en mente: Blake Westridefort con su armadura de ejecutor oscuro. El pánico afloró, agudo.

—¿Cómo puedes saberlo? —exclamó sobresaltada.

Por primera vez, el lobo se levantó. Articulando sus largas patas y su gran e impresionante cuerpo, se enderezó y estiró todo su cuerpo.

—Lleva unos días persiguiéndome —bostezó—. Nos chocamos y le hice daño. Por suerte para él, estoy viejo y cansado. No tengo intención de matarlo.

Se hizo el silencio. El cerebro de Lucille comenzó a agitarse con miedo y horror. Rompió el silencio con la voz más firme que pudo reunir.

—¿Y si no se lleva la piel?

El lobo se rio oscuramente, un sonido extraño al que ella no pudo ponerle un adjetivo adecuado.

—A los hombres les gustan los trofeos —gruñó—. Yo seré ese trofeo.

El enorme animal le dio la espalda y comenzó a caminar hacia lo más profundo del bosque. Lucille dio un paso adelante, con el corazón palpitante.

—¿Por qué quiere casarse conmigo? —preguntó levantando la voz.

El lobo giró su enorme cabeza hacia ella.

—El matrimonio tiene muchas ventajas.
Se sacudió el pelaje y desapareció en la oscuridad.

Capítulo 7

Lucille había regresado sana y salva, pero su desaliñado vestido había planteado muchas preguntas a su criada: ¿dónde ha ido? ¿Qué ha hecho? ¿Por qué salió en mitad de la noche? Lucille no había dado ninguna respuesta. Permaneció en silencio, perpleja y asustada al mismo tiempo. Mirando por la ventana, esperó pensativa.

Habían pasado dos días desde su encuentro sobrenatural, dos días en los que Lord Westridefort no había dado señales de vida. ¿Estaba muerto? No. El lobo no tenía intención de matarlo. ¿Era una buena noticia? No, no lo era. Si volvía con la piel de lobo, se cumpliría la invitación al sábado. Por primera vez, la oscuridad había llegado a ella.

—¿No lees? —preguntó Lady Meredith.

La anciana de aspecto extrañamente juvenil estaba sentada un poco más atrás en su sillón. Ocupada en la lectura, se había detenido a mirar a Lucille con sus grandes ojos oscuros. Todavía tenía los labios amoratados, pero no pareció importarle y fingió que no había pasado nada. Además, era ella quien había ordenado a Lucille que leyera en el salón con ella. Katherine no tenía nada que decir: harta de las exigencias de su madre, había subido a buscar refugio.

—Sí —respondió Lucille con frialdad.

No tenía ningún deseo de discutir con la mujer.

—¿Y por qué? —preguntó, entrecerrando los ojos.

Lucille se agarró a los reposabrazos de su silla.

—Porque todavía me duelen las rodillas —respondió.

Lady Meredith se rio a carcajadas. Era extrañamente dulce y llena de calidez.

—Supéralo, pequeña —exclamó, secándose una lágrima en el rabillo del ojo—. Me has desgarrado la lengua, el paladar, las encías y las mejillas, ¿me oyes gemir? ¡No! ¡Como, bebo meo y espero a que se me pase!

Lucille enarcó una ceja ante este lenguaje florido. A partir de ahora, no aceptará ninguna advertencia de esta mujer.

—Habla como los aldeanos que una vez conocí —se atrevió a decir.

—Haz lo que digo, no lo que hago —respondió la otra.

—Voy a buscar otro libro.

Lady Meredith asintió y volvió a su lectura.

La joven no esperó más antes de salir del salón. Apoyada en la pared, inclinó la cabeza hacia atrás. Esta mujer sabía quién era. ¿Hasta dónde la iba a llevar esto? ¿Tenían algún sentido estos acontecimientos? ¿Por qué no puede volver al país donde nació? Tomó aire y se sentó.

Si nadie le iba a decir nada, ella misma encontraría las respuestas. Con paso enérgico, se dirigió a la biblioteca. Echó un vistazo a la sala y luego se dirigió a una fila al azar. Caminando a lo largo de la estantería, leyó los títulos en los lomos de los libros uno por uno. Poesía, historia, matemáticas, idiomas... Todo estaba allí. Todo menos lo que ella buscaba. Ella quería averiguar sobre el Sabbath a toda costa.

Tomando una escalera, se aventuró al último piso de la biblioteca y comenzó a abrir los libros. Nada. Continuó con el segundo estante, luego el tercero, el cuarto, el quinto, hasta que los hizo todos. Todavía nada. Estaba en la casa de un ejecutor oscuro. ¿Realmente era sorprendente no encontrar nada sobre este tema? Suspiró y se desplomó en su asiento.

«No tiene sentido», pensó.

Tenía que haber algún lugar donde este hombre obtuviera información. Recorrió con la mirada las habitaciones, los pasillos y los edificios exteriores del castillo, y luego abrió mucho los ojos. Había un lugar que nunca había visitado: los pisos del señor. Ahí tenía que ser donde trabajaba.

Enderezándose, salió de la habitación, cruzó el castillo y entró en un pasillo poco iluminado. Al final, en las sombras, una escalera de caracol se elevaba hasta el techo. Más estrecho y empinado, estaba claramente reservado a los hombres: sus altos y desvencijados escalones podían mostrar los tobillos de las mujeres.

Mirando hacia atrás, se aseguró de que nadie la seguía, y luego bajó las escaleras en silencio. Cuando llegó al primer piso, se encontró con un largo pasillo con tres enormes puertas de madera empotradas en la pared. Lucille se armó de valor y empujó la primera para abrirla.

Su habitación.

Cerró la puerta al instante y abrió la segunda. Un cuarto de ducha. Con el corazón latiendo con fuerza, se dirigió a la tercera. Si su razonamiento era correcto, tenía que ser la correcta.

La joven se adelantó y puso la mano en la manilla. Al girarla, dudó. ¿Cuál era el objetivo? Lord Westridefort debía haber cerrado con llave antes de irse...

"Clac".

La puerta se abrió sin resistencia. Lucille estaba tan sorprendida que se detuvo en seco. Era casi demasiado fácil. Entró en la habitación, esperando encontrarse con un lugar sin interés, pero se quedó helada. En efecto, era el estudio del señor. Era una habitación de tamaño medio, con tapices clavados en la pared y un retrato del rey sobre la chimenea.

A la izquierda, una ventana iluminaba una gran mesa con un asiento vacío, un tintero y una pluma. Los papeles estaban esparcidos por todas partes. Obviamente, ningún sirviente se permitía entrar aquí.

El lugar estaba limpio y ordenado, pero no era tan cuidada como las otras habitaciones del castillo. Esta sala estaba claramente prohibida al público en general.

Lucille cerró la puerta tras ella y se volvió hacia el fondo de la habitación. Una gran librería y una serie de armas igualmente terroríficas ocupaban una de las paredes. Al acercarse, se estremeció al comprobar que todos ellos ya habían sido utilizados. Girando la cabeza apresuradamente, se centró en la librería. Los libros que contenía eran nuevos para algunos, o completamente desfigurados por la edad para otros. Pasó la mano por una fila y abrió un libro al azar: latín. Lo cerró al instante.

No tenía sentido molestarse en descifrar un idioma del que sabía muy poco. Abrió otro, mucho más interesante: hablaba de los demonios y sus especialidades, pero aparte de darle escalofríos, nada le interesaba realmente. Se mordió el labio con nerviosismo. Tenía que darse prisa o se notaría su ausencia.

Se apartó de la librería y se acercó al escritorio: había cajones incorporados en el lateral. Dudó y luego agarró la manilla. De nuevo se sorprendió al ver que no había nada cerrado. O bien Westridefort era un hombre despistado, o bien depositaba una notable confianza en sus sirvientes.

Sacó el cajón y se encontró con un montón de papeles. Cartas. Docenas de cartas. Eran formularios en los que se pedía que El Verdugo acudiera a diferentes partes del feudo. Cuando no se trataba de bestias monstruosas, se trataba de duendes malvados, brujas u otras criaturas de la oscuridad.

Todos los formularios fueron tachados y anotados con un amplio y cruzado "Erróneo".

Lucille puso las copias en su sitio y abrió el segundo cajón. Un libro nuevo yacía allí. En su cubierta de cuero, las palabras "MALLEUS MALEFICARUM" estaba escrito en letras doradas.

Se puso rígida de pies a cabeza. Ella conocía este libro. Todas las ciudades del reino del Hombre tenían un ejemplar. Lo recogió temblando, sintiendo que un sudor frío se le desprendía de los hombros. Si alguna vez se sospechara de ella, este libro dictaría la forma de interrogarla.

Justo cuando estaba a punto de leer la primera página, sonaron pasos en la escalera. Lucille dio un salto y se precipitó hacia la puerta, mirando por el ojo de la cerradura. Un criado entraba en la habitación del señor, con los brazos cargados de lino y sábanas. La joven esperó a que él desapareciera de su vista antes de deslizarse por el pasillo y bajar a toda prisa las escaleras. Cuando llegó a la planta baja, corrió hasta la entrada del castillo y subió los escalones hasta sus propios pisos.

—¡Ahí estás! Te he estado buscando —dijo una voz detrás de ella. Katherine se acercó con paso regio—. Mamá se preguntaba dónde has estado. ¿Has terminado de leer? —preguntó levantando una ceja en señal de sospecha.

La charlatana inclinó la cabeza hacia un lado para ver qué libro tenía Lucille en sus manos. Afortunadamente, la tapa estaba girada hacia su pecho.

—No, prefiero leer en mi habitación, si no le importa —respondió apresuradamente, viendo que Katherine intentaba ahora leer el surco del libro.

—Cómo te entiendo. La lectura de esa mujer no es realmente agradable... Sobre todo cuando te obliga a leer un delicioso pasaje bíblico —espetó con desdén. Suspiró, poniendo los ojos en blanco—. Te ahorraré leer algo tan desagradable y sinsentido como ese libro. Adelante, fingiré que me duele la cabeza —añadió encogiéndose de hombros.

Se dio la vuelta y bajó las escaleras hacia el salón.

Lucille se quedó quieta, sin saber qué pensar. En su lugar de origen, hablar de la Biblia con asco se consideraba un pecado. Sin embargo, Katherine no parecía temer a la Providencia: nunca la había visto rezar, y mucho menos confesarse. Era como si no le importara el cristianismo.

Agarrando su libro, la joven se dio la vuelta y cerró la puerta de su habitación. Su escapada había sido corta y no muy gratificante.

El Malleus Maleficarum era ciertamente un libro interesante, pero mucho menos emocionante que un libro real sobre la Oscuridad. Suspirando, se sentó en su cama y comenzó a hojearlo.

El libro parecía estar dividido en tres partes. La primera parte era sobre los poderes y cultos de las brujas, la segunda sobre las defensas a los hechizos, la tercera sobre las instrucciones para los juicios. Empezó a leer las primeras páginas, pero luego se dio por vencida. Los términos eran complejos. Negándose a rendirse tan fácilmente, buscó el índice y comenzó a leer las diferentes partes del libro línea por línea. Su dedo pasó de izquierda a derecha y luego se detuvo. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Hacia la mitad, la palabra "Sabbath" estaba escrita en negrita. Pasó las páginas enérgicamente hasta llegar al lugar detallado en el índice.

—Aquí estás... —murmuró, inclinándose sobre el libro.

Tomó aire y comenzó a leer. Cuando terminó, se levantó y se paseó. Su corazón latía con fuerza contra su pecho. Una ola de calor desagradable la recorría. El miedo.

El Sabbath era algo terrible, lo más terrible que le podía pasar a un ser. Recordó al lobo, el bosque y su propuesta. "Ven al sábado y únete al baile" había dicho.

Era una orden, pero ¿tenía que cumplirla? Si no utilizaba la piel del lobo para hacer una liga, ¿había alguna posibilidad de que acabara allí? Probablemente no. A menos que alguien viniera a buscarla.

Sintió una violenta arcada en su corazón. ¿Qué hacer? Nunca en su vida había estado tan conectada a la oscuridad. ¿Qué había hecho para llegar hasta allí? Claro que entender a los animales y ser capaz de cambiar el color de su pelo era un signo inequívoco de magia, pero ¿la convertía en una secuaz del Maligno? Giró bruscamente la cabeza de izquierda a derecha. No. No lo era. Ella se negó categóricamente.

—¿Señorita?

Lucille se estremeció y escondió el libro detrás de su espalda. Lizzie la esperaba en la entrada de su habitación, sonriendo.

—La cena está servida —señaló la escalera.

—Sí, voy a estar allí.

La criada asintió y se alejó. Lucille esperó a que se fuera del todo antes de esconder el Malleus Maleficarum bajo su pesado colchón y bajar al comedor. Cuando llegó, Lady Meredith y Katherine ya estaban sentadas.

—Estás pálida —dijo Katherine, haciendo un gesto para que un sirviente le sirviera vino.

—Me levanté de la cama demasiado rápido —mintió Lucille.

—¡Dale un trago, que se va a confundir con la cuajada! —dijo Lady Meredith en voz alta. Katherine la fulminó con la mirada.

—De ninguna manera, el agua es suficiente para una dama —refunfuñó.

El criado le sirvió un vaso de agua.

—¿Estás preocupada por la boda? —preguntó Lady Meredith.

Estaba claro que su mentira no había sido convincente.

—No más que al principio —respondió ella.

—No te preocupes, no es tan malo.

—¿Estar atada a un hombre para el resto de su vida?

—Si solo era eso... —se rio melodiosamente—. No, me refiero al otro inconveniente.

Lucille frunció el ceño y Katherine dejó de comer para mirar a su madre, con aspecto serio.

—¿El otro inconveniente...? —preguntó, sin atreverse a pensar lo que realmente significaba esa frase.

Lady Meredith puso los ojos en blanco, exasperada.

—Lo que pasa por la noche —dice simplemente.

—Suficiente —dijo Katherine bruscamente.

Una vena había aparecido en su frente. A su lado, una sirvienta había empezado a sonrojarse. Salió de la habitación, avergonzado. Lucille miró a las dos mujeres por turnos. Se miraban con ojos de odio. Una de ellas parecía estar presa de una ira sin límites, la otra parecía bastante serena.

—No es el momento ni el lugar —dijo Katherine.

—Nunca es el momento ni el lugar —respondió la otra.

—No espere que yo... —empezó Lucille, pero fue interrumpida en su frase.

Fuera, sonó una bocina, seguida de un grandilocuente

"¡Abran las puertas!"

Katherine se levantó bruscamente.

—Han vuelto —dijo, dirigiéndose a la ventana más cercana—. Ve a tu habitación —le ordenó a Lucille, mientras los cascotes empezaban a sonar en el patio.

La joven se apresuró a subir las escaleras. Por fin había llegado la hora de la verdad. Más rápido que cuando había robado el libro, se coló en su habitación, cerró la puerta tras de sí y se asomó a la ventana.

La noche había caído.

En la oscuridad, un grupo de soldados seguidos por siete caballeros entraron en el patio, antorchas en manos. Dos de ellos sostenían una pica en cuyo extremo estaba congelada la cabeza de un animal que Lucille conocía muy bien: Fenrir. Su enorme cráneo atravesado por una lanza dejaba inertes sus bestiales rasgos, mientras que su boca, muy abierta, dejaba ver una hilera de enormes colmillos.

Lucille no tenía miedo a la sangre. En la granja, la vio todo el tiempo. Sin embargo, por alguna razón que no entendía, esta visión la impactó. El lobo que le había hablado dos días antes estaba allí, bajo su ventana, decapitado. La carne de su cuello aún humea. Mientras observaba a los soldados rodear con orgullo a la bestia, lo vio. Entró serenamente en su caballo, rodeó con orgullo a la multitud y luego se dirigió a la entrada principal. Sintió que un sudor frío le recorría la espalda al ver que una enorme piel plateada se extendía sobre la grupa del caballo.

"A los hombres les gustan los trofeos. Yo seré ese trofeo".

Lucille permaneció inerte. El lobo lo había predicho, el lobo le había advertido y el lobo la había invitado solemnemente al Sabbath.

Se quedó mirando el pelaje manchado de sangre y luego se alejó de la ventana. Tenía que encontrar una solución. Caminó durante horas y solo se detuvo cuando dejó de oír el ruido de fuera.

Afuera, todo estaba tranquilo de nuevo. Demasiado irritada para molestarse en desvestirse, se desplomó en su cama con la esperanza de descansar cuando su codo chocó con una incómoda esquina del colchón. Avergonzada por ello, se sentó, palmeó la debilidad y luego dejó escapar una exclamación de asombro. ¡El libro! Se apresuró a sacarlo de su escondite.

Lucille apretó los dientes. Este libro debió ser una importante herramienta de trabajo. Su corazón comenzó a latir con fuerza. No tuvo más remedio que devolverlo. Mañana podría ser ya demasiado tarde.

Haciendo acopio de valor, asomó la cabeza por la puerta de su habitación y observó el pasillo. No había nadie. Tan silenciosamente como le fue posible, bajó las escaleras y cruzó la planta baja. Cuando llegó al oscuro pasillo, se aseguró de que estaba vacío y corrió hacia las escaleras, casi cayendo por los primeros escalones. Apenas se controló, se dijo a sí misma que se calmara y subió las escaleras con más compostura.

Arriba, los pisos parecían desiertos. No se oía ningún ruido a través de las paredes, ni había sirvientes ocupados en ninguna actividad. Lucille caminó lentamente por el pasillo hasta la puerta del armario. Cuando llegó a la puerta, echó una última mirada hacia atrás y la abrió. Al girar, su corazón se detuvo.

Frente a ella, ocho personas estaban ocupadas hablando. Una a una, las voces se detuvieron y todas las cabezas se volvieron hacia ella. Lucille dejó caer su libro al suelo, aturdida. A un lado, en las sombras, Lord Westridefort la miraba con sus ojos de hielo. A su alrededor, los siete Caballeros de la Ejecución Oscura la miraban fijamente.

Capítulo 8

Lucille no miró a Blake Westridefort, pero sabía que él la estaba mirando. Inmediatamente se agachó para recoger el libro.

—Aquí hay una zorra para celebrar el fin de la caza —dijo una voz ronca.

El hombre que acababa de hablar era una torre. Tenía una barba desordenada, el pelo largo y castaño hasta los hombros, poco habitual en un hombre, y una complexión grande y gruesa. Su armadura estaba sucia, al igual que su rostro, cuyos rasgos abruptos estaban acentuados por una serie de cicatrices, cada una tan fea como la siguiente.

—Sin mí, Gauderic.

Más discretamente, un caballero de pesados párpados se había adelantado. Parecía indiferente, pero algo en sus ojos sugería que no era un simple soldado dormido.

—No iba a esperarte, Boursemolle —respondió el otro con una sonrisa burlona.

Se separó del resto de los caballeros y caminó hacia Lucille. Dio un paso atrás.

—Quédate en tu lugar, Gauderic.

Blake Westridefort había hablado con voz fría. El caballero se detuvo y sonrió, como si el anfitrión acabara de decir algo estúpido.

—¿Por qué? —preguntó divertido—. Tomas un hermoso servicio...

—Es de mi prometida de quien hablas —cortó bruscamente.

Todas las cabezas dejaron de mirar a Lucille y se volvieron hacia el dueño de la casa. Hubo un silencio pesado, increíblemente desagradable, y entonces un caballero decidió hablar.

—Mis felicitaciones, mi señor. Su Majestad debe estar encantado —dijo con entusiasmo.

El hombre era definitivamente el mayor de los siete. El pelo de la espalda empezaba a retroceder en la parte superior de la cabeza y su rostro estaba marcado por finas líneas. Unos cuantos mechones plateados se deshilachaban en su pelo castaño.

—Todavía no lo sabe —dijo Blake Westridefort, caminando hacia el centro de la sala.

Todos los caballeros se mostraron sorprendidos, pero ninguno hizo preguntas. Simplemente siguieron a su líder con la mirada, como si acabara de cometer un perjurio.

Lucille no sabía mucho de protocolo, pero sospechaba que no informar de un matrimonio a un monarca era malo, sobre todo si se pertenecía a un círculo social alto. El motivo por el que Blake Westridefort había incumplido esta norma estaba muy claro para ella, pero probablemente era un misterio para su escuadrón.

—Ha sido un largo día, vete a la cama. A algunos de ustedes les espera un largo viaje mañana —dijo el señor, indicando la puerta con la barbilla.

—Es cierto. Sandro y yo estaremos aquí durante unas semanas —dijo el viejo caballero, señalando a uno de los miembros de su equipo.

Rubio y delgado, el tal Sandro asintió. Lucille no tardó en darse cuenta de que era el hombre más joven. Sus ojos se encontraron y ambos miraron hacia otro lado, como si no hubiera pasado nada. Por un segundo se sintió menos sola en este mundo de adultos. Sin haber hablado nunca con él, parecía ser su único aliado en esta sala.

—Le deseo buenas noches —dijo el viejo caballero a Blake Westridefort.

Asintió respetuosamente y salió de la habitación, obligando a Lucille a alejarse de la puerta principal. Los demás caballeros no tardaron en seguir su ejemplo. Al pasar junto a ella, todos la

saludaron respetuosamente, excepto Gauderic, que le dedicó una sonrisa desagradable y burlona. Juró que nunca estaría a solas con él. Cuando él desapareció tras la puerta, ella permaneció inmóvil y en silencio, esperando la sentencia.

Blake Westander estaba apoyado en su escritorio, con los brazos cruzados. En las sombras, sus ojos azules la atravesaron con severidad, pero una asimetría perturbó este espectáculo. En la derecha, su iris estaba rodeado de una mancha de sangre, lo que hacía que su ojo pareciera enfermo y defectuoso. Una desagradable abrasión le desgarró el labio superior. Evidentemente, no era el momento de molestarlo.

—Cierra la puerta —ordenó sin quitarle los ojos de encima.

—Una dama no puede permitirse estar a solas con su futuro marido —contestó suavemente Lucille.

No tenía ningún deseo de estar aislada con él y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para ello: incluso a utilizar las lecciones de Katherine sobre la corrección. Blake Westridefort enarcó una ceja. Si parecía sorprendido por su respuesta, pronto recuperó la compostura:

—La puerta —repitió. Su voz era gélida; era estúpido protestar. Lucille se giró, cerró la puerta y se enfrentó a él—. El libro —dijo, extendiendo una mano llena de cicatrices en su dirección.

No parecía preocuparse por la cortesía: sus frases eran cortas y autoritarias. A Lucille no le importaba. Al menos ninguno de los dos sería hipócrita en sus intercambios. Sospechando, se acercó a él y se lo entregó. Miró la portada, hojeó brevemente las páginas y lo cerró con brusquedad.

—¿Qué estabas haciendo aquí? —preguntó con voz tranquila.

Se sintió sondeada por su mirada, más aún por su ojo inyectado en sangre.

—Estaba buscando respuestas.

Él la miró con más insistencia, y por primera vez en su encuentro ella se sintió ridículamente pequeña. Aunque estaba apoyado en la mesa, sobresalía dos cabezas por encima de ella, y eso no le gustaba. Negándose a someterse a esta diferencia física, siguió sosteniendo su mirada, segura de sí misma.

—Encontrar respuestas en el *Malleus Maleficarum* es tan estúpido como encender una vela a plena luz del día —dijo secamente.

Lucille se sintió hervir. Su ego había sido tocado. Ella abrió la boca para replicar, pero él la interrumpió sin piedad.

—Tuviste la oportunidad de coger cualquier libro de esta sala y elegiste este. Tendrás que explicarme eso.

—Cogí lo que pude —se defendió con una agresividad de la que le hubiera gustado prescindir.

—Dime que has encontrado lo que buscabas o me veré obligado a castigarte por una escapada inútil y estúpida.

—Lo encontré —mintió.

La verdad es que esperaba más respuestas del *Malleus Maleficarum*, pero prefería mentir antes que darle la razón a Blake Westridefort. Le dolía pensarlo, pero su pequeña aventura había sido un fiasco. Incluso si hubiera aprendido más sobre el Sabbath, solo eran descripciones extremadamente vagas del evento, y no había ninguna mención de sus orígenes, su comienzo o su propósito. En otras palabras, conocía los rituales que allí se celebraban, pero desconocía por completo su finalidad.

—Bien —dijo Blake Westridefort, dejando el libro detrás de él—. ¿Sabes que una dama no

puede ir al piso de un hombre sin acompañante?

Lucille levantó una ceja. Aquí él estaba volviendo el juego de la propiedad contra ella. De repente le resultó evidente que a este hombre le gustaba poner a la gente en su sitio. Puede que su tono frío y distante hiciera que su calma pareciera inagotable, pero Lucille sabía ahora que, bajo su exterior desinteresado, a este hombre le gustaba tener todas las cartas.

—En efecto —dijo ella, sin dejar de mirar.

—¿Así que sospechó que esta habitación estaba prohibida para usted, especialmente porque es mi oficina?

—No lo niego en absoluto.

—Entonces, ¿admite que nada de esto le disuadió de entrar?

Lucille sintió que una ola de ira la recorría. Blake Westridefort estaba demostrando por A más B que era irremediablemente culpable. Debajo de sus tontas preguntas estaba el argumento de un juicio en el que ella no tenía circunstancias atenuantes. Castigarla ahora habría ahorrado tiempo, pero él parecía preferir humillarla.

—Reconozco que el candado me hizo dudar, pero resultó ser innecesario: su despacho estaba abierto.

—¿Crees que esto es una razón para entrar en esta sala?

—Ni mucho menos, pero hay que reconocer que poner una cerradura y luego dejar la puerta abierta es tan estúpido como usar una vela a plena luz del día.

El silencio. La miró fijamente. Si él intentaba humillarla, ella sabía cómo tomar represalias. Ahora le tocaba a él defenderse. Extrañamente, sonrió. Solo duró un segundo, pero fue lo suficientemente breve y degradante como para que ella lo notara. La despreciaba, y esta respuesta no había provocado en él más que una pequeña, imperceptible y ridícula diversión.

—No es necesario que la puerta esté cerrada. Basta con que se corra la voz de que esta habitación está maldita.

—No estoy segura de que el rumor sea tan eficaz como para mantener alejados a los curiosos —respondió Lucille, poco convencido.

—Vienes del campo, ¿no?

Ella asintió.

—¿Qué pasaría si yo, albacea de la oscuridad, dijera a la gente de tu pueblo que la casa del herrero está maldita?

—Se alejarían de ella.

—Sí —respondió, asintiendo—. Cuando se trata de la oscuridad, la gente no solo escucha mis palabras, sino que se las bebe.

Lucille pudo ver a dónde quería llegar: el ejecutor de la oscuridad era para cualquier ser humano el guardián de la luz en relación con la oscuridad. Desobedecerlo no solo era pecaminoso, también era exponerse a grandes riesgos. De repente se sintió estúpida por no haber pensado en esto antes.

—Entiendo que tienes muchas preguntas. Tienes curiosidad, yo también, sé lo que es —dijo el señor de repente.

Ella lo miró con asombro. En vista del carácter autoritario que había mostrado hasta ahora, ella esperaba todo menos una muestra de compasión.

—Hay que tener paciencia: cuanto menos se sepa, mejor —dijo.

—No te das cuenta de lo...

—Tengo una vaga idea —dijo—. ¿Te gusta tu criada?

Había encadenado las dos frases sin dudar.

—¿Perdón?

—¿Te gusta tu criada? —repitió, molesto.

Lucille frunció el ceño, desconfiada.

—Sí, hace un buen trabajo. ¿Por qué lo preguntas?

—Perfecto. Será tu castigo. —Blake Westridefort rodeó su escritorio, se sentó y comenzó a hojear distraídamente el *Malleus Malleficarum*—. No me gustan los castigos físicos —dijo mirando a Lucille—. Prefiero los emocionales. A partir de ahora, cada vez que cometas un error, tu criada lo pagará. ¿Está claro?

—No te atrevas a tocarla —respondió Lucille.

Su calma le sorprendió ante su dura amenaza. Lizzie era la única persona con la que se llevaba bien en esta casa. Hacerle daño era impensable, sobre todo si era culpa suya.

—Ya te lo he dicho: no me gustan los castigos físicos —repitió Blake Westridefort con fastidio—. Hay otras formas de castigar. Puedes juzgar por ti misma mañana.

Lucille apretó los dientes. Se moría de ganas de romper algo, de destrozar la habitación o de lanzarse sobre él. Frunciendo los labios, giró la cabeza y caminó con paso firme hacia la salida. Justo cuando ella alcanzó la manija, él la llamó.

—Acabas de comprometerte —dijo—. Ahora que mis hombres saben de nuestro compromiso, no puedo guardarlo para mí. Tengo que decírselo a Su Majestad. ¿Sabes qué significa eso?

Por detrás, Lucille se limitó a girar ligeramente la cabeza para indicar su interés.

—Hay muchas posibilidades de que nuestro matrimonio se haga oficial en la corte —dijo con frialdad.

Se estremeció y cerró la puerta tras de sí.

Sin esperar un segundo más, caminó rápida y mecánicamente hacia su habitación.

—El tribunal... —murmuró mientras se recostaba en su cama.

Si el anuncio podía hacerla soñar, sabía que era traicionero y peligroso para su posición. Cuando dijo corte, se refería a los nobles y al clero. Y si había un camino que no deseaba cruzar, era el de la Iglesia. Se sentía atrapada.

A la derecha estaría el ejecutor de la oscuridad y sus hombres, a la izquierda el tribunal y la Iglesia. Si alguna vez fuera desenmascarada... Cerró los ojos con fuerza y movió la cabeza de izquierda a derecha. No tenía sentido pensar en ello. Por ahora, tenía que intentar sobrevivir.

Envolviéndose en su manta, se quedó mirando la ventana por un momento, y luego se quedó dormida.

—Lo siento, señorita, llego tarde a su llamada de atención.

Lucille jadeó y abrió los ojos. Frente a ella, Lizzie estaba abriendo la ventana de par en par. Su pelo oscuro estaba enmarañado y su vestido arrugado. Activa, se apresuró a quitar las sábanas y a ordenar la habitación. Lucille no tardó en darse cuenta de que se estaba comportando de forma extraña. Nunca la había visto tan apurada.

—¿Va todo bien, Lizzie? —preguntó, sentándose.

La criada se detuvo entre sus gestos.

—Sí, señorita. ¿Por qué lo pregunta?

—Parece que estás asustada.

—Oh... —se rio forzadamente—. Me han dado un montón de cosas que hacer, y no sé dónde acudir. ¿Durmió con la ropa puesta?

La miró con ojos grandes. Lucille se miró a sí misma y se encogió de hombros. Había sido una noche emotiva y ni siquiera se le había ocurrido desvestirse. Esa era la menor de sus

preocupaciones.

—Quería estar sola, sin un sirviente que me ayudara a hacer nada —se justificó torpemente.

—No dude en llamarme la próxima vez. Este tipo de ropa la pueden quitar dos personas —dijo la criada, antes de sumergirse en su armario para conseguir un nuevo vestido.

—¿Qué te tiene en ese estado? ¿Te han hecho daño? —preguntó Lucille, siguiéndola con la mirada.

—No, señorita. ¡Qué idea! Tome, póngase esto, por favor.

Lizzie se apresuró a entregarle la primera prenda.

Lucille se la puso y la joven criada procedió a vestirla y a peinarla. Sus movimientos fueron tan rápidos que Lucille hizo una mueca de dolor cuando le apretó el corsé. Unos minutos más tarde, miró el resultado, satisfecha, y detuvo su loca carrera para tomar aire. No tenía tiempo. Alguien llamó a la puerta. La criada fue a abrir.

—Lizzie, te necesitan en el taller —dijo otra criada, con una arruga de preocupación en la frente—. Será mejor que te des prisa.

—Ahora mismo voy —respondió ella, sonrojada.

—Lizzie es mi criada. Ella se queda aquí —intervino Lucille con firmeza.

La criada la miró con extrañeza.

—Mis órdenes vienen de Lord Westridefort. Con el debido respeto, señorita, debemos satisfacerlo.

—Dile a Lord Westridefort que venga a buscarla él mismo. Lizzie no se moverá de aquí.

Las dos sirvientas se quedaron asombradas de su impertinencia y luego intercambiaron miradas de preocupación. Lizzie giró la cabeza frenéticamente de un lado a otro, con una mirada preocupada.

—Vendré a ayudarle en cuanto pueda —le dijo a Lucille.

—No te muevas de aquí, Lizzie —respondió.

Ella sabía exactamente lo que Blake Westridefort estaba haciendo, y no tenía intención de dejar que se saliera con la suya. Agotar a su criada en el trabajo era un castigo físico, dijera lo que dijera.

—No quiero problemas —dijo Lizzie, mirando a Lucille.

—Eres mi criada.

—Por favor...

Los ojos de la doncella se abrieron de par en par por el miedo. Lucille nunca la había visto en ese estado. Permaneció en silencio, juzgando a la sirvienta. Si Lizzie se quedaba aquí, pagaría el precio. Solo había que ver su reacción para entenderlo.

Blake Westridefort parecía tan intransigente como su abuela. Tal vez era incluso peor... Lucille se dio la vuelta, molesta. Quería demostrarle a ese hombre que no la impresionaba, que no le asustaban sus órdenes y menos aún sus estúpidos y crueles castigos. ¿Merecía la pena?

—Adelante —respondió la joven, negándose a mantener el suspenso por más tiempo.

Por la forma en que Lizzie recuperó el color, supo que estaba aliviada. Las dos doncellas se inclinaron y se fueron. Lucille se sentó un momento en su cama y luego se dirigió a la ventana.

Capítulo 9

Fuera, un caballero montaba a caballo.

Gauderic.

Lucille lo reconoció desde ahí, con su largo pelo castaño y su imponente complexión. A su lado, el caballero de los párpados pesados le acompañaba, más alegre. Le hubiera gustado llamarlo de otra manera que no fuera Boursemolle, pero ese era el único nombre que recordaba de él.

Más allá, Blake Westtander les hablaba, con la mano en el pomo de su espada. Por la forma en que los saludó, sospechó que eran los últimos en salir del castillo. El sol ya estaba alto en el cielo, y si se refería a lo que había dicho el señor, la mayoría tenía un largo camino por recorrer.

Se separó de la ventana y bajó al salón.

Katherine y Lady Meredith estaban hablando. Cuando la vieron, ambas mujeres se callaron. Hubo un momento de pausa en el que nadie se movió, y entonces Katherine la miró fijamente. Ordenó a los sirvientes que se fueran y les señaló un asiento.

—Tenías que hacer un escándalo el día antes de que se fueran —refunfuñó, agarrando un libro.

Sus nudillos se volvían blancos al chocar contra la tapa del libro.

—Lo hecho, hecho está —respondió Lady Meredith con neutralidad, antes de volver a coser.

—¿Puedo preguntar cómo ocurrió este incidente? —preguntó Katherine con agresividad.

Lucille guardó silencio durante unos segundos. Blake Westridefort no parecía haber mencionado el incidente en la biblioteca.

—Me crucé con ellos en la esquina de un pasillo —dijo.

Las dos mujeres la observaron en silencio. Por la mirada de sus caras, ella sabía que estaba mintiendo. La sentencia no se hizo esperar. Sin previo aviso, el libro que Katherine sostenía voló hacia ella y se estrelló contra su cara. El acto fue tan violento que incluso Lady Meredith se sobresaltó.

—¡Pequeña zorra, nos estás poniendo a todos en peligro!

Una vena recorría su frente y su rostro se contorsionaba de ira. Lucille se levantó de su asiento, preparada para esquivar otro golpe.

—Contrólate, muchacha —exclamó Lady Meredith.

Todavía sentada, había interrumpido su costura para dirigir su mirada a Katherine. Miró a Lucille por última vez y se dejó caer en su propio asiento.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró, poniéndose una mano en la cara—. ¿Estamos planeando la boda para los próximos días?

Lucille abrió mucho los ojos. Estaba fuera de lugar.

—¡No, es una mala idea! Ahora que los caballeros lo saben, supongamos que la capital también lo sabe —respondió Lady Meredith, recogiendo su costura.

La flema de esta mujer siempre sorprendía a Lucille.

—¿Y luego qué? ¿Esperamos a que el rey nos ordene hacer la boda de la corte?

—Exactamente, hija mía. Ahora que la información se ha filtrado, no hay necesidad de arriesgarse a desafiar el orgullo de Su Majestad insistiendo en celebrar esta boda ante sus narices.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que lo descubra?

—Todo depende del aspecto de los caballeros. He oído que Sandro y John fueron los únicos que fueron a la capital.

—¿Hablarán de ello?

—Deben hacerlo. El caballero Sandro es el último de los hijos de los Martinelli. Esta familia es aún más viciosa que el Maligno. Harán hablar a su hijo en cuanto ponga un pie en tierra.

Lucille pensó en el joven caballero rubio. Claramente, no parecía tan amistoso como creía.

—Si Su Majestad se entera de que Blake planeaba comprometerse sin avisar, nos encontraremos en una posición aún más incómoda de lo que ya estamos —murmuró Katherine, mordiendo el labio—. Debemos adelantarnos a estos caballeros.

—Se hará —intervino una voz desde el fondo de la sala.

Lucille se estremeció y luego se volvió hacia la persona que acababa de entrar en el salón. Blake Westridefort cerró la puerta tras de sí y cruzó la habitación con paso rígido y mecánico. Dejó que sus ojos siguieran su gélida apariencia hasta que se situó junto a Lady Meredith. De pie junto a su abuela, parecía incluso más alto que de costumbre.

—Enviaré un mensaje a Su Majestad en breve. Eso te deja dos o tres semanas —dijo fríamente.

—¿De dos a tres semanas? —preguntó Katherine con voz suave.

Su enfado había sido sustituido por un comportamiento tranquilo y apacible. Lucille miró con duda este cambio de comportamiento.

—Dos o tres semanas para entrenarla más —dijo Blake Westridefort. La miró con ojos de hielo—. Sigue hablando como una campesina, sigue sin ropa y definitivamente no conoce su lugar como mujer.

Su tono era tan desconcertantemente neutro que resultaba paradójicamente austero. Ella no respondió, solo le dirigió una mirada tan desagradable como la suya. Por la forma en que su mandíbula se apretó, ella supo que él no lo apreciaba. Los sujetos se inclinan ante los señores, ella debía hacer lo mismo.

Sin previo aviso, se acercó a ella y la miró desde su altura. Ella retrocedió y su espalda chocó contra una mesa.

—Que no me guste el castigo físico no significa que no lo lleve a cabo. ¿Lo entiendes?

Había bajado la voz para que Katherine y Lady Meredith no lo oyeran. Lucille sintió que su corazón latía con fuerza. La tensión palpable la hacía tensarse más de lo debido. Agarrándose a la mesa detrás de ella para no caerse, miró sus ojos desorbitados y su rostro herido con absoluta desconfianza.

—Lo entiendo, milord —espetó con más ironía que cortesía.

La miró sin moverse durante unos segundos y luego giró bruscamente la cabeza hacia Katherine y Lady Meredith, que parecían estar hipnotizadas por la escena.

—Tienes tres semanas para entrenar a esta chica —dijo simplemente, como si pidiera un baño.

Se dio la vuelta y salió de la habitación sin más. Frente a Lucille, las dos tertulianas le observaban sin decir nada. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Estaba enfadada, y su rabia empezaba a ahogarla como una serpiente que se enredaba en su cuello. Sin pensarlo, salió furiosa de la habitación y subió las escaleras, cegada por su orgullo herido y pisoteado. Justo cuando estaba a punto de girar hacia un pasillo, chocó con una criada que pasaba por allí. Cuando la reconoció, se disculpó lastimosamente, pareciendo asustada.

—Estoy confundida, señorita.

—No es nada, solo un accidente —dijo Lucille, frotándose la cabeza.

La criada se apresuró a guardar las cosas que se le habían caído. Todavía cegada por la conmoción, Lucille la ayudó lo mejor que pudo agarrando lo que parecían ser trozos de tela al azar. Era suave y sólida al mismo tiempo. Hizo un gesto de dolor y abrió los ojos. Una piel de lobo. Dejó caer apresuradamente lo que acababa de recoger.

—Será el abrigo de mi Señor —dijo la doncella con orgullo, mirando la calidad del pelo. Tengo que llevarlo al taller, el resto del corte no está terminado.

Lucille se atragantó de sorpresa. En su cabeza resonó la voz de Fenrir: "Cuando tu marido me haya matado, utilizará mi piel para hacer un abrigo."

Al juzgar a la criada, se sintió abrumada por la noticia que acababa de darle. Todo lo que Fenrir había predicho estaba sucediendo.

—Le deseo un buen día —dijo la criada, sacándola de su ensoñación.

La criada cogió el resto de las pieles, las dobló y desapareció por las escaleras. Girando la cabeza, Lucille se dirigió directamente a su habitación. Al abrir la puerta de sus aposentos, casi se desplomó en el suelo cuando su pie resbaló en una tira gris extrañamente sedosa. Se agachó, lo recogió y lo arrugó en su puño.

—Otro trozo de la piel de la bestia... —susurró para sí misma.

La criada no había recogido todo.

Con los ojos fijos en la muestra, Lucille pensó en todo lo que había vivido hasta ahora. El lobo había predicho cosas como si conociera el futuro. ¿Era posible? Ella esperaba que no.

—¿Lucille? —gritó una voz desde el pasillo.

La joven se levantó de un salto y escondió la tira de piel en una caja. Katherine apareció en ese momento.

—¿Quién te ha dado permiso para venir a tu habitación? Baja, maleducada —dijo, apartando un largo mechón de pelo oscuro de su hombro.

Lucille asintió y salió de sus aposentos. Al echar un último vistazo a la caja, no pudo evitar temer por el futuro. Fenrir nunca había tenido más razón que ese día.

Capítulo 10

—¿En el noreste? —dijo Lady Meredith, con suspicacia.

Katherine asintió sin rechistar. Vestida con su mejor traje de viaje, ya estaba instalada en el carruaje y esperaba pacientemente a que su madre y Lucille se reunieran con ella.

—Pensé que íbamos a la capital. Fontanelle. La Grande, está en el sur del país —comentó Lucille con el ceño fruncido.

—El rey desea que el Ejecutor Oscuro vaya a Noir Marrais —dijo, dando un golpecito en el asiento para invitar a las dos mujeres a acompañarla.

—No lo sabía —respondió Lady Meredith con una mueca.

—Lo escribí en el mensaje que siguió a la invitación al tribunal. Por favor, toma asiento.

—No he planeado ningún aseo para ir al Norte.

—Yo tampoco —dijo Lucille.

—He pedido a tus sirvientes que se encarguen de eso. Ahora sube las escaleras.

Katherine les dirigió una mirada que no podía ser más molesta. Lady Meredith murmuró algunos insultos y luego subió al coche seguida por Lucille. El cochero cerró la puerta tras las dos mujeres.

—¿Por qué desea Su Majestad que Lord Westridefort visite el Norte? —preguntó Lucille con una mirada curiosa a Katherine.

—No lo sé. Blake me hizo saber que íbamos a Noir Marrais por orden del Rey.

Lucille asintió. Su breve experiencia con el hombre le había enseñado que odiaba que le pidieran explicaciones, más aún cuando se trataba de sus obligaciones.

Miró por la ventana. Fuera, el patio estaba irreconocible. Había baúles, caballos y caravanas por todas partes. La carta había llegado hacía tres días, y desde entonces ningún criado había respirado.

Como Lady Meredith había predicho, el rey había exigido que Blake Westridefort se casara en la capital y que se dignara a presentarle a su novia. Desde entonces, Lucille no había podido dormir. Aunque las lecciones de Katherine y Lady Meredith habían sido drásticas en las tres semanas anteriores al mensaje, estaba claro que no eran suficientes, especialmente cuando se trataba de bailar. Pasar de campesina a damisela no era algo que pudiera hacerse en un mes, y Lucille tenía motivos para estar preocupada.

—¡En marcha!

Blake Westridefort acababa de montar su caballo. Pasando al galope por delante del carruaje, hizo una señal a la caravana para que se moviera. Un minuto más tarde, Lucille vio con asombro cómo se deslizaban las puertas del castillo. Desde que llegó, había soñado con abandonar este lugar. Ahora que las puertas se estaban cerrando, empezaba a temer lo que iba a pasar después. Abandonar el feudo de los Westridefort significaba exponerse a la corte y a la Iglesia.

—Tenemos que aclarar algunas cosas —dijo Katherine de repente, mirándole con sus ojos de cierva.

—Le escucho —respondió Lucille, sorprendida por su comentario.

Katherine cerró las cortinas y la observó atentamente.

—Ahora que has salido del castillo, no estás a salvo en ningún sitio. Confía solo en Lady

Meredith, en Blake y en mí. No confíes en nadie, ¿me oyes? Nadie.

Lucille asintió. No le gustaba el tono agresivo que estaba adoptando la charlatana, pero entendía que le valía para sobrevivir.

—Hemos hecho correr la voz de que procedes de una pequeña familia de clase media del norte del feudo —continuó en el mismo tono—. Tu nombre sigue siendo Turner, hay al menos quince clanes ricos con ese nombre.

Lucille digirió esta noticia lo mejor que pudo. Fingir ser otra persona era un acto obvio, pero solo confirmaba que estaba en peligro y tenía que seguir fingiendo ser alguien que no era.

—¿Merece la pena todo esto? —preguntó mientras abría ligeramente la cortina para ver pasar el paisaje.

—¿Perdón? —dijo Katherine, levantando una ceja.

—¿Conseguir que su único hijo, el Ejecutor Oscuro, se case con una bruja...? ¿Merece realmente la pena?

Dejó de mirar al exterior y se volvió hacia el escudero. Katherine se había puesto pálida. Apretó los dientes y se quedó en silencio. Fue Lady Meredith quien respondió en su lugar.

—Créeme, vale la pena el esfuerzo.

La abuela de la familia, con sus rasgos extrañamente juveniles, parecía de repente más vieja de lo habitual. Sus ojos se habían vuelto oscuros y decididos. Lucille se estremeció al darse cuenta.

—¿Sabré alguna vez por qué?

—Cuando llegue el momento —respondió la abuela.

Katherine no intervino en ese momento, ni durante el resto del viaje. Congelada frente a su ventana, parecía estar hipnotizada por la tela de la cortina. Lady Meredith, por su parte, se había refugiado en la lectura de la Biblia. Lucille leyó durante las dos primeras horas, se durmió a la tercera y se despertó cuando la caravana se detuvo. La puerta del carruaje se abrió a un camino arbolado.

—¿Ya hemos llegado? —le preguntó al cochero, que le tendía la mano para que se bajara.

—¡De ninguna manera, señorita! No hemos llegado ni a la cuarta parte del viaje.

—¿Cuánto durará esta escapada?

—Seis días, señorita.

—¡Es aún peor de lo que pensaba!

Bajó las escaleras después de Lucille y se quitó el polvo del vestido.

—Ve a estirar las piernas, no vamos a llegar pronto —dijo señalando el camino.

Frente a Lucille, las caravanas se habían detenido en desorden, haciendo el camino completamente intransitable. Vio salir de los carruajes, los soldados y los sirvientes, y luego se paseó por los árboles antes de ver una cara que conocía muy bien.

Sentada sobre una pila de baúles, con la cabeza apoyada en la pared de un carruaje, Lizzie dormía, completamente agotada por las últimas semanas. Lucille apenas la había visto desde que Blake Westridefort le exigió tantas locuras. Estaba tan ocupada que a Lucille le habían dado otra criada.

—Lizzie —llamó suavemente.

La joven jadeó y miró a su alrededor de forma histérica. Estaba mortalmente pálida y las ojeras rodeaban sus pálidos ojos. Lucille no tardó en darse cuenta de que también había adelgazado increíblemente.

—Señorita, es un placer verla —dijo la joven criada, bajando del carruaje para hacer una reverencia.

Cuando cayó de pie, hizo un gesto de dolor. Lucille observó cómo su débil cuerpo luchaba por no caer hacia delante.

—Te ves tan débil —susurró con expresión de preocupación.

—No he dormido mucho en las últimas semanas, lo reconozco. Había mucho que hacer.

—Por supuesto —murmuró Lucille.

No se dejó engañar. Blake Westridefort había pedido que un trabajo monstruoso recayera sobre los hombros de la criada.

—Me alegro de que su nueva criada le cuide bien —dijo Lizzie, ofreciéndole una sonrisa encantadora.

—No es tan buena como tú —suspiró Lucille.

Lizzie parecía terriblemente triste por ello.

—Prometo hacer todo lo posible para volver a cuidarle. A partir de ahora, me aseguraré de levantarme temprano para...

—No, realmente no es necesario, Lizzie. Solo haz lo que te digan —contestó Lucille de inmediato.

En un gesto de solidaridad, había tomado las manos de la joven. Cuando las sujetó, vio que la sirvienta se ponía rígida de pies a cabeza y gemía. Inmediatamente le soltó los dedos.

—¿Tus manos? ¿Qué les ha pasado? —gritó al ver que sus nudillos estaban arañados y quemados.

—No es nada, señorita. Me duelen las manos de tanto trabajar. A mí me pasa lo mismo con los pies. Tengo que caminar mucho.

Lucille miró la piel magullada de la criada y luego se apartó.

—Vuelve a subir al carruaje —le ordenó a la criada.

Sin esperar un minuto más, se puso en marcha para unirse a la parte delantera de la caravana. Al contrario de lo que pensaba, había un largo camino hasta la primera fila y se encontró desesperada cuando tuvo que entrar y salir entre los caballos y el resto de la gente. Cuando finalmente llegó a la cabeza de la línea, reconoció a Blake Westridefort hablando con sus soldados. Inclinado sobre un mapa, iba señalando puntos mientras daba indicaciones.

—Mañana habremos superado esas colinas. Como hoy, quiero hombres en el frente y en la retaguardia —hizo una pausa.

Levantó sus gélidos ojos hacia Lucille. De inmediato, sus soldados se contuvieron. Hubo un breve silencio, y luego reanudó su frase como si no hubiera pasado nada. Cuando terminó, despidió a sus hombres y se quedó un momento contemplando el mapa, en silencio. Parecía tan concentrado que Lucille temía haberlo olvidado.

—¿Por qué no estás cerca de tu garrapata? —le preguntó con fastidio cuando ella iba a señalar su presencia.

—Tengo que hablar contigo sobre...

—¿Sobre qué? —interrumpió bruscamente.

Tenía un don para interrumpir a la gente. Lucille apretó los dientes, tomándolo con calma.

—Me gustaría que dejaras de atormentar a mi criada.

No respondió, más absorto que nunca en su mapa. Ella quiso seguir discutiendo cuando él dobló bruscamente el mapa y se subió a su caballo.

—Adelante —exclamó a la caravana.

Inmediatamente, la multitud comenzó a moverse en todas las direcciones para volver al viaje. A la cabeza de la cola, Blake Westridefort ya empezaba a hacer avanzar su montura. Lucille frunció el ceño, insurgente, y luego trotó para seguirle el paso. Mirando hacia él, se sintió

molesta por su descortesía.

—¿Ha oído mi señor mi petición? —preguntó cortésmente, como le había enseñado Katherine.

Esperaba que mostrar su buena voluntad le tocara de alguna manera, pero nada parecía llegarle. Indiferente, siguió avanzando a pesar de su presencia.

—Lo he oído —se burló sin mirarla.

—¿Y?

Volvió sus pálidos ojos hacia ella. La mirada era tan desagradable que Lucille frenó de repente, como si le impidiera ir más allá.

—No —dijo simplemente.

Sin decir nada más, giró la cabeza y siguió caminando un poco más. La respuesta había sido tan brusca que Lucille se había detenido en seco. Su corazón latía con fuerza contra su pecho. ¿Cómo podía ser tan grosero cuando ella ya se había encargado de hacerle esa petición? Apretando su agarre, se apresuró a unirse a él. Apenas dio un paso en su dirección, lo vio girar la cabeza, dirigiendo una mirada voraz hacia ella.

—Un paso más y pediré que le quiten la cabeza.

Giró la cabeza y puso a su caballo al trote. Lucille se detuvo, al igual que su corazón. Blake Westridefort acababa de sugerir que Lizzie acabara en el extremo de una pica. Permaneció inmóvil en el lateral durante unos segundos, y luego se alejó en dirección contraria, con el rostro cerrado por la ira. Cuando volvió a subir al carruaje, todavía no se lo podía creer. Tardó unos diez minutos en volver a bajar.

Cuando lo hizo, no le sorprendió descubrir que lo odiaba. Era mejor para ella alejarse lo más posible de Lizzie. Cuanto más interés mostraba, más disfrutaba Blake Westridefort torturándola.

—Lee esto —dijo de repente Lady Meredith.

Le entregó un libro: la Biblia.

—Ni hablar —respondió Lucille con voz siniestra.

—¿Parece que te estoy haciendo una pregunta?

Lucille miró a la viaja con fastidio y luego tomó el libro.

—¿Por qué quiere que lea este libro?

—Para engañar al enemigo, hay que mezclarse con él.

Lady Meredith respiró satisfecha y se puso a leer una novela que no tenía nada que ver con la Biblia. Lucille leyó las tres primeras páginas y luego la dejó sobre su regazo. Pasó el resto del día durmiendo o mirando por la ventana.

La caravana no se detuvo hasta el atardecer en una pequeña aldea con una sombría y anticuada posada; el propio dueño parecía venir de otra época.

Todo el pueblo tuvo que acudir en su ayuda para restablecer toda la caravana, que pasó la noche en el pueblo y volvió a partir de madrugada. Esto duró tres días. Al cuarto día, Lucille sintió que el clima se volvía más frío. Pidió una capa para cubrir sus hombros y se arrepintió amargamente de su elección cuando vio la prenda.

Con un cuello de piel, pensó por un momento que era de Fenrir, pero luego se dio cuenta de que el pelo era mucho más claro y no tenía nada que ver con el pelo plateado del gran lobo. Aliviada, se envolvió en ella y miró al exterior. El aire no era frío, pero sí inusualmente fresco para el verano. La caravana se dirigía definitivamente al sur.

Capítulo 11

Al día siguiente, entre dos aldeas abandonadas, salieron de un bosque y cruzaron una estepa. Por encima de ellos, se cernían espantosas nubes grises y un viento helado azotaba sus cuerpos, ya magullados por el viaje. El ambiente era sombrío y extrañamente húmedo. Pasaron el resto del viaje caminando a duras penas, luchando contra los escalofríos y la incomodidad de los carruajes.

—Hemos llegado.

Lucille abrió los ojos.

Katherine y Lady Meredith miraban por la ventana con ojo crítico. Picada por la curiosidad, Lucille siguió su ejemplo. En el exterior, muy por delante de ellos, se alzaba una fortaleza. Era lo más espectacular que había visto nunca. Espoleada por un entusiasmo que no sabía que tenía, abrió la puerta del coche en marcha y se inclinó como pudo para ver el paisaje.

—¡Por el amor de Dios, cierra esa puerta, Lucille! Hace mucho frío —exclamó Katherine de inmediato, pero no le importó.

Justo delante, un pico rocoso perturbaba el campo abierto de la estepa. Gigantesca, la montaña parecía vigilar su territorio. Lucille se dio cuenta de que la fortaleza no estaba construida en la cima del pico, sino que estaba incrustada en la roca, como si hubiera sido tallada en la piedra. La montaña no era el soporte de la fortaleza, era la fortaleza. Detrás de ella, una espesa nube enmascaraba el resto del horizonte, hasta el punto de que a sus pies, las casas de los campesinos se extendían durante unos kilómetros antes de quedar ocultas tras las altas murallas.

—¡La puerta, por favor! —volvió a gruñir Katherine por debajo de ella.

Lucille salió de su contemplación y se sentó de nuevo en su asiento.

—Es increíble —dijo, mirando a las dos mujeres.

—Es tu pelo el que luce increíble. El viento te ha maltratado el pelo —se burló la charlatana—. Ven aquí y te lo arreglaré.

Lucille cumplió, pero se quedó junto a la ventana para no perderse ningún movimiento del carruaje. Cuando Katherine terminó de acicalarla, la caravana había cruzado las murallas hasta el corazón de la ciudad.

Una multitud se había reunido cerca de la carretera principal para ver pasar la procesión. Lucille se desconcertó al ver que todos parecían enfermos o debilitados. Sus ropas eran aburridas y estaban embarradas, como si solo hubiera agricultores en toda la ciudad.

—No voy a hacerme un vestido aquí —dijo Lady Meredith—. Mira a estos pobres niños, son increíblemente feos.

—Madre... —Katherine simplemente suspiró mientras cerraba su cortina.

A ella no le importaba la chusma, pero Lucille estaba tentada de hacer lo mismo. Los habitantes los miraban como bestias curiosas y ella tenía la desagradable impresión de ser un trozo de carne. El calvario llegó a su fin cuando el autocar tomó una vertiginosa pendiente por un camino empinado. Tras una subida de cinco minutos, el vehículo entró finalmente en un gigantesco patio.

—Es hora de hacer tus lecciones —dijo Katherine mientras se bajaba la cremallera del vestido—. Recuerda: solo mamá, Blake y yo sabemos quién eres.

Lucille asintió. No tenía intención de ser descubierta. Justo cuando iba a señalarlo, el

cochero abrió la puerta y le tendió la mano. Lo cogió y se bajó del coche.

En cuanto puso el pie en el suelo, se giró para observar el patio. El patio era extremadamente vasto, enmarcado por altos muros o paredes de roca con aspilleras. Todo era gris, negro y frío. En el cielo, una docena de cuervos volaban en círculo.

—Mal presagio —susurró.

—Lugar equivocado —replicó Lady Meredith, también mirando a los pájaros.

—¡Ahí estás, Enforcer!

Una voz masculina habló. Las dos mujeres giraron la cabeza hacia el recién llegado. Mientras le veían bajar los escalones de la entrada, parecían desconcertados. El señor de este lugar era gris, pálido y tenía una barba tan apagada como su feudo, pero lo que les inquietaba era la corona de metal oxidado que llevaba en la cabeza.

Nadie podía llevar corona, excepto el rey. Por primera vez en cuatro días, se permitió mirar a Blake Westridefort, unos metros por delante de ella. También él había bajado de su caballo y observaba la escena con especial interés. Es cierto que su gélida indiferencia no dejaba lugar a un asombro drástico, pero sus ojos voraces bastaban para dar una idea de su disgusto. Silencioso, tardó en acercarse al señor.

—Girart Sans Personne está tan loco como la última vez que lo vi —murmuró Lady Meredith.

—Por favor, cállate —susurró Katherine, mirando a su madre.

—¿Girart Sans Personne? —preguntó Lucille con el ceño fruncido.

—Ese es el nombre del espécimen —respondió Lady Meredith.

Blake Westridefort se acercó para saludarlo a su vez. Lord Girart lo tomó cariñosamente del brazo, sonriendo con todos sus dientes.

—Por fin te has decidido a visitarme —dijo entusiasmado—. No es por falta de escribirte.

Blake Westridefort se quedó mirando su corona durante medio segundo y luego hizo como si nada.

—Tengo mucho que contarte.

—Perfecto, ¡veremos todo eso en un gran festín!

Entonces, de repente, se inclinó para mirar a los que acompañaban al señor. Cuando vio a Katherine, su actitud cambió radicalmente. Sus ojos se llenaron de asombro cuando se acercó y la saludó con un impecable besamanos. Katherine no reaccionó, como si estuviera acostumbrada a este tipo de comportamiento.

—Hace años que no la veo, Lady Katherine —dijo, soltando su mano con respeto—. Está exactamente igual que como le recordaba. El tiempo no le afecta.

—Y en mí tampoco —se burló Lady Meredith—. Debe ser de madre a hija.

Lord Girart sonrió a la mujer que acababa de hablar. También le besó la mano, y lo compensó con una pirueta improvisada.

—No hace falta decirlo. La hija es solo el resultado de la madre —añadió con una sonrisa.

Luego miró a Lucille con interés. Recordando sus lecciones, hizo una reverencia.

—Esta es la encantadora prometida de Blake Westridefort.

—Lucille Turner, mi señor —respondió la joven.

—Encantadora. Increíblemente encantadora —repitió, mirándola fijamente.

Luego se volvió hacia Blake y fue a reunirse con él enérgicamente.

—Eres realmente el hijo de tu padre, Blake Westridefort. Las mujeres que eliges son hermosas.

Lucille no pudo evitar mirar hacia otro lado, molesta. Si ese viejo señor supiera cómo se

conocieron...

—¡Adelante, amigos! La cena está servida —exclamó de repente Girart.

Hubo un gran revuelo y todos los criados comenzaron a descargar los baúles, a charlar y a aventurarse en los recovecos del patio.

Lucille se dirigió a la entrada del castillo y subió la quincena de escalones que conducían a él.

Al pisarlos, se dio cuenta de que estaban agrietados y cubiertos de hierba muerta. Cuando por fin entró en la casa, entrecerró los ojos para acostumbrarse a la oscuridad: el lugar estaba oscuro y mal iluminado. Por encima de su cabeza, una enorme torre se elevaba verticalmente, bordeada de escaleras igualmente descuidadas. Había puertas a la izquierda y a la derecha, y el lugar no era más cálido que el exterior. Esta fortaleza era un verdadero laberinto, pero sobre todo una increíble cripta de piedras enmohecidas.

—Y aquí están tus humildes caballeros —dijo Girart de repente a Blake Westridefort.

Señaló a dos figuras que se acercaban. Lucille reconoció al instante a Boursemolle y a Gauderic. Ambos se acercaron y saludaron respetuosamente a su señor antes de hacer lo mismo con Lady Meredith, Katherine y Lucille. Cuando Gauderic asintió y sonrió, la novia se mostró indiferente, limitándose a saludar cortésmente a Boursemolle, lo que al menos no era inapropiado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lady Meredith a Gauderic.

Tuvo que levantar la vista para hablar con el gigante castaño.

—Trabajo —respondió el otro en tono cerrado.

—El trabajo no significa que no tengas que cortarte el pelo —le dijo.

Gauderic la observó por un momento detrás de sus largos mechones castaños. Lady Meredith, por pequeña que fuera, no era tonta, y Lucille se alegró de haber puesto a aquel hombre en su sitio. Solo lo había visto una vez, pero no había olvidado que la había insultado y despreciado con su sonrisa burlona al final de su breve encuentro.

—Deja a tus caballeros en paz —dijo Lord Girard—. Vamos a cenar, tengo un hambre increíble.

—Hablaremos más tarde —dijo Blake Westridefort a Soft Purse y Gauderic.

Los dos asintieron y salieron por una de las muchas puertas del castillo. Girart les acompañó entonces a una enorme sala de recepción. Al fondo, una gran chimenea estaba encendida, enviando algo de calor a las piedras heladas de la fortaleza. A Lucille le sorprendió la magnitud del lugar.

Era como si el castillo hubiera sido una vez una residencia real... Justo cuando quería señalárselo a Katherine, se fijó en una joven pelirroja sentada en la mesa del banquete. Cuando los vio entrar, se puso de pie. Su rostro era pálido, su largo cabello llameante atado en una trenza, y había algo frágil en ella. Solo sus ojos oscuros delataban cierta solidez.

—Esta es Morgana, mi nueva esposa —dijo Girart con orgullo.

Se acercó a ella y la besó descaradamente delante de toda la fiesta. Lucille permaneció inerte, como el resto del clan Westridefort. Besarse en público ya era malo, pero hacerlo con una chica treinta años menor que él era aún más obsceno: Morgana tenía la edad de Lucille.

Por mucho que a la joven no le importara el decoro, no pudo evitar mirar hacia otro lado. Cuando Girart terminó de despotricar, soltó violentamente a su prometida y les invitó a sentarse, riendo. Morgana parecía neutral, pero la firmeza de su mirada indicaba un profundo disgusto teñido de una violencia sin precedentes.

—Pobre chica... —susurró Lady Meredith débilmente mientras todos tomaban asiento.

Como futura esposa de Blake Westridefort, Lucille se sentó a su lado bajo la insistente mirada de Katherine, que siempre se mostraba tan interesada en la corrección. Blake se sentó frente a Lord Girart y Morgana, en la esquina de la mesa, separó a los dos hombres. Erguida como una I, parecía querer limpiarse la boca en el mantel.

—Levantemos nuestras copas por nuestro reencuentro — exclamó Lord Girart—. ¡Que nos traigan vino y que toquen música!

Inmediatamente los sirvientes se turnaron para obedecer a su señor. Lucille se sintió aliviada al ver a algunas personas y escuchar una melodía. El ambiente era pesado y, por una vez, Blake Westridefort no tenía nada que ver con él.

Cuando los sirvientes terminaron de servir a cada uno de los invitados, todos levantaron sus copas y tomaron un sorbo. Lucille dudó en mojar los labios, pero se abstuvo al ver que la cara de Lady Meredith se contorsionaba en una mueca. Obviamente, la bebida estaba lejos de ser correcta y era mejor evitar cualquier ingesta tóxica.

Mientras Lucille se empeñaba en no tomar ni un sorbo, Morgana se terminó descaradamente toda la copa. Cuando puso el vaso sobre la mesa, dejó caer una cuchara que repiqueteó en una de las rodillas de Blake antes de caer a sus pies.

—Me alegro de que por fin hayas venido a ver qué criatura ronda mi feudo —dijo Girart mientras le servían su plato—. Le he enviado al menos una docena de cartas rogando por su experiencia.

—No te ofendas, pero mis hombres están aquí para ocuparse de este problema. No, he venido a visitarte por otro motivo —respondió Blake, cogiendo la cuchara.

Se la entregó a su dueña.

—Gracias —dijo Morgana.

Él no la miró, concentrado por su conversación con Girart, pero ella lo miró fijamente. Solo duró un puñado de segundos, pero fue suficiente para que Lucille viera cambiar la intensidad de su mirada.

—Ah —dijo Girart, partiendo un trozo de pan—. ¿Qué te trae por aquí entonces?

—Ya lo sabes —respondió Blake.

Se quedó mirando su corona oxidada. Hubo un malestar instantáneo.

—El rey me ha enviado como su emisario —dijo Blake, dejando que un sirviente le sirviera la carne—. Desea que retire inmediatamente las reclamaciones de independencia que ha enviado a los cuatro rincones del reino.

Alrededor de la mesa, nadie se movió. Solo la música perturbaba el silencio. Lucille miró a Lord Girart con asombro. ¿Así que se había atrevido a declarar su independencia? ¿Qué le pasa? Nadie declaró su independencia. Nadie lo hizo.

—Ahora el buen rey Alarico por fin se interesa por mí — dijo Girart mientras seguía masticando su carne—. Lo siento por el monarca, pero esta es mi casa.

—Quita esta corona.

—¿Por qué? Estoy en mi reino. Tú puedes ser un señor, pero yo soy un rey. No tienes que darme órdenes —añadió, tomando un sorbo de vino.

—Se le indica que doble la rodilla. Si te disculpas, admites tu error y retiras tus palabras, Su Majestad puede ser indulgente.

Girart miró al verdugo y luego soltó una enorme carcajada. La risa más sensacional que Lucille había escuchado. Fue escalofriante. A su lado, Blake comenzó a comer, como si nada hubiera pasado. Era como si lo hubiera planeado todo y ninguna de las reacciones de Girart le sorprendiera.

De repente, el viejo señor golpeó con el puño la mesa. Katherine lanzó un grito de sorpresa, y todos levantaron la vista de sus platos a toda prisa, excepto Blake, que no pareció perturbado en lo más mínimo por este cambio de humor. Sin ninguna sorpresa, tomó un sorbo de vino, y luego continuó cortando su carne.

—¿Sabes lo que hago con su orden? Me lo voy a meter por el culo —gritó Girart, escupiendo un trozo de pan al suelo—. ¿Cuánto tiempo esperé una señal de él? ¿Cuánto tiempo pedí una llamada de cortesía? ¡Años! —Bailó su copa de vino—. Estoy a las puertas de las Tierras Oscuras. Mi feudo es la única muralla que separa este territorio maldito del reino de los hombres y, sin embargo, ¡nadie lo respeta!

Miró a Blake con un odio feroz y luego se volvió bruscamente hacia Lucille.

—¿Sabías que Noir Marrais tiene una frontera que impide que las criaturas del Maligno se extiendan por el reino?— preguntó, con los ojos muy abiertos por la ira.

Él no tuvo tiempo de responder cuando él continuó:

—Esta proximidad pudre nuestras cosechas, hace que nuestras mujeres sean estériles y envía bestias que matan a nuestros hijos —dijo. Cogió un trozo de carne y lo masticó enérgicamente. Cuando terminó de tragar, carraspeó ruidosamente y continuó—: Le pedí al rey, hombres, comida, ayuda, pero nunca respondió. ¡Tuve que proclamarme rey para que se interesara por mi feudo!

Lucille no se atrevía a quitarle los ojos de encima, por miedo a ofenderlo. La miró un momento y luego soltó una carcajada estridente y absolutamente odiosa.

—No te das cuenta —se burló, sin dejar de mirarla—. Estás demasiado arriba para darte cuenta del peligro que se cierne sobre nuestras cabezas. Mientras yo estoy ocupado llamando a un Ejecutor para que venga a hacer de mensajero, tú te conformas con tu pequeña vida de puta burguesa...

Blake levantó la vista de su plato.

—Ten cuidado con lo que dices —le dijo a Girart.

No parecía enfadado, pero su mirada gélida y su voz tranquila —nada acorde con la situación— consiguieron incomodar a toda la mesa. Nadie se atrevió a moverse, por miedo a desencadenar un desafortunado enfrentamiento.

—Dobla la rodilla o lo haré yo mismo con tu propia espada —dijo Blake, sin apartar sus voraces ojos de Girart.

—De verdad crees que voy a... —empezó el viejo señor, pero Blake le cortó sin ningún respeto:

—Si te niegas, iré a contarle al rey tus ridículos caprichos rebeldes. Como no pareces demasiado estúpido, sabes perfectamente lo que va a pasar a continuación: aquí está el ejército real —señaló la placa llena de Catalina—, aquí está tu ejército —señaló la placa vacía de Girart, donde dos desafortunados huesos se batían en duelo—. No tengo piedad de nadie. Si tengo que arrancarte la cabellera viva para quitarte esa corona, lo haré.

El silencio. Lucille no se atrevió a mover una pestaña. Estaba completamente inmóvil, con los ojos fijos en Blake.

—Eres realmente el hijo de tu padre —dijo Girart de repente.

Se levantó de la mesa y se fue. Había un silencio austero en el que solo se oía el crepitar de la chimenea. Incluso los músicos habían detenido su melodía.

—Bueno, eso se llama quitar el apetito —dijo Lady Meredith, levantando las cejas.

—Si no le importa, me gustaría acompañarle a sus habitaciones —dijo Morgana de repente.

Todos los ojos estaban puestos en ella, asombrados de que tuviera lengua. La joven no

había pronunciado una palabra desde su llegada y, al contrario de lo que pensaba Lucille, su voz era firme y autoritaria.

Con una mirada intensa, solo tenía ojos para Blake, que se contentaba con beber su vino. Cuando terminó, se levantó y abandonó la mesa.

Lucille lo vio salir de la habitación, y luego lo siguió. Oyó la voz de Katherine a su espalda, pero ignoró su llamada y corrió para reunirse con Blake Westridefort. Cuando salió de la habitación, se dio cuenta de que él ya estaba saliendo al patio.

—Tráeme un caballo —ordenó a un criado que pasaba por allí.

El criado asintió y fue a los establos a buscar un caballo. Ya se dirigía al centro del patio cuando Lucille le interrumpió:

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Vete a la cama —respondió él, dirigiéndole una breve mirada.

Lucille no se rindió y le siguió. Trotando lo más rápido que pudo, intentó en vano alcanzarlo. El hombre era tan rápido como desagradable. Solo cuando él se detuvo fue capaz de seguir su ritmo, lo que lamentó rápidamente.

—¿Eres sorda o completamente estúpida? ¿Qué es lo que no entiendes de la frase "ir a la cama"?

—Tengo una pregunta que hacerte —dijo mientras el sirviente de antes traía un caballo.

—Sigue así y tendrás el placer de detallar la cabeza de tu criada, no en el techo de tu carruaje, sino a los pies de tu puerta —dijo el hombre mientras se ponía la prenda.

—Girart Sans Personne dijo que la frontera del Oscuro estaba al lado, me preguntaba si...

—Estás en una fortaleza, lo único que debería asustarte aquí es el futuro incierto que le tengo reservado a tu doncella —se burló.

—Solo quiero saber una cosa. ¿Me traes a este lugar por eso?

Por primera vez desde que empezaron a hablar, giró la cabeza hacia ella.

—¿Crees que soy amorfo?

—¿Qué quieres decir? —dijo Lucille, suspicaz.

La última vez que había hecho una pregunta no relacionada, se había quedado sin su criada.

—Si mi idea fuera hacerte cruzar la frontera, lo habría hecho hace tiempo. A esta fortaleza no le faltan catapultas.

Lucille no sabía qué decir, ya que su respuesta era muy cortante. Aprovechó la ocasión para mirarla fijamente y luego puso un pie en el estribo, dispuesto a subir a su caballo.

—Mi señor —dijo de repente una voz detrás de ellos.

Lucille se giró y vio al caballero de ojos pesados, seguido por Gauderic. Dio un paso atrás en cuanto reconoció al hombre.

—Mademoiselle —dijo Boursemolle, asintiendo respetuosamente.

No tuvo tiempo de decir nada más cuando Blake le interrumpió:

—¿Encontraste la bestia que te envié a buscar?

El ecónomo asintió con la cabeza.

—No, mi señor. Parece que no existe.

Blake permaneció impasible ante esta respuesta y luego montó en su caballo. Desde lo alto de su montura, se dirigió a sus hombres.

—Lleva seis años enviándome cartas de demanda, y durante seis años no has encontrado nada.

Lucille se inclinó ante esta respuesta. En un instante, vio la imagen de las cartas dispersas en un cajón del armario. Eran formularios que solicitaban la intervención del Ejecutor en

determinadas zonas del feudo. De estos recuerdos, todos fueron considerados erróneos. ¿Estaban las cartas de Girart entre ellas? Ciertamente. El viejo señor había mencionado haber reclamado durante mucho tiempo al Verdugo. Eso fue justo antes de que la llamara puta burguesa.

—¿Procedisteis como de costumbre? —preguntó Blake.

Los dos caballeros asintieron con la cabeza.

—Pusimos trampas, esperamos en medio de la noche en el pantano y golpeamos todo el pantano: nada —dijo Gauderic, cruzando los brazos.

—Sin embargo, afirma que sus súbditos están desapareciendo.

—También dice ser un rey —dijo Boursemolle, encogiéndose de hombros—. Creo que está tratando de conseguir alguna intención para atraer a la gente cerca de la cancha. Usted es el único noble que podría aceptar venir aquí.

—No creo que esté tan loco como para inventar desapariciones.

—Debemos enfrentarnos a los hechos, mi señor —dijo Gauderic, acercándose a su caballo—. Llevamos seis años acudiendo a este agujero para satisfacer sus demandas: nunca ha pasado nada. Boursemolle tiene razón, siempre ha reclamado su experiencia personal, no la nuestra. No le interesan los caballeros de la ejecución. Es a ti a quien quiere. Un noble de la corte, cercano al rey nada menos.

Blake pareció pensar un momento y luego observó a los dos hombres.

—Me meto en el pantano para ver por mí mismo lo que ocurre allí. Es de noche y estoy solo. Si la bestia no aparece ni siquiera entonces, nos vamos al amanecer. Esta broma ya ha durado bastante.

—¿Seguro que no quieres que te acompañen?

—Si dices que no hay nada, no hay nada. ¿Me equivoco?

Ambos asintieron.

—Eso está bien. En ese caso, nos vemos mañana.

Espoleó su montura y cabalgó hacia las puertas del castillo.

Capítulo 12

Lucille vio a Blake Westridefort desaparecer por la pendiente. Empezó a caer un chaparrón.

—Propongo que nos vayamos todos a la cama —dijo Boursemolle.

—Yo no iré —respondió Gaudí—. Tengo otros asuntos que atender.

El hombre miraba a una criada detrás de sus largos mechones castaños. Se escabulló cuando ella pasó por la puerta del personal, dejándolos en el patio.

—¿La acompaño dentro, señorita? —dijo Boursemolle, dirigiéndole su eterna mirada soñadora.

—Con mucho gusto —respondió ella.

El hombre asintió, y los dos volvieron al castillo para buscar refugio. Cuando entraron en la oscura entrada, el caballero se inclinó, dispuesto a escabullirse, pero la bruja lo detuvo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

No solo no quería llamarle "Boursemolle" sino que quería evitar a toda costa cruzarse con Katherine, que sin duda la amonestaría por levantarse de la mesa sin permiso.

—Gabin, Mademoiselle. Veo que "Boursemolle" no es muy satisfactorio.

Lucille no pudo evitar sonreír. No estaba contenta con el nombre que le había puesto Gauderic.

Estaba a punto de darle la razón, cuando oyó la voz de Katherine resonando en el pasillo.

—¿Podría acompañarme a mis habitaciones? —preguntó apresuradamente.

La petición era extraña. Lucille no estaba acompañada por nadie, y un hombre no podía acompañar a una dama sin que pareciera inapropiado.

A pesar de sus aires de indiferencia, Gabin debió de pensar lo mismo, pues frunció el ceño con asombro.

En realidad, Lucille solo quería meterse en una habitación propia donde nadie la molestara, especialmente Katherine, cuyos pasos podía escuchar acercándose.

—Por aquí —dijo Gabin de repente.

Tomó las escaleras y Lucille le siguió sin concesión. Se necesitaron tres pisos para llegar al rellano correspondiente: un pasillo con una puerta en cada esquina.

Sin aliento, la joven se inclinó sobre la barandilla y miró hacia la planta baja. De repente, una violenta corriente de aire le hizo sentir un escalofrío. Se incorporó rápidamente y miró a su izquierda. Al final del pasillo, Gabin había abierto una puerta en lo que parecía ser un camino de vigilancia.

—Las habitaciones de las damas están aquí —dijo, señalando el camino—. Las de hombres están en el lado opuesto.

Lucille entrecerró los ojos, sorprendida por el viento. Al pasar por la puerta, se dio cuenta de que no era una torre de vigilancia, sino un pasillo con grandes nichos como ventanas. No había cristales para detener las corrientes de aire. A su derecha, las puertas cerradas se sucedían en fila.

—¿Estas son las habitaciones? —preguntó.

Gabin asintió.

La bruja prefirió acercarse a las alcobas con precaución. Cuando se apoyó en el bajo muro de piedra, la única barrera entre el pasillo y el vacío, se sintió mareada: nunca había estado tan

alto. Había que decir que, la joven olvidó que la fortaleza estaba construida en un pico, y no simplemente colocada en un valle. El patio solo estaba protegido del viento por los muros del castillo.

Lucille apoyó las manos a ambos lados del muro de piedra y miró al suelo. Debajo de ella, una estepa húmeda sembrada de arroyos se extendía a lo largo de varios cientos de metros antes de ser interrumpida bruscamente por una espesa niebla. Nunca había visto un horizonte tan opaco.

—¿La frontera? —preguntó, volviéndose hacia Gabin.

—Ella misma —respondió, atravesando la puerta y entrando en la siguiente alcoba.

Lucille sintió que se le helaba la sangre. Ya había oído hablar de la Frontera Oscura, pero nunca había imaginado ir allí. El lugar se consideraba maldito, y poca gente hablaba de él, hasta el punto de que la mayoría de la gente pequeña no sabía dónde estaba realmente.

Lucille no era una excepción a la regla: si Girart Sans Personne no lo hubiera mencionado en la mesa, ella nunca habría sospechado su posición. Inmóvil ante el horizonte, la bruja observó con preocupación que lo que había tomado por una nube al llegar era en realidad una niebla perpetua que delimitaba el Reino de los Hombres.

—No te preocupes, no te puede pasar nada —dijo Gabin.

Blake había dicho exactamente lo mismo. ¿Por qué los hombres creían que el peligro asustaba a las mujeres? Lucille no se asustó, más bien se impresionó. Se dio cuenta por primera vez de que la frontera de la Oscuridad no era solo una imagen, sino un elemento físico a solo unos cientos de metros del castillo de Noir Marrais.

—Siempre había imaginado una frontera hecha de murallas —dijo pensativa.

Gabin sonrió.

—Te han adormecido las leyendas de tus antepasados —se burló, apoyándose en el muro bajo—. La frontera no es una muralla, sino una hermosa niebla.

—¿Cómo pueden permanecer los animales en el otro lado?

—Por la gracia de Dios. La Iglesia creó esta barrera territorial invocando las fuerzas de nuestro Señor Todopoderoso. Esto se remonta a muchos siglos atrás.

—Por supuesto —respondió ella.

Su tono era correcto, pero su mente estaba dudosa. Gabin pareció darse cuenta de ello, pues soltó una risita divertida.

—Las leyendas no son hermanas de la verdad —respondió con picardía.

—¿Qué quiere decir?

Gabin permaneció un momento en silencio y luego se encogió de hombros:

—Los hombres lucharon contra la oscuridad, pero no estaban solos. En ese momento, tenían como aliados a todos los pueblos de la Luz. Elfos, enanos, hadas, duendes, centauros y muchos otros. Es al aliarse que crearon esta muralla.

—Está insinuando que la Iglesia no actuó sola —dijo Lucille.

No era una pregunta, sino una afirmación. Claramente, los "poderes del Señor Todopoderoso" no habían sido suficientes para repeler a la Oscuridad.

—Tómelo como quiera —respondió Gabin.

—Blasfema —dijo ella.

Según los libros, la Iglesia fue siempre el elemento principal en la construcción de la muralla. Por supuesto, hubo alguna mención ocasional de pueblos paganos que contribuyeron a la victoria, pero esto fue raro: normalmente tales obras fueron arrojadas al fuego por blasfemia. Lucille no era piadosa, pero tenía que encajar en su juego de roles. Pero una dama de la alta

burguesía no podía dejar pasar esa información sin fingir asombro.

—Me pierdo en las leyendas —respondió Gabin—. Que la señorita no se ofenda.

Lucille no creyó ni por un momento en su truco. Le habría gustado seguir hablando de la historia de la muralla, pero eso habría supuesto correr un riesgo considerable con su identidad. No debería haber sospechas de que no era ni burguesa ni humana.

—¿Estás perdido, caballero? —intervino de repente una voz—. Las habitaciones de los hombres están al otro lado de esa puerta.

Iluminada por una vela, Lady Morgana acababa de aparecer en la entrada del pasillo. Miró al caballero con una mirada fría, casi sospechosa. Su pelo rojo estaba peinado hacia atrás, dejando ver perfectamente la piel de su rostro.

A Lucille le sorprendió de nuevo la gélida belleza de sus rasgos.

—No, mi señora. Solo acompañaba a la prometida de mi amo —respondió Gabin—. Me voy ahora mismo.

Se inclinó ante las dos jóvenes y salió del pasillo. Morgana le siguió, recelosa.

—Tu habitación está allí —anunció—. Sígueme.

Lucille asintió, sin saber qué decir en su defensa. La prudencia le dictaba que debía evitar a toda costa estar a solas con un hombre, aunque fuera con la compañía de una mujer. ¿A Morgana le había parecido extraño su encuentro? Tal vez. Aunque estaba claro que estar a solas con un hombre no iba a hacer volar su virginidad en un instante, resultó que las mentes de la corte no parecían ser tan abiertas como la suya.

—El caballero simplemente me acompañaba —señaló directamente la joven—. Mi prometido se ha ido al pantano y no sé qué hacer.

Morgana se detuvo bruscamente y Lucille casi chocó con ella.

—¿Le has dejado entrar en el pantano? —preguntó la señora con aplomo.

La bruja frunció el ceño. La mirada de la señora era de incompreensión y miedo.

—Es un ejecutor de la oscuridad. No es un cualquiera —respondió ella, mirando la cara de su interlocutora.

Morgana apartó la mirada rápidamente, como si acabara de cometer un error.

—Por supuesto —dijo ella, recuperando la compostura.

Lucille no dijo nada, limitándose a dedicarle una sonrisa educada e hipócrita: recordaba la mirada de la joven cuando había conocido la de Blake Westridefort. La bruja nunca había visto tanta intensidad. ¿Asombro? ¿Admiración? Sin embargo, no había nada cálido en Blake. Su mera presencia horrorizaba a la bruja, y las amenazas que profirió contra su criada la enfurecieron. Al final, sintió un profundo asco por ese hombre que, además de su carácter atroz, podía resultar de una crueldad poco común.

—Debería quedarse en ese pantano —murmuró pensativa.

Morgana se detuvo frente a una puerta y la miró inquisitivamente.

—No quieres decir lo que dices —dijo la señora.

—¿Lo crees?

La señora se quedó quieta durante unos segundos y luego apretó los puños.

—Estoy casada con un viejo borracho y loco —dijo bruscamente—. Si pudiera ocupar tu lugar aunque fuera un segundo, lo haría. No te quejes de tu marido conmigo. Me ofendes.

Lucille no respondió.

Ante su silencio, la joven giró la cabeza bruscamente y salió del pasillo.

Al verla alejarse, la bruja pensó directamente que Girart Sans Personne podría ser un monstruo, pero el físico más ventajoso de Blake Westridefort no lo hacía más indulgente.

Echó una última mirada al pasillo y luego abrió la puerta para encerrarse en su habitación. Pensando en las palabras de Morgana, esperó a que una sirvienta viniera a ayudarla a quitarse el vestido, y luego se acostó, agotada.

La noche estuvo llena de pesadillas: cuando no veía la cabeza de Fenrir clavada en el extremo de una pica, se imaginaba a sí misma aceptando su invitación al Sabbath y huyendo a través de la frontera, muy lejos en la niebla. Los sueños solo terminaron cuando una sirvienta vino a despertarla por la mañana.

Al ponerse el vestido con la ayuda de la criada, se estremeció. Esta fortaleza era espeluznante, y nada la hacía sentir cómoda. Era como si la presencia de la frontera fuera suficiente para que el entorno fuera malo.

—Está bien —dijo Lucille a la criada.

La mujer dejó de ajustarle el vestido y Lucille aprovechó la oportunidad para marcharse. En el exterior, un fuerte viento le echó el pelo hacia atrás. Se apresuró por el pasillo y corrió hacia el interior de la fortaleza.

Cerrando la puerta tras de sí, se apresuró a bajar las escaleras cuando oyó el eco de unos pasos contra las viejas piedras. Curiosa, se detuvo y escuchó. Unos metros más abajo, Blake Westridefort entraba por la puerta grande, acompañado de sus dos caballeros. Su ropa y su pelo estaban mojados, como si le hubiera caído un terrible chaparrón.

—Nos vamos mañana —le dijo a Gauderic.

—¿Nada? —preguntó Gabin en un susurro.

Blake no respondió, sin duda dando por sentada la respuesta.

—Estaba seguro de que no había nada —se rio Gauderic—. Ese bribón y su puta pelirroja no son más que viles mentirosos.

—No digas palabrotas —ordenó Blake, mirando al alto caballero.

Gauderic asintió, con su eterna sonrisa provocadora. El señor le ignoró y se dirigió hacia el gran salón. Gabin se dirigía en dirección contraria, cuando vio que su compañero empezaba a buscar el exterior.

—¿Adónde vas? —le preguntó al gran caballero.

—Un último viaje al pantano. Esta fortaleza me aburre —respondió el otro con su legendario tacto.

—Que lo pases bien —le deseó Gabin, mientras Gauderic atravesaba ya las puertas del castillo.

Lucille esperó a que se alejara antes de bajar los últimos escalones hacia el Gran Salón. Cuando entró, Katherine y Lady Meredith estaban hablando. Una gran mesa estaba siendo servida, pero nadie tocaba la comida, esperando que los anfitriones se dignaran a presentarse. Blake se sentó, pero permaneció enclaustrado en silencio, como siempre.

—Espero que no tarden mucho. Me muero de hambre —dijo Lady Meredith, mirando alrededor de la mesa con fastidio.

—Espero especialmente que Girart Sans Personne se una a nosotros —respondió Katherine, preocupada por las repercusiones del escándalo del día anterior.

Lucille se sentó en el mismo lugar que la última vez. A su derecha, su prometido miraba distraídamente las llamas de la chimenea. Lucille ya había notado este tipo de estado en él. A pesar de su aire distante, estaba escuchando y grabando toda la conversación. Uno nunca estaba a salvo de una intervención de ruptura por su parte.

—Siento haberles hecho esperar —dijo una voz.

Morgana entró en la habitación.

Vestida con un suntuoso vestido negro de gran escote, no se parecía en nada a la chica del día anterior. Sorprendidos, todos la miraron con admiración.

La joven rodeó la mesa y se sentó.

—Sírvanos —ordenó a un sirviente.

Falsamente inocente, Morgana se colocó un mechón pelirrojo detrás del hombro. Lucille se dio cuenta de que Blake había dejado de mirar el fuego. Por un breve momento, su mirada se encontró con la de la dama.

—¿No sería mejor esperar a su marido? —dijo Lady Meredith, interrumpiendo el momento.

Morgana parecía haber despertado de un sueño.

—Mi marido está ocupado. No tardará en llegar —dijo, aclarándose la garganta.

Lucille la miró sin comprender. Esta chica era más oportunista de lo que pensaba. Es cierto que había dejado claro que si su lugar como prometida estaba en juego, no dudaría en salir con sus garras, pero Lucille nunca había pensado en ello como una amenaza. Ingenua, lo había tomado como una molestia.

—¿Agua, Mademoiselle? —preguntó de repente un criado.

Lucille salió de su ensoñación y asintió. El criado la atendió y Katherine aprovechó para entablar una discusión sobre la incomodidad de los carruajes. Inesperadamente, Morgana se mostró más habladora que el día anterior y respondió. Desafiando repetidamente a la occidental, demostró una cultura impresionante y un sentido del humor bien afinado. Sus gestos eran medidos y casi parecía disfrutar de tener invitados.

Lucille empezaba a acostumbrarse a este cambio de comportamiento, cuando captó otro cruce de miradas entre la pelirroja y el señor. Esta duró más tiempo, como si trataran de encontrar respuestas en los ojos del otro. Ya molesta por esta comida, Lucille ya no tenía ganas de actuar. Dejó el vaso, se levantó de su asiento y se fue.

Fue sencillo, breve y eficaz. Sin esperar un segundo más, atravesó la puerta del gran salón y luego otra, al azar. Solo quería alejarse de la ridícula presencia de Morgana y de la grotesca atención que Blake Westridefort le prestaba de repente. Al entrar en una nueva habitación, se detuvo en seco al ver a Lizzie charlando con Girart Sans Personne. Como no se lo esperaba, se acercó a ellos con cautela.

—Ahí estás, la prometida de Blake —dijo Girart con una gran sonrisa.

Su locura del día anterior parecía haber desaparecido, pero seguía llevando su extraña corona oxidada. Lucille apenas se inclinó. Ella no había olvidado su ira y sus palabras inapropiadas.

—¿Habéis pasado una buena noche? —preguntó el viejo señor.

—No podría ser más agradable —mintió Lucille—. ¿Qué haces aquí, Lizzie? —preguntó inmediatamente a la sirvienta.

—Estaba enviando a su criada a buscar flores —dijo Girart, cortando a la criada.

—¿Flores? —preguntó Lucille, levantando una ceja.

—Para mi amada esposa. En contra de la creencia popular, hay algunos ejemplares magníficos por aquí —sonrió—. ¿Ha comido, señorita? Creo que la comida está servida.

—Sí, mi señor. Usted es el único que falta. Quería estirar las piernas.

Girart Sans Personne levantó las cejas sorprendido.

—Deberías ir con tu sirvienta, le dije dónde encontrar las flores que estoy buscando.

Lucille miró a Lizzie. Salir de este castillo no le haría daño, y no importaba que el pueblo fuera tan espeluznante como el resto de la fortaleza. Alejarse de Blake le encantó.

—Que así sea —asintió.

—¡Qué bien! Así que la veré más tarde, señorita Turner.

Girart los saludó y salió de la habitación, dejándolos solos. Las dos jóvenes se sonrieron amistosamente.

—No sé si se me permite llevarle a través de las puertas de servicio —dijo Lizzie pensativa.

—Soy tu ama. Tengo todo el derecho —dijo Lucille.

Lizzie asintió y le condujo por una puerta lateral. Los pasillos eran estrechos y la humedad tan grande que apestaba a moho. Iluminadas por una vela, caminaron con cautela por la oscuridad antes de atravesar otra puerta que conducía a unas escaleras.

—¿Vamos a bajar a las profundidades de la tierra? —rio Lucille, levantando su vela.

—No, solo vamos a salir del castillo —contestó Lizzie mientras empezaba a bajar.

Lucille olvidó que estaba en un promontorio y no en la meseta de las vacas. Levantando su vestido, comenzó a bajar los escalones uno a uno. El descenso parecía interminable. Justo cuando iba a decírselo a Lizzie, apareció ante ella una puerta. La luz blanca brilló a través de las grietas. La criada la abrió y un viento fresco entró en el pasillo.

—Tome —le entregó Lizzie un chal, pero Lucille estaba demasiado ocupada mirando hacia afuera como para prestarle atención.

Frente a ella, una estepa húmeda se extendía a lo largo de varios kilómetros, antes de desaparecer repentinamente tras una espesa niebla.

—¿Es una broma? —preguntó ella, volviéndose bruscamente hacia la criada—. Nos has traído al pantano.

—Lord Girart me dijo que debía buscar allí. Me aseguró que no había nada que temer.

—No me fío de él. Ayer juró que había una criatura. Deberías tener cuidado, el hombre está loco —respondió Lucille con más brusquedad de la que pretendía.

—Yo tampoco me fío de él, pero confío en Lord Westridefort —dijo Lizzie—. Al igual que los caballeros, ha estado toda la noche sin encontrar nada. Y entonces, si realmente hubiera algún peligro, no se habría ofrecido a acompañarme.

Lucille miró a la sirvienta. Tenía razón en que Girart no era tan estúpido como para enviarla a ella, la futura esposa del Verdugo, al cadalso, pero Lucille no estaba tranquila. Aunque Blake Westridefort no hubiera encontrado nada, era humano, no psíquico. Esto no tenía nada de tranquilizador.

—No nos molestemos con las flores. Volvamos al castillo —ordenó Lucille.

—No puedo, señorita, tengo una orden. Pero no hay nada que le impida volver. Me reuniré con usted más tarde —dijo Lizzie.

—No te voy a dejar sola —respondió Lucille.

Suspirando, se puso el chal que le había dado Lizzie y ambas salieron por la puerta. La estepa estaba húmeda, pero los caminos de tierra a lo largo de las charcas la hacían transitable. Lucille observó que en algunos lugares había niebla, pero aparte de eso la zona era relativamente abierta.

Lizzie le explicó que tenía que caminar y vigilar el suelo. Las flores eran de color púrpura, fácilmente reconocibles según Girart. No tardaron en encontrar a las primeras, pero no fue fácil. Había pocas, y las nubes que ocultaban el sol no ayudaban a encontrar más.

—Voy a echar un vistazo, luego nos vamos. Ya es hora de que acabemos con esto —dijo Lucille, mirando al cielo, donde los cuervos revoloteaban astutamente en lo alto.

Se dio la vuelta y continuó adentrándose un poco más en la estepa. Su vestido se enganchó en el follaje espinoso. Gimiendo, se detuvo para retirar la planta que se había enredado en su vestido. Por encima de ella, los cuervos comenzaron a graznar. Suspiró y se dispuso a quitar las

espinas una por una. De repente, un batir de alas la sobresaltó. Uno de los pájaros acababa de aterrizar a unos metros de distancia.

—Vete —gruñó, agitando el brazo.

El cuervo graznó mientras la observaba. Lucille apretó los dientes y siguió trabajando en el vestido. Estaba ocupada quitando un tallo cuando el pájaro empezó a batir las alas con furia. Por encima de él, sus compañeros parecían felicitarlo graznando más fuerte. Lucille estaba empezando a perder la paciencia.

—Dios, esta planta quiere tenerme prisionera —gruñó—. ¿Lizzie? ¿Podrías ayudarme? —preguntó ella, aún tratando de liberar su vestido.

Más adelante, Lizzie le hizo señas de que iba a venir. Junto a Lucille, el cuervo graznó ferozmente, chasqueando el pico.

—Cállate —exclamó, girando bruscamente la cabeza hacia el pájaro.

Cogió una piedra y la lanzó al animal, que salió volando para evitar el proyectil. Dio vueltas en el aire durante un momento, sobrevoló la estepa y luego graznó hacia el horizonte. Lizzie, sorprendida por el animal, lo siguió con la mirada, tapándose la cabeza.

El pájaro de tinta se dejó llevar por el viento y cruzó la frontera. Las dos muchachas estaban observando el espectáculo en silencio, cuando de repente una sombra de cuatro patas se abrió paso entre la niebla. Los ojos de Lucille se abrieron de par en par y Lizzie se puso rígida de pies a cabeza.

La cosa, grande como un lobo, se tragó los metros en un galope desarticulado. Desde la distancia parecía un hombre imitando la carrera de un animal de cuatro patas. Su rostro grisáceo tenía los ojos rojos como la sangre, una nariz de cerdo que chocaba contra su cara y un largo pelo negro. Era tan delgado que su piel gris sin pelo se extendía sobre sus huesos, haciendo su columna vertebral más que visible.

El corazón de Lucille se detuvo al reconocer la cosa: un ghoul. Su cerebro tardó en digerir la información. Permaneció inerte hasta que Lizzie comenzó a gritar. Solo entonces su corazón comenzó a latir furiosamente contra sus costados. Lucille se arrancó el vestido y, en un solo movimiento, las dos jóvenes se precipitaron hacia la puerta que conducía a la fortaleza. Lizzie, detrás de ella, se esforzó por avanzar lo más rápido posible a pesar de los sonidos de los pies del ghoul que se acercaban inequívocamente. Lucille aceleró el paso, con el corazón a punto de estallar. Solo unos metros más, solo unos metros más...

De repente se oyó un golpe seguido de un grito horrible. Era el sonido más horrible que había escuchado. Era estrangulado, desgarrado y agudo. Lucille sintió que la sangre se le helaba en las venas. Giró la cabeza y vio a Lizzie boca abajo siendo arrastrada por el ghoul. La llevaba a un abrevadero.

—No —se atragantó.

Se lanzó tras él, pero el ghoul ya estaba en el agua fangosa. Lucille se lanzó sobre el brazo extendido de Lizzie para tirar de él en su dirección. Justo cuando la criatura estaba a punto de atacarla, un enjambre de cuervos se abalanzó sobre su espalda, impidiéndole alcanzarla. Lucille no perdió el tiempo.

Tirando de Lizzie como pudo, se esforzó por sacarla del barro. Por desgracia, el demonio no tardó en deshacerse de los cuervos. Gruñendo con furia, la bestia miró a la bruja con ojos desorbitados y luego se abalanzó sobre ella.

Lucille trató de soltar a Lizzie mientras se alejaba, pero los brazos de la criada la sujetaron con tanta fuerza que fue literalmente aplastada por el ghoul. Un dolor punzante le atravesó el brazo. La criatura acababa de morderla. Creyó que su corazón iba a estallar cuando un tajo de

espada silbó en el aire. El ghoul dejó escapar un aullido aterrador antes de saltar hacia atrás.

Lucille levantó la vista y reconoció a Gauderic. El hombre la agarró al instante para sacarla del agua, pero Lizzie seguía sujetando su brazo, de modo que era imposible hacer nada. Por otro lado, el ghoul herido comenzó a arrastrar el cuerpo de la sirvienta un poco más allá, llevándose involuntariamente a Lucille. Lizzie hacía tiempo que había dejado de gritar, pero su cuerpo parecía decidido a mantener a su ama cerca. Su brazo, extrañamente contorsionado, estaba literalmente aferrado sobre el de Lucille.

Por mucho que Gauderic tirara de la bruja a su lado, nada cambió: el ghoul, con su fuerza colosal, se los llevó a todos. Sintiendo que la situación se le escapaba, el caballero soltó a Lucille, blandió su espada y la hizo caer con toda su fuerza sobre el brazo de la sirvienta. Lucille gritó en el lugar de Lizzie. La doncella, cuyo rostro ya ni siquiera se distinguía, fue arrastrada con un golpe en el agua fangosa dejando a Lucille en la orilla.

Gauderic no perdió tiempo en llevarla a su montura. Sin embargo, Lucille luchó: Lizzie estaba en el agua, no podía dejarla. Gauderic no estuvo de acuerdo, la flanqueó en su caballo, le gritó que se callara y luego subió rápidamente detrás de ella. Con un golpe de talón, aceleró su montura y cabalgó a toda velocidad hacia la aldea.

—Abran las puertas —gritó mientras se acercaba a la muralla.

Los guardias apenas tuvieron tiempo de despejar el camino antes de que volvieran a cabalgar hacia la aldea, derribando a un sujeto a su paso. Continuando con el empuje de su caballo tan fuerte como pudo, Gauderic atravesó la entrada de la fortaleza como una flecha y luego se detuvo abruptamente en el patio. La conmoción fue suficiente para que todos los sirvientes abandonaran sus edificios. Sin demorarse, ayudó a Lucille a desmontar bajo la mirada atónita de los sirvientes, y luego la apoyó hasta el gran salón, donde empujó las puertas con una enorme patada.

—¡Blake! —gritó en cuanto entró en la habitación.

Todas las cabezas se volvieron hacia ellos. Al ver a Lucille, todos se levantaron bruscamente de sus asientos, abriendo mucho los ojos. El movimiento de la multitud hizo que la bruja perdiera el equilibrio. Gauderic la agarró con fuerza y la llevó al otro lado de la habitación hasta una silla. Katherine, presa del pánico, se echó literalmente encima de ella para hacerle multitud de preguntas.

De repente se calló y Lucille sintió que unas manos fuertes la agarraban por los hombros. Se obligó a concentrarse en el rostro que tenía delante. Blake. Le estaba hablando a ella y quería que le respondiera.

Irónicamente, la joven no pudo evitar pensar que era la primera vez. Abrió la boca y la cerró. Las palabras le fallaron y una serie de temblores la recorrieron. El dolor en su brazo estaba literalmente irradiando fuera de ella. Tenía que hablar, para explicar dónde estaba Lizzie. ¿Tal vez aún pudiera salvarla? ¿Tal vez todavía estaba luchando en este pantano?

—Yo... —comenzó, pero se detuvo bruscamente.

Más allá, en las sombras, Girart Sans Personne la observaba. Impasible tras su barba canosa y su corona oxidada, observó la escena como si no fuera el instigador principal.

Esta imagen la marcó tan fuertemente que fue suficiente para hacerla volver a la realidad.

—Es él —se atragantó, señalándolo.

Su voz era tan entrecortada que poca gente le entendía. Lucille intentó levantarse, pero Blake lo detuvo con firmeza. Intentó llamarle la atención, pero Lucille desvió la cabeza. Solo quería prestar atención a Girart. Lo odiaba, como lo había odiado el día en que "todo el mal" había sucedido. El día en que su ya miserable vida había dado un giro aún más siniestro.

—¿Qué quieres decir? —dijo Blake, sujetándola.

Katherine intervino:

—Está conmocionada, tienes que...

—Cállate —ordenó.

Él había levantado el brazo para silenciarla. La señora se detuvo al instante. Por primera vez, Lucille sintió que tenía su atención. Toda su atención. Desenganchando su odiosa mirada de Girart, clavó sus oscuros iris en los de Blake Westridefort. Aflojando los dientes, su cuerpo temblando cada vez más, gritó con todas sus fuerzas.

—¡Nos envió al pantano!

Su furia era tan feroz que varias personas se sobresaltaron. Blake permaneció frente a ella, sin dejar de observarla. Hubo un lapso de unos segundos, luego el señor giró la cabeza en dirección a Girart.

Soltando a Lucille, se dirigió hacia el falso monarca y lo agarró por la túnica, inmovilizándolo contra la pared. Inmediatamente, los guardias de Noir Marrais sacaron sus armas. Gauderic sacó su espada, listo para intervenir.

—¿Has enviado a mi prometida al pantano? —le preguntó al señor.

Su voz no era alta, pero resonaba en toda la sala. Lucille nunca había escuchado un tono así. Más que el dolor que ahora se extendía por su brazo, era la tensión lo que la mantenía despierta.

—La señorita Lucille está asustada, ya no controla lo que... —comenzó Girart, pero Blake no le dio tiempo a terminar la frase.

—¿Enviaste a mi prometida al pantano?

Apretó a Girart y los guardias apuntaron con sus armas a Blake. Contra todo pronóstico, el viejo señor les interrumpió con un gesto de la mano. Sus ojos se abrieron de par en par bajo la presión que Blake ejercía sobre su cuello y pareció luchar por recuperar el aliento.

—Estabas convencido de que no había nada allí —sonrió—. Si ese fuera el caso, tu prometido habría vuelto en buena forma...

Eso fue todo lo que se necesitó para provocar el incendio.

Blake lo apartó de la pared y lo golpeó violentamente contra la mesa, derramando toda la vajilla en el suelo. Inmediatamente, los soldados de Girart corrieron en ayuda de su señor. El occidental, despreocupado, arrancó la corona oxidada de la cabeza del anciano y se la lanzó a uno de ellos.

Cuando Gauderic se abalanzó sobre el soldado más cercano, Katherine soltó un largo grito.

—¡Lucille, tu brazo! Mira tu brazo —exclamó.

Todo el mundo se detuvo en seco y todos notaron con horror que la carne del miembro de la joven empezaba a volverse marrón. La mordida del demonio. Todavía temblando, Lucille miró su cuerpo embarrado. ¿Se estaba muriendo?

Se levantó para pedir ayuda, pero las piernas le fallaron y cayó al suelo como una muñeca de trapo. Entonces, Blake Westridefort se separó inmediatamente de la mesa y la levantó.

—¡Gauderic, mi espada! —gritó por encima de ella.

La visión de Lucille se volvía borrosa y su cuerpo se convulsionaba. Se dio cuenta de que ya no podía ver el techo. Solo la cara de Blake estaba a su alcance. Apoyada en sus brazos, sintió que la llevaba de un lado a otro, y luego la acostó sobre un objeto áspero que no era una cama. A su izquierda, el calor del fuego acariciaba su rostro.

De repente, un terrible dolor le atravesó el brazo. Gritó, sintiendo la hoja ardiente contra su piel.

Capítulo 13

Todavía en la cama, Lucille miraba por la ventana. En el cielo, pudo ver cuervos volando. No lo había olvidado. Cuando el ghoul había intentado apoderarse de ella, habían volado hacia la criatura para que pudiera escapar. Había sido en vano, pero era un gesto que no iba a dejar pasar. Si siempre había considerado a estas aves como una molestia que podía revelar su identidad, ahora las veía como una excelente baza defensiva.

—Voy a mirarte el brazo —dijo la vista a su lado.

—No me toques —le ordenó, mirándole con odio.

El sanador se detuvo en seco y giró la cabeza hacia Katherine.

—Deberías dejarle —dijo con calma.

—No quiero nada de Girart Sans Personne, ni siquiera sus propias miras —replicó agresivamente Lucille—. Lárgate —añadió mirando al hombre.

Katherine se contuvo de hacer un comentario sobre su lenguaje y se dirigió al cuidador.

—Vamos. Creo que necesita un poco de descanso.

El sanador se levantó y Katherine salió de la habitación con él. Lucille solo se desplomó contra sus cojines cuando ya no pudo oírlos en el pasillo.

Llevaba dos días despierta y permanecía en cama por orden del señor y de Katherine. No tenía noticias de Blake ni de nadie más en el castillo. Solo Lady Meredith, que pasaba el tiempo cosiendo en su habitación, le hacía compañía.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó.

La señora levantó la vista de su trabajo.

—Mañana. El patrón de prueba parece que puede soportar el viaje.

Lucille se sintió aliviada. No podía seguir aquí. Su ventana daba al pantano, y cada vez que miraba hacia fuera no podía evitar pensar en Lizzie. Su cuerpo estaba ahí fuera, si es que quedaba algo de él. Le dieron arcadas al pensar en ello. Apartando los ojos para centrarse en otras imágenes, se miró el brazo, cubierto por un grueso vendaje. Las mordeduras de los engendros paralizaban los cuerpos y pudrían la carne. El curandero que la había examinado hablaba de un verdadero milagro de curación, pero Lucille y el clan Westridefort sabían que la verdad era muy distinta: ella debía su salvación solo a la sangre de bruja que fluía en su interior. Un humano no podría haber sobrevivido a ese tipo de mordedura aunque la herida se hubiera limpiado con estaño.

—¿Qué está haciendo Lord Westridefort? —preguntó Lucille a Lady Meredith.

—Está preparando nuestra salida con el resto de sus tropas.

—¿Le dijiste lo que te dije? ¿Que vi al demonio cruzar la frontera?

—Por cuarta vez, sí.

—¿Qué hace entonces? ¿Por qué no va a la frontera y ve lo que está pasando allí? ¿No es ese su trabajo? —dijo ella, levantándose de la cama.

Se paseó por su habitación, sujetando su brazo herido para que no le diera un tirón.

—Sabe lo que está haciendo, cálmate.

—¡No, no sabe nada de eso! ¿A qué espera para avisar al rey, llamar a los demás caballeros y correr para comprobar que esa frontera de niebla es tan eficaz como su nombre indica? ¿Qué está esperando para matar a Girart Sans Personne?

Lady Meredith levantó la vista y suspiró. Vestida con un grueso vestido negro y con una diadema de perlas blancas, parecía estar de luto. A pesar de este atuendo, su físico juvenil la hacía extrañamente atractiva para una dama de su posición.

—Jovencita, necesitas una lección de política —dijo la señora con cansancio.

—Quiero que muera —dijo Lucille.

—Yo también, y el resto del mundo también, pero piensa un poco. Eres una chica inteligente, no utilices tu recuperación para atontar tu cerebro —se burló.

Lucille apretó los dientes. Decir que quería a Girart muerto era una palabra débil. Quería verle sufrir como había visto sufrir a Lizzie. Para hacerle entender que la vida no era un juego. Para hacerle tragar su corona oxidada. Solo pensar en ello le provocó un ataque de rabia. Cerró los ojos para calmarse y se dejó caer en la cama. Lady Meredith dejó de coser.

—Mira, estamos a leguas de nuestro castillo y solo hemos traído a un tercio de nuestros soldados en este viaje —dijo con severidad—. Nunca pensé que diría esto, pero nos supera el cojo de Girart. Matarlo en su propio feudo, con tropas débiles además, sería una muy mala idea.

—¿Y qué? ¿Lo dejamos en su fortaleza sin decir nada? ¿Nos vamos sin siquiera castigarlo?

Lady Meredith se rio con ganas.

—Eso es exactamente así. Te encargas de salir de esta fortaleza sin hacer ruido. Girart no perderá la vida esta semana, pero la perderá prematuramente, te lo puedo asegurar.

Si Lady Meredith no hubiera dicho la frase con aplomo, a Lucille le habría entrado la histeria. En lugar de disparar un faro, se contentó con la gélida respuesta de la dama, y se convenció de que era una promesa. Girart moriría pronto, eso era un hecho. La joven se incorporó y se aclaró la garganta.

—¿Quién le sustituirá cuando fallezca? No tiene heredero.

—Esa es una buena pregunta. Supongo que la rotación de señores volverá a tener lugar.

Lucille frunció el ceño.

—¿La rotación de los señores? —preguntó ella, sorprendida.

—Katherine ha descuidado sus lecciones de historia —gruñó Lady Meredith—. La rotación de los señores tuvo lugar hace muchas décadas. En aquella época, los gobernantes se turnaban cada cuatro años para ostentar el feudo de Black Marris. Fue una especie de compromiso para obligar a todos a vigilar la frontera. Al igual que hoy, nadie quería poner un pie allí. Así de poco acogedoras eran estas tierras entonces.

—¿Por qué ha cambiado este sistema? —preguntó Lucille con interés.

—La traición. En ese momento, Egfroi Le Grand gobernaba el actual feudo de For Castel. Le tocaba ir a Noir Marrais, cuando se le ocurrió una idea descabellada: la de gritar fuerte por su independencia. En lugar de dimitir, levantó un ejército e intentó alistar a otros feudos bajo su mando. Su plan fracasó. El rey de la época, Alarico I, el abuelo de nuestro actual gobernante, levantó su ejército contra él. Tras masacrar a sus hombres, le sacó los ojos, ejecutó a su mujer y le condenó a él y a sus descendientes a permanecer en Noir Marrais. De Egfroi Le Grand, pasó a ser Egfroi Sans Personne.

—Así que Girart es el descendiente de este hombre —murmuró Lucille—. Evidentemente, no ha aprendido nada de los errores de su antecesor, también reclama su independencia.

—No tiene nada que perder. Todos sus herederos han muerto prematuramente y sospecho firmemente que está utilizando el pretexto del efecto nocivo de la frontera en su feudo para ocultar una dura infertilidad —sonrió Lady Meredith.

A Lucille también le hubiera gustado reírse, pero no lo hizo. Su ira y su dolor la ahogaban. Nadie lloró a Lizzie, ni siquiera las criadas con las que pasaba la mitad de sus días. Era como si

nunca hubiera existido, como si fuera una "cosita" sin importancia.

Todo el mundo se alegró de ver a Lucille viva, pero a nadie le molestó que Lizzie hubiera muerto de forma tan horrible, porque solo era una sirvienta. ¿Era así como los señores veían a sus súbditos? ¿Como baratijas sin importancia? Girart lo había demostrado. No había mostrado ninguna piedad al enviar a la sirvienta al pantano.

Del mismo modo, Blake Westridefort no parecía haber abierto la boca sobre la pérdida. Sin embargo, era una de sus súbditas la que había desaparecido. Lucille apretó los dientes al darse cuenta. El mundo de los nobles era hipócrita. El mundo de los nobles era cruel. El mundo de los nobles era patético. Lo dejaría tarde o temprano, eso era una certeza.

—Me voy a la cama. No me despierte hasta que todo el mundo esté listo para irse —dijo en tono sombrío.

—Como quieras —dijo Lady Meredith.

Se levantó de su asiento, cogió su equipo de costura y cerró la puerta tras de sí. Lucille cerró los ojos.

No pudo pegar un ojo.

Con las primeras luces del alba, ya estaba lista para ser vestida por una criada.

De mal humor, instó a la criada a que terminara su trabajo, y luego salió a trompicones de su habitación, ignorando el aire helado que le golpeaba la piel. Solo detuvo su loca carrera en las grandes puertas de la fortaleza. El patio estaba lleno de baúles, caballos, soldados y sirvientes. Su carruaje estaba en el centro, ya investido por las abuelas de Westland.

Lucille recorrió los pocos metros que había hasta el vehículo y se detuvo. Lady Morgana la esperaba abajo, con un vestido negro que dejaba ver su flamante cabello. La bruja miró alrededor del patio. No había rastro de Girart Sans Personne. ¿Había tenido la decencia de no aparecer cuando se fueron? Apretó los puños y continuó su descenso, decidida a entrar en el carruaje.

—Me alegro de que te hayas recuperado —dijo de repente Lady Morgana al pasar.

Lucille dejó de caminar y giró la cabeza en su dirección.

—Si quisiera hablar usted, se lo habría hecho saber —murmuró.

El rostro de Lady Morgan se cerró. Fue un ataque gratuito, pero Lucille no tenía intención de ser fácil con ella. Odiaba a esta chica tanto como a su fortaleza, a su gobernante y a su pueblo. Giró sobre sus talones y se dirigió al carruaje. Le dolía el brazo mientras subía al interior, pero no mostraba dolor. En cuanto el cochero cerró la puerta, la caravana se puso en marcha. Lucille sintió que su corazón se apretaba. Salir de la fortaleza fue más difícil de lo que pensaba.

Cada momento, cada segundo, veía a Lizzie. A veces se ponía terriblemente nerviosa porque la abandonaba, a veces se apoderaba de ella una nauseabunda melancolía. Las horas pasaron sin una palabra, y entonces su devastador estado de ánimo la obligó a romper el silencio.

—Tengo que salir.

Las dos señoras, que hasta entonces habían estado hablando de la lluvia y el sol, la miraron con ojos muy abiertos. No les dio tiempo a responder. Abriendo la puerta de par en par, ordenó al cochero que se detuviera y luego pisó el escalón. La estepa seguía allí, pero no había rastro de una fortaleza en el horizonte. A lo lejos, pudo ver el comienzo de un enorme bosque que empezaba a tomar forma.

—Toma —dijo una criada, entregándole un pesado abrigo.

El viento helado seguía azotando el ambiente y ella iba vestida con un sencillo vestido de viaje. La joven dio las gracias a la doncella y luego se puso la prenda: una capa con un gran bonete y cubierta con una espléndida piel gris. Se quedó quieta durante unos segundos y luego interrogó a la criada.

—¿De dónde salió esta capa?

—Esta es la piel de la bestia que mató mi señor —respondió la criada—. Usted tiene algo de eso, el señor tiene algo de eso.

«Fenrir» pensó Lucille. Dudó en devolver el abrigo, pero luego cambió de opinión. ¿Cuál era el objetivo? Su invitación al Sabbat, la muerte de Lizzie y la cabeza cortada de Fenrir eran imágenes a las que tenía que acostumbrarse. Tomando la iniciativa, giró sobre sus talones y caminó al ritmo de la caravana.

Pasaron dos horas sin que se detuviera. Dos horas en las que, como un fantasma, caminó mirando fijamente los banderines de las armerías de Westridefort que flotaban en el aire helado de la fortaleza de Black Marrais.

—Acércate al carruaje —exclamó de repente una voz desde el lateral.

Lady Meredith había sacado la cabeza por la puerta del vehículo. Haciendo un gesto con la mano, le señaló los primeros metros que enmarcaban el vagón.

—Estoy bien aquí —respondió a la señora.

Esta última levantó los ojos al cielo con exasperación. Lucille se había alejado del resto de la caravana como un exiliado: mientras todos se seguían en fila india, ella se mantuvo obstinadamente a unos veinte metros a un lado.

—¡No seas estúpida! Parece que llevas la mano del diablo —se burló la Señora.

Lucille se rio, divertido por la comparación. La mano del diablo era una marca de nacimiento en forma de garra que se extendía por los hombros izquierdos de los niños nacidos de una violación. Además de ser físicamente horrible, atraía a la oscuridad y traía mala suerte. En general, eso era todo lo que se necesitaba para ser excluido de los pueblos.

Lucille se encogió de hombros. Imperturbable, se puso la capucha y siguió su camino, aparentemente imperturbable. Nada más felicitarse por su soledad, un caballo que encabezaba la fila se giró para acercarse a ella.

Blake Westridefort, enfundado en un abrigo gris que Lucille conocía demasiado bien avanzaba sosteniendo una yegua detrás de él.

—¿Por qué no estás en el carruaje? —le preguntó, mirándola desde lo alto de su caballo.

Ya de por sí alto, era aún más inmenso a caballo. Su silueta se extendía interminablemente hacia el cielo gris, y Lucille odiaba la forma opresiva en que se imponía a sus súbditos.

—Necesito un poco de aire fresco —respondió sin molestarse en detenerse.

Ella sintió su mirada severa apuntando a la parte superior de su capucha.

—Sube al caballo —dijo, tirando de la yegua a su lado.

—De ninguna manera —respondió secamente.

—¿Tienes miedo?

—Vengo de una granja. Por supuesto que no.

—En este caso, sube.

—No.

—Sube —repitió.

—¡No quiero montar! —exclamó.

Ella había levantado la cabeza para mirarle. No quería hablar, obedecer, y mucho menos tener compañía. Solo quería alejarse de esa caravana y no tener que volver a verla.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó, manteniendo el rostro inexpresivo.

La forma en que la miraba parecía condescendiente. Sintió que sus mejillas se sonrojaban. Ese aire de distanciamiento, falta de respeto y prepotencia la enfureció. ¿Cómo pudo ser tan transparente sobre lo que había sucedido? ¿Cómo se las arreglaba para parecer siempre tan

indiferente? ¿Cómo se atreve a preguntarle si tiene algo que decir? Ella explotó:

—¿Debo decirte algo? ¡Es quien debes hablar conmigo! —Se quitó la capucha para poder moverse con más libertad—. ¿Cómo te atreves? —dijo enfadada—. Mientras te ocupabas de admirar a la esposa del señor más loco del reino, yo moría en un pantano que tú habías certificado como seguro. ¡Mi criada está muerta! Muerta, ¿oíste? ¡Está muerta por tu error, y has hecho de sus últimos días un infierno! Así que no, eres tú quien debería decirme algo: ¡una disculpa!

La joven había escupido estas palabras con una rapidez dantesca. Recuperó el aliento y se quitó un mechón de la cara. Frente a ella, el caballo de Blake comenzó a chisporrotear de nerviosismo y la yegua a tirar de las reinas sostenidas por el señor.

—¿Has terminado? —le preguntó con un tono roto.

Su gélida mirada la atravesó literalmente. Ella le imitó, temblando de rabia, y luego volvió a ponerse la cofia para cubrirse del viento helado.

—He terminado —dijo.

—Bien. Ahora sube a tu caballo.

Ella frunció el ceño, asombrada por su valor

—¿Por qué insistes en que monte absolutamente a este animal?

Los caballos dieron una buena vuelta. Estaba claro que su humor de bruja estaba jugando con la fauna, y no era sin riesgo: Blake casi había soltado las riendas de la yegua.

—Eres una futura dama, no un súbdito —se burló—. Si quieres tomar aire fresco, hazlo, pero ten la decencia de no andar a pie como un vulgar soldado de a pie.

Lucille le dirigió una mirada desafiante. Con ánimo de jugar, giró sobre sus talones y reanudó su marcha, decidida a desoír las órdenes del señor.

El hombre no apreció esto. Molesto, desmontó y cargó contra ella como un caballo de carga. El corazón de la joven dio un salto en su pecho. Sin esperar ni un segundo más, levantó la mano para abatirla sobre su atacante, pero el hombre, tan rápido como su función le exigía, esquivó el gesto sin la menor dificultad y se agarró a su hábil brazo.

Sorprendida, giró la cabeza y cerró los ojos, preparada para recibir una avalancha de golpes. No fue así. Contra todo pronóstico, los brazos del señor se deslizaron sobre sus caderas y la abrazaron con fuerza para levantarla del suelo. Este gesto la avergonzó enormemente. Presa del pánico, pataleó, gesticuló, amenazó, pero fue inútil: más decidido que nunca, Blake Westridefort la flanqueó en su yegua y le prohibió bajarse.

Contra todo pronóstico, la joven no movió ni una pestaña. No soportaba que la tocaran, y menos cuando se trataba de hombres. A Blake obviamente no le importaba. Montado en su propio caballo, no parecía darse cuenta del problema que había causado a su prometida. Dio una patada a su montura y agarró las riendas de la yegua para obligarla a avanzar.

—Tenemos que establecer una forma eficaz de comunicación —dijo, girando la cabeza hacia ella—. Hazme tus preguntas con calma.

—Estás enfermo —respondió, todavía confundida por lo que acababa de suceder.

Ella sintió que él había roto el espacio respetable que habían establecido implícitamente para ellos desde que se conocieron. Esto la escandalizó tanto como la asustó.

—Eso no es una pregunta —respondió.

La joven le miró fijamente.

—¿Te dijeron que el demonio había cruzado la frontera?

Había pensado en ignorarlo, pero luego cambió de opinión: había demasiadas cosas que la intrigaban, y era incapaz de responderlas ella misma. Además, tenía un furioso deseo de

molestarle con preguntas capciosas.

—Sí —respondió simplemente.

—No lo entiendo. ¿No se supone que la frontera retiene a todas las criaturas de la oscuridad?

—En principio.

Lucille lo miró con irritación.

—¿En principio?

Blake no contestó inmediatamente y prefirió mirar al resto de la caravana con una mirada pensativa, casi ausente. Lucille nunca le había visto soñar despierto. Resultaba extraño ver sus ojos observando todo y nada al mismo tiempo, como si buscara una respuesta en el paisaje.

—No tienes ni idea de lo que está pasando... —dijo ella con suspicacia.

La mirada del señor se centró en ella, rompiendo el breve momento de desconcierto al que se había entregado.

—La frontera se está desmoronando —dijo, deteniendo su caballo.

Lucille también frenó su montura

—¿Cómo que se está "desmoronando"?

Esperaba haber escuchado mal.

—Cada vez son más las criaturas que se abren paso en el ámbito humano. ¿Estás segura de que viste al demonio venir a través de la niebla?

—Le vi como te veo a ti.

—Así que confirma esta hipótesis. El demonio debe estar divirtiéndose al cruzar la frontera como una muralla mal mantenida.

—¿Cómo es posible?

—Todavía no lo sé.

Lucille permaneció en silencio. En su cabeza, Blake Westridefort siempre tenía la respuesta a todo. Esta ignorancia no era una buena señal.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Actuar —respondió, antes de acelerar su montura.

Lucille quería hacer lo mismo, pero no era fácil: como amazona, le costaba posicionarse, y su pesado vestido y su larga capa de invierno no la ayudaban en absoluto.

—Tengo una pregunta —dijo Blake dirigiéndose a ella.

Lucille enarcó una ceja con suspicacia.

—Te escucho.

—¿Realmente trataste de golpearme?

Se puso rígida de pies a cabeza. Se refería al breve momento en que, creyendo que iba a golpearla, había levantado la mano contra él para evitar que la alcanzara. La joven se negó a contestar, empezando a conocer sus temidas preguntas trampa. Estaba fuera de lugar que volviera a menospreciarla con un insulto despectivo. Congelada en silencio, se limitó a lanzarle una fría mirada. El señor sonrió.

—La próxima vez, intenta esforzarte un poco más.

—Lo haré —respondió ella.

Lanzó una mirada burlona y luego se acercó a la línea para ver el carruaje, al que señaló con un gesto de la barbilla. En el interior, las sombras estáticas de Katherine y Lady Meredith indicaban que estaban durmiendo.

—Vuelve al carruaje. En tu estado, no durarás hasta el final del viaje.

—Me subestimas.

La miró de pies a cabeza.

—No vamos a parar antes de que anochezca.

—No me asusta.

—Como quieras.

Respondió con una sonrisa despectiva, y luego salió al galope para tomar la delantera. Lucille contuvo una mueca de dolor. Acababa de cometer un gran error. Ser una amazona era incómodo y el dolor en su brazo no ayudaba. Ahora que había dado el audaz paso de quedarse a caballo, no había vuelta atrás.

Bajar era dejar que el señor de Westland saboreara su victoria, y eso, más que el dolor en su brazo, era insoportable. Apretando los dientes por su propia tontería, se incorporó como pudo y se animó. Todo era temporal. Al menos eso es lo que ella pensaba.

Capítulo 14

Al cabo de dos horas tenía dolores en la espalda. Al caer la noche, estaba a punto de adormecerse con el paseo de la yegua, ya no miraba por dónde iba y no escuchaba lo que decían los otros viajeros. Solo cuando el caballo se detuvo, abrió los ojos. Habían abandonado la estepa y llegaron a una aldea rodeada de bosques. Reconoció inmediatamente la última parada que habían hecho antes de llegar a Noir Marrais. A su alrededor, los súbditos de Westland bajaban de sus carruajes en un incesante bullicio.

—¿Necesita ayuda?

Bajó la mirada para ver quién se dirigía a ella. Abajo, el caballero Gabin le tendía la mano. Lucille aceptó de buen grado su mano y se bajó de su montura. Cuando aterrizó, no pudo evitar reprimir una mueca. No era de extrañar que las mujeres viajaran en carroza si iban a pasar la mitad del día retorcidas sobre sus monturas.

—Gracias —dijo con una media sonrisa.

—Por favor, acepte viajar en el carruaje. Las largas jornadas a caballo no son agradables para nadie.

—Todavía son más agradables para ustedes los hombres. Montar a caballo es un lujo que mi condición no me permite.

El caballero parecía divertido detrás de sus párpados dormidos.

—Tengo que estar de acuerdo usted...

—No te compadezcas de ella —interrumpió una voz.

Se giraron al unísono. Blake Westridefort se acercó con una antorcha.

—Tuvo que elegir —dijo, acercando la llama para ver mejor sus rostros.

Señaló el carruaje que estaba a unos metros detrás de ellos. Katherine y Lady Meredith estaban saliendo. Lucille se felicitó por no formar parte de este grupo. Miró con picardía al señor, que no pareció molestarse lo más mínimo. Su rostro era tan expresivo como una piedra.

—¿Señor...?

Un hombre se acercó a su grupo. No era ni un sirviente ni un soldado, sino un simple habitante del pueblo. Según recordaba Lucille, era el hijo del posadero, un hombre alto que ya no tenía todos los dientes. Le sorprendió que se atreviera a hablar con Blake Westridefort. La última vez que había hablado con él, el buen hombre había mirado hacia otro lado y solo se había expresado con asentimientos aproximados.

—Te escucho —respondió Blake.

El aldeano tragó saliva. El comportamiento profundamente escalofriante del señor no alivió su inquietud. Todo en el aspecto del señor le intimidaba, desde su rostro gélido hasta su alta estatura y su tono definitivamente austero. Se armó de valor y se puso en marcha.

—No podemos recibirlos en las mismas condiciones que cuando se fueron —anunció con un profundo acento nórdico.

Hubo un silencio incómodo. Sin duda, imaginó que Blake continuaría interrogándole, pero no lo hizo. Fiel a su estilo, este no se movió ni un ápice y esperó el resto de sus explicaciones, perturbándolo enormemente.

—Es que... —comenzó.

Se aclaró la garganta.

—Es que varios de los nuestros han muerto, Milord... Varios cazadores. No tenemos suficiente carne para hacer buena comida y...

—¿De qué murieron? —dijo Blake Westridefort.

—Enfermedad, señor.

—¿Cuántos?

El aldeano calculó con sus dedos.

—Doce, incluyendo a mi padre.

Lucille y Gabin levantaron las cejas al mismo tiempo. La enfermedad se extendía rápidamente, pero nunca se había producido un brote que matara a doce personas en menos de una semana. La joven se estremeció. Su sangre de bruja a menudo la protegía de los resfriados, pero no era inmune. Recordó un día en que tenía trece años y estuvo a punto de morir.

—¿Todavía tienes enfermos? —preguntó el señor, imperturbable.

El aldeano bajó la mirada.

—Solo uno, señor. Está allí.

Señaló una pequeña choza en la oscuridad, del que salía un tenue resplandor a través de las ventanas.

Blake no prestó atención e hizo otras preguntas que Lucille no planteó: el edificio le recordaba extrañamente a su granja. Aprovechando el momento de desatención que reinaba en el grupo, se separó de su círculo privilegiado y se acercó con cautela a la choza. No había duda, era prácticamente el mismo edificio que su casa de campo.

De repente, la sorprendió un gemido, seguido de un aterrador ataque de tos. Oyó la caída de un mueble y luego un silencio. Permaneció inmóvil durante un rato, y luego notó que aparecía un poco de llama a lo largo de la ventana. La casa estaba en llamas. Sin pensarlo, empujó la puerta y entró.

Dentro, una de las velas encendidas se había caído. La joven se apresuró a cubrir el fuego con un abrigo sobre una silla, y luego dio varias palmaditas a la llama. Cuando terminó, se dio la vuelta. Junto a una cama ensangrentada, un cuerpo acurrucado en el suelo estaba envuelto en una sábana. Debe haber caído y haberse llevado la vela con ella. Lucille se agachó y extendió una mano para descubrir su rostro.

—No la toques —dijo una voz de repente.

Una hoja se posó junto a su mejilla. Cesando inmediatamente todo movimiento, Lucille volvió los ojos para encontrarse con la mirada del dueño de la espada. Blake Westridefort acababa de entrar en la casa acompañado por Gabin, Gauderic y el hijo del posadero. Bajó su espada y agarró a Lucille para enderezarla.

—La casa estaba en llamas —se justificó cuando se encontró con sus ojos.

Avanzó con cautela su antorcha para iluminar la zona. La paciente no parecía moverse. Lentamente, tiró de la sábana con la punta de su espada, y luego dio un paso atrás. El rostro de la mujer estaba cubierto de ampollas rojizas y purulentas. Cerca de su boca, un fino chorro de sangre fluía. Acababa de morir.

—Palsambleu —murmuró Gauderic.

—No digas palabrotas —dijo Blake.

—¿De qué se trata? —preguntó Lucille.

El señor pareció pensar un momento y luego ordenó al hijo del posadero que le proporcionara material de escritura. El posadero asintió y los condujo al edificio principal, donde señaló una mesa polvorienta, dejando atrás a la enferma.

En un escritorio, unas cuantas hojas de papel y una pluma sumergida en un tintero

esperaban ser utilizados. Blake se sentó a escribir.

En cuanto Lucille le vio rayar las primeras líneas, supo que algo iba mal. Sus movimientos eran apresurados, como si tuviera que escribir la carta a toda prisa. Terminó su trabajo, luego cogió una vela y dejó caer unas gotas de cera sobre el papel antes de perforar la carta con uno de sus anillos. A continuación, entregó la carta a Gabin.

—Eres el más rápido de nosotros —dijo, levantándose—. Mañana, con las primeras luces del alba, te adelantarás a nosotros hacia la capital. El rey debe escuchar este mensaje lo antes posible.

—Se hará, mi señor.

—¿Sabes lo que hay en esta carta?

—Lo sé.

Lucille frunció el ceño mientras miraba a cada uno de ellos por turno. Era por la paciente, estaba segura, pero ¿qué mal requería tales medidas?

Blake se volvió hacia Gauderic.

—Ve a la cabaña de la moribunda y quema el edificio —ordenó al gigante castaño.

—¿Qué hacemos con el cuerpo? —preguntó inmediatamente Gauderic, como si la orden fuera falsa.

—Déjalo dentro, no debes tocarlo bajo ninguna circunstancia.

—Pero mi señor —intervino de repente el aldeano—, la casa podría salvarse... —dijo, visiblemente sorprendido por la idea de sacrificar un edificio entero.

La mirada de Blake Westridefort fue suficiente para hacerle cambiar de opinión.

—¿Qué hicisteis con los cadáveres? —preguntó él, ignorando su petición.

—Los enterramos, señor.

—¿Con la ayuda de un religioso?

El aldeano se retorció en sus botas.

—Nuestro sacerdote también está muerto, señor.

Blake dejó escapar un suspiro exasperado y despidió al aldeano, que se marchó sin pedir ayuda. Luego se dirigió a Gauderic.

—Asegúrate de que nadie duerma dentro de las casas. Haremos otra cosa por esta noche.

—¿Qué vamos a hacer con esta gente?

Los tres hombres se volvieron hacia ella sorprendidos. Había estado tan callada que se habían olvidado de ella.

—Enviaré un mensajero a la Ciudadela Pía para que les envíe un sacerdote y un fango —respondió brevemente.

La Ciudadela Pía era una ciudad conocida por su academia de eruditos y su increíble asamblea de clérigos. Considerada la ciudad santa, tras sus murallas se habían formado clérigos y lodazales durante milenios. El lugar era un lugar de justicia y conocimiento. Era común que las criaturas de la oscuridad fueran enviadas allí para ser estudiadas o juzgadas.

—¿Qué es esta enfermedad? —preguntó Lucille, agarrándose el brazo, que empezaba a dolerle de nuevo.

Gauderic se rio a carcajadas.

—La peste —se burló antes de escupir a un lado.

Frunció el ceño.

—¿La peste? —preguntó incrédula.

La única plaga que conocía era el instrumento utilizado para trillar el trigo. Estaba la peste en el sentido de "calamidad" pero este término significaba todo y nada al mismo tiempo. No

tenía ningún indicio de la enfermedad.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso?

—La peste —dijo Blake.

Lucille giró la cabeza directamente hacia él, abriendo los ojos. Por desgracia, hablaba muy en serio.

Capítulo 15

El mes de julio se había evaporado literalmente ante sus ojos, engullidos por los días de viaje. La caravana llevaba cuatro semanas y tres días en la carretera. Para Lucille, esto era interminable, pero para Katherine, era impensable. Necesitaba la comodidad de una habitación, el olor de un jardín en flor y el frescor de las piedras del castillo de Westridefort.

Lucille no estaba en contra de esta última idea: hacía semanas que habían dejado el norte y el calor del sur se sentía en cada movimiento. Afortunadamente, la distancia a la capital era solo de unos minutos, y el ritmo de la caravana era bueno.

Sin embargo, Lucille se debatía entre la felicidad por dejar el carruaje y el nerviosismo por conocer. Aunque Katherine y Lady Meredith habían hecho de sus días de viaje verdaderas lecciones de decoro y política, Lucille se sentía como una novata. La corte era peligrosa para su identidad, y nada podía tranquilizarla al respecto, ni siquiera los comentarios satisfechos de Lady Meredith sobre su transformación en una "damisela de la corte".

—Qué olor... —suspiró Katherine de repente, agitando su abanico.

Lucille hizo una mueca. En efecto, había un hedor en el aire, que hacía aún más irrespirable la atmósfera ya húmeda del carruaje. Pensó directamente en los olores de las comodidades.

—No hay duda de que estamos llegando —respondió Lady Meredith, pellizcándose la nariz. La abuela bajó de repente el libro que estaba leyendo—. Esta ciudad apesta a mierda.

—¿Ese olor viene realmente de la capital? —dijo Lucille, sin captar la vulgaridad de Lady Meredith.

En cuatro semanas había tenido tiempo de acostumbrarse a su lenguaje.

—¡Y cómo! Se dice que para la coronación de Alarico III, la ciudad olía tan mal que ya no se necesitaba un mapa para llegar. Solo había que oler el aire para encontrar el camino —respondió la señora.

Lucille sonrió ante esta anécdota.

—No te preocupes. Te acostumbras —comentó Katherine, continuando con su abanico.

De repente, el carruaje se detuvo, casi tirando a Lucille hacia delante. La joven abrió la cortina a su lado. Los árboles enmarcaban la carretera. Si habían llegado, no parecía ser el lugar adecuado.

—No te quedes mucho tiempo al sol —le dijo Katherine, adivinando que quería salir.

La joven asintió como respuesta y salió del coche. Fuera, el olor era aún más irrespirable que dentro.

Pellizcándose la nariz, rodeó el vehículo y se unió a los criados que se habían detenido al borde de la colina para observar la escena. Se dirigió hacia ellos, pero se detuvo en seco, fascinada por el paisaje.

Abajo, había una vista de la capital. La ciudad era gigantesca y se extendía a lo largo del mar.

La ciudad estaba dividida en tres partes: una; la principal, estaba unida al continente, mientras que las otras dos estaban situadas en dos islas separadas unidas por enormes puentes de piedra.

El castillo, una enorme estructura formada por cientos de torres, se elevaba por encima del primero. Al igual que los demás edificios de la ciudad, estaba hecho de tejas de color óxido y

piedra blanca. A su alrededor, cientos de pájaros, arrullados por la brisa marina, la rodean con gritos fuertes y alegres.

—Fontanelle La Grande —dijo de repente una voz a su lado.

Lucille jadeó. Blake Westridefort se había instalado junto a ella, espantando a todos los criados del otro lado del camino.

—No me imaginaba la capital así —dijo mientras una ráfaga de viento salado le echaba el pelo hacia atrás.

—¿Cómo te la has imaginado?

Lucille se encogió de hombros.

—Menos grande... Probablemente menos poblada.

Él soltó una risita divertida que no se le escapó a ella. Tal vez le divirtiera su ingenuidad, pero este capital grandilocuente había sido suficiente para ponerla nerviosa por razones mucho más siniestras. Miró brevemente hacia atrás y luego se lanzó.

—Imagina esta ciudad con una plaga.

Blake Westridefort volvió los ojos hacia ella.

—No sucederá —respondió.

A Lucille le hubiera gustado creerle, pero era incapaz de confiar en él. Cuando abandonaron el pueblo, el señor solo dejó dos recomendaciones a los habitantes: no tocar los cuerpos enfermos y quemar sistemáticamente los cadáveres. Entonces ordenó a sus súbditos que se marcharan, dejando a los aldeanos a su suerte. Finalmente, toda la caravana pasó la noche bajo las estrellas a dos horas del pueblo.

—¿Y si uno de nuestros súbditos está enfermo? —preguntó Lucille, volviéndose hacia él.

—La plaga se extiende rápidamente. En cuatro semanas de viaje, lo habría notado.

Lucille se estremeció. Hacía siglos que la enfermedad no aparecía en el continente.

—¿Cómo puedes estar seguro de que es la peste? —preguntó, dándose cuenta de repente de que si no había existido durante tantos años, Blake no podía saber más que ella.

—No estoy seguro, solo lo asumo. No hay muchas enfermedades que dejen burbujas por todo el cuerpo antes de apoderarse del alma de doce personas en menos de una semana.

Efectivamente, tenía sentido. Sin embargo, los padres de Lucille solían decir que las dolencias no aparecen sin razón. Esta repentina aparición de la peste era más que extraña. ¿Se habían comportado mal los aldeanos con la Providencia?

El nerviosismo volvió a apoderarse de ella. Si era esto, si realmente era la plaga, tenían todas las razones para preocuparse. La enfermedad no se llamaba plaga por nada.

—Antes de que volvamos a la carretera, tengo que decirte algo —dijo Blake Westridefort, cortándola.

Ella le miró sorprendida. El hombre seguía mirando la capital, extrañamente tranquila.

—No debes confiar en nadie —dijo.

—Ya me lo han dicho antes.

—Sí, y no por nada. La gente de aquí no se parece en nada a la que conociste antes. Son peores.

—Lo dudo —respondió ella, pensando en Girart Sans Personne.

Este pensamiento fue suficiente para que le doliera el brazo. Aunque la herida se había curado, persistía una sensación de hormigueo y aún no había recuperado el uso correcto de tres de sus dedos. Sin embargo, esto no fue nada comparado con la pérdida de Lizzie.

—No aceptes ningún regalo —dijo Blake, cortándola—. No comas nunca nada que no haya sido probado de antemano, y no toques nunca ningún paño que no te hayan presentado tus

propios sirvientes. ¿Está claro?

Lucille permaneció en silencio.

—¿Me estás diciendo que corro el riesgo de ser envenenada?

—Es una posibilidad.

La joven se sintió como si se cayera de una rampa.

—¿Y puedo saber por qué merezco tal castigo?

—No es a ti a quien buscan, es a mí. Sigue mis consejos al pie de la letra y todo irá bien.

—Ya tengo que vivir con el miedo a quemarme viva. ¡No voy a tener que enfrentarme a la idea de ser envenenada también!

—No sucederá.

—¿Pero cómo puedes estar seguro? Que yo sepa, no eres tú el que tiene una espada de Damocles colgando sobre tu cabeza. —Giró la cabeza de izquierda a derecha, exasperada—. No, no voy a arriesgar mi vida por un conflicto de señores que ni siquiera sé lo que está en juego.

Blake Westridefort soltó una pequeña carcajada.

—Lo harás, porque si te niegas, no tendré ninguna razón para mantenerte con vida.

Lucille lo miró fijamente.

—Sería más fácil si me lo explicaras —respondió ella.

—No. Cuanto menos sepas, mejor.

Puso los ojos en blanco, molesta. Se sintió como si le hubieran dicho lo mismo mil millones de veces. ¿Qué era tan terrible que no podía saber? ¿Estaba en medio de una emboscada dirigida a la flor y nata de la alta sociedad?

—Espero que seas consciente de lo que me estás haciendo.

—Lo sé. —Dejó de mirar la capital para mirarla a ella—. Tienes que confiar en mí —anunció.

Quiso reírse, pero se detuvo al ver su cara. Estaba tan serio como siempre. Recto como una I se alzó ante ella como un monumento.

De repente, Lucille se sintió acorralada. Dio un paso atrás para crear una distancia más respetable entre ellos.

—Creo que deberíamos volver a la carretera —dijo para terminar la conversación.

Él no dejó de mirarla, lo que la avergonzó, recordándole que no le gustaban los hombres desde que todo el daño estaba hecho. Volviendo la cabeza hacia otro lado, se dio la vuelta para reunirse con el cochero.

—¿Te han invitado al Sabbath? —le preguntó mientras se alejaba.

La joven se estremeció de sorpresa.

¿Era capaz de reconocer a las brujas que habían sido invitadas al evento? ¿Sabía su terrible secreto todo el tiempo? ¿O era un farol? Apostó por la tercera opción.

—No —respondió con una voz extrañamente serena—. ¿Qué te hace decir eso? —No sabía que tenía tanta sangre fría.

—Nada. Solo estaba preguntando.

—No me invitaron al Sabbath —respondió con aplomo.

—¿Me lo juras?

Lucille sintió que sus músculos se tensaban. Ahora era incapaz de responder. Tragando, se obligó a asentir con la mayor sinceridad posible, y luego logró articular algunas palabras.

—Te lo juro.

Blake permaneció en silencio durante un tiempo que pareció interminable. Juzgando que la conversación no iría más allá, se alejó para unirse a la caravana.

—Como uno de nosotros tiene que confiar en el otro, me fiaré de tu palabra —dijo, acercándose a su caballo. —Se subió al animal y se dio la vuelta para mirarla—. Si ocurre, no importa las circunstancias, no importa cuándo; sólo dímelo. —Su voz era profunda, no una sugerencia—. ¿Puedo confiar en ti? —añadió.

Su frase pareció resonar en la cabeza de la joven. Permaneció en silencio, sintiendo que le hervía la sangre, y luego asintió.

—Sí —mintió.

Hubo un momento de vacilación, luego el hombre giró la cabeza y se dirigió a la cabeza de la caravana.

Lucille sintió náuseas. Ella había mentido dos veces y le había mirado directamente a los ojos. Estaba claro que su respuesta no le había convencido, pero sin embargo había sentido su sinceridad cuando había dicho que la creía. El hombre había ido en contra de sus principios al confiar en una bruja.

Preocupada, subió al carruaje con una indescriptible sensación de malestar.

—Mira, querida.

Lady Meredith le mostró una página de un libro. En él, una multitud de escudos de armas estaban bellamente dibujados. Lucille reconoció inmediatamente el escudo de armas de los Westridefort —dos espadas superpuestas formando una cruz—, pero Lady Katherine señaló otro emblema. Era un sol rodeado de tres círculos amarillos, todo ello dibujado sobre un fondo negro.

—Es el escudo de la familia Martinelli —dijo la señora con una sonrisa apretada.

Lucille entornó los ojos. Ya había escuchado ese nombre en alguna parte.

—¿Quiénes son? —preguntó, curiosa.

—Una de las familias más poderosas del reino. Nos odian.

Lucille pensó, y luego recordó: el día después de su desastrosa escapada en los aposentos del Verdugo, Lady Meredith había sugerido que uno de los caballeros se llamaba Martinelli. Si su recuerdo era correcto, era el rubio, el que parecía ser el miembro más joven de El Ejecutor.

—¿Por qué odian a los Westrideforts? —preguntó, mirando de nuevo el escudo.

Lady Meredith se encogió de hombros.

—Esto ha sido así desde el principio de los tiempos. Las grandes familias del sur odian a las grandes familias del norte, y viceversa. Los Howers, Harders y Saddlers no se meten con nosotros: las tías de Blake están casadas con sus actuales señores.

Lucille levantó las cejas.

—¿Sus tías?

Estaba tan acostumbrada a tratar con la pequeña familia de Blake que nunca había pensado en el hecho de que podrían ser más de tres.

—En efecto —respondió Lady Meredith—. El padre de Blake tenía tres hermanas que se casaron con nórdicos. Como único hermano varón, heredó el feudo de Westridefort y su castillo. Luego se lo pasó a su hijo.

—Y... Estas famosas tías, ¿estarán en el castillo?

—Creo que sí. Sus hijos tienen la edad de Blake, así que pueden gobernar la tierra mientras ellas y sus maridos vienen a representar a sus clanes en la capital.

—¿Debo entender que son nuestros aliados?

Lady Meredith miró rápidamente a Katherine, que estaba ocupada leyendo, y luego asintió.

—Es complicado —respondió ella con cautela.

Lucille no pudo evitar echar un vistazo a la lista de escudos: había unos cuarenta y dudaba que pudiera recordarlos todos.

Lady Meredith pareció ver la preocupación en su rostro. Le sonrió con picardía.

—Si te pierdes, sigue el sonido de los nombres —señaló el escudo de Saddler—. Cuanto más septentrional sea la pronunciación, más probable será que sean nuestros aliados. Dicho esto, nunca pierdas de vista que nadie es tan blanco como la nieve. Confía solo en ti misma.

—Sí, me avisaron.

—No se puede decir lo suficiente.

—Estamos llegando.

Katherine acababa de dejar de leer su libro para mirar por la ventana. El carruaje tomaba un camino que llevaba directamente a las murallas de la capital. Fuera, una multitud de comerciantes se arremolinaba a lo largo de la carretera.

—Sí, el olor es espantoso —replicó Lady Meredith con una mueca.

Lucille también descubrió que sus habilidades olfativas estaban siendo desafiadas, pero su atención estaba más centrada en lo que le esperaba en el castillo. Apretando su vestido nerviosamente, no prestó atención a los distritos de la ciudad que pasaban ante sus ojos, y se sorprendió cuando la carroza atravesó las pesadas puertas del edificio real.

Allí toda la caravana se apostó y todos los sirvientes comenzaron a salir. El cochero abrió la puerta y le tendió la mano. Tragando, lo cogió, salió con cuidado del vehículo y se giró.

Nadie. No había rastro de nobles en el horizonte.

Sorprendida, llamó a Katherine, que estaba desempolvando su vestido.

—¿Dónde están todos? —preguntó con desconfianza.

—¿En este momento? Probablemente en sus pisos. ¿Sientes este calor? Ningún noble pondría un pie fuera con este sol.

En efecto, el sol estaba en su cenit y sus rayos caían sobre la capital.

Lucille sonrió. Esta ausencia le encantó. Cerrando los ojos, saboreó los pocos momentos de respiro que le quedaban y luego se giró. Cuando los abrió de nuevo, una mujer de pelo largo y castaño estaba apoyada en el balcón del primer piso observando el alboroto en la caravana. Su rostro estaba oculto en la sombra de una alcoba.

—¿Quién es? —preguntó Lucille, volviéndose hacia Lady Meredith.

La abuela acababa de bajar del carruaje.

—El comienzo de tus problemas —respondió con dulzura.

Lucille lo miró de reojo.

—Una persona más de la que tengo que cuidarme, ¿no?

—Cuidado con todos, será más fácil.

—Cuento con ello.

Lady Meredith asintió. En ese mismo momento, la mujer se desprendió del balcón y se escabulló por una puerta del pasillo. Lucille no tuvo tiempo de verle la cara: sin esperar ni un segundo más, Katherine la agarró por su brazo hábil y la arrastró al interior del castillo. El frescor de las piedras la alivió al instante. No se había dado cuenta, pero la humedad de la capital la había dejado literalmente exhausta.

—Aquí —dijo de repente Katherine al entrar en un largo pasillo.

Una serie de puertas alineadas, iluminadas por los rayos del sol. La señora eligió una y lo condujo al interior. Eran planas, probablemente los más hermosos que había visto. A la izquierda, una enorme cama con dosel se encontraba frente a un aparador delicadamente tallado. Hermosas telas adornaban las ventanas y ramos de flores se colocaban donde había espacio. Más adelante, un balcón con una mesa y sillas daba a unos enormes jardines. La mera visión la dejó sin aliento.

—Estos son tus pisos. El pasillo que acabamos de pasar es el ala reservada para el Westridefort. Precioso, ¿verdad? —dijo Katherine, mientras los sirvientes entraban sin reparo a depositar los primeros baúles.

—Efectivamente —respondió Lucille, aventurándose en el balcón.

Los jardines se extendían hasta donde alcanzaba la vista antes de desaparecer aquí y allá en el denso bosque, que a su vez estaba cortado por murallas. Detrás de ellos podía ver el mar. Al parecer, su visión del castillo en lo alto de la colina no había sido suficiente para abarcar todo el edificio. Era mucho más grande y complejo de lo que había pensado.

—Es hora de prepararse —dijo Katherine de repente.

Dos sirvientas estaban sacando innumerables vestidos de sus baúles.

—¿Prepararse? —preguntó Lucille, mirando a su alrededor para ver la habitación.

—¡Pues sí! Esta noche, en la cena, conocerás a la corte por primera vez. Es esencial que causes una buena impresión.

Lucille volvió a su nerviosismo inicial. Su momento de alivio había durado poco. Tomó aire y salió del balcón, volviéndose hacia Katherine y las dos criadas.

—Vamos —dijo.

Capítulo 16

Este fue el comienzo de una larga preparación. Las dos sirvientas empezaron a bañarla, restregando cada centímetro de su cuerpo. Luego la untaron con una extraña crema y la cubrieron con una bata.

Katherine la inspeccionó y la invitó a reunirse con ella en la siguiente sala, donde la dama tardó exactamente dos horas y cincuenta minutos en decidir el vestido que llevaría. Después de pensarlo mucho, se decidió por un vestido azul claro.

—Aumentará tu belleza —dijo, colocando las manos en las caderas—. Tienes un pelo precioso.

Lucille se encogió de hombros. Ser bruja le permitía comunicarse con los animales, pero también cambiar el color de su pelo. Podía pasar de rubia a morena sin ningún problema. Fue sin duda esta facultad la que le permitió tener semejante pelo.

—Prepárenla —ordenó Katherine a los sirvientes—. También tengo que ir a arreglarme.

Las dos sirvientas asintieron con la cabeza y la señora desapareció tras la puerta. Inmediatamente se pusieron a trabajar.

A Lucille no le gustaba la idea de presentarse ante la corte, pero se vio obligada a admitir que un vestido tan bonito no podía permitirse el lujo de quedarse en el armario: la parte superior del corpiño tenía una amplia trenza de perlas e hilos de plata, mientras que las mangas, cortadas a tres cuartos, se acampanaban en un volante de tela blanca inmaculada.

A pesar de la ayuda de los sirvientes, se tardó mucho en ponerlo. El corpiño la dejaba literalmente sin aliento, y el escote, tan pronunciado, no la ayudaba a respirar. Al final, el vestido era tan estético como incómodo. Las sirvientas pusieron fin a su calvario poniéndole una cinta en el pelo y perfumando algunos mechones.

—¿Cómo se siente? —preguntó una de ellas.

—Ahogada —respondió Lucille, sentándose suavemente en su cama.

Miró hacia el balcón. Estaba oscureciendo. Ahora tenía que esperar a que aparecieran Katherine y Lady Meredith. Un criado le trajo un libro, señal de que la espera iba a ser larga. Leyó las primeras páginas y luego decidió ver la puesta de sol desde el balcón.

Estaba dormitando en su silla cuando llamaron a la puerta. Lucille se levantó y se dirigió a la salida. Fuera, Lady Meredith y Katherine la estaban esperando. La piropearon, pero Lucille se quedó más prendada de la riqueza de sus ropas que de la suya propia. Si Lady Meredith estaba muy elegante con su vestido de color bronce, Katherine estaba sencillamente preciosa con su traje azul real.

—Es preciosa —le dijo.

Katherine levantó las cejas. Lucille solía ser tacaña con los cumplidos.

—Gracias. Tú tampoco te quedas fuera.

Ella le sonrió. Fue el primer gesto real de simpatía que tuvieron la una por el otra.

—No nos demoremos —dijo Lady Meredith—. No debemos llegar después del Rey.

Las tres mujeres caminaron por los pasillos. Iban escoltadas por dos guardias de la Casa Westridefort y dos sirvientas.

A medida que se acercaba el fatídico momento, el corazón de Lucille latía con fuerza contra su pecho. Ni siquiera prestaba atención al camino, ni siquiera a la riqueza del paisaje. Lo único

en lo que podía pensar era en el tribunal, en las miradas de los demás y en las preguntas capciosas que podrían hacerle.

De repente, al doblar un pasillo, oyó música y un bullicio persistente. A lo lejos, en una enorme galería con vistas a un jardín, unas figuras ricamente vestidas conversaban frente a unas grandes puertas.

El suelo, un tablero de mármol manchado por el paso del tiempo, estaba iluminado por la luz del sol que se colaba a través de enormes nichos de piedra cuyos adornos dorados brillaban indecentemente.

Lucille comprendió por qué el rey vivía aquí: todo era tan majestuoso como lo dictaba su estatus. Se detuvo durante unos segundos, al paso de Katherine y los guardias. Más adelante, una treintena de nobles charlaban y reían. Eran hombres y mujeres, tan suntuosamente vestidos como las dos damas. Hombres y mujeres que no dudarían en quemarla viva si conocieran su identidad.

Un sudor frío la recorrió.

—No lo dudes.

Lucille se estremeció. Lady Meredith también se había apartado, con sus ojos oscuros mirando a la multitud.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lucille.

—Imponte —respondió enseguida la señora—. Pronto serás la esposa del albacea, señora del feudo de Westride. Es un estatus muy alto. No les des el placer de atormentarte. Nunca, nunca.

Lucille se quedó quieta durante unos segundos y luego enderezó la cabeza.

—Nunca —respondió ella con frialdad.

La abuela asintió.

Lucille la vio tomar aire antes de caminar hacia la multitud. Así que no era la única que estaba ansiosa. ¿Qué tipo de desgracia podría sacudir un tribunal hasta el punto de que nadie se sintiera cómodo acudiendo a él?

Se negó a pensar en una hipótesis tangible y se fue con la abuela. Cuanto más se acercaban las dos mujeres a la multitud, más miradas curiosas notaban.

Cuando les quedaban unos quince metros, Lady Meredith la agarró suavemente del brazo. Lucille redujo su marcha y giró la cabeza hacia ella.

—¿Sabes cuál es el lema de Westridefort?

Lucille asintió. Siempre le había parecido que los Westrideforts no tenían uno porque no estaba anotado en ningún estandarte y Blake se cuidaba de no referirse a él. Tampoco Katherine había mencionado tal cosa.

—No es muy conocido, lo reconozco —replicó Lady Meredith al ver su expresión de desconcierto.

—¿Qué es, entonces?

—Ad mī sacrificium mō sagjèt.

—Por mi sacrificio, me levanto —tradujo Lucille. Era nórdico, y como cualquier local, sabía hablarlo.

Fingió sonreír, evitando sonar amarga para no preocupar a Lady Meredith. Sin quererlo, el lema solo confirmó la idea de que ella no pertenecía a esta casa. Aunque no sabía si terminaría sus días como dama, sabía que nunca se sacrificaría por nada. Había tenido una vida demasiado dura como para renunciar a ella por una causa, una idea o incluso por alguien.

Lucille se ajustó discretamente el vestido y se dirigió a la entrada de la sala de banquetes. Katherine estaba ocupada charlando con tres hombres y haciéndoles reír. Cuando Katherine la

vio, le hizo señas para que se acercara.

—Esta es la prometida de mi hijo. La señorita Lucille Turner.

La presentó con un orgullo que la sorprendió. Los tres hombres la miraron al instante y sonrieron hipócritamente.

—Lucille, te presento a los señores Arco, Bessonne y Marzi —añadió enfatizando la pronunciación de cada nombre.

Todos sonaban sureños. Sonrió a Katherine para hacerle saber que lo entendía, y luego se inclinó respetuosamente.

—Encantada de conocerlos, mis señores.

—Qué joven tan hermosa —dijo uno de ellos con entusiasmo.

—Efectivamente —dijo otro—. Una verdadera obra de arte.

—¿Dónde está tu prometido? ¿Sería tan tonto como para dejar semejante joya en nuestras manos? —rió el tercero, sin dudar en bajar los ojos a su pecho.

—Está aquí —dijo de repente una voz profunda que Lucille conocía muy bien.

Los tres hombres levantaron la vista al unísono. Blake Westridefort se acercaba. Llevaba un jubón oscuro cerrado hasta arriba que mostraba un cuello blanco. Un collar de oro bajaba por sus hombros hasta la mitad del torso, con el signo de la Ejecución y las armas de Westride como colgantes.

—Lord Westridefort —dijo uno de los señores.

Asintieron con la cabeza en señal de saludo. Todos habían perdido su esplendor. Hubo un silencio incómodo, y finalmente se alejaron, deseándoles una buena noche. Lucille sonrió. Por una vez, estaba encantada con la llegada sorpresa de su futuro marido.

—Estás ahuyentando a mi público —se burló Katherine mientras veía a los tres nobles alejarse hacia el salón de banquetes.

Blake no respondió. Se volvió hacia Lucille, dispuesto a decir algo, cuando una voz alegre le llamó.

—¡Duì shài! ¿Mi sobrino? ¿Aquí?

Una mujer se destacó de un grupo. Era alta y morena, con las mejillas llenas y los ojos sonrientes. Sus ojos claros delataban un parecido con Blake.

—Mi tía —respondió este.

Le besó la mano y la señora sonrió más. Había algo agradable y excitante en ella. Probablemente era la persona menos siniestra que había conocido hasta ahora.

—¡Qué alegría verte! Dios mío, eres aún más grande que la última vez que te vi. ¡Qué hombre eres! —dijo entusiasmada, claramente de buen humor.

Su uso de la familiaridad sorprendió a Lucille. Era extraño que compartiera tal familiaridad con su sobrino cuando él mismo se tuteaba con su propia madre.

—Tía, me gustaría que conocieras a mi prometida, Lucille Turner. Lucille, esta es Gisla Saddler.

Los ojos de la señora se volvieron instantáneamente hacia ella. Agarrando sus manos, las estrechó entre las suyas y le dedicó su mejor sonrisa.

—Me alegro de conocerte.

—Lo mismo digo, Lady Gisla —respondió Lucille.

La señora le sonrió y luego dirigió sus ojos a Katherine, que aprovechó para hacer una reverencia.

—Lady Gisla —la saludó.

Contra todo pronóstico, su cuñada contempló este espectáculo con frialdad. No había

ninguna sonrisa, ni siquiera un brillo en sus ojos. Parecía haberse congelado en una pared de hielo.

Como si estuviera molesta, se volvió hacia Blake y comenzó a hablarle en nórdico. Inmediatamente volvió a sonreír y le dejó claro a Katherine que no era bienvenida en esta conversación, lo que resultó innecesario: Lucille no tardó en darse cuenta de que la occidental entendía el nórdico tan bien como su madre.

Lady Meredith había sido capaz de decir el lema de Westridefort en el idioma oficial, pero Lucille no había podido superar su acento ronco. Estas dos mujeres no eran de las tierras sobre las que gobernaban.

Al cabo de un rato, Katherine pareció desanimarse y se escabulló en silencio antes de desaparecer entre la multitud. Gisla se dio cuenta y dejó de hablar en nórdico para pasar a la lengua clásica del país. Este cambio sorprendió a Lucille, que miró discretamente a Blake. Actuó como si no hubiera pasado nada, ni siquiera tuvo compasión por su madre, que acababa de ser cuidadosamente humillada al ser expulsada de la conversación como si fuera un borrón y cuenta nueva.

Lucille tuvo la tentación de unirse a la señora, pero se abstuvo. Su lugar estaba al lado de Blake, no podía fallarle sin parecer grosera.

—Tranquilízame, querida. ¿Hablas nórdico? —preguntó Gisla de repente.

—Mò acle fray. Desde que era pequeña, mi Señora.

—¡Qué alivio! —respondió con una brillante sonrisa—. Algunos parásitos se permiten vivir en las tierras nórdicas sin molestarse en conocer nuestra cultura. ¿No es asqueroso?

El golpe a Katherine fue mordaz, pero Blake no intervino. O tenía un profundo respeto por su tía, o no tenía ninguno por su madre. Sea cual sea la respuesta, más le valía a Lucille elegir sus palabras antes de hablar: darle la razón era denigrar a Katherine, darle la razón era arriesgarse a molestarla.

—Cada uno es dueño de sus decisiones, Lady Gisla —respondió finalmente.

La señora sonrió.

—Qué sabia eres, querida. Mi sobrino te ha elegido bien.

—¡Viene el rey! —exclamó de repente un locutor.

Inmediatamente, el bullicio ambiental aumentó de intensidad. Todos los nobles se apresuraron a entrar en la sala de banquetes.

—Tengo que encontrar a mi marido. Espero que tengas una excelente cena.

—Mis saludos a lord Saddler —respondió Blake.

—Se lo haré llegar.

Gisla sonrió y desapareció entre la multitud. Lucille se volvió hacia Blake, sin saber qué hacer exactamente. La ayudó presentando su brazo. Dudó, pero luego lo cogió. Era ridículo negarse.

Juntos atravesaron las pesadas puertas y entraron en la enorme sala bañada por los colores anaranjados del atardecer.

Los nobles se agolparon en torno a un pasillo central que conducía directamente a la mesa del rey. Blake encontró un asiento sin dificultad: cuando lo vio acercarse, un noble se apresuró a darle asiento sin rechistar. Obviamente, este último no quería estar cerca de él.

—Relájate —dijo el señor de repente.

—Estoy relajada —respondió Lucille, tratando de no sonar desagradable.

—En ese caso, te agradecería que no me clavaras las uñas en la carne. Es bastante desagradable.

Lucille se quedó mirando su mano. De hecho, estaba agarrado al antebrazo del señor. Avergonzada, soltó el agarre y luego juntó las manos en la espalda. No quería que nadie viera que estaba temblando.

—¡Su Majestad, el Rey! —gritó de repente una voz desde el fondo de la sala.

La algarabía cesó inmediatamente. Hubo un silencio sepulcral. Lucille vio a Lady Meredith al otro lado del pasillo. Parecía estar concentrada.

De repente, todas las cabezas se inclinaron. La pareja real se acercaba. Los pasos sonaban contra el mármol, cada vez más cerca. Lucille vio pasar las sombras, luego los zapatos se detuvieron. Los zapatos del rey. Inmediatamente dobló las piernas para hacer una reverencia. Los nobles más cercanos hicieron lo mismo.

—¡Blake Westridefort! —exclamó de repente una voz masculina—. ¡Has vuelto!

Sintió que Blake se incorporaba.

—Bajo las órdenes de Su Majestad —respondió el interesado.

El rey rio más fuerte y sus zapatos se acercaron a la cara de Lucille. Se agachó un poco más, forzando las piernas a pesar de los primeros dolores musculares que se sintieron.

—Esta debe ser su prometida, la famosa Lucille Turner —dijo entusiasmado—. ¿A qué esperas para presentármela? ¿Tienes miedo de que te la quite?

Inmediatamente hubo risas en la sala y Lucille se felicitó por haber mantenido la cara baja. No quería que nadie notara su vergüenza.

—Levántese, señorita. No me encapricho tan fácilmente como teme su prometido —dijo.

Más risas en la sala. A Lucille le pitaban los oídos. Tomó aire para calmarse y lo hizo.

Cuando se enderezó, se encontró con un hombre alto, de ojos azules, barba bien recortada, pelo castaño bien cortado y mandíbula cuadrada. Su piel era pálida y su complexión imponente, fiel a los retratos que había visto en el castillo de Westridefort. Detrás de él, su esposa sostenía al príncipe heredero con una mano protectora.

Lucille no tuvo tiempo de detallar su figura. Con un gesto brusco, el rey extendió la mano, dispuesto a recibir el saludo que merecía. Inmediatamente dejó de respirar y le besó el dorso, temblando. Luego se dirigió a los demás nobles y exclamó.

—La última vez que vi a Blake Westridefort, afirmó que no se había enamorado de nadie excepto de su espada. Así que me sorprendió mucho cuando recibí una carta nueve meses después en la que se decía lo contrario. Dicho esto, ahora que veo a la señora, entiendo mejor lo que le hizo cambiar de opinión. —La sala estalló en una carcajada colectiva. El rey lo silenció con un gesto de la mano—. Amigos, esta noche es una gran noche. Mi amigo, mi confidente, mi hermano, ha vuelto tras nueve meses de ausencia, acompañado de una joven prometida. Como resultado, ¡vamos a festejar todo el mes! —Hubo aplausos atronadores y gritos entusiastas—. Alegraos, súbditos de Fontanelle, porque será bueno vivir en la capital.

La sala se dejó llevar por una euforia increíble. El rey abrió inmediatamente el banquete y los primeros sirvientes, al ritmo de la música de una orquesta situada al fondo de la sala, trajeron el servicio de mesa. Pronto, cada noble eligió un asiento en medio de un montón de risas y charlas. Lucille nunca había escuchado semejante estruendo.

—Amigo mío, debes tener mucho que contarme —dijo el rey, abrazando a Blake.

Lucille no sabía que compartían esa complicidad. Le sorprendió esta amistad y, sobre todo, la reacción de Blake, que se mostró extrañamente sonriente.

—Primero tengo que hablarte de cosas importantes. ¿Recibiste mi mensaje? —preguntó con interés.

El rey puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que lo tengo.

Abrazó a su amigo.

—No hablemos de eso esta noche. Aprovechemos el tiempo para disfrutar de nuestro reencuentro. Nuestras familias se conocerán.

Blake asintió e inmediatamente se volvió hacia la Reina y le besó la mano. A continuación, se inclinó ante el Príncipe Heredero, inclinándose hacia delante con mucho respeto. Lucille hizo lo mismo, concentrándose en no caer en el último momento.

—Es un honor conocerla, mi reina —dijo, tratando de ocultar la tensión en su voz.

—Para mí también, Lucille Turner. Bienvenida la corte. Tu juventud solo puede rejuvenecer las viejas murallas de nuestra capital —respondió con un exquisito acento sureño.

Con su larga melena rubia y su corona de perlas y flores, parecía un hada, o una criatura de luz bajada del cielo.

—Se lo agradezco, Su Majestad —respondió Lucille, haciendo una reverencia.

La reina asintió y se fue, llevándose al principito con ella. El rey ordenó inmediatamente a Blake que se sentara no muy lejos de él para que pudieran intercambiar algunas palabras.

El señor de Westride le tendió el brazo a Lucille y ambos se sentaron un poco más a su derecha. Cuando estaba a punto de sentarse, se sorprendió al ver a Lady Meredith sentada a su lado. Katherine estaba en el lado opuesto de la sala, charlando con dos señoras cubiertas de joyas de pies a cabeza.

—Nunca pensé que diría esto, pero me alegro de que estés sentado a mi lado.

—Me consideran su acompañante, señorita. Por eso se me permite estar a su lado.

Al mismo tiempo, apareció un sirviente y les sirvió la entrada. En cuanto el rey tragó su primer bocado, todos atacaron sus platos. La comida era de una delicadeza poco común y de un sabor fabuloso. Por desgracia, Lucille tuvo que contenerse para no terminar su plato. A diferencia de los hombres, ella tenía que dar la ilusión de tener apetito de pájaro, aunque fuera totalmente falso.

Fingiendo no tener hambre, se dio cuenta de repente de que estaba bastante sola en la mesa: Lady Meredith se había puesto a hacer amigos con una dama de la corte, y Blake estaba conversando con un nórdico que trabajaba al servicio del rey.

Lucille suspiró y miró a su alrededor. Más adelante, vio a algunos de los caballeros que había conocido en el gabinete. Reconoció al mayor de ellos, pero también al más joven, el famoso Martinelli.

Como todos los caballeros de la Ejecución, llevaba un traje oscuro y el broche de oro que simboliza su profesión. Su pelo rubio se podía ver desde lejos. Se reía con otros chicos de su edad, probablemente de Martinelli a juzgar por su tez bronceada.

A unas cuantas mesas de distancia, Gauderic había encontrado a Gabin y estaba literalmente devorando su plato. Su compañero, más discreto, miraba por la habitación, al igual que Lucille. Él se encontró con su mirada e hizo una señal a la que ella respondió de forma amistosa.

Capítulo 17

Tras más de una hora de comida, los músicos empezaron a tocar sus instrumentos. Exclamaciones excitadas resonaron en toda la sala y las primeras parejas se formaron y comenzaron a bailar.

Lucille observó con diversión y esperó pacientemente a que terminara la fiesta de bienvenida. Pero no terminó. De hecho, parecía interminable. Cuanto más tiempo pasaba, más borrachos estaban los invitados. Al final, nadie estaba en su sitio y la sala era una especie de caos total.

Lady Meredith seguía charlando con su vecina, pero Blake se había levantado de la mesa para hablar con varios hombres cerca de una columnata en el extremo opuesto de la sala, lejos de los eufóricos bailarines que llenaban cruelmente la pista.

—¿Cómo lo llevas?

Lucille se volvió y vio a Gisla Saddler.

—Lo mejor que puedo —respondió, contenta de ver una cara conocida entre el ajetreo del baile y la comida.

La señora le sonrió con picardía y se sentó a su lado.

—Pobre niña... ¡Mi sobrino te ha abandonado! Ten la seguridad de que, dado el amor que te profesa, no dudo ni por un momento que volverá a hacerte compañía.

Lucille tuvo la tentación de decirle que estaba equivocada. En este momento, ella era probablemente la última persona con la que Blake quería tener compañía.

—¿Quieres que te entretenga?

—Con mucho gusto —respondió Lucille, curiosa por ver cómo lo haría.

—En ese caso, te aconsejo encarecidamente que escuches mi pequeño chisme. Sin embargo, debes asegurarme de que tus oídos no son demasiado castos y sensibles.

—No se preocupe, Lady Gisla. No soy el tipo de persona que se desvía por nada.

Los ojos de la señora se iluminaron.

—Perfecto, mi dulce. Creo que nos vamos a llevar muy bien...

Se inclinó hacia su oído y le contó una serie de historias, cada una tan impactante como la siguiente.

Al final, Lucille tenía patentados los secretos más oscuros de la corte y sabía exactamente quién era sabio y quién depravado. Desgraciadamente, Gisla tuvo que detenerse en medio de su historia. Su marido estaba cansado y quería descansar.

De mala gana, Lucille les deseó una buena noche y volvió a su contemplación de la habitación. Tal vez, con un poco de suerte, Blake se aburría y quería volver a casa también. Se levantó y comenzó a buscarlo, temiendo el momento en que tuviera que negociar con él un regreso apresurado a sus respectivos pisos.

Cuando se disponía a pedir a un criado que le llevara un mensaje, lo reconoció en un rincón más oscuro de la habitación. Inclinaba la cabeza y hablaba con alguien. Lucille caminó entre la multitud y luego se apoyó en una columnata para recuperar el aliento. Cuando se enderezó para caminar los últimos metros hacia él, se detuvo en seco.

Blake Westridefort estaba hablando con una joven de pelo largo y castaño oscuro. Lucille ya había visto esta figura delgada y esbelta. Era la mujer que observaba la llegada de la caravana

desde lo alto del balcón.

La bruja se escondió discretamente detrás de la columna y observó la escena. Lord Westridefort sonreía enigmáticamente, como un perfecto manipulador. Su compañera estaba de espaldas a ella. A Lucille le fue imposible ver su rostro, pero supo inmediatamente que era hermosa.

Por supuesto, su cintura de avispa y su grácil cuello dejaban poco espacio para una posible fealdad, pero fue la mirada de su prometido la que la guio por el camino de la belleza. Esas miradas enigmáticas, esa forma de observar a la persona que tenía enfrente, Lucille las conocía.

La última vez que la había visto, Lady Morgana había bajado a primera hora de la mañana con un suntuoso vestido, todo en las narices de su marido, Lord Girart Sans Personne.

Con esto en mente, estaba a punto de marcharse cuando vio que Blake Westridefort se inclinaba hacia el oído de la mujer para decirle unas palabras.

Sonrió y ladeó la cabeza, pasando uno de sus largos mechones castaños por detrás del hombro. Con gracia, se apartó de él y se escabulló por una puerta de servicio entreabierta. Blake la siguió con la mirada y luego fue a reunirse con ella, teniendo cuidado de bajar la cabeza para no golpearse el cráneo con la parte superior de la puerta.

Lucille se detuvo y luego giró bruscamente sobre sus talones. Sin importarle si chocaba con la gente, cruzó la sala en un tiempo récord y llegó a la galería a la carrera antes de lanzarse por el largo pasillo, dejando atrás el ambiente festivo. En cuanto se perdió de vista, se apoyó en la primera pared que encontró y cerró los ojos.

Debido a su loca carrera, su vestido la ahogaba horriblemente y se moría de ganas de arrancarse el corpiño para tomar un poco más de aire. En su lugar, se calmó golpeando con el puño la fría piedra que había detrás de ella. Su furia no tenía nombre.

Blake Westridefort acababa de comprometer su tapadera, o más bien su engaño.

Según la historia oficial, se había enamorado de ella. Esta era la única razón por la que un noble podía casarse con una mujer burguesa, lo que se suponía que era a los ojos de todos. Si los sujetos se enteraran de su adulterio, sin duda cuestionarían su relación y su inexistente árbol genealógico.

—Jesús, ¿los hombres no pueden controlar sus pollas? — exclamó de repente.

Apoyó la cabeza contra la pared y respiró profundamente para calmarse.

Teniendo en cuenta el ambiente de la sala, quizás existía la posibilidad de que nadie hubiera visto la escena. En el peor de los casos, quizá los testigos lo tomarían como una forma de debilidad antes de la boda. Después de todo, no sería la primera vez que un hombre se entrega al adulterio antes del fatídico día. Sin embargo, ¿era realmente posible?

Lucille se enderezó y reanudó su camino, prefiriendo caminar que permanecer inactiva. Al girar bruscamente hacia un pasillo, no prestó atención a una sombra que recorría la pared en dirección contraria. Cuando enderezó la cabeza, fue golpeada de frente por un hombre de complexión masculina. El impacto fue tan violento que la impulsó contra la pared que tenía detrás.

—Tenga cuidado —gruñó, convencida de que era un criado que corría a traerle a su amo alguna trivialidad.

—Con el debido respeto, usted no es inocente en este incidente.

Al instante abrió los ojos y se encontró con un noble que se rascaba la cabeza.

—Lo siento. Creía que eras otra persona —respondió fríamente.

—Lo he entendido —se rio.

Era alto, con el pelo rubio ceniza y unos ojos verdes que recordaban a los árboles del

bosque en verano. Sonrió de forma encantadora, dibujando ligeros hoyuelos en las comisuras de los labios.

—No estás herida, ¿verdad? —preguntó, inspeccionándola brevemente.

—No, aunque un poco aturdida por el imprevisto.

—Tengo que admitir que fue tan violento como puede ser. ¿Con quién estoy tratando?

—Dudo que me conozcas, soy nueva en la corte.

—Puedes ponerme a prueba.

Dada su desconfianza y aversión por los hombres, Lucille dudó en ignorar su petición. Sin embargo, no quería parecer grosera. Tenía que comportarse como una doncella de la corte, más aún ahora que había descubierto que su futuro marido descuidaba su tapadera para fornicar con la primera mujer que veía.

—Lucille Turner —dijo finalmente con la mayor sospecha.

El individuo levantó las cejas.

—Así que tú eres la prometida de Blake Westridefort —preguntó, con una sonrisa más amplia—. Yo estaba allí cuando el Rey te alabó. Desgraciadamente, estaba demasiado lejos para verte.

—En ese caso, siento no haber sido lo suficientemente visible. —Volvió a colocarse bien la manga de encaje y decidió terminar la conversación—. Lo siento, pero iba de camino a mis habitaciones.

El hombre miró por encima del hombro y frunció el ceño mientras se rascaba la sien.

—¿Tu prometido te deja ir sola a casa? Estoy sorprendido por Blake Westridefort.

Parecía dudoso.

Lucille estaba a punto de improvisar algunas explicaciones cuando se fijó en un arsenal dibujado en su manga. Finamente trabajado con hilos dorados, un sol estaba rodeado por tres círculos amarillos, todo ello cosido sobre un fondo negro. El escudo de armas de los Martinelli.

—Disculpe —dijo apresuradamente.

Caminó alejándose y se dio cuenta de que estaba sola en un pasillo con un enemigo del clan Westridefort.

"Nos odian" había dicho Lady Meredith cuando le había mostrado el ilustre escudo familiar. Ahora que estaba sola, no quería tentar al diablo estando en sus narices.

—Espera —dijo mientras ella se alejaba.

Ella lo ignoró. A pesar de su simpatía, Lucille no tenía ningún deseo de seguir enfrentándose a esta familia.

—¡Señorita Turner! —llamó de nuevo.

Siguió caminando, decidida a no quedarse ni un minuto más en aquel pasillo.

—Bien —dijo con decisión—. Solo quería advertirte que en el siguiente pasillo hay cinco guardias borrachos.

Lucille se detuvo en seco, mirando el cruce de caminos que se alzaba a varias decenas de metros. Cautelosamente, escuchó. En efecto, un estruendo indescriptible se elevaba desde uno de los muchos callejones. Se volvió lentamente hacia Martinelli, esperando el resto de su discurso.

Él al ver su interés, pareció satisfecho.

—No sé si es consciente de ello, pero estos hombres nunca tienen ningún reparo cuando se cruzan con una mujer guapa que camina sola por los pasillos de noche. Es porque no están acostumbrados a tratar con mujeres así... Le aconsejo encarecidamente que dé la vuelta, pues de lo contrario temo que un drama perturbe su inocencia.

La forma en que describía este tipo de escenas era increíblemente ligera en comparación

con el horror que realmente representaba. Lucille casi tuvo náuseas.

—Si no te importa, puedo ir contigo —sugirió en tono tranquilo.

Ella apretó los puños con fuerza.

—No lo necesito. Lo haré de otra manera.

Martinelli frunció el ceño, como si le divirtiera su temperamento.

—Si no me equivoco, ¿has llegado hoy? —preguntó.

—Así es.

—En ese caso, a menos que tengas un plano del castillo escondido en uno de los pliegues de tus faldas, no veo cómo puedas volver a tus pisos sin visitar todo el edificio. ¿Tienes idea de dónde estás ahora mismo?

Lucille no respondió. No pudo decirlo. En su furia, había vagado por los pasillos sin pensar siquiera en un lugar de llegada preciso.

—Eso es lo que pensaba —dijo Martinelli, observando su silencio—. Ven, sé dónde están los pisos del clan Westridefort.

—De ninguna manera. —Lucille consideró que el peligro era demasiado grande. No sabía nada de este hombre y la imagen de su familia no era buena.

—En ese caso, espero que encuentres el camino de vuelta. Solo quiero insistir en un punto: que un hombre esté borracho no significa que no se mueva.

Al mismo tiempo se escuchaban muchas risas en el pasillo. Uno de los guardias acababa de aparecer en la esquina de una pared, riéndose a carcajadas. Lucille sintió que un escalofrío la recorría.

—No te tortures más —intervino el hombre que estaba frente a ella—. Tú estás en vestido, ellos en pantalones. Te dejo que pienses si te alcanzarán.

Ella le miró fijamente. ¿Era bueno en eso, o era solo la situación que lo ponía en una posición fuerte? No importaba. No tenía muchas opciones: un rápido pensamiento había bastado para convencerla de que tenía más posibilidades de salirse con la suya contra un solo hombre que contra cinco.

Sin debatir más el tema, se dirigió hacia él, dispuesta a seguirle. Enseguida la condujo por un laberinto de pasillos y la guio por el camino.

—¿De qué huyes? —preguntó, cogiendo una vela.

El resplandor de la llama iluminó sus mechones dorados y sus ojos oscuros.

—El gentío y el ruido —mintió Lucille, sin quitarle los ojos de encima—. ¿Y usted?

Si era obvio que ella había salido de la sala de recepción con prisa, él también lo había hecho.

—Aburrimiento —respondió encogiéndose de hombros—. Si no te hubiera encontrado, probablemente seguiría vagando por los pasillos. No te ofendas, pero eres una rara distracción para mí.

—Intente guardarse ese tipo de comentarios para usted. Algunas personas podrían malinterpretarlo —respondió Lucille.

Dejó escapar una sonora carcajada que la sobresaltó. Era un sonido fuerte como el que no había escuchado en mucho tiempo.

—Tienes sentido del humor. Tal vez puedas transmitir esta cualidad a tu matón de prometido —dijo, caminando por un nuevo pasillo.

Lucille se inclinó. No podía dejar pasar ese tipo de comentario grosero sin parecer desinteresada por su futuro marido.

—No hable mal de él —respondió ella con frialdad—. Me ofende.

Los ojos del hombre se iluminaron. Dejó de caminar y levantó la vela entre ellos para iluminar sus rostros.

—¿Entonces es verdad? ¿De verdad vas a casarte con Lord Westridefort por amor?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó con suspicacia.

Se rio.

—Muchos matrimonios se hacen por interés.

Se dio la vuelta y señaló un pasillo.

—Aquí estamos, señorita.

De hecho, reconoció el callejón que llevaba a los pisos de los Westrideforts. Se volvió hacia él y le dio las gracias.

—Por favor —respondió simplemente—. Le deseo una noche agradable.

Se inclinó y se dio la vuelta. Mientras se alejaba, Lucille dudó un momento y luego le llamó.

—¿Sí? —dijo levantando una ceja.

—Usted sabe mi nombre, pero yo no sé el suyo.

Sonrió.

—Sante Martinelli, señorita.

Se inclinó y desapareció en la oscuridad.

Capítulo 18

Lucille esperó a estar sola antes de dirigirse a sus habitaciones. Al pasar por la puerta, una de sus criadas estaba ocupada guardando la ropa. La criada se sorprendió al verla entrar sola, pero se abstuvo de hacer preguntas. Con eficiencia, la ayudó a desvestirse y luego se fue, deseándole buenas noches.

Lucille se metió inmediatamente en sus sábanas y se quedó dormida como un tronco.

Al día siguiente se despertó sobresaltada, cubierta de sudor.

Se acercaba el Sabbath.

Este pensamiento le había llegado sin previo aviso, como una bofetada en la cara. Tuvo la horrible sensación de haber sido observada toda la noche, como si una sombra maligna le hubiera susurrado unas palabras malsanas al oído.

La joven se levantó, recordando las palabras de Fenrir. Según él, no había fecha para el Sabbath. Fue invitada por simple intuición. ¿Era por eso que tenía esta extraña sensación?

Blake Westridefort podría haberle contestado, pero interrogarle significaba admitir la invitación. Le había hecho jurar que no tenía ninguna relación con el suceso oscuro. ¿Qué debía hacer?

—La señorita está despierta —dijo de repente una voz detrás de ella.

Lucille jadeó y se giró bruscamente, dispuesta a defenderse. Al otro lado, la criada hizo un gran gesto.

—Lo siento, no quería asustarle —se disculpó, confundida.

—Simplemente tuve una mala noche —dijo Lucille, abriendo ligeramente su camisón para poder respirar más.

—Debería ir y unirse a Lady Katherine. Está ocupada cosiendo en sus aposentos.

—De ninguna manera —dijo Lucille—. Necesito un poco de aire fresco. Prepara mi ropa y vamos a dar un paseo por los jardines.

—¿En los jardines? Es porque podría haber una tormenta...

Lucille miró por la ventana. En efecto, el cielo estaba casi negro y el calor era sofocante. Era solo cuestión de horas antes de que llegaran las tormentas.

—Está bien —dijo entusiasmada—. Podemos disfrutar de los jardines sin el riesgo de calentarnos al sol o de mojarnos en la tormenta.

La criada parecía dudosa, pero obedeció.

Después de ponerse un vestido verde claro y un lazo de perlas a juego, ambas salieron del castillo.

El lugar estaba desierto, lo que no les sorprendió. El tiempo no era ciertamente propicio para dar largos paseos, pero la noche anterior parecía haber desanimado a los nobles a salir más que el riesgo de chubascos.

Tomando un largo camino de hierba y grava, las dos mujeres se pusieron en marcha en silencio.

Lucille trató de parecer tranquila, pero su brusco despertar aún la sacudía. Se estremecía al menor ruido y no soportaba acercarse demasiado al bosque que marcaba su camino.

Al cabo de treinta minutos, un relámpago cruzó el cielo antes de ser seguido por un trueno.

—No me atreveré a decir que le advertí —bromeó su criada.

Lucille miró al cielo oscuro y se encogió de hombros.

—Vamos a casa.

Se dio la vuelta y comprobó que el castillo estaba muy lejos.

—Estaremos empapadas antes de que tengamos tiempo de llegar a nuestros pisos.

—No importa, de todas formas estaba empezando a asfixiarme con este calor —respondió la criada.

Lucille le sonrió. Estaba a punto de darle la razón cuando sonaron los golpes de los cascos detrás de ella. Ambas mujeres se volvieron y notaron que una tropa de jinetes galopaba hacia ellas.

—El rey —exclamó la doncella, quitándose el polvo de la falda.

Lucille lo reconoció. Era imposible pasar por alto sus suntuosas ropas y su corona de piedras preciosas. Tampoco había pasado por alto a la persona que galopaba a su lado: vestido con su jubón oscuro, Blake Westridefort conversaba con el monarca con total tranquilidad.

—Eso es todo lo que necesitaba... —respiró.

Si lo hubiera sabido, se habría escondido en el arbusto bajo de al lado. Las dos mujeres se desplazaron a la izquierda del camino y se inclinaron cuando los caballos se detuvieron a su altura.

—¡Bueno! ¿No es esa tu encantadora prometida? —preguntó el rey alegremente.

—Tengo un presentimiento —respondió Blake con un falso sentido de la sospecha.

A Lucille le costó acostumbrarse a su complicidad. Lord Westridefort solía ser tan frío... Era difícil creer que estuviera de buen humor.

—¿Qué haces aquí, querida? —preguntó el rey, inclinando la cabeza hacia ella.

—Estaba dando un paseo. Por desgracia, el mal tiempo me alcanzó.

Lucille se encargó de no quebrar su voz. Cuando el rey le habló, ella entró en un estado de perplejidad que rayaba en el tartamudeo intelectual.

A pesar de todas las riquezas que había conocido, de todas las personalidades con las que se había codeado, aún no podía hacerse a la idea de que estaba hablando con el único monarca del Reino de los Hombres.

—Tienes suerte de encontrarte con nosotros —respondió el monarca—. Tu prometido y yo hemos terminado nuestro paseo. Es hora de que regrese a mi consejo. —El trueno retumbó sobre sus cabezas. El rey suspiró y se volvió hacia Blake—. Lleva a tu mujer en tu caballo, amigo mío. No debería acabar empapada.

Lucille se estremeció tan violentamente que los caballos levantaron la cabeza al mismo tiempo, excitados por su humor de bruja.

—No es necesario, su majestad. Solo iba a refrescarme. Además, mi prometido y yo aún no estamos casados. No quisiera alterar ciertas tradiciones que...

—¡Al diablo con el decoro! No dejaré que una dama regrese al castillo empapada hasta los huesos. Blake, toma a tu futura esposa y vamos a casa.

Fue una orden del rey.

Lord Westridefort desmontó, listo para ayudar a Lucille a subir. Su gélida mirada la atravesó mientras ella fingía negarse. No tenía otra opción.

«Piensa en tu tapadera» se dijo a sí misma mientras se acercaba a la montura.

Al igual que la última vez, la agarró sin dificultad y la levantó como una ramita. Cuando subió detrás de ella, no pudo evitar cerrar los ojos. No soportaba el contacto de los hombres por todos los problemas. La sola sensación de tenerlo en la espalda le provocaba arcadas. ¿Por qué había decidido pasear por los jardines?

—Vamos —dijo el rey—. Solo galoparemos si empieza a llover. Soy muy consciente de

que su posición es incómoda.

Lucille tragó. Para ella, eso era un eufemismo. Estaba tan tensa que no se atrevía a moverse por miedo a aumentar la superficie de contacto con su compañero.

Blake dio una patada a su montura y todos partieron en dirección al castillo. Detrás de ellos, seis guardias los custodiaban en sus monturas. La criada se subió detrás de uno de los hombres.

—¿Te ha contado mi hermano cómo nos conocimos? —preguntó el rey, girando la cabeza hacia ella.

—Bueno... No —logró articular Lucille.

—No me sorprende —dijo el monarca.

Se rio y acercó su caballo al de ellos. Lucille no pudo ver la cara de Blake, pero estaba segura de que debía estar tan encantado con la situación como ella.

—Nos encontramos en la Ciudadela Pía —comenzó el monarca—. En ese momento, los dos estábamos siendo educados por los monjes. Él para ser albacea, yo para ser eclesiástico

Lucille levantó una ceja.

—¿Eclesiástico? —preguntó.

Asintió con la cabeza.

—El primero de mis hermanos estaba destinado a ser rey, el segundo a ser jefe de los ejércitos, y yo, el más joven, a ser un hombre de la iglesia. Eso fue antes de que murieran. Mis padres me enviaron a la Ciudadela Pía sin sospechar que no duraría mucho allí. No me atrevería a decir que mis hermanos hicieron bien en morir, pero quizá sea lo mejor: no estoy hecho para la piedad. Tampoco tu marido. Recuerdo que cuando éramos adolescentes, nos las arreglábamos para salir de la fortaleza e ir a divertirnos a la ciudad con algunas señoras.

Lucille tuvo la tentación de responder que algunas cosas nunca cambian. Frunciendo los labios, permaneció en silencio y escuchó el resto del discurso del monarca.

—Nos pillaron dos veces —dijo, mirando al horizonte—. La primera vez, el cardenal fue misericordioso: Blake solo recibió siete golpes de vara.

—¿Se salvó?

—La verdad es que no. Al ser un príncipe, no se me permitía recibir castigos corporales. En cambio, fue uno de mis compañeros quien lo tomó. Así que Blake fue el blanco de muchos de mis errores.

Ahora Lucille comprendía de dónde sacaba su prometido sus dudosos castigos. Al arremeter contra Lizzie, no hacía más que aplicar lo que le habían enseñado en la Ciudadela Pía: si no podía atormentar al sujeto principal, arremetía contra sus subordinados.

—¿Y la segunda vez? —preguntó Lucille, curiosa por saber el resto.

—¿Te refieres al segundo castigo?

Ella asintió.

—Oh, eso... —susurró misteriosamente.

Se volvió hacia Blake y le dedicó una enigmática sonrisa.

—La segunda vez, el cardenal nos citó en el parque. Era pleno invierno, había nevado toda la noche y por la mañana el tiempo no era mejor. Nos hizo desvestirnos en el frío glacial y nos pidió que recitáramos la gracia una y otra vez. Pensé que íbamos a morir. Después de un cuarto de hora, no podía ni hablar una palabra. Finalmente, el cardenal se apiadó de nosotros. Nos dijo que nos fuéramos a casa y luego me dijo que la próxima vez no dudaría en sacarle tres dientes a Blake.

—¿Esto le disuadió de volver a hacerlo?

—En absoluto. Tres días después, volvimos a cabalgar hacia la ciudad.

Lucille se sorprendió a sí misma sonriendo cuando una ráfaga de viento arrancó su cinta, desenredando su cabello rubio en una larga onda dorada. El accesorio acabó en un arbusto cerca del camino, colgado de una rama.

Como prometido experimentado, Blake se vio obligado a detener su caballo para ir a buscarlo. Estaba cabalgando hacia los arbustos cuando el rey se volvió hacia ella.

—Es un buen partido.

Lucille pensó que este comentario era demasiado para su gusto.

—Eso es lo que todo el mundo me susurra, pero no soy superficial. O al menos no creo que lo sea, Su Majestad.

El rey giró la cabeza de izquierda a derecha.

—Lejos de mí el acusarle de querer su título. Si te ha elegido, es porque ha estudiado mucho el asunto. Lo conozco como la palma de mi mano, y sé que nunca hace nada sin la debida consideración.

—Eso es tranquilizador —respondió Lucille, sin saber qué hacer con la conversación.

Al mismo tiempo, Blake consiguió localizar la cinta. La agarró y se dio la vuelta con su andar de lobo. El monarca lo miró y luego se volvió hacia Lucille.

—Será un buen marido. Probablemente el mejor. Muéstrale tu lealtad, haz que confíe en ti, ámallo. Si puedes hacer eso aunque sea una vez, solo una vez, nunca te dejará.

Lucille no tuvo tiempo de responder. Blake llegó, le entregó la cinta y se subió al caballo, haciendo que sus músculos se tensaran de pies a cabeza. Su cuerpo temblaba, y era de lo más desagradable. Decir que lamentaba el viaje era quedarse corto.

Mientras se concentraba para pensar en otra cosa, las campanas de la catedral de Fontanelle la Grande sonaron en el aire húmedo. El rey levantó la cabeza y miró la altura del sol.

—Ya es hora de que vuelva al juego. Blake, señorita. Turner, estaré encantado de volver a verla esta noche.

Les despidió y se marchó al galope, acompañado de sus guardias. Lucille tenía ganas de pedirle que se quedara. Paradójicamente, hablaba más con el monarca que con su marido.

Se hizo el silencio, con algunas ráfagas de calor, y luego nada. Siguieron caminando, ignorándose mutuamente, cuando de repente se oyó un cacareo. Sin darse cuenta, se volvieron a coro y juntos descubrieron a la doncella haciendo muecas con el guardia que la escoltaba.

—Al menos algunos se divierten... —suspiró la bruja antes de volver a erguirse en la silla de montar.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Blake de repente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué te dijo el rey cuando fui a buscar tu cinta?

—Que valoraba nuestra alianza —mintió.

No quiso decirle las palabras que el rey había pronunciado. Cuando se trataba de él, tenía una forma de modestia que la hacía sentir incómoda. No entendía por qué Blake tenía curiosidad por saber qué habían intercambiado, pero de repente tenía prisa por terminar esta conversación y empezar una nueva.

—¿Conseguiste conservar todos los dientes? —preguntó antes de que él pudiera interrogarla más.

—¿Qué significa eso?

—Después de regresar a la ciudad, ¿algunos monjes te sacaron los dientes?

Por la forma en que su sombra se agitó, ella supo que estaba sorprendido por su pregunta.

—No. El mismo rey te lo dijo: solo atraparon dos veces.

—Has tenido suerte.

—Se podría decir que sí —dijo pensativo—. Aunque hubo un día en que...

Hizo una pausa en su frase.

—¿Qué? —preguntó Lucille, repentinamente intrigada.

No le gustaban especialmente los castigos físicos, pero saber que Blake era un bribón la distraía, si no la deleitaba especialmente. Era rígido como una espada, lo que dejaba poco espacio para las fantasías de un pasado agitado. Sin embargo, escondía bien su juego. Ella, que se había acostumbrado a verle dar órdenes más a menudo que a saltarse las normas, se sorprendió gratamente.

—Un día intenté marcharme definitivamente —dijo, bajando la cabeza para evitar la rama de un árbol—. Para llegar a la pasarela que llevaba a la ciudad, tenía que pasar por el ala de enfermos, la reservada a las mujeres. Cuando estaba a punto de marcharme, me encontré cara a cara con un religioso en pleno acto de lujuria. Creí que al día siguiente me iban a romper los dientes, pero al final la situación se volvió a mi favor: el monje entró en pánico y me pidió que me fuera. No dijo nada al cardenal, quizá demasiado avergonzado para explicar por qué estaba en esa ala a esas horas.

Los ojos de Lucille se abrieron de par en par. Los clérigos no estaban tan libres de culpa como querían hacer creer a la gente. Se imaginó la escena y luego se rio a carcajadas. No sabía qué era más divertido, la imagen del monje o la sorpresa de Blake. En cualquier caso, la situación era divertida. Mejor aún, le permitió dejar de lado temporalmente el hecho de que sentía que el Sabbath se acercaba irremediabilmente.

—¿Cómo fue? —preguntó apresuradamente, negándose a pensar en la idea.

—¿De qué?

—Entre los monjes.

Hubo un silencio y luego dijo.

—Difícil. Prefiero los años posteriores, cuando empecé a estar en el campo.

Era extraño escuchar eso de un hombre. Cualquiera habría preferido quedarse con los monjes antes que enfrentarse a engendros, ogros y otras criaturas de la oscuridad. Le resultaba difícil creer que, aunque estaba destinado a ser un Ejecutor, el joven Blake Westridefort hubiera disfrutado alguna vez matando monstruos cuando era adolescente.

Ante este pensamiento, Lucille miró las manos del señor. Estaban llenas de cicatrices, fruto de su profesión. No se sorprendió, pero frunció el ceño cuando notó una mancha blanca e hinchada en su mano derecha.

—¿Te ha mordido una bestia? —preguntó, mirando la cicatriz.

Siguió su mirada.

—No. Esto me lo hizo una bruja.

Curiosamente, Lucille se estremeció. Aunque era una bruja, no le gustaban las historias sobre brujas: las que todo el mundo hablaba eran crueles, tenían multitud de poderes y mataban. Lucille no se reconocía en ninguno de estos criterios.

—¿Cómo fue? —preguntó a Blake Westridefort.

—Después de los monjes, hice mi aprendizaje con el antiguo albacea, mi predecesor. Esos fueron mis primeros días en el campo. Me sentía confiado, porque aunque había sido educado por los monjes, me entrenaba en el combate todos los días. Ingenuamente pensé que sabía cómo defenderme.

—Un error, supongo.

Él no respondió, pero ella sospechó que era de la misma opinión.

—Mi maestro tuvo que ir a un pueblo que decía haber capturado a una bruja. Dijo que había pocas posibilidades de que esto sucediera, porque una vez que maduran, no son fáciles de atrapar. Al principio dudaba, pero se había convencido de ir: temía que, si no encontraban el origen de sus males, los aldeanos hubieran arrojado a la mazmorra a una desdichada mujer. Se equivocó. Cuando llegamos, gruñía como un perro y se mordía la lengua mientras intentaba convocar a las criaturas.

Al mismo tiempo, un trueno retumbó en lo alto. Lucille miró al cielo y sintió que una gota caía sobre su frente, seguida de una segunda. Menos de un minuto después, una lluvia fina y fresca cayó sobre sus cabezas.

Al contrario de lo que ella pensaba, Blake no salió al galope hacia el castillo. Él también tenía que disfrutar de este raro momento de frescura.

—¿Y luego? —preguntó Lucille, para poder continuar su relato.

Blake continuó:

—Debíamos escoltarla a la Ciudadela Pía para su juicio. Por suerte, solo estaba a seis días de viaje. Así que nos pusimos en marcha, relativamente serenos. A mitad del viaje, mi amo me pidió que vigilara a la prisionera mientras él iba de caza. Acepté, sin preocuparme de que se escapara: se había quedado dormida con el brazo colgando fuera de la jaula. Mientras la observaba, me di cuenta de que sujetaba largos mechones de pelo dorado entre los dedos. No eran de ella.

—¿Qué importaba?

—Nunca debes dejar tu cabello con una bruja. Una vez que lo tienen, pueden torturarnos a su antojo.

—Así que intentaste recuperarlos...

—Así es. Cuando empecé a tirar de los mechones, me agarró la mano, la golpeó contra el suelo de su prisión y me la clavó con una varilla metálica de un defecto de la jaula. Me encontré medio crucificado al lado de la carretera, sin amo, sin arma y sin nadie que me ayudara.

Lucille apenas podía imaginar el dolor. La mano estaba formada por una multitud de fibras nerviosas y era, sin duda, uno de los lugares del cuerpo humano más difíciles de trabajar. Al haberse lesionado varias veces, sabía que era extremadamente sensible y que tardaba mucho en recuperarse.

—¿Qué pasó después? —preguntó ella, mirando de nuevo la cicatriz hinchada.

—Me pidió las llaves, pero por suerte no las llevaba encima. Acababa de cumplir quince años y no era tan resistente al dolor como ahora. En mi dolor, habría sido capaz de dársela, lo que habría sido una muy mala idea. No solo me habría mantenido inmovilizado en la jaula, sino que muy probablemente me habría torturado antes de huir.

—¿Cómo lo hiciste entonces?

—No hice nada. Si no tenía las llaves, se divertía aplastando mi mano, tirando de mis dedos y moviendo la uña. Cuando se cansó, finalmente me besó.

Lucille se atragantó al intentar tragar. ¿Acaba de oír lo que acaba de oír? Ella abrió los ojos y giró la cabeza hacia él, cayendo solo en el lado de su camisa.

—¿Cómo? —Dijo con voz estrangulada.

Ignoró su pregunta y continuó.

—Mi maestro llegó dos horas después. Estaba medio desmayado junto a la jaula, pero estaba vivo. Como no hubo nada durante tres días, tuve que aguantar mi mano dolorida durante el resto del viaje, lo que no fue fácil. Cuando llegamos a la Ciudadela Pía, se había vuelto de un color desagradable. Inmediatamente me sugirieron que la cortara. Afortunadamente, mi maestro

insistió en esperar un poco más. Así que me quedé con la mano. Me costó dos semanas de fiebre, pero valió la pena.

Blake giró su caballo y el castillo quedó de repente al alcance de la mano. Se detuvo antes de ir a los establos y se bajó del caballo. Lucille se sintió inmediatamente más libre para moverse. Estirando los hombros, aprovechó el momento antes de bajar los ojos al suelo. Abajo, Blake le tendía los brazos.

—Puedo bajar sola —dijo en tono desquiciado.

—Si quieres arriesgarte a romperte las muñecas, no lo dudes.

Lucille puso los ojos en blanco, exasperada. Normalmente habría podido bajar el estribo como una adulta, pero en ese momento su vestido de día le impedía moverse a su antojo. «Maldita ropa de mujer» gruñó. Tragó saliva y se dejó resbalar de la silla de montar, atrapada por los brazos del señor. Una vez que estuvo en el suelo, volvió a subir a su caballo y se dirigió a los establos.

—Espera —dijo Lucille.

Frenó su caballo.

—No me has dicho por qué te besó la bruja —dijo.

Esta información, por mínima que fuera en una conversación casual, no tenía ningún sentido cuando sus sujetos principales eran un aprendiz de ejecutor de quince años y una bruja presumiblemente mayor.

Contra todo pronóstico, sonrió.

—Esa es otra historia, *lilesis**.

Hizo retroceder a su caballo y se dirigió a los establos bajo la lluvia. Lucille lo observó hasta que desapareció y se dio la vuelta. Su criada seguía hablando con el guardia.

—Gemma —llamó—, nos vamos.

La doncella se despidió del hombre y le acompañó al interior del castillo.

Estaban ocupadas discutiendo sobre las ventajas de la lluvia en esta zona tan calurosa del reino cuando se encontraron cara a cara con una joven, que casi la hizo caer.

Al principio sorprendida, Lucille quiso disculparse, pero luego se calló al reconocer a la persona. Alta, con cintura de avispa y cuello delgado: solo podía ser la que se había metido con Blake la noche anterior.

El pensamiento despertó en ella una ira socarrona: se había olvidado por completo de hacer oír su punto de vista a su egoísta prometido.

—Buenos días, señorita Turner —dijo la cortesana de repente.

Hizo una reverencia, mostrando su escote, y luego se alejó con elegancia. Lucille se quedó boquiabierta por su atrevimiento. La pequeña zorra sabía lo que estaba haciendo, y sospechaba que Lucille lo sabía.

—¿Quién era? —preguntó Gemma, curiosa.

—Una persona que me pone en peligro —respondió Lucille.

Echó una última mirada a la cortesana y se dio la vuelta para ir a sus aposentos. Lady Meredith tenía razón: el principio de su problema estaba comenzando.

***Lilesis (nórdico): significa niña, inmadura, en un sentido ligeramente peyorativo sin que suene ofensivo.**

Capítulo 19

—Necesito hablar contigo.

Lucille miró a Blake Westridefort con intensidad. Por mucho que se acostumbrara a su presencia, siempre había detalles que le llamaban la atención: su capacidad para salir de la nada, su tono quebradizo, o incluso su tamaño titánico, que, en este mismo momento, la hacía parecer una enana.

—¿Sobre qué? —preguntó, mirando a un lado para ver si algún noble estaba escuchando.

Era de noche y estaban frente al salón de banquetes, listos para entrar a cenar.

—Ahora no —respondió Lucille con un suspiro—. Pero es importante.

Blake enarcó una ceja.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó con suspicacia.

—No lo sé —respondió ella con frialdad—. Tal vez sí.

Por lo que a ella respecta, se trataba de su escapada del día anterior con una cortesana. Por la mañana, durante su breve paseo a caballo, no había pensado en aprovechar la ausencia del rey para contarle su "adulterio" pero no había perdido la calma.

A pesar de su indiferencia ante este engaño, no podía permitir que su futuro marido fuera visto con otras mujeres. Si los veían, Blake se arriesgaba a levantar sospechas sobre la veracidad de su matrimonio. Se suponía que se querían. Si no fuera así, nadie podría explicar por qué Lord Westridefort cometería el error de casarse con una simple campesina en lugar de una dama de su mismo rango.

—Bien —dijo él, sacándola de sus pensamientos—. Hablaremos de esto mañana, después de los festejos en los jardines.

—¿Los festejos? —preguntó, cruzando los brazos.

—Habrá un almuerzo al aire libre. El tribunal está invitado a asistir.

Lucille contuvo una mueca. Las festividades significaban preparación, y no tenía ningún deseo de pasar horas en su habitación tratando de ponerse un vestido bajo los desagradables comentarios de Katherine.

Desde que Katherine se enteró de que había dejado el banquete del día anterior sin escolta, se había alegrado de sermonearla sobre los peligros del cortejo. Esto había durado toda la tarde, desde el momento en que había regresado de su paseo con Blake Westridefort hasta el momento en que se había preparado para el banquete de la noche.

Naturalmente, Lucille se había cuidado de no decirle que se había encontrado con un Martinelli en su camino, pero Katherine estaba lejos de dejarse engañar: salir del salón porque supuestamente estaba cansada era una cosa, encontrar el camino a sus pisos al primer intento era otra. Sabía que había sido ayudada, pero no sabía por quién, y esta pregunta la atormentaba. Lucille podía sentirlo.

—Su Majestad, el Rey —exclamó un guardia.

La joven se sobresaltó.

—Entremos —dijo Blake, extendiendo el brazo.

Lo cogió, dudosa, y luego entró en la sala de banquetes.

Como el día anterior, el rey pronunció un breve discurso antes de atacar la cena. Lucille pronto se encontró sola en el bullicio general. Justo cuando Lady Meredith iba a sentarse a su

lado, Katherine le impidió el paso con un gesto decidido.

—Me instalaré aquí, madre.

Lady Meredith puso ojos redondos y luego se encogió de hombros antes de tomar asiento más atrás. Lucille sabía exactamente por qué Katherine estaba haciendo esto: la señora probablemente iba a interrogarla sobre por qué había abandonado el banquete la noche anterior.

—Con respeto, no eres mi acompañante. Es Lady Meredith —dijo Lucille mientras Blake se colocaba a su derecha.

Esta era la tradición. Como Lucille estaba sentada junto a su prometido, su acompañante debía estar al otro lado, por si el señor intentaba algún gesto inapropiado por debajo de la mesa. A pesar de toda su desconfianza hacia él, Lucille lo dudaba: ya tenían problemas para hablarse con simpatía, las posibilidades de desenfreno antes de la boda se reducían a cero. Incluso Lady Meredith encontró el protocolo innecesario. Sin embargo, Lucille no quería tener a Katherine encima y estaba dispuesta a utilizar la más mínima regla de corrección para evitarlo.

—Como sea, me conformaré aquí —dijo Katherine con desprecio—. Tengo la intención de vigilarte, querida.

Cogió una silla y la sacó para acomodarse.

—Tiene razón —dijo Blake de repente—. No eres su acompañante.

A Lucille le sorprendió su intervención. Era raro que mediara en su conversación, y aún más raro cuando hablaba con su madre. Indiferente, el señor cogió una copa de vino y bebió un sorbo antes de mirar a la dama. De pie, parecía querer tragarlo entero.

—Lo sé —comenzó Katherine—, pero me gustaría...

—No eres su acompañante —repitió Blake antes de dejar su copa de vino.

Su voz había sido áspera. Katherine abrió la boca para protestar, pero él la disuadió con una mirada aguda. Inquieta, la señora se dio la vuelta y fue a sentarse a la mesa de enfrente, junto a una familia nórdica.

Sin prestar atención a esta situación, Blake se sentó y luego le indicó a Lady Meredith que ocupara su silla. A la abuela le hizo gracia el entusiasmo de su descendiente por la corrección, pero no respondió.

Lucille sabía que no era cuestión de etiqueta. Como ella, no quería a Katherine cerca. Lo observó con el rabillo del ojo y luego dejó que un criado le sirviera la entrada.

Durante toda la comida se sintió como si estuviera en un bucle temporal. Como el día anterior, se encontró sola, esperando que pasaran las horas. Lady Meredith se había levantado para compartir unos pasos de baile con un primo lejano por matrimonio, mientras que Blake se había unido al rey para hablar de negocios.

Justo cuando estaba a punto de desplomarse en su silla, vio a Katherine abrirse paso entre los invitados para reunirse con ella. Lucille se levantó y buscó esconderse en los rincones más oscuros de la habitación. No había forma de que la señora la volviera a sermonear.

Caminando por las paredes y evitando los golpes de los nobles más ebrios, se zafó de esta masa de bailarines locos y se dirigió a la salida para ordenar a sus guardias que la escoltaran a sus pisos. Los guardias se sorprendieron al verla salir a esa hora, pero aceptaron sin rechistar.

Menos de quince minutos después, Gemma le quitó el corsé y le puso el camisón.

—Parece disgustada —dijo la criada mientras le desenredaba el pelo.

—No —respondió ella automáticamente.

En realidad lo estaba. Cuanto más pasaban los días, más drástica se volvía Katherine sobre lo que debía llevar en sociedad. Este comportamiento solo podía significar una cosa: la boda se acercaba rápidamente. Pero el sueño de la noche anterior le había recordado que el Sabbath

tampoco estaba lejos. Y era fue aún más terrible.

Tragó y se acostó con la despedida de su sirvienta. Cuando cerró los ojos, esperaba caer en una espiral de voces que le susurraran que el oscuro día se acercaba, pero pronto comprobó que no era así: al contrario de lo que pensaba, cayó en un profundo sueño y no abrió los ojos hasta la madrugada, cuando su criada la despertó al amanecer.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó, sentándose.

—¿No se lo dijo Lady Meredith? —dijo Gemma, abriendo las cortinas.

Lucille entornó los ojos cuando los primeros rayos de sol le dieron en la cara.

—¿Sobre qué debería haberme hablado Lady Meredith?

—Misa, señorita. Debe ir. Lady Meredith insistió en ello.

Esta frase fue suficiente para despertarla por completo. Misa. Nunca había ido a misa. Nunca había sido bautizada, así que no había necesidad de ir. No conocía el Padre Nuestro y no sabía cómo comportarse en la procesión. Lady Meredith debió haber sospechado eso. Debía haber algún error.

—No creo que sea necesario —dijo Lucille con el ceño fruncido.

Gemma sonrió.

—Lady Meredith sospechaba que usted sería reticente. Me pidió que le dijera que la fe está presente en todo momento, incluso al amanecer.

Lucille no pudo evitar poner los ojos en blanco. Negarse con demasiada amargura delante de su sirvienta podría parecer extraño. Todo el mundo amaba a Dios, todo el mundo amaba a la Iglesia y, por supuesto, todo el mundo amaba ir a un lugar húmedo para escuchar a un siervo de la fe mostrar su devoción al Señor.

La joven se levantó y se dejó preparar. Gemma le dio un vestido sobrio, desprovisto de fantasía, casi inmerso en la piedad. Extrañamente, la bruja se sintió más cómoda. La ropa, aunque no tan suntuosa como de costumbre, era más ligera y mucho más cómoda.

—Vamos —dijo cuando su criada terminó de doblar su bata.

Salieron de los pisos acompañadas por los guardias y se pusieron a buscar la capilla.

Extrañamente, los pasillos estaban desiertos: reinaba un silencio sepulcral y los rayos del sol atravesaban las vidrieras sin que nadie se acercara a proyectar una sombra inoportuna.

A Lucille le pareció un descanso. Empezaba a sentirse serena, cuando Gemma le señaló el lugar sagrado. Algunos nobles estaban ocupados entrando.

—Adelante, señorita. No estaré muy lejos.

Lucille asintió. Se sentía incómoda. Contemplando las grandes puertas que conducían a la capilla, se preguntó si su condición de bruja le impediría entrar.

«Ridículo» pensó. Si ese hubiera sido el caso, Lady Meredith nunca habría insistido en que fuera allí. Además, ¿ya estaba dentro?

Lucille atravesó las puertas en busca del anciano. No había nadie, excepto un grupo de nobles ancianos y silenciosos. Dejó escapar un suspiro molesto. A esa hora, le pareció evidente que la señora debería estar durmiendo a pierna suelta y no temblando en el ambiente húmedo y oscuro de una capilla.

Levantó la vista y encontró un lugar en la parte delantera, no muy lejos de los otros nobles. Pronto el sacerdote se acercó sigilosamente al altar y comenzó su ceremonia. Besó la Biblia en el altar, hizo la señal de la cruz y lanzó un discurso en latín.

Lucille frunció el ceño, aturdida. Claro que algunas palabras le resultaban familiares, pero era evidente que no le bastaba con comprender un pasaje, o incluso un giro de la frase.

Ella dirigió al sacerdote falsas miradas de piedad, fingió escuchar atentamente durante los

primeros minutos, y luego se permitió, de mala gana, contemplar el crucifijo que había detrás de él. El crucifijo, oculto de vez en cuando por los gestos del clérigo, tenía algo místico y bastante singular. Algo que no le parecía tan natural.

—No se sueña despierto en misa.

Lucille dio un salto y giró bruscamente la cabeza hacia el individuo que acababa de interrumpir sus pensamientos. Al reconocerlo, dio un paso adelante.

—Está loco —se permitió decir, molesta.

Sante Martinelli le puso un dedo sobre la boca para que se callara. De hecho, un noble les acababa de mirar fijamente para exigirles silencio. Sin darse cuenta, Lucille entrecerró los ojos ante el dedo intruso y echó la cabeza hacia atrás, poniendo cara de asco. El hombre sonrió.

—No pensé que te sorprendería tanto —susurró, más divertido que nunca.

—Ha perturbado mi... Oración —dudó en decir, consciente de que este tipo de actividad no era para nada propia de ella.

—Lo siento, pero no esperaba verte aquí.

Lucille frunció el ceño.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por lo general, las jóvenes prefieren descansar.

Lucille tuvo la tentación de decirle que tenía toda la razón: bastaba con echar un vistazo a la capilla para ver que ella y Sante eran las únicas personas menores de cuarenta años. Sin embargo, se encogió de hombros e inclinó la cabeza con devoción.

—Bueno, ya aprenderá que no soy como todas las jóvenes —susurró.

Fue dura en sus palabras pero era necesario. Si Katherine, Lady Meredith o Blake la sorprendieran charlando con un Martinelli, la bombardearían a preguntas.

No tenía ningún deseo de explicar cómo conoció a ese hombre. Katherine la apuñalaría en el acto. En cuanto a Blake... No sabía si esta historia le interesaría lo suficiente, pero tenía la desagradable impresión de que él no se quedaría de brazos cruzados ante semejante desobediencia.

—Eres tan distante —bromeó Sante Martinelli, dejando caer un distraído "amén" cuando el sacerdote terminó de citar un pasaje de la Biblia.

—No se haga el inocente, nuestras familias no se quieren —susurró Lucille, manteniendo los ojos sabiamente bajados hacia el suelo.

Sante dejó escapar un silbido dudoso.

—Si me permites decirlo, te equivocas.

—¿Y yo podría saber sobre qué?

Sante se volvió hacia ella y levantó un dedo en el aire.

—Las familias Martinelli y Westridefort no se quieren. Por otro lado, los Turner nunca han interferido en nada. No es cierto.

Lucille puso los ojos en blanco. Este tipo de réplica no la sorprendió. No sabía qué tenía en mente cuando la abordó, pero era mejor desconfiar de ese hombre que se estaba volviendo demasiado invasivo para su gusto.

—Soy leal al nombre y a la familia de mi prometido —respondió con firmeza.

—Y a tu favor, estoy de acuerdo. Pero siempre es bueno tener un mediador cuando dos clanes están enfrentados. ¿Qué dices a eso?

Lucille frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—¡Silencio!

El noble que primero les había instado a guardar silencio se había vuelto hacia ellos con un gruñido. Sante se disculpó con un movimiento de cabeza y Lucille bajó la cabeza en señal de penitencia. El hombre se dio la vuelta, satisfecho, y el Martinelli abandonó su rostro educado para mirar con picardía a su vecino.

—Lo hablaremos en los jardines —dijo en un tono extremadamente bajo.

—¿En los jardines...? —comenzó Lucille, pero ya estaba abandonando su fila en busca de su asiento original.

Ella lo observó un momento y luego hizo una mueca de dolor. No tenía ningún deseo de interferir en el conflicto entre los Martinelli y los Westride. Además, ¿quién se creía que era para obligarla a visitar los jardines? Era absurdo.

Lucille giró la cabeza y fingió volver a escuchar al sacerdote. Unos treinta minutos más tarde, el sacerdote anunció el final de la misa y saludó a los fieles con un elegante gesto. Inmediatamente, los fieles comenzaron a hablar en voz alta y a salir. Lucille no esperó ni un minuto más para alejarse de la multitud: no quería arriesgarse a encontrarse de nuevo con Sante Martinelli.

—Espere, señorita —dijo una voz detrás de su hombro.

Gemma se acercaba, acompañada por los guardias que las habían escoltado hasta la capilla. Lucille esperó a que se unieran a ella antes de reanudar su paseo, más tranquila esta vez. No había necesidad de que pareciera ansiosa, ni siquiera estresada.

—¿Es por Lord Martinelli por lo que estáis preocupados? —jadeó de repente la criada, comprobando que los guardias estaban lo suficientemente lejos.

Lucille puso los ojos en blanco. Si Gemma había visto al señor hablarle durante la misa, estaba segura de que un montón de otros fieles también lo habían presenciado. Era solo cuestión de tiempo que Katherine se enterara de su nuevo encuentro.

—No me preocupa —soltó Lucille, sin querer insistir más en el tema.

Evidentemente, sus esfuerzos por parecer menos tensa habían resultado inútiles. Aunque Sante Martinelli iba a ser un problema definitivo en el futuro, ella hubiera preferido tenerlo solo a él en su mente en lugar de pensar en aquella famosa noche en la que había sentido en lo más profundo de su ser que el Sabbath se acercaba.

Eso era lo que más le preocupaba. Quería hablar con Blake de ello, para saber qué hacer, pero explicarle la situación era también admitir que le había mentido descaradamente. Sin embargo, cuando él le había dicho que confiaba en que cumpliría su promesa, ella sabía que no estaba mintiendo. Si ella confesaba, él se pondría furioso por su traición y la castigaría. Estaba segura de ello.

—Le traeré el desayuno —dijo Gemma cuando entraron en sus habitaciones.

La criada despidió a los guardias y se dirigió a una puerta lateral. Unos minutos más tarde regresó con una bandeja llena de comida. La colocó en la mesa del salón y le sirvió una taza de té.

Lucille se sentó y comenzó a comer, pensativa. Necesitaba averiguar más sobre el Sabbath. ¿Es posible que la lleven allí contra su voluntad, o puede permitirse rechazar la invitación?

—¿Señorita?

Giró la cabeza hacia Gemma, que estaba ocupada metiendo un vestido en un baúl de viaje.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, levantando su taza de té a los labios.

Gemma pareció dudar y luego se lanzó.

—Si me permite decirlo, Lord Martinelli no debería molestarla. Si tienes algún problema, no dude en hablar con Lord Westridefort.

Lucille levantó las cejas en señal de sorpresa, y luego se rio de forma amarga.

—Créeme, el Señor Martinelli es la menor de mis preocupaciones.

—Debería tener cuidado, señorita. A su clan no le gustan los nortños.

—Soy lo suficientemente adulta para juzgar eso. —Dejó su taza de té y se limpió la boca con una servilleta—. ¿A qué te dedicas? —preguntó entonces.

—Estoy buscando un vestido para el almuerzo.

Lucille frunció el ceño.

—¿Un vestido? Pero ya estoy usando uno. Esperemos hasta la cena para cambiarnos.

—¿Este? ¿La señorita no habla en serio? Lady Katherine se pondría furiosa al verle llegar al almuerzo en el jardín con ese atuendo religioso —se burló Gemma.

Lucille hizo una mueca. Ya se había olvidado de lo del almuerzo. Iba a pasar el día leyendo y vagando por los pasillos, lejos de Katherine y Lord Westridefort.

Preocupada, miró la altura del sol. Era cuestión de horas que se encontrara rodeada de pequeños nobles.

Se levantó y fue a sumergirse en un libro mientras Gemma preparaba sus cosas.

Capítulo 20

Unas dos horas después, la criada dejó de rebuscar entre los vestidos y le presentó un conjunto amarillo, casi dorado, levantando los brazos en alto para no arrastrar la prenda por el suelo. Lucille se encogió de hombros y Gemma lo tomó como un sí. Felicitándose por su hallazgo, se apresuró a acercarse a la bruja y la preparó con la misma brusquedad con que lo hacía en las noches de cena.

—¿Estás segura de que no es demasiado... Vestido?— preguntó Lucille después de una buena hora de ajuste.

—No, se ve muy bien.

Lucille estaba dudosa: segura que el vestido era más ligero para no asfixiarse con el calor, pero el satén amarillo que adornaba su corpiño mostraba una gran sofisticación. Este almuerzo no era un simple picnic campestre, sino una gala.

Estaba a punto de señalarlo cuando alguien llamó a la puerta.

—Pase —dijo, inclinando la cabeza para ver quién entraba en su habitación.

Lady Meredith entró en la habitación sin contemplaciones. Llevaba un vestido de parma que le sentaba de maravilla. Lucille pensó que parecía aún más joven que de costumbre.

«¿Qué edad tiene esta mujer?» preguntó mientras la señora le rogaba a Gemma que se ajustara un lado del vestido.

—Todo el mundo se traslada a los jardines —dijo, antes de dar las gracias a la criada—. Date prisa, Katherine podría venir a regañarte.

—Estábamos terminando —respondió Lucille, sonriendo a la criada.

—En ese caso, vamos.

Escortadas por los guardias, las dos mujeres salieron de los pisos y caminaron por los pasillos hacia los jardines. Cuando salieron, encontraron el sol brillando sobre un mosaico de arbustos y flores.

Entre la multitud de invitados que paseaban por los senderos, se fijó en las carpas que cubrían las mesas instaladas para la ocasión. Lady Meredith refunfuñó por el calor y luego la guio hacia el que llevaba las armerías de las distintas familias nórdicas, incluidos los Westride. La mayoría de los nobles ya estaban sentados y Katherine les frunció el ceño por llegar tan tarde. Lucille tomó asiento y se dio cuenta de que Blake aún no había llegado.

—Llegas tarde... —susurró la señora a su madre.

—Me sentí mal en el camino —mintió la abuela, señalando su vaso para que un sirviente lo llenara.

—No te creo ni por un momento. Nos enterrarás a todos.

Lady Meredith sonrió. Al mismo tiempo, el rey entró en su propia tienda. Le acompañaban la reina, sus consejeros y Blake Westridefort, que abandonó su mesa para unirse a las familias nórdicas.

Lucille se acercó a su abuela para dejarle más espacio: aunque la tienda era grande, estaban ferozmente rodeados por las familias Harder y Saddler, lo que hacía que el espacio fuera más pequeño de lo esperado.

Cuando el señor se puso a su lado, sintió un desagradable escalofrío, que le recordó que hoy iban a hablar del famoso adulterio que había descubierto el primer día de su llegada al castillo.

¿Cómo se lo iba a plantear? Crudamente. No tenía intención de ser "dulce como una muchacha".

—Salud —dijo el rey, levantando su copa.

—Salud —respondieron a coro los nobles de la corte.

Inmediatamente los músicos tocaron sus primeras notas y los sirvientes fueron en busca de platos para servir.

El primer plato era un juego de exquisita degustación, pero Lucille apenas lo tocó: no tenía apetito. Se obligó a tragar uno o dos trozos de carne y luego abandonó su almuerzo real.

—¿No tienes hambre? —preguntó Blake, tomando un sorbo de vino.

—Hoy no.

—Oblígate.

—No, no tengo ningún deseo de enfermarme.

—No te hará daño, eres tan delgada como un riel.

Lucille levantó las cejas y giró la cabeza hacia el señor. Comía tranquilamente, como si acabara de señalar el buen tiempo.

—¿Cómo puedes ser tan desagradable? —preguntó ella, molesta.

Dejó los cubiertos y se levantó. Lucille se vio obligada a levantar la cabeza para mirarle.

—¿Ves las arcadas de allí? —preguntó, señalando una terraza cubierta del castillo.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con...?

—Nos vemos allí en dos horas —le cortó.

Cogió su vaso y se inclinó hacia ella, pillándola desprevenida.

—Allí hablaremos de lo que querías decirme.

Lucille jadeó, sorprendida por su capacidad para cambiar de un tema a otro, pero sobre todo para ignorar las distancias de seguridad entre ellos.

Tenía una burbuja a su alrededor que no debía cruzarse, pero el aliento del señor acababa de acariciar su oreja. Aunque era obvio que no podía exclamar que la invitaba a escabullirse después del almuerzo, ella hubiera preferido que mantuviera las distancias, aunque eso significara no ser escuchada, en lugar de susurrarle la información al oído.

Perturbada, echó la cabeza hacia atrás y chocó con el hombro de Lady Meredith, que no parecía levantarse, demasiado ocupada en hablar con su hija.

—¿Adónde vas? —preguntó Lucille, mirándole fijamente a los ojos de acero.

La miró desde su altura.

—Si quisiera decírselo, se lo haría saber —respondió en tono tranquilo.

Tomó un trozo de pan y se fue con su copa al otro lado de la tienda. Lucille no pudo evitar poner los ojos en blanco. Tenía un don innato para no decir nada, además de ser antipático. ¿Cómo podría esforzarse con ese comportamiento? Sacudió la cabeza con fastidio, y luego se obligó a comer más, para hacer honor al banquete.

Una hora después, todos los invitados abandonaron la mesa para pasear por los jardines. Lucille no fue una excepción: caminando sola por una arboleda florecida, escuchaba las conversaciones a su alrededor cuando oyó las pesadas campanas de la catedral. Había llegado el momento. Mirando de izquierda a derecha para ver si el camino estaba despejado, se deslizó entre las sombras de los árboles, antes de llegar al punto de encuentro.

Esperó unos minutos y finalmente escuchó unos pasos. Se giró, dispuesta a hacer un comentario desagradable sobre el ligero retraso, pero reconoció a Sante Martinelli acercándose tranquilamente. Se puso rígida.

—Tienes un don para visitar los pasillos —comentó, cruzando los brazos.

—Parece que usted también —respondió con una sonrisa.

Una ráfaga de luz se estrelló contra su rostro, revelando unos profundos ojos verdes y unas cuantas hebras doradas. Era hermoso.

—Estoy aquí para continuar nuestra conversación de esta mañana —dijo, colocando las manos en la espalda.

—Lo siento, no quiero involucrarme —respondió casi al instante.

Blake llegaría pronto y ella no quería que se enterara de que lo conocía.

—No te involucrarías tanto —dijo él, al ver su desaprobación—. Necesitamos una persona relativamente neutral que pueda permitir una comunicación "pacífica" entre nuestras dos familias. Tu presencia ayudaría a tender el primer puente entre los Martinelli y los Westrideforts.

—¿Me está pidiendo que sea una paloma mensajera?

—Es una comparación dura, pero eso es todo.

Lucille lo miró fijamente y luego se rio.

—Esto es grotesco. ¿Por qué no enviarle cartas?

—La última vez que los Westrideforts enviaron una carta a los Martinelli, el papel fue envenenado. Por lo tanto, evitamos cualquier comunicación que no sea oral.

—Ya veo. Lo siento, pero no quiero morir.

—No vas a morir. Los Martinelli saben cómo mantener las cosas separadas.

—¿Y no los Westrideforts?

Esta vez le tocó a él sonreír.

—No te daré el gusto de felicitar a esta familia.

Lucille se encogió de hombros.

—Pronto seré parte de esa familia.

—Solo a medias —dijo con una mirada pícara.

Tenía razón: siempre habría una parte de ella que no sería controlada por los Westrideforts. Le correspondía a ella trazar los límites. Mientras tanto, tenía que intentar ser imparcial en sus disputas familiares. Aunque Sante Martinelli parecía simpático, no dudaba de que esta estratagema no era inocente. Tal vez las damas de la corte quedaran deslumbradas por su encanto, pero en lo que a ella respecta, estaba lejos de dejarse influir por la apariencia.

—¿Es pronto tu compromiso? —preguntó, dando unos pasos.

—En efecto —contestó ella, tratando de no parecer hosca.

En realidad, sabía que era cuestión de días, pero Katherine aún no había mencionado el inicio de los festejos.

—Esto debe ser un acontecimiento para tu familia —le miró Sante—. ¿Tus padres se retrasaron en su camino a la capital?

Lucille tosió, sorprendida.

—No... —comenzó, desesperada por una respuesta—. Mi padre está gravemente enfermo y mi madre está junto a su cama. Son demasiado mayores para un viaje así. Lady Meredith está actuando como carabina.

—Oh, ya veo. ¿Pero quién te acompañará al altar? ¿No tienes un patrocinador?

—Tengo muy pocos parientes y, por desgracia, murieron muy pronto debido a la enfermedad.

Sante Martinelli levantó las cejas sorprendido. Debió notar que ella se había puesto pálida porque se disculpó en un minuto.

—No quise molestarte, Lucille Turner.

—No es nada —respondió ella, aliviada de que él no la cuestionara más.

Hubo un silencio incómodo durante unos segundos, y entonces apareció un criado en la esquina de una pared. Con la cabeza inclinada, llevaba una bandeja de plata con varios vasos de vino.

—¿Quiere la señora un refresco? —preguntó, presentándole su bandeja.

Lucille dudó. Normalmente no tenía derecho a hacerlo, pero deseosa de recuperar un poco más de flexibilidad en su comportamiento, asintió. El sirviente le entregó una taza, con su mirada parpadeante.

—¿Mi señor? —preguntó entonces, con la nariz inclinada sobre sus zapatos.

Sante Martinelli respondió afirmativamente. El criado asintió, le entregó una taza y se alejó por un pasillo.

—Si tu carabina te viera con una copa de vino... —se mofó Sante.

—Mi acompañante se escandalizaría más al saber con quién estoy.

Sante se rio.

—No te estaría contando un secreto si te dijera que no le gusto.

—A usted tampoco le gusta —respondió Lucille.

Estaba a punto de llevarse la copa a los labios cuando Sante la apartó con un gesto brusco. El objeto voló en el aire y se estrelló a un metro de distancia.

Sorprendida con la guardia baja, los ojos de Lucille se abrieron de par en par y dio un paso atrás para observar el espectáculo.

—¿Qué le pasa? —exclamó conmovida.

Sante no contestó y fue a mirar la taza. Pareció detectar algo porque lanzó la suya lo más lejos posible y corrió hacia uno de los pasillos cercanos. Volvió dos minutos después, sin aliento y con el pelo revuelto.

Lucille, aturdida, no se había movido ni un centímetro.

—No lo conseguí, ya se ha ido... —dijo entre jadeos.

—¿Quién? —preguntó Lucille, temiendo la respuesta.

—El criado —respondió Sante—. Tu copa estaba envenenada.

El Lucille se puso rígida de pies a cabeza. Juzgó al Martinelli por un momento, como para ver si decía la verdad, luego se apartó y se dirigió hacia las copas volcadas en el suelo.

—No la toques —exclamó Sante mientras se unía a ella.

—Gracias, no soy estúpida —soltó Lucille, con el corazón latiendo con fuerza.

No estaba enfadada con él, pero la tensión de la situación hacía que no necesitara escuchar recomendaciones obvias. Sante pasó por delante de ella y sacó un pañuelo de su chaqueta. Con cuidado, recogió el pie de una de las copas y lo examinó a la luz del sol.

—Mira —dijo, mostrándole el objeto—. ¿Ves el polvo blanco pegado al borde? Eso es veneno.

Lucille entornó los ojos. De hecho, un fino polvo se esparció por todo el interior de la copa. El poco vino que quedaba dentro mostraba una extraña sustancia flotando en su superficie.

Lucille miró con desconfianza a Sante. Ante esto, el señor frunció el ceño.

—No me mires así. No tuve nada que ver con esto.

—¿Cómo supo que mi bebida estaba envenenada?

Aunque se decía a sí misma que era poco probable que tuviera intención de matarla, no podía negar el hecho de que era un Martinelli.

—Noté el polvo en la luz —respondió, arrojando las copas a un arbusto a un lado.

Lucille recordó las palabras de Blake Westridefort: "No aceptes regalos, no comas nunca nada que no haya sido probado de antemano, no toques nunca ninguna tela que no te presenten

tus propios sirvientes".

Ahora todo tenía sentido.

—¿Quién tendría interés en envenenarme? —preguntó, volviéndose hacia los Martinelli.

Contra todo pronóstico, sonrió.

—Todos aquellos a los que no les gusta tu prometido.

—Le pondré en la lista.

—Como quieras.

Lucille le dirigió una mirada fría y luego lo rodeó. Se dio cuenta de que esta vida de castillo no era un juego. Era peligroso, con o sin cubierta. Tenía que decírselo a Lady Meredith. Fue la única que no salió con las garras cuando le explicó la situación.

—Espera —intervino de repente Sante.

Lucille se detuvo.

—El polvo de tu vino —dijo mientras se acercaba a ella—. Es un veneno barato.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lucille, levantando una ceja.

—Es decir, la persona que lo hizo es pobre o inexperta.

—O quizás ambas cosas —pensó en voz alta.

Sante asintió. Miró el vino sobre los adoquines y se estremeció. No tenía intención de morir en un lugar como este. Si alguien la quería muerta, estaba obligado a hacerlo de nuevo. Le tocaba pensar un poco más para que no se repitiera.

—Deberías decírselo a tu prometido —dijo Sante.

—¿Decirme qué? —intervino una voz detrás de su hombro.

El sonido de una espada sacada de su vaina resonó bajo las bóvedas de la terraza cubierta. Sante se giró inmediatamente y sacó de su chaqueta una daga que no dejaba lugar a dudas sobre su propósito.

Los ojos de Lucille se abrieron de par en par. ¿Cómo se las había arreglado para ocultar semejante instrumento bajo una prenda tan ajustada? No tuvo tiempo de hacerse más preguntas: frente a ellos, Blake Westridefort apuntaba a Martinelli con su espada de Verdugo.

—Hola, Blake Westridefort —dijo Sante.

Aunque desenfundó su daga a tiempo, su agresor tenía una clara ventaja: la espada que llevaba era mucho más formidable que el arma que poseía en ese momento. Bajando el brazo con precaución, dejó caer su daga y levantó las manos en un gesto de apaciguamiento.

—¿Por qué hablas con ella? —preguntó Blake a Sante.

—Tengo derecho a hablar con alguien que me encuentre en los pasillos.

Blake Westridefort dio un paso adelante y le puso la espada en la garganta. Lucille se estremeció. La hoja rozó la piel de Martinelli, marcando un punto donde el metal ejercía su presión.

—Adelante, deja que mi familia tenga el placer de ordenar tu condena —se burló Sante.

—Sé lo que estás tratando de hacer —dijo Blake Westridefort.

—¿De verdad? —logró articular el otro.

—No juegues a ese juego conmigo.

—¿De qué juego estás hablando...? —se rio Sante.

Una mirada furiosa cruzó los ojos de su agresor. Apretó un poco más la hoja contra su garganta, haciendo que el suceso tomara un cariz cada vez más dramático.

Lucille estaba a punto de intervenir cuando una criada apareció en la esquina de un pasillo, interrumpiendo la disputa con un grito estrangulado.

Capítulo 21

Blake retiró inmediatamente su espada y agarró el brazo de Lucille. El dolor fue inmediato: su piel aún no se había curado del todo de la mordedura del ghoul. Se mordió el labio para no gemir y se dejó arrastrar por el laberinto de pasillos. Al cabo de un rato, giró bruscamente a la izquierda y la acorraló en un oscuro y húmedo callejón sin salida.

—¿Qué te ha dicho?

A contraluz en el pasillo, Lucille lo encontró demasiado amenazante para su gusto. Intentó rodearlo pero él la retuvo violentamente y la inmovilizó contra la pared. Esta situación sumió su mente en un extraño pánico: ¿le haría daño?

Su pulso comenzó a acelerarse.

—Nada especial —respondió ella, tratando de ser lo más convincente posible.

No le creyó. Se dio cuenta de ello en cuanto se encontró con sus ojos.

—¿Qué quería?

Lucille permaneció en silencio. No le gustaba normalmente, pero lo odiaba aún más cuando se enfadaba. La asustó.

—¡Qué quería! —Explotó, al notar su silencio.

Se estremeció. Los ojos del señor estaban clavados en los suyos, lanzando puntas de hielo que no eran ni hermosas ni cálidas.

—Nos encontramos por casualidad. Solo tenía curiosidad por ver cómo era la prometida de su enemigo —dijo finalmente.

Blake Westridefort se incorporó lentamente, como si acabara de darse cuenta de que su enfado era algo desproporcionado. Hubo un largo minuto de silencio en el que ninguno de los dos se movió, y entonces Lord Westridefort accedió a darle algo de espacio.

—No vuelvas a hablar con él —ordenó en un tono más que amenazante.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar.

Se quedó quieto durante unos segundos.

—Es un Martinelli. Lady Meredith ha explicado nuestra relación con esta familia.

—Creo que es bueno —respondió.

Ella lo provocó.

—No tienes que decidir si una persona es adecuada o no, especialmente cuando se trata de un hombre. Te quedas en tu sitio y solo hablas con las mujeres.

—¿Por qué debería contentarme con hablar con las mujeres cuando tú te estás viendo con una cortesana?

Levantó una ceja.

—¿Perdón?

Su voz era inusualmente dura. Lucille acababa de despertar algo en él. Ahora se estaba aventurando por una pendiente resbaladiza.

—Te vi la otra noche. Otros nobles también pueden haber visto tus juegos de seducción con esa... Chica.

El silencio. Lucille lo observó, esperando su respuesta. Al contrario de lo que ella pensaba, él parecía intrigado, como si no entendiera realmente a qué quería llegar. Al ver que él no parecía darse cuenta, Lucille puso los ojos en blanco y se molestó.

—¿Se supone que me has elegido como esposa! ¡Si no respetas este papel, te arriesgas a llamar la atención sobre mi estado! ¿Cómo se explica que un noble se case con una campesina si no es por amor?

Frunció el ceño, desconcertado.

—La moral de la capital no es tan dura como la del campo. No seré el primero en cometer un error antes del día de mi boda. Los enamorados han hecho cosas mucho peores antes de atar el nudo con su prometida.

Los ojos de Lucille se abrieron de par en par con asombro. No podía creer el descaro de este hombre.

—¿Eso es todo?! —exclamó, haciendo un buen movimiento.

Fingió pensar y luego la miró.

—Creo que sí.

Su respuesta la dejó sin palabras. Obviamente, el reproche que ella le había hecho parecía haber resbalado de él como el agua de las escamas de un pez. Lucille estaba casi aturdida.

—Mi vida está en juego —exclamó enfadada—. No quiero correr ningún riesgo, ¿entiendes?

—Si fuera arriesgado, me abstendría.

—Pero, por supuesto, es arriesgado.

—Baja la voz. Mi paciencia se está agotando —amenazó con los dientes apretados. —Asomó la cabeza al pasillo para ver si venía alguien y se volvió hacia ella—. No tienes que meterte en mis asuntos.

—¡Me meto en lo que quiero! Especialmente cuando tu "negocio" podría llevarme a la hoguera! —replicó ella, furiosa.

Esta respuesta pareció tener el efecto de una bofetada en la cara. Con un movimiento brusco, le agarró la cara y tiró de ella hacia delante. Lucille fue arrastrada hacia él como un pez atrapado en un anzuelo. Indiferente, el hombre apretó su agarre, ridiculizándola como a una niña.

—Mantén la boca cerrada y aléjate de los Martinelli durante el tiempo que considere necesario, ¿está claro? Si necesito que intervengas cuando fornicque, te lo haré saber a su debido tiempo, *lilesis*. —No le dio tiempo a responder—. Ahora vas a los jardines y esperas con ansias tu próximo compromiso.

Sus uñas se clavaron en su piel. Lucille se separó bruscamente, golpeando sus muñecas. Despotricó, pero no intentó nada más, sin duda consciente de que su brusco gesto había surtido efecto: ella nunca habría imaginado que él se permitiera controlarla de esa manera.

—No vuelvas a hacer eso —siseó.

Ella no aceptó la libertad que él acababa de darle. Evitando su mirada, caminó enérgicamente a su alrededor, y luego se fue a los jardines.

Oyó sus pasos detrás de ella mientras salía del castillo, y luego ya no pudo distinguirlos mientras sus pies cruzaban la hierba hacia las tiendas y el sol. Bajo los lienzos con las efigies de las familias del norte, reconoció a Katherine y a Lady Meredith, que habían vuelto a sus puestos.

—Tienes un aspecto horrible —comentó la abuela, observándola mientras se sentaba a su lado.

—Es la fatiga —murmuró con voz ronca.

Se frotó las mejillas con energía, tratando de calmar las quemaduras que salpicaban su piel.

Al mismo tiempo, Blake Westridefort pasó por delante de ellas hacia la mesa del rey. Katherine le siguió con la mirada y luego observó a Lucille con un ojo sospechoso. Tras unos segundos de contemplación, esbozó una pequeña sonrisa seguida de una enigmática carcajada.

—¿De qué te ríes, querida? —preguntó Lady Meredith.

Katherine le dirigió una mirada maliciosa y se pasó un largo mechón castaño por detrás del hombro.

—Tengo la impresión de que una joven se ha quedado sin nada.

Tiró la servilleta a la mesa y se levantó para unirse a un grupo de nobles ocupados que charlaban más allá del césped. Lucille puso los ojos en blanco, exasperada por este comportamiento.

Katherine le guardaba rencor desde que se dio cuenta de que perdía cada vez más su autoridad.

Con el paso de las semanas, Lucille había conseguido emanciparse de la señora, lo que no había contribuido a mejorar su relación. Lady Meredith, en cambio, se había encontrado menos estricta de lo que pensaba, incluso bastante cínica en cuanto a la corrección.

Incomprensible.

Lucille estaba observando a Katherine cuando notó una cara familiar detrás de su hombro. Justo delante, caminando con un paraguas, la famosa cortesana hablaba con un joven de buen porte.

La acompañaba un enorme perro negro, similar a los que se ven vigilando los pueblos. Distraída, jugó con su sombrilla durante unos segundos y luego miró en dirección a Lucille. Al verla, sonrió divertida antes de susurrarle algo a su compañero. Se rieron juntos y luego continuaron caminando a paso tranquilo.

Lucille se sorprendió a sí misma apretando los dientes.

—Conoce a esa chica, ¿verdad? —preguntó, volviéndose hacia Lady Meredith.

Recordó que cuando llegaron al castillo, la cortesana le había observado desde el balcón del patio interior antes de escabullirse discretamente. En ese momento, Lady Meredith había sido misteriosa sobre su identidad. Ahora Lucille quería saber.

—¿La conozco? Por supuesto —respondió, llamando a su equipo de costura.

Un sirviente se lo trajo y se puso a coser.

—¿Quién es? —preguntó Lucille, mientras la abuela solo tenía ojos para un hilo mal colocado.

—La cortesana Valentina Rossi —se burló la dama.

—¿Lo sabía todo el mundo menos yo?

La señora se encogió de hombros.

—No es muy importante, a la gente no le importa lo que pasa antes de la boda. Están más interesados en lo que ocurre después.

—¿Tampoco va a darme la razón?

—¿Para demostrar que tiene razón? ¿Me has confundido con Katherine? Odio a esa pequeña zorra de Rossi —dijo en tono tranquilo, clavando la aguja en un trozo de tela.

Lucille giró la cabeza para mirar a la Señora. Estaba acostumbrada a oírla decir palabrotas, pero era bastante raro que insultara a alguien.

—¿Viste al hombre que la acompañaba?

Lucille asintió.

—Es su hermano gemelo. Siempre están maquinando. Por ello, no son muy populares. Por eso siempre va con un sabueso. El hermano tiene una espada, la hermana tiene un perro. Imagino que la bestia es bastante disuasoria cuando deambula por los pasillos con poca ropa...

Lucille sonrió. Si no estaba en perpetuo desacuerdo con Katherine, Lady Meredith la hacía reír. Abrió la boca, dispuesta a explicar el quid de su conflicto con Blake Westridefort, y luego se

resignó. Lady Meredith la miró inmediatamente de reojo, instándola a hablar. Lucille tomó aire y se lanzó.

—Lord Westridefort me hace correr riesgos. Sabía que era egoísta, pero a estas alturas...

—Bueno, trata de ser egoísta a tu vez —dijo Lady Meredith.

Lucille frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

La señora tiró de un hilo de su trabajo.

—Evidentemente, este "adulterio" no puede hacer que se le caiga la cabeza inmediatamente, pero su dignidad está en peligro. Te humilla, mi dulce.

—Querría que lo soportara —replicó Lucille.

—No le hagas caso, tiene que respetarte. Vendrás a la capital con regularidad, y te puedo garantizar que si no te haces valer, a menudo serás objeto de un contrato sobre tu cabeza. La gente odia a tu prometido, querrán afectarlo. Pero, ¿qué tan angustioso sería que su amada desapareciera?

—Esto es ridículo...

—Sin embargo, así es como lo verán, todos ellos. ¿Cómo esperas que te respeten si tu marido no lo hace? Intenta imponerte si no quieres acabar envenenada.

Lady Meredith había respondido con humor, pero esta anécdota dejó helada a la joven: hacía menos de una hora que casi la habían matado.

—¿Qué debo hacer? —preguntó con un tono extremadamente serio.

—Empieza por hacer entrar en razón a mi nieto bastardo. Demuéstrale que el respeto funciona en ambos sentidos —sugirió la dama, admirando el comienzo de una rosa bordada.

La mirada de Lucille pasó de la figura de la abuela a los nobles que veían riendo y disfrutando. De las personas que conocía, solo había dos que podrían envenenarla: Sante Martinelli o Valentina Rossi, que le sonreía en lugar de mantener un perfil bajo.

—Solo se escucha a sí mismo, ¿cómo puedo convencerle de que no me humille?

—Haz las cosas a su manera —respondió la señora—. Los hombres son como las bestias, no les gusta que les quiten la comida. Hazte notar: verás que pronto te escuchará.

—Es, sin duda, el peor acompañante que el mundo ha visto.

—Gracias —respondió la señora, sin siquiera tomarse el tiempo de levantar la vista—. Sigue mi consejo, no te decepcionará.

Lucille asintió. Quería actuar, pero ¿cómo? Ella no era como Katherine, o Lady Morgana, que sabía cómo hacerse notar con un chasquido de dedos. Era fría, distante y carente del humor que a todos les gustaba aquí.

—No puedo hacer eso —dijo resignada.

Lady Meredith puso los ojos en blanco y dejó caer su equipo de costura sobre la mesa.

—Dios mío, ¿eres el tipo de persona que se queda ahí sin decir nada? —dijo la señora bruscamente.

—Yo...

—No, no lo harás. Eres una bruja, Lucille Turner. Entonces, por Dios, sé esa bruja —susurró con dureza.

La señora puso los ojos en blanco y luego se dedicó a su trabajo, aparentemente despreocupada.

Lucille miró a su alrededor, temiendo que un sirviente hubiera escuchado su conversación. Al examinar la tienda, no vio a nadie más que a Gemma, que estaba ocupada arreglando su sombrilla con gran concentración. Lucille suspiró aliviada y se recostó en su silla. Lady Meredith

tenía razón. No era de las que se dejaban llevar. Si quería evitar los peligros de la corte, era mejor que no cediera.

—Le veré esta noche en la cena —le dijo.

La señora asintió, sonriendo, y luego tiró de un hilo con un leve gesto.

Lucille no esperó ni un segundo más para levantarse y llamar a Gemma. En cuanto la doncella se unió a ella, pidió a los guardias que las acompañaran a su piso y se apresuró a salir de los jardines.

Capítulo 22

Cuando la puerta de su habitación se cerró, Lucille se dirigió a la criada y le señaló los baúles que contenían sus ropas.

—Necesito que me vistas para esta noche.

—¿Para esta noche? —preguntó Gemma, con cara de sospecha—. Tenemos tiempo, señorita.

—Así que nos tomaremos nuestro tiempo. Esto es importante.

Gemma enarcó las cejas y luego asintió.

—Puedo enseñarle el vestido que le he buscado esta noche, si quiere.

—Esto es algo interesante.

La criada sonrió y fue a abrir el maletero. Sacó un vestido dorado, similar al que llevaba en ese momento. Lucille hizo una mueca. Tenía que ser visible entre la multitud.

—¿No tienes nada más?

Gemma frunció el ceño, sorprendida por su repentina inversión en su atuendo.

—¿Quizá quiera echar un vistazo al resto de sus conjuntos? Tengo al menos tres baúles esperando a que los investigue.

—Que así sea.

Se sonrieron con complicidad y comenzaron a sacar uno a uno los vestidos que le habían acompañado durante su viaje.

Pasó una hora, luego dos. Lucille examinó los trajes con una mirada especialmente crítica. Los vestidos eran hermosos, pero nada le llamaba la atención. Pero ella quería llamar la atención.

Por supuesto, las miradas la asustaban, pero de eso se trataba: de causar una impresión para demostrar su condición de clase media. Si no se le diera conversación, recibiría toda la atención sobre su aspecto.

—¿Y este? —preguntó Gemma, sacando un vestido rosa pálido.

—No, necesito algo más... Extravagante.

La criada hizo un gesto de dolor y volvió a meter la mano en el baúl. Lucille la imitó vigorosamente, pasando la mano por un revoltijo de telas de color claro. Justo cuando estaba a punto de darse por vencida, se fijó en una tela de colores brillantes en el fondo del baúl. Cambiando varias prendas, finalmente la encontró, con los ojos llenos de asombro.

—Aquí está el que necesito —dijo, levantando los brazos para ver el vestido completo.

Gemma levantó la vista y dejó escapar una exclamación de asombro.

—¿De dónde has sacado eso? —se atragantó, agarrando la prenda—. Es uno de los vestidos de Madame.

—¿Te refieres a Lady Katherine?

—Sí, señorita. Una criada debe haber mezclado los baúles. Este vestido no pertenece a su equipaje.

—No importa. Dámelo.

Gemma retrocedió.

—Dame —insistió Lucille, extendiendo la mano—. Eso es exactamente lo que estoy buscando.

—Pero... Lady Katherine, se pondrá furiosa cuando le vea con esa ropa.

—Hace tiempo que no me interesa Lady Katherine.

Gemma hizo una mueca.

—Podría desquitarse conmigo.

Lucille dejó escapar un suspiro y agarró la prenda, arrancándola de los brazos de la sirvienta.

—Gemma, te aseguro que no te reprocharé nada. Soportaré todos sus comentarios. Puedes estar tranquila.

La criada apretó los dientes y miró a un lado con resignación. Lucille le puso una mano reconfortante en el hombro:

—Te lo prometo.

Gemma se quedó mirando su mano y luego asintió de mala gana.

—¿Y ahora? —preguntó, cruzando los brazos.

—Ahora vísteme —ordenó con determinación.

La criada se rio con picardía y comenzó su trabajo. Entre el aseo y el peinado, tardó unas dos horas en estar lista.

Justo cuando estaba a punto de abrocharse el corsé, Lucille la interrumpió con un gesto de la mano: aún era demasiado pronto para ponerse la ropa de noche y no pensaba sufrir mientras esperaba que pasaran las horas. Aprovechando este momento de tranquilidad, se puso a leer con asiduidad un libro de historia y luego se dejó arrastrar por las páginas. Absorta en su lectura, no vio pasar el tiempo y se sorprendió cuando Gemma le recordó su deber.

—Es hora de ponerse el vestido —dijo señalando el sol.

Lucille se levantó y se alisó la bata.

—Tómate tu tiempo, tendré que venir más tarde de lo habitual.

Gemma le miró con los ojos muy abiertos.

—No se lo piense, ¡su tardanza se notaría!

—Ese es precisamente el efecto que se pretende.

La criada parecía preocupada, pero no hizo ningún comentario. Agarrando el corsé, se lo puso lentamente, e hizo lo mismo con el vestido. Cuando terminó, retrocedió unos pasos y tragó saliva.

—No puedo imaginar lo que pensará Lady Katherine cuando le vea.

—No lo pienses, esta historia será solo entre ella y yo.

Gemma se encogió de hombros y abrió la puerta del dormitorio, dispuesta a acompañarle al banquete.

—No, tengo que esperar un poco más —intervino Lucille—. Tengo que llegar después de la cena.

Gemma frunció el ceño.

—Lady Katherine y Lady Meredith vendrán a recogerla.

—Diles que estoy cansada. Nos iremos cuando termine la cena, fingiré que me siento mejor.

Gemma dudó, pero luego accedió. Cuando volvió, asintió con la cabeza, señal de que su misión estaba cumplida. Lucille volvió inmediatamente a su lectura y esperó a que pasara el tiempo.

Cuando el sol se puso, llamó a los guardias y a Gemma para que la acompañaran: había llegado el momento.

Atravesando la puerta de su habitación, recorrió los pasillos y buscó la sala de banquetes.

—¿Señorita? —dijo de repente Gemma, acercándose a ella para no ser escuchada por los guardias que las escoltaban.

—¿Sí? —dijo Lucille, un poco sorprendida por la voz baja.

—Estoy preocupada por usted —dijo la criada—. Todo esto será... —comenzó vacilante, pero no terminó la frase.

—¿Qué crees?

Gemma tragó.

—¿Todo este montaje está relacionado con Lord Martinelli?

Lucille le miró con desconfianza.

—¿Qué quieres decir?

La criada tomó aire y se acercó a su oído.

—Me gusta usted, señorita, y no quisiera que tuviera problemas. Así que solo quería decirle esto: Lord Martinelli es de los que seducen sin ser encantados.

Lucille frunció el ceño y luego se rio.

—Agradezco tu advertencia, pero no tienes que preocuparte por mí. No soy de las que se dejan seducir.

El rostro de Gemma brilló con sospecha, pero Lucille lo ignoró, demasiado ocupada en escuchar el sonido de la orquesta cuando se acercaban.

Cuando llegaron al salón de banquetes, Lucille relajó los hombros y avanzó con paso firme. Entró por la puerta principal con un moño apretado y un vestido escarlata con los hombros descubiertos.

Cuando empezó a esquivar a los invitados para llegar a su mesa, pronto se dio cuenta de que las miradas estaban puestas en ella, lo que hizo que casi se arrepintiera de la puesta en escena.

Caminó un momento entre los invitados y luego se encontró con Lady Gisla Saddler, la tía de Blake. Cuando esta la vio, no pudo evitar abrir mucho los ojos.

—Estás aún más guapa que de costumbre —dijo entusiasmada.

—Yo vía marcia, Lady Gisla —respondió en nórdico.

—Es natural, mi dulce. Hay que admirar las cosas bonitas.

Lucille estaba a punto de responder cuando vio a Katherine más atrás en la multitud. Claramente indignada por su atuendo, la señora la miró con mala cara y comenzó a caminar entre la multitud para unirse a ella.

—Perdonadme, tengo que dejaros —dijo Lucille, al ver que la dama se acercaba.

No le dio tiempo a Lady Gisla a responder: se apresuró a atravesar la multitud, miró preocupada por encima del hombro y luego se enfrascó en un juego del gato y el ratón.

Decidida a no ser atrapada, primero encontró la salida y luego se dirigió al centro del público, dejando a la dama atrás.

Lucille estaba echando un último vistazo a su alrededor cuando una mano la agarró del brazo. De un salto, giró bruscamente la cabeza hacia la persona que la sujetaba.

—Me ha asustado —dijo mirando a Sante Martinelli.

—Lo siento. Dicho esto, parece que sigues huyendo —se rio, soltándola.

Lucille se frotó el brazo que acababa de agarrar y le observó.

—No estoy huyendo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces, ¿aceptarías bailar?

Lucille se detuvo en seco.

—De ninguna manera —respondió tras unos segundos de agitación.

Contra todo pronóstico, Sante se rio.

—No tienes piedad —se rio el hombre—. ¡Nunca me habían rechazado así!

—No me gusta bailar —se justificó, conteniendo una sonrisa ante su hilaridad.

Es cierto que su respuesta había sido brusca, pero era evidente: aparte de que no sabía bailar, Sante era uno de los sospechosos de su fallido envenenamiento.

—Lo dices porque no quieres compartir unos pasos conmigo —respondió con una mirada falsamente suspicaz.

—No está mal: intentó envenenarme.

—En absoluto —respondió con el ceño fruncido—. Te puedo garantizar que si hubiera querido eliminarte lo habría conseguido. No subestimes mi determinación.

—¿Se supone que lo que dice me haría sentir mejor?

Miró al cielo.

—Vamos, no seas ridícula... En el fondo, sabes que yo no tuve nada que ver. —Tenía razón. Lucille estaba convencida de que él no tenía nada que ver—. Espero que tu prometido no te haya corregido por nuestro encuentro.

—No, solo me dijo que tuviera cuidado.

—¿Crees que tiene razón?

Lucille fingió pensar.

—Tal vez. Me gusta decidir por mí misma.

Sonrió ante su respuesta y la invitó a caminar.

—Es la segunda vez que te salvo la vida —comentó, mirándola con picardía—. La primera fue en los pasillos del castillo, la segunda hoy.

—No tengo ninguna medalla que darle —respondió.

—Está bien, un simple "gracias" habría sido suficiente.

Lucille abrió la boca y se detuvo: sintió que unos ojos la observaban. Al girar la cabeza, descubrió a un Blake Westridefort que la observaba con especial amargura. Sus ojos helados la golpearon como un ave de rapiña. Se estremeció.

—No parece contento de vernos hablar —dijo Sante.

Había seguido su mirada.

—No es tan agresivo como parece —se obligó a decir Lucille.

Al mismo tiempo, Blake Westridefort comenzó a avanzar peligrosamente hacia ellos.

—¿Decías? —replicó Sante.

Lucille se puso rígida. No sabía qué planeaba hacer Blake, pero sospechaba que no era nada bueno, sobre todo si los acontecimientos de la tarde eran un indicio. Estaba a punto de tomar la iniciativa de ir a verle, cuando calibró el grado de enfado del hombre. Volviendo a su primer pensamiento, se volvió hacia Sante.

—He cambiado de opinión. Vamos a bailar.

El señor se limitó a sonreír con picardía.

—Sigue mi ejemplo y mantén la cabeza alta —le dijo, cogiendo sus manos.

A Lucille no le gustó el contacto, pero el fin justificaba los medios: si Blake la humillaba, ella haría lo mismo.

Siguiéndolo entre los invitados, en menos de un minuto se encontró rodeada por quince bailarines en el centro de la sala. Haciendo acopio de valor, se colocó frente a su compañero y comenzó a seguir sus pasos.

Katherine le había enseñado los fundamentos de la danza, pero estaba lejos de ser perfecta. Temiendo que se le notara, Lucille miró a un lado, atenta a las reacciones del público. Se tranquilizó cuando se dio cuenta de que solo unos pocos pares de ojos divertidos se fijaban en

ella. Sin embargo, su alivio duró poco: entre las sombras de los invitados, Blake Westridefort la miraba de forma tan cruel que no pudo evitar apartar la mirada. El castigo iba a ser duro.

—Sonríe, la gente pensará que te he obligado —dijo Sante. Lucille forzó una sonrisa cortés—. No estás mal —comentó el hombre—. He tenido compañeras mucho más duros que tú.

—No sé cómo debo tomarlo —respondió Lucille.

—Podría ser mejor —se burló.

A pesar de las circunstancias, Lucille se encontró riendo. Era pequeña y ligera, pero no dejaba de ser una risa.

—¿Se considera un as de la danza?

—Soy el as del baile —presumió con una mirada seria.

Levantó la vista al cielo y volvió a caer en la gélida mirada de Blake Westridefort. Afortunadamente, su compañero se giró y se alejaron hacia el otro extremo de la sala.

Bailaron durante un rato, y luego las notas de la orquesta se desvanecieron antes de desaparecer en un atronador aplauso.

Sante se inclinó para saludarla y ella hizo una reverencia. Al mismo tiempo, un agarre le apretó el brazo. No necesitó darse la vuelta para ver quién era. Se dejó llevar por la multitud sin oponer resistencia, imitando un "gracias" con los labios a Sante.

Capítulo 23

Lucille se enfrentó a Blake Westridefort, que no la miró, pero su hercúleo agarre mostraba su enfado. Manteniéndola a su lado mientras cruzaban la habitación, Lucille tuvo mucho tiempo para imaginar lo que le esperaba.

Justo cuando empezaba a reconocer que tal vez era una mala idea, se cruzaron con Gemma, que esperaba sabiamente a que su señora volviera a los pisos.

Cuando esta la vio, sonrió cálidamente, y luego se detuvo al reconocer a la persona que la acompañaba. Al salir del salón de banquetes, se apresuró a ir detrás de ellos, fiel a su papel de sirvienta.

—Me haces daño —susurró Lucille para no ser escuchada por Gemma.

Blake Westridefort apretó su agarre. Lucille contuvo un gemido, sintiendo la presión de sus dedos sobre la herida del ghoul. Se resistió un poco cuando él aceleró el paso, solo para ganar tiempo, pero un solo golpe seco hacia delante fue suficiente para disuadirla de intentar nada: el gesto había sido lo suficientemente violento como para arrastrarla como una vulgar mula.

—Quédate aquí —ordenó Blake de repente a Gemma cuando llegaron a su piso.

La doncella hizo una reverencia y el señor abrió la puerta de su habitación. Empujó a Lucille hacia el interior, y la joven fue a agarrarse al mueble más cercano.

—¿Qué te pasa?

Ella conocía ese tono de voz, gélido y seco al mismo tiempo. No era bueno.

—Me estás humillando —respondió ella, apartando un mechón rubio de su moño.

—Te pedí que no hablaras con él, ¿y qué haces en su lugar? ¡¿Bailas y te ríes con él?! ¿Sabes lo que dirán de ti?

Su alta estatura era una ventaja. Lucille dio un paso atrás, más recelosa que nunca. Sabía que era violento: Lizzie se lo había dejado claro insidiosamente en los primeros días de su llegada. Durante un breve momento, pensó en no decir nada, pero entonces la adrenalina se impuso.

—¡No me importa lo que digas, mientras me pongas en peligro! ¡Tú y tu puta cortesana me van a matar! Me felicito por haber hablado con Sante Martinelli, ¡y me alegro de que te vean como un cobarde!

Blake Westridefort se acercó con un paso tan rápido que se aplastó contra la pared detrás de ella. Cerrando los ojos apresuradamente, esperó la sentencia, luego los abrió de nuevo: él no hizo nada. Inerte frente a ella, su mirada la atravesó, pero ningún gesto violento la acompañó. Lucille lo entendió enseguida.

—No puedes golpearme, ¿verdad? ¿Qué diría la gente si la novia occidental llegara a la boda con una paliza?

Blake Westridefort la agarró por el vestido, tirando de este hacia él.

—Tienes poca memoria, Lucille Turner... —siseó entre dientes mientras la tela de su vestido crujía peligrosamente.

El sonido le trajo un mal recuerdo. Por un momento se imaginó lo peor, pero se relajó cuando él la soltó bruscamente y se volvió hacia la puerta principal. Salió de la habitación, dejándola a su suerte durante unos segundos, y luego reapareció, acompañado de Gemma.

Al igual que Lucille, la había agarrado por el brazo y, al igual que Lucille, la había

empujado por la habitación como un bicho raro. Comprendió mejor por qué dijo que tenía poca memoria: quería llevar a cabo el mismo castigo que Lizzie.

—¡No la castigues! ¡No es su culpa!

Blake no escuchó y agarró el brazo de la criada y la dejó sobre el escritorio. Gemma soltó una exclamación de terror, alarmando aún más a Lucille: no iba a repetir el escenario de Lizzie, iba a hacer algo peor.

—Solo quiero que dejes de andar con esa cortesana — exclamó Lucille, viendo que la situación era cada vez más preocupante.

Blake se aferró al brazo de la sirvienta y agarró su espada con la mano libre. Cuando el metal rozó la vaina, Gemma gritó. Ella luchó como pudo, pero el señor le sujetó el brazo con firmeza.

—Ahora puedo garantizar que me escucharás —dijo mirando a Lucille.

A la bruja se le heló la sangre.

—¡No hagas eso! Es uno de sus súbditos! —exclamó.

Al ver que su frase no parecía cambiar la situación, se abalanzó sobre él, pero éste la apartó sin piedad.

—Espera —volvió a gritar—. ¡Juro que no volveré a hablar con él!

Blake Westridefort levantó su espada por encima de su cabeza.

—¡Lo juro por todo lo que es sagrado!

Comenzó a desenfundar su espada, pero se detuvo. El grito de Gemma se perdió antes de dar paso a los sollozos. Hubo unos segundos de pausa en los que Lucille no se atrevió a moverse, y entonces Blake Westridefort agarró a la sirvienta y la puso en pie.

—La próxima vez que hagas eso, le cortaré el brazo y dejaré que la atiendas tú misma — dijo, mirándola directamente a los ojos.

Su tono era tan oscuro, tan pesado y tan rígido, que Lucille supo que no estaba fingiendo. Decía la verdad. La próxima vez, su criada no tendría tanta suerte.

El señor la miró con enfado, luego dejó caer su espada y condujo a la doncella fuera, más angustiada que nunca. Lucille lo vio alejarse y luego sintió un escalofrío que le recorrió la espalda: un cuervo acababa de posarse en la ventana. El animal graznó, agitó las alas y giró la cabeza para mirarla con sus pequeños ojos negros.

"Mátalo" sugirió, chasqueando el pico.

Lucille lo miró durante unos segundos, desconcertada, y luego sintió que una furia innata la invadía. Sin pedir ayuda, agarró la espada del señor y se lanzó sobre él en cuanto apareció en la puerta.

Blake se sorprendió. Esquivando apenas el golpe, agarró a la joven por las muñecas y la obligó a soltar la espada. Inmediatamente, el cuervo atravesó la ventana y se lanzó a la cara del señor, lanzándole una serie de picos igualmente peligrosos.

Blake empujó a Lucille hacia atrás, tirándola al suelo. Luchando a ciegas, consiguió agarrar al animal antes de retorcerle el cuello. Cuando el siniestro chasquido de los huesos llegó a los oídos de Lucille, esta soltó un grito asustado. Blake no prestó atención y tiró al animal al suelo, justo delante de su nariz.

Hubo un silencio en el que solo se oían sus respiraciones entrecortadas, y entonces Lucille por fin levantó la vista hacia el señor. Le observaba de forma extraña, como si acabara de hacer un descubrimiento macabro. Lucille tragó y se incorporó lentamente, temiendo que un movimiento brusco fuera malinterpretado. El hombre no le quitó los ojos de encima.

—No sé qué me pasó —logró decir—. Yo... —comenzó, pero no se tomó el tiempo de

terminar la frase.

Aferrada a las paredes, aprovechó para pasar por la salida antes de correr a sus propios aposentos. Cuando hubo cerrado la puerta, se dejó deslizar contra la pared y acercó las rodillas a ella. Se quedó quieta un momento, preguntándose qué se le había pasado por la cabeza: o estaba perdiendo la cabeza, o intuía los efectos de una invitación al Sabbath.

Este pensamiento fue suficiente para ponerla en una cierta angustia. Permaneció acurrucada en sus brazos hasta la madrugada, y luego decidió acostarse un rato. Fue a las ocho en punto cuando alguien llamó a la puerta. Se levantó de un salto e invitó a la persona a entrar. Era una sirva que no conocía ni de Eva ni de Adán.

—¿Dónde está Gemma? —preguntó nada más entrar por la puerta.

—Lamento decir que estará fuera durante el día —dijo la criada—. No se siente bien.

Lucille sintió que una ola de remordimiento la inundaba.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó enseguida la criada, preocupada al verla tan cansada.

—No —respondió ella—. Creo que me quedaré aquí todo el día. No hay necesidad de empacar mis cosas.

—Como quiera, señorita. Pero, ¿quiere que le ayude a quitarse ese vestido?

Lucille se miró al instante. En su agitación, no se había tomado el tiempo de desnudarse. Avergonzada, asintió con la cabeza y dejó que la criada la desnudara. Cuando terminó de ponerse la bata, la criada le deseó un buen día y desapareció tan silenciosamente como había aparecido.

Lucille fue directamente a la cama para acostarse. Después de lo ocurrido el día anterior, Blake Westridefort ya no iba a verla de la misma manera: su golpe de espada casi lo había herido. ¿Qué haría ahora? ¿La consideraría peligrosa? ¿Sospecharía que había sido invitada al Sabbath? ¿O pensaba denunciarla? Además, ¿qué estaba haciendo en ese momento? ¿Le estaba contando a Lady Katherine lo que había sucedido?

Lucille se dio la vuelta en la cama y se tapó la cara con la almohada. Se iba a volver loca con todas las hipótesis en las que estaba pensando, si es que no lo había hecho ya. Molesta, se obligó a cerrar los ojos y a acurrucarse bajo las sábanas. Justo cuando estaba a punto de dormirse, alguien llamó a la puerta.

—Entre... —ordenó débilmente.

—Bueno, ¡qué entusiasmo!

Lucille se puso en pie. Katherine había entrado en la habitación, con un aspecto más suntuoso que nunca en un vestido pálido. La bruja dudó en volver a la cama, agotada solo de pensar en escuchar sus admoniciones. Katherine no le dio tiempo.

—¡Tienes un aspecto terrible! Casi parece que estás enferma —dijo con disgusto.

—Gracias —se burló Lucille, que ya notaba que le dolía la cabeza solo con oír su voz.

—Sabes por qué estoy aquí, ¿no?

—Tengo una vaga idea.

Lady Katherine miró la habitación y se sentó en la silla de su escritorio.

—Iba a darte una reprimenda por el pequeño escándalo que provocaste ayer, pero tengo la impresión de que mi hijo se encargó en gran medida de ello. ¿Me equivoco?

Lucille no respondió, aliviada al ver que Blake no había mencionado el incidente del día anterior. La señora lo tomó como una afirmación y continuó su discurso:

—¡No solo te permitiste llevar un vestido que no corresponde en absoluto a tu condición de dama, sino que además te atreviste a bailar con un Martinelli! Las familias nórdicas ya tenían

poco aprecio por los Westrideforts, y puedo decir que esto no va a mejorar. Por no hablar de la humillación que has infligido a mi hijo... —se quejó. Se levantó y caminó de un lado a otro de la habitación, demasiado enfadada para quedarse quieta—. Bueno, no le demos más vueltas —continuó—. Dadas las circunstancias, me parece obvio que su boda debe celebrarse pronto. No me gustaría escuchar, además de esta historia del baile, que te has ensuciado con Sante Martinelli.

Lucille la miró como nunca antes lo había hecho.

—¿Perdón?

—No tiene sentido discutir, Blake tiene la intención de ir al rey para pedir su bendición. Una vez hecho esto, procederemos con la boda, y todo esto quedará atrás.

—No —exclamó Lucille—. Es demasiado pronto para la boda, es mejor esperar un poco más. Sé razonable, ¡acabo de llegar a la corte!

Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para retrasar este acontecimiento.

—¿Ser razonable? ¡Debes estar bromeando! Hemos batido todos los récords en el campo del decoro: ¡hace ya tres meses que se supone que te has comprometido con él! Esta broma ya ha durado bastante.

—Está fuera de discusión.

—No depende de ti. Si tienes alguna queja, házselo a Blake, pero conociéndole, no le costará mucho tiempo sacar algún argumento para convencerte —se burló, enarcando una ceja.

La señora se pasó un mechón de pelo por encima del hombro y salió de la habitación dando un portazo.

Lucille comenzó inmediatamente a caminar frenéticamente por la habitación. Todo se aceleraba, y nada le salía bien. ¿Cómo podía ser tan estúpida? Entre que Gemma estuvo a punto de perder el brazo, que Blake fue atacado salvajemente y este asunto de la boda, se iba a volver loca.

Agarrando su almohada, enterró la cabeza y dejó escapar un largo grito en la espesura. Cuando terminó, se acurrucó en la cama y pensó en todas las posibilidades. Encerrada en su habitación, no vio pasar el tiempo, ni siquiera la puesta de sol.

—¡Qué pereza tienes!

Lucille giró la cabeza hacia la entrada de la habitación.

—Entre, Lady Meredith.

Reconoció su voz. La señora abrió la puerta de un empujón y entró en la habitación, tal y como había hecho antes su hija. Observó la vista desde el balcón y luego volvió a la cama, donde Lucille yacía acurrucada, despreocupada por su presencia.

—¿Vas a ir a la cena de esta noche? —preguntó mientras se sentaba en el borde de la cama.

—No —dijo Lucille.

—¿Y por qué? —preguntó la abuela.

—¡Porque me dio un consejo patético, y fui tan estúpida como para aceptarlo!

—Es cierto que me has sorprendido. Ese vestido tan provocativo junto con tu baile con ese Martinelli fue un espectáculo de lo más divertido.

Lucille giró la cabeza hacia la dama.

—Está completamente enferma. Gracias a esta historia, no solo aceleré el proceso de mi boda, sino que también fallé y casi...

Se detuvo a tiempo. No hacía falta decirle que había estado a punto de atravesar el bajo vientre de su nieto con una espada porque un cuervo le había sugerido que lo matara.

—¿Casi...? —le preguntó, sin embargo, Lady Meredith, escocida hasta la médula.

—Nada —respondió ella.

—Ya veo —dijo la señora—. De todos modos, no deberías perderte la cena de esta noche. Con todo lo que diste de hablar ayer, será mejor que pongas las cosas en su sitio.

—No pienso ir.

—Y sin embargo hay que hacerlo. Sería una pena sugerir que tu prometido te ha golpeado, ¿no?

Lucille no respondió.

—Perfecto, te espero en una hora —se entusiasmó la señora.

Salió y llamó a una criada para que viniera a cambiar a Lucille. Inmediatamente, una de ellas se señaló a sí misma y entró en la habitación. Le eligió un vestido, la arregló y le peinó su larga melena. Lucille la dejó hacer, lívida.

—¿Cómo está Gemma? —preguntó, mientras la criada terminaba de peinarla.

—Lo último que supe es que seguía postrada en la cama —dijo el otro.

Lucille asintió y despidió a la criada. Salió de sus habitaciones al mismo tiempo que Lady Meredith.

—No pongas esa cara —se rio la abuela.

Pasó su brazo por debajo del de ella y le acompañó hasta la sala de banquetes, donde acabó abandonándole. Suspirando, Lucille se dirigió a su mesa. Justo cuando estaba pensando en relajarse, vio de reojo a Blake Westridefort.

La joven miraba directamente a la pared de enfrente, sin atreverse a girar la cabeza por miedo a encontrarse con su mirada. Sin embargo, sintió que su presencia la acompañaba hasta su asiento y, al sentarse, no pudo evitar que su figura se sentara a su lado. Asustada, no movió ni una pestaña y miró fijamente a la multitud, negándose a establecer contacto visual con él.

—Su Majestad, el Rey —anunció un sirviente.

El jaleo se apagó en unos segundos y el monarca entró en la sala. Como de costumbre, pronunció un largo discurso salpicado de risas y exclamaciones, y luego invitó a los invitados a un banquete.

Demasiado ocupada mirando al frente, Lucille no tocó su plato. Estaba demasiado obsesionada con la persona que estaba a su lado: Blake Westridefort.

A diferencia de ella, no parecía importarle su presencia. Charlando con un noble, parecía cualquier cosa menos haber escapado de un intento de asesinato. No le prestó atención.

Cuando ella empezó a relajar la espalda, él se levantó de la mesa, dejándola en su soledad. Se quedó quieta un momento y luego se permitió echarle una mirada. Tenía una marca cerca de su ojo derecho: la obra del cuervo. Lucille se estremeció cuando notó otro cerca de su sien.

—Buenas noches, señorita Turner.

Lucille se volvió para mirar a su interlocutor. Se encontró con un sonriente Sante Martinelli. Había aprovechado la ausencia de Lady Meredith para ocupar su lugar.

A la bruja se le heló la sangre.

—Aléjese —ordenó moviendo apenas los labios.

Estaba mirando a Blake Westridefort, que estaba ocupado hablando con un diplomático. Solo tuvo que girar la cabeza para ver a Sante en su mesa.

—¿Hay algún problema? —preguntó este último, lleno de picardía.

—Sabe lo que causamos ayer. No se hagas el inocente.

No quitó los ojos de Blake Westridefort.

—Ah. Entiendo entonces que te han corregido —respondió el otro.

—En absoluto —soltó Lucille, mirándole—. Me han hecho entender algunas cosas, eso es

todo.

—No te creo.

—Como quiera. Ahora déjeme en paz —dijo ella y dejó de observarlo.

Cuando giró la cabeza, pudo ver los penetrantes ojos de Blake mirándola desde detrás de una copa de vino. Podía verlos. Lucille se estremeció y se volvió hacia Sante.

—¡Váyase! —gritó ella, empujándolo con ambas manos.

El hombre se sorprendió de tal gesto.

—Como quieras —dijo con voz tranquila.

La miró con decepción y luego se levantó de la silla de Lady Meredith para desaparecer entre la multitud.

Lucille respiró aliviada. Cerró los ojos apaciblemente durante un segundo, y luego los volvió a abrir, posándose en los de Blake, aún presentes. Terminó de dar un sorbo a su bebida, la dejó en la mesa del porche y se marchó para unirse a un grupo de jóvenes nobles.

Lucille se dejó caer sobre el respaldo de su silla en cuanto se sintió fuera de su alcance. Esperaba sinceramente que él no malinterpretara la naturaleza de su intercambio anterior.

—¿No vas a comer? —preguntó de repente Lady Meredith.

Cogió su silla y se sentó.

—No, no tengo hambre —dijo Lucille—. La próxima vez, no me deje sola: tuve que apartar a Sante Martinelli con las dos manos.

—Me hubiera gustado ver eso.

—No tiene límites.

—Gracias.

Le sonrió con franqueza y luego se puso a charlar con el vecino más cercano.

Lucille se entretuvo por un momento con sus historias antes de verse abrumada por el aburrimiento. Miró los vestidos, las sonrisas y los guiños traviosos, y luego observó la orquesta, que estaba tan animada como siempre a pesar de lo avanzado de la hora.

Pasó una hora, luego dos. Cuando por fin consideró que había cumplido con su deber, informó a Lady Meredith de que se marchaba, y luego fue en busca de guardias que la escoltaran. Cuando estaba a punto de salir de la habitación, vio a Valentina Rossi hablando con su hermano. Parecía agitada.

Lucille redujo su marcha y se acercó con discreción, aprovechando a los invitados para ponerse a cubierto. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se escondió detrás de una columna y escuchó: era una lengua de canto que no conocía. Una lengua del sur. Solo unas pocas frases fueron dichas en la lengua común:

—¿No entiendes? ¡Ya no me quiere! —siseó.

—Estás enojada. Volverá —respondió su hermano.

—Lo conozco mejor que tú. Su boda se acerca. ¡Me abandona!

—No hablemos de eso. Ya verás, cambiará de opinión.

Su discusión se interrumpió por sí sola. Lucille se quedó un momento contra la columna y luego se escabulló. Cuando salió de la habitación, se encontraba en un estado: si era lo que pensaba, si Blake Westridefort realmente había llevado a cabo sus peticiones, entonces quizás el consejo de Lady Meredith no había sido en vano.

Se apresuró a entrar en su habitación y llamó a una criada para que la desvistiera. Cuando se acostó, cayó en un sueño insípido y sin sueños: casi había olvidado que la noche anterior no había dormido en toda la noche.

Capítulo 24

Por la mañana, unas manos fuertes abrieron las cortinas de su habitación. Lucille abrió un ojo, luego dos. Inmediatamente reconoció a su criada.

—¿Gemma? ¿Cómo estás? —preguntó apresuradamente.

La criada se dio la vuelta y recogió sus cosas.

—Bien —contestó con un tono monótono.

—Lo siento, Gemma. Lo siento, todo esto es culpa mía. Lo siento mucho.

—No importa. Lo hecho, hecho está —dijo la criada.

Abrió un baúl y sacó un vestido con el escudo de Westridefort en el pecho. Lucille frunció el ceño.

—¿Qué es este vestido?

—Es para el evento de hoy, señorita. El partido de las justas.

—¿La justa? —preguntó Lucille—. Nunca he oído hablar de las justas.

—Fue planeado desde el momento en que llegó. El rey había mencionado los "juegos".

—Ah. Ya veo.

La criada dejó el vestido y fue a buscar los materiales que necesitaba. Cuando regresó, vistió a Lucille con distanciamiento y no le dijo ni una palabra. La bruja no tardó en darse cuenta de que su criada estaba enfadada con ella.

Pensar en ello le hacía doler el corazón. Gemma le recordaba a Lizzie. Al igual que la desafortunada mujer, era su única aliada, y al igual que la desafortunada mujer, se había enfrentado al peligro por su insensatez.

Mientras la doncella ajustaba un último lazo, la bruja la interrumpió para encararla.

—Gemma, si hubiera sabido por un momento lo que Lord Westridefort planeaba hacerte, nunca habría...

—Tiene que irse. Los partidos empiezan pronto —cortó la criada.

Se inclinó y le invitó a salir.

Con el corazón encogido, Lucille la miró por un momento y luego se dirigió a la puerta, decidiendo posponer esta discusión. Al salir a los pasillos, se encontró cara a cara con Katherine y Lady Meredith. Lucille las saludó y las siguió hasta los jardines.

Tardaron unos quince minutos en cruzar el castillo. Al final de una serie de pasillos, cada uno tan largo como el otro, se desviaron para llegar al punto de encuentro: un gigantesco jardín en el que se colocaron varias plataformas.

Lucille miraba con asombro. Desde que llegó, pensó que se había acostumbrado a las multitudes y a los sirvientes. Se equivocó: la llanura estaba llena de gente.

—¿Qué es eso...? —comenzó, pero ya no podía ver a las damas.

Buscándolas, se dio la vuelta varias veces, y entonces se dio cuenta de que las había perdido. Encogiéndose de hombros, salió a aventurarse entre las escenas, decidida a pasar un día agradable.

Se detuvo frente a una representación teatral. Encontrando un asiento, observó la obra con atención, y luego observó con pesar que la representación estaba a punto de terminar. Decepcionada, se levantó y continuó su viaje de curiosidad.

Primero se encontró con un tonto que hacía bromas, luego con un bardo que era

especialmente bueno con el arpa. Mientras escuchaba su poema, oyó golpes y gritos de ánimo.

Intrigada, se dirigió a un corral donde descubrió a dos hombres luchando. Frente a ella, el caballero Gauderic luchaba como un demonio contra un coloso de rostro desagradable. Sorprendida, Lucille se abrió paso a codazos hacia él: la multitud que la rodeaba estaba histérica.

—¿Señorita Turner? —vino una voz desde detrás de su hombro.

Se giró y vio a un hombre de pelo oscuro con los párpados pesados.

—¿Gabin? —se preguntó Lucille.

Debería haber sabido que si el caballero Gauderic estaba cerca, su eterno compañero, alias "Boursemolle" no estaría muy lejos. Se encontró sonriendo cuando él se inclinó hacia ella. Aunque no se había encontrado a menudo con el hombre, siempre le había parecido amable y servicial, especialmente desde que habían intercambiado algunas palabras en los altos balcones de Noir Marrais.

—¿Se ha perdido? Me temo que no es un espectáculo digno de su rango —sugirió.

—No, solo estaba paseando y...

Sonó un golpe, que hizo arder a la multitud con un grito de ánimo.

Al apartarse para ver el espectáculo, Lucille vio que Gauderic estaba en una posición difícil: atrapado con el cuello bajo el brazo de su oponente, luchaba por no rendirse.

Mientras su rostro se enrojecía peligrosamente, asestó fuertes codazos en el vientre de su enemigo, y finalmente se liberó.

—¿Cuál es el principio de este juego? —preguntó Lucille, levantando la voz para que le oyera la multitud.

—Hay que dejar al adversario fuera de combate —respondió Gabin.

—Es bastante sencillo —se rio.

Al mismo tiempo, Gauderic recibió un puñetazo en la cara y fue impulsado contra la barrera. Apoyado en la estructura de madera, sopló como una bestia y se puso en pie tambaleándose.

—Parece que está mal —comentó Lucille.

—El que siembra el viento recoge la tormenta —respondió sabiamente Gabin.

—¿Y qué? ¿El Caballero de la Ejecución es un imbécil? —gritó un hombre desde el otro lado del corral.

El público se rio a carcajadas, lo que no pareció gustarle. Mostrando sus puños, invitó a su oponente a continuar su lucha, más decidido que nunca.

El coloso que tenía enfrente, un gran hombre con barba y calva, se lanzó contra él de cabeza. Gauderic lo esquivó por poco y le dio una majestuosa patada en la espalda. Siguió una pelea despiadada en la que los dos hombres se perdieron en cuerpo y alma en un juego de piernas y puños que Lucille siguió muy mal. Al final, ambos hombres estaban en el suelo.

Justo cuando el árbitro iba a declarar el empate, Gauderic consiguió levantarse, blandiendo los puños en el aire. Al notar esto, el árbitro juzgó la condición de su oponente, y luego anunció al ganador. La multitud estalló inmediatamente en gritos de alegría y emoción.

—Qué euforia —comentó Lucille, admirando el espectáculo.

—Fue una buena pelea —dijo Gabin.

Como para confirmar sus palabras, el árbitro entregó a Gauderic un pin de plata, felicitándole por su actuación. Fiel a su estilo, el caballero sonrió desafiante y besó su premio como un héroe legendario.

—¿Qué es este objeto?

—El broche del ganador —respondió Gabin—. Los ganadores lo regalan a la dama que

elijan.

—¿Como en la justa? —preguntó Lucille.

—Así es. Excepto que en lugar de broches, se ofrecen rosas.

—¿Podría una dama aceptar seriamente un regalo de este hombre?

Por lo que había oído de los criados, era más bien un corredor de burdeles. El caballero, a pesar de ser miembro de la Ejecución, era extremadamente vulgar y tenía un carácter especialmente dominante con las mujeres. Se había dado cuenta rápidamente de ello cuando lo conoció en el despacho de Blake Westridefort. "Tienes unas doncellas preciosas" había dicho, sin saber en ese momento que estaba hablando de la prometida de su señor.

—Gustos y colores, Mademoiselle —dijo Gabin, encogiéndose de hombros.

Se sonrieron y miraron a su campeón: con la cara ensangrentada y el pelo pegajoso por el sudor, Gauderic solo tenía su tamaño titánico y su cuerpo atlético. Sin embargo, Lucille se vio obligada a admitir que este lado salvaje no era desagradable.

—¿Qué le parece ir a ver la competición de tiro con arco? Otro caballero de la Ejecución está compitiendo.

—Con mucho gusto —respondió Lucille, apartando la mirada de los luchadores.

Caminaron un rato entre las atracciones y luego llegaron al lugar deseado. Allí, una multitud silenciosa observaba a los hombres que se preparaban para disparar.

—Es el tercero por la izquierda —susurró Gabin.

Lucille entrecerró los ojos y vio a un joven rubio. Era el más joven de los Caballeros de la Ejecución: recordaba haberlo visto en el despacho de Blake Westridefort, durante su desastrosa escapada.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella, pensando rápidamente para recordar algunas anécdotas sobre él.

—Sandro Martinelli —respondió Gabin.

Este comentario la hizo estremecerse. No solo era un Martinelli, sino que Lady Meredith había expresado en una ocasión sus reservas sobre él: lo había descrito como el hijo más joven de la línea, y sospechaba fuertemente que traficaba con información confidencial para su clan.

—No lleva el escudo de Martinelli —comentó Lucille, mirando su ropa.

—Esto se debe a que lleva el Verdugo. Cuando prestamos el juramento, renunciamos a todos nuestros títulos y a nuestras respectivas familias por el bien de la guardia, excepto el propio ejecutor, por supuesto.

Lucille frunció el ceño.

—Pero... ¿Quién le ha contratado? —preguntó.

Le costaba creer que Blake hubiera podido aceptar seriamente la premisa de Sandro al ver el escándalo que estaba montando sobre Sante Martinelli.

—Depende —respondió Gabin—. Algunos caballeros eran miembros de la Ejecución antes de que llegara su prometido, otros eran...

—¡Silencio! —siseó una voz junto a ellos.

Gabin guardó silencio: frente a ellos, los arqueros inclinaban sus arcos. Con extrema concentración, apuntaron al objetivo a coro, y luego soltaron la cuerda uno tras otro. Las flechas entraron en sus objetivos a una velocidad vertiginosa. Cuando el último vibró en su objetivo, la multitud aplaudió con entusiasmo.

Lucille entornó los ojos para ver el marcador: Sandro Martinelli no era el último, pero ciertamente no era el primero. Constantemente, el joven hizo una mueca de dolor y se pasó una mano por el pelo, revelando un asombroso parecido con Sante Martinelli.

—Ah, ahí estás —exclamó una voz detrás de su hombro.

—Mi señora —dijo Gabin respetuosamente, inclinándose hacia delante.

Katherine le ignoró e invitó a Lucille a unirse a ella.

—Vamos, la justa está a punto de comenzar. No podemos perdernos esta competición —dijo ella, agarrándose a su brazo.

Lucille agradeció a Gabin con la mirada y se dejó llevar por la dama. Cruzaron juntas la multitud, y luego se unieron a la pista de arena de la justa.

Se había erigido un andamio de madera especialmente para la ocasión: los asientos más altos estaban reservados para los sirvientes, mientras que los más cercanos a la vía estaban reservados para los nobles.

Sorprendida, Lucille se detuvo para admirar esta construcción, dejando que Katherine se adelantara. Cuando estaba a punto de ponerse en marcha de nuevo, se encontró con Sante Martinelli.

—Hola, Lucille Turner —hizo una ligera reverencia—. ¿Tienes ganas de hablar conmigo hoy?

Lucille sintió que el pánico se apoderaba de ella: Blake podría salir de la nada y verlos.

—Sabe que no es tan sencillo —dijo, avergonzada—. Déjeme ahora.

Lo rodeó y reanudó su camino.

—Eso es lo que pensé: te corrigió —dijo Sante—. Supongo que no dejaste que te hiciera eso: esta mañana vi que tenía marcas en la cara.

Lucille puso los ojos en blanco, exasperada.

—¿Puede dejar este jueguito, por favor?

—Solo digo la verdad.

—Y le digo que no me han corregido.

—Entonces, ¿por qué esta negativa categórica a hablar conmigo?

—Porque los Westridefort y los Martinelli se odian desde el principio de los tiempos, y no es probable que eso cambie, —se obligó a decir mientras empezaba a caminar de nuevo.

—Puedes cambiar eso —intervino Sante, sujetándola por el brazo.

—No puedo cambiar nada —susurró ella, liberándose de su agarre—. No soy el Mesías.

Rezó para que Blake no apareciera en ese momento.

—Le tienes miedo —comentó Sante.

—En absoluto —se defendió Lucille.

—Así que no tengas miedo de salir conmigo.

La bruja apretó los puños.

—Debe dejarme, Sante. No puedo llevarme bien con usted ni con ningún miembro de su familia. ¡Ahora tiene que dejarme en paz!

Sante la miró con sus ojos verdes y luego volvió a mirar el ring de las justas. Su mirada había sido más hiriente de lo que ella había imaginado.

—Me decepcionas, Lucille Turner. Una vez me dijiste que te hacías tu propia idea de la gente.

—Yo...

—Que tengas un buen día —la cortó.

Se inclinó y luego se fue a reunirse con sus familiares en la pista. Le observó irse con la desagradable sensación de que lo lamentaría. Desorientada por lo que acababa de suceder, buscó su orientación entre la multitud, y entonces reconoció a Katherine y a Lady Meredith sentadas en un banco al borde de la pista.

Se unió a ellas y luego se volvió para mirar la distancia que les separaba de los lugares más altos del andamio. Al hacerlo, reconoció a Valentina Rossi, sentada prudentemente en el fondo. Acompañada por su sabueso negro, estaba pendiente de la llegada de los caballos. Lucille apartó inmediatamente la mirada para ahorrarse este espectáculo. Ya había tenido suficiente con las dificultades del día.

—¿Cuándo llegará el turno de Blake? —le preguntó Katherine a su madre.

—Este será el segundo torneo, después de Tristan Hower y Albaud Guiart.

—¿Lord Westridefort justa? —dijo Lucille.

—Por supuesto —dijo Katherine—. Es una actividad digna para él. Aprendió a justar antes de caminar.

—No exageremos —intervino Lady Meredith.

Katherine estaba a punto de responder cuando aparecieron los primeros justicieros en medio de un atronador aplauso. Orgullosos de llevar sus armaduras, dieron la vuelta al ruedo, presentando sus estandartes, y luego se colocaron frente a frente a ambos lados de la pista. El juez los observó un momento y luego bajó la bandera. Inmediatamente, los caballeros lanzaron sus monturas al galope. La lanza de uno de ellos se estrelló contra la armadura del segundo, haciéndole caer a la arena.

El hombre se levantó, gritó de rabia y se enfrentó a su oponente en una pelea de espadas. El combate duró unos buenos diez minutos, luego el primer hombre fue herido en la pierna y se vio obligado a admitir la derrota. Solo entonces el juez anunció el ganador, y el público lo felicitó con un estruendoso aplauso. Quitándose la armadura, levantó los brazos victoriosamente y se dirigió a dar una rosa a una joven que se puso visiblemente colorada.

—Próximo caballero —exclamó un pregonero—. ¡Blake Westridefort, de la Casa Westridefort, enfrentándose a John Brandon, de la Casa Suffolk!

El público aplaudió a los recién llegados. Atenta, Lucille observó la llegada de los caballos y luego siguió con la mirada a Blake Westridefort. A causa de la armadura, solo lo reconoció por su estandarte: una bandera blanca con dos espadas formando una cruz. Repentinamente seria, le miró fijamente sin inmutarse, esperando la señal para irse.

Hubo un silencio y luego el juez bajó la bandera. Blake lanzó su montura al mismo tiempo que su oponente. Cabalgando a toda velocidad por la licea, bajó su lanza y golpeó a su rival con habilidad, haciéndole caer. Por desgracia, el hombre consiguió levantarse a una velocidad vertiginosa, y Blake se vio sorprendido por el momento en que se bajó del caballo. Agarrando su espada, paró un golpe que podría haber resultado fatal, y luego avanzó mientras luchaba.

Lucille se estaba acostumbrando al juego de espadas, cuando el oponente le golpeó en la mano. Ligeramente herido, el señor le dio una patada en el pecho, y luego hizo caer la parte plana de su espada sobre su visera. Desequilibrado, el hombre cayó de espaldas, aturdido.

Blake no esperó ni un segundo más para aplastar su pie sobre el pecho e inmovilizarlo. Despertado por el dolor, su oponente levantó la mano y luego admitió la derrota, haciendo que el señor del norte saliera victorioso.

El público se puso en pie y aplaudió, encantado con este nuevo combate. Lucille no fue una excepción: se puso de pie y se alegró de haber presenciado semejante espectáculo. Justo cuando iba a decir algo a Lady Meredith, Blake retiró su casco, revelando una mirada azul en su dirección. Colocando el casco bajo el brazo, se quitó unas gotas de sudor de la parte superior de la frente y se acercó peligrosamente a Lucille. Justo cuando ella iba a retroceder, él le tendió una rosa, pillándola desprevenida. Sorprendida, miró la flor y luego a él. La observaba atentamente. Le miró fijamente a los ojos, tratando de entender lo que él intentaba encontrar en los suyos, y

entonces oyó que alguien se aclaraba la garganta.

Al darse cuenta de que la observaban, cogió la rosa y miró hacia otro lado, decidida a no mostrar su vergüenza. Blake aprovechó para hacer una reverencia y marcharse a la zona de los ganadores.

—La próxima vez, intenta ser más receptiva —susurró Lady Meredith.

Lucille no prestó atención. En los bancos de atrás, sintió que una mirada le atravesaba la espalda. Lentamente volvió los ojos hacia su hombro y vio a Valentina Rossi observándola con odio. Al encontrarse con su mirada, se dio cuenta de que no era Sante el primero en su lista de posibles envenenadores, sino ella: la cortesana Rossi.

—Blake se enfrentará al primer ganador —dijo Katherine, sacándola de sus pensamientos—. Espero que este oponente no pierda nada de su dureza.

—Dentro de treinta minutos, lo dudo —respondió Lady Meredith.

Al mismo tiempo, los caballeros del siguiente torneo se acercaron. Al igual que en los combates anteriores, presentaron sus estandartes y se enfrentaron. El torneo fue menos agresivo que los dos anteriores, pero igual de interesante. Luego hubo otra pelea y comenzó el segundo asalto.

—Próximos caballeros: ¡Blake Westridefort, de la casa Westridefort, frente a Marco Ambrosio, de la casa Ambrosio!

El público aplaudió la llegada de los anteriores ganadores. Los dos hombres se colocaron a ambos lados del ring y esperaron la señal. Con ánimo de burla, el juez mantuvo el suspenso y luego bajó la bandera con un gesto brusco. Los caballeros lanzaron inmediatamente sus caballos al galope, provocando un estruendoso aplauso de la multitud.

De repente se oyó un fuerte ruido en la pista. Ante los ojos atónitos de los espectadores, los trozos de madera volaron en todas direcciones y un caballo se desplomó sobre su costado. Katherine no tardó en darse cuenta de que era el caballo de Blake. Lanzó un grito de horror y provocó una serie de exclamaciones de asombro de la multitud.

Los sirvientes se apresuraron a socorrer al señor.

Lucille se levantó y luego abrió mucho los ojos: en la arena, una mancha carmesí se hacía cada vez más grande.

—Jesucristo —susurró Lady Meredith.

Blake no parecía levantarse. Los sirvientes le quitaron el casco con cuidado, y luego dieron paso al personal que intervino en el segundo. Lucille trató de ver si estaba consciente, pero desistió: había demasiados a su alrededor.

Durante un minuto hubo incertidumbre, luego el personal se agitó. Inclinandose sobre él, se dieron varias instrucciones y luego levantaron al herido antes de alejarlo de la pista.

Katherine estaba a punto de apresurarse a unirse a él cuando Lady Meredith la sujetó firmemente por el brazo.

—No te corresponde ir a su cabecera —dijo con dureza.

Katherine la miró distraídamente y luego se volvió hacia Lucille, con los ojos muy abiertos. La bruja miró su cara de miedo y luego tomó aire.

—Me voy —dijo simplemente.

Se dio la vuelta y se marchó, sintiendo que cientos de ojos se deslizaban sobre ella. Al rodear el andamio, se encontró con Gabin.

—Se fueron por ahí —le informó—. Sígame.

Se fue con él a la carrera, sin saber en qué se metía.

Pronto entraron en un ala del castillo y comenzaron a recorrer una serie de estrechos

pasillos. Cuanto más avanzaban, más huellas sangrientas se esparcían por las piedras. Al cabo de un rato, se encontraron con una vista que les ordenó esperar. Sin tomarse la molestia de informarles, se arremangó, entró en una habitación y cerró la puerta de golpe, abandonándolos a su suerte.

Luego Gabin se aclaró la garganta.

—Estaba consciente cuando lo vi —dijo, mirándola.

Lucille no respondió. Con la mirada fija en la puerta, se quedó quieta, preguntándose qué estaría pasando dentro de la habitación. ¿Es posible que se esté muriendo? La pregunta la perturbó. Se había acostumbrado tanto a la idea de que él era "fuerte" que casi había olvidado que era mortal. Blake Westridefort era sólo un hombre.

—Yo no pertenezco aquí —intervino Gabin—. Voy a unirme a los demás.

Lucille asintió y lo dejó ir. Se quedó un momento frente a la entrada de la habitación, y luego se paseó de un lado a otro, sin pensar en nada más que en el escalofriante sonido de la madera de la lanza chocando contra la armadura. Cuando planeaba sentarse en el suelo, oyó un gemido ahogado y luego la caída de instrumentos. Lucille se acercó a la puerta y puso el oído en la superficie. Nada.

Atenta, esperó unos instantes en esta posición y finalmente se dejó deslizar contra la pared más cercana. Allí apoyó la frente contra sus rodillas y esperó. Pasó una hora, luego dos.

Se levantó para ver el sol desde un agujero, cuando la puerta se abrió, revelando unas vistas sangrientas.

—Puede entrar. Está consciente —dijo, limpiándose las manos con un paño sucio.

Lucille caminó silenciosamente a su alrededor y se aventuró cautelosamente en la habitación. Otras dos curanderas estaban ocupadas susurrando entre ellas. Cuando la vieron, se miraron ansiosamente y luego se apresuraron a pasar junto a ella, saludándola.

Lucille las miró con incredulidad y luego volvió la cabeza hacia la figura que yacía ante ella. Blake Westridefort estaba medio sentado en una cama, cubierto con una camisa sucia y manchada de sangre. A un lado, su armadura había quedado suelta en un rincón. Lucille se acercó lentamente a su cama. El lado izquierdo de su cara estaba completamente enrojecido y arañado, revelando aún más claramente sus ojos voraces.

—No esperaba verte aquí —dijo con una voz tan ronca que Lucille pensó por un momento que había perdido las cuerdas vocales.

—Yo tampoco —respondió ella, con un tono más débil que el habitual.

Miró su camisa y vio los bordes de un vendaje a través del cuello abierto.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con una mueca.

—La madera de la lanza me golpeó en el costado. Por suerte no se ha roto.

—Me imagino que no es agradable.

—Más sangre que daño. He visto otros peores.

—¿Como la vez que te crucificó una bruja?

—Como la vez que casi me saca los ojos un cuervo.

Ella giró la cabeza directamente hacia él, sorprendida. La observaba con una intensidad que no presagiaba nada bueno.

—Dame la botella de la izquierda —ordenó.

Sospechando, Lucille estiró la mano y recuperó el objeto, que abrió. De ella salía un olor penetrante.

—No creo que el alcohol sea una buena idea...

—Dame —repitió bruscamente. Lucille apretó los dientes y se lo entregó. El hombre dio

unos sorbos y luego dejó la botella, tosiendo—. No voy a echarte en cara lo que has hecho si no me echas en cara lo que te voy a enseñar —dijo, tratando de colocarse en una posición cómoda.

Lucille lo observó luchar en la cama.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Tira del cuello de mi camisa.

—¿Cómo?

—Sácalo —gruñó.

Lucille lo miró con más que un poco de incertidumbre en sus ojos. Al ver que no estaba bromeando —aunque ese rasgo existiera en él—, la bruja se inclinó sobre su cabeza y comenzó a tirar de la tela con la punta del dedo.

—Busca el hombro izquierdo —ordenó el señor, inclinándose hacia delante para facilitarle la tarea.

Al ver que esa posición no era la más cómoda para él, se apresuró a coger la tela antes de apartarla. Cuando vio el hombro, empujó la botella, rompiéndola contra el suelo.

—¡Forka! —gritó.

—No digas palabrotas —respondió secamente.

Lucille dio un paso atrás y lo miró con horror.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —exclamó, con los ojos desorbitados.

—En algún momento —respondió el otro, tan impasible como siempre.

Se puso una mano sobre la boca y le miró el hombro. De color blanco, estaba cubierto por una mancha marrón que formaba cinco dedos con garras doblados sobre su epidermis. La mano del diablo. Lucille negó con la cabeza, aturdida.

—¿Cómo has podido ocultarme esto? —gritó, apretándose contra la pared más cercana.

—No hacía falta que te lo dijera. Era inútil.

—¿Inútil? —gritó—. Esta marca atrae a la oscuridad como la carroña atrae a los demonios.

—Deja de gritar —ordenó—. Tengo una herida en el costado, no en los tímpanos.

Lucille lo miró, estupefacta. ¿Cómo se atreve a pedirle semejante cosa? Tenía toda la razón para estar enfadada. Aquellos que llevaban la mancha atraían a las criaturas de la Oscuridad al tiempo que esparcían la desgracia sobre sus hogares. No valía la pena ocultar nada de esto, sobre todo cuando planeaba casarse con una bruja.

—¿Me estás ocultando algo más como eso? —gritó, con el corazón palpitante.

—No.

—Perfecto —exclamó—. ¿Te das cuenta de que si me caso contigo, me estás condenando a la desgracia? No estamos hablando de una malformación ni de una enfermedad benigna. ¡Estamos hablando de la mano del diablo!

—Gracias, sé de qué se trata.

Lucille lo miró fijamente y luego se paseó girando la cabeza de izquierda a derecha.

—No puedo casarme contigo —se burló—. Me arrojarás a la oscuridad.

—No tienes elección.

—Siempre hay una opción.

—No cuando un señor tiene el poder de hacerte arder como una antorcha.

Lucille se abstuvo de lanzarse sobre él. Concentrándose para no gritar de furia, caminó de un lado a otro de la habitación, pensando en las consecuencias de tal revelación en su futuro.

¿Jugará la marca un papel en su invitación al Sabbath? ¿Era aconsejable que una bruja que aún no había jurado lealtad a la Oscuridad se atara a un ser marcado?

Se detuvo frente a la cama y se apartó un mechón de pelo de la cara.

—¡Explicámelo. Quiero saberlo todo: el matrimonio, la marca, la frontera de la oscuridad... Todo! —exclamó ella, barriendo sus brazos en el aire.

—No antes de la boda —respondió el otro.

Ella le miró fijamente, más furiosa que nunca.

—¿Qué he hecho para merecer esto, eh? ¿Qué he hecho?

Su respiración era corta. Estaba llegando al final de su capacidad de buena voluntad. Todo este secretismo, ignorancia y maquinación estaba desordenando su mente. Ahora se sentía atrapada en un juego al que no podía hacer avanzar sus peones, en un guion al que no podía añadir sus líneas.

—La boda tendrá lugar dentro de poco. Se te retendrá hasta entonces.

Lo miró fijamente durante mucho tiempo y luego se dio la vuelta. No tuvo piedad. Irritada, huyó a un rincón de la habitación y esperó a que su corazón se calmara.

—La marca del diablo no trae mala suerte. Solo atrae a la Oscuridad hacia el portador —intervino, enderezándose.

—¿Y debería alegrarme por ello?

—Deja de quejarte. No exploté de ira cuando usaste a tu mascota contra mí —espetó.

Utilizó el cabecero para sentarse en el colchón, haciendo una mueca.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó Lucille.

—Ya viste cómo me caí del caballo —dijo impaciente—. Te pediré que dejes de pisotear mi dignidad por más tiempo.

—Me refería a la marca. No a la caída.

Dejó de gesticular y la miró.

—¿No has oído nunca ninguna historia al respecto?— preguntó levantando una ceja.

—Por supuesto que sí —comenzó—, pero la marca solo se pone en los niños de...

Hizo una pausa, negándose a decir la palabra "violación". En cambio, asintió con la cabeza, avergonzada.

—Eso es todo —respondió simplemente.

Se ajustó la camisa de franela con un movimiento del hombro y luego relajó el cuello, como si no hubiera pasado nada. Lucille lo miró con incertidumbre, sin atreverse a creer lo que acababa de escuchar: acababa de decir insidiosamente que era producto de una violación.

Abrió los ojos de par en par, totalmente aturdida.

Este acto repugnante, malo en su origen, transmitió el mal al vientre de la mujer. Como el niño era el hijo involuntario de un ser malvado y resignado, el propio diablo lo sustituyó: poniendo su mano en el hombro izquierdo del infante, afirmó su autoridad, como un padre que reconoce a su hijo. Blake era uno de sus hijos.

«Katherine» reflexionó Lucille. Se llevó una mano a los labios, comprendiendo de repente lo que significaba esta terrible noticia. Si Blake fue el producto de una violación, entonces su madre fue la primera víctima. Pensó en todas las conversaciones que había tenido con la señora y luego lo miró.

—¿Cómo murió tu padre?

—Esta historia es una de las muchas cosas que te contaré después de nuestra boda.

Lucille permaneció en silencio. Por primera vez desde que estaba con los Westridefort, ya no estaba segura de querer saber por qué la habían vendido a ellos. Cuanto más tiempo pasaba, más se daba cuenta de que era arrastrada por mareas que conocía demasiado bien.

—No te odio.

Salió de sus pensamientos y miró a Lord Westridefort. La miraba con la misma intensidad

que cuando había confiado en ella. Lucille dudó en contestarle, sin saber si le había oído bien.

—Tienes una forma curiosa de demostrarlo —dijo finalmente.

Permaneció inmóvil durante los primeros segundos, y luego sonrió. Aunque el gesto la sorprendió, Lucille comprobó que era efímero: el señor apretó los dientes al sentir que el dolor se despertaba. Poniéndose más cómodo, cerró los ojos por un breve momento y luego puso una mano protectora sobre su herida.

—Cuando termine nuestra boda, heredarás mis títulos y tierras —dijo con voz pétrea—. No pretendo retenerte aquí, ni en ningún otro lugar. Serás libre de ir a donde quieras, con o sin mi permiso.

Lucille no le quitó los ojos de encima, completamente absorta en sus palabras.

—Pero... —añadió, consciente de que este discurso sonaba como el inicio de una negociación.

—Pero a cambio, deberás obedecerme hasta que nuestra boda quede sellada —terminó Blake—. De lo contrario, tendré que castigarte, y ya conoces mis métodos.

Lucille pensó en Gemma y se calló. Durante un minuto ninguno de los dos dijo una palabra, pero entonces la bruja rompió el silencio:

—¿Has terminado tu relación con la cortesana?

Levantó una ceja, sorprendido de que ella sacara el tema en ese momento.

—Efectivamente —dijo con una mirada recelosa.

—Bien, lo tomaré como una tregua —respondió ella.

Se ajustó una manga del vestido y se dirigió a la puerta.

—Una cosa más —intervino Blake—, antes de que salgas. ¿Estás segura de que no fuiste invitada al Sabbath?

Lucille se detuvo en seco.

—¿Por qué sigues sopesando esta cuestión?

Le miró a la cara.

—Porque hasta ahora, no atacabas a la gente.

Lucille apretó el pomo de la puerta.

—¿Qué diferencia haría esta invitación?

—Muchas cosas.

La respuesta fue vaga.

—Te juro que no fui invitada. Todavía no.

Abrió la puerta y salió. Cuando estuvo fuera de su vista, se apoyó en la pared y recuperó el aliento. Eso fue mucha emoción para un día. Al darse cuenta de que se estaba debilitando, se levantó y se dirigió al pasillo, dispuesta a ir a sus pisos. Al pasar por un arco, se encontró con Lady Meredith.

—¿Y? —preguntó.

—Está bien. Más sangre que daño —dijo, haciéndose eco de sus propias palabras.

—Eso es bueno. ¿Qué hay de informar a Katherine? Es un desastre.

Esta frase fue suficiente para hacerla pensar en la marca del diablo. Conteniendo un grito, jugueteó con una cinta de su vestido y se volvió hacia la dama.

—Ella quiere a su hijo, ¿verdad?

La abuela enarcó una ceja, sorprendida por semejante pregunta.

—Como una madre quiere a su hijo —respondió.

Lucille asintió, más nerviosa que nunca.

Cuando estaba a punto de ponerse en marcha de nuevo, vio algo que brillaba en el vestido

de la Señora. Entrecerrando los ojos, vio que era un broche de vencedor. Lucille frunció el ceño y se marchó a sus aposentos, cansada de tanta intriga.

(1) Lilesis: significa niña, inmadura, en un sentido ligeramente peyorativo sin que parezca ofensivo.

(2) Yo vía Merci: Te agradezco.

(3) Forka: insulto nórdico, equivalente a «puta»

Capítulo 25

Ella permaneció inmóvil en la bañera. Una criada vino y le puso un paño alrededor del cuerpo, luego Gemma le perfumó el cuello y las muñecas. El olor a rosas se evaporó inmediatamente.

—Cuidado —dijo una criada, ayudándole a salir del baño.

Era mayor que las demás. Sus manos arrugadas y su pelo gris eran la prueba de una vida pasada en la servidumbre.

Lucille nunca la había visto: fue Katherine quien la envió, al igual que la sirvienta que la cubrió con un paño.

—Aquí tienes algo para suavizar tu piel —dijo la criada mayor.

La untó con un extraño aceite de olor dulce. Lucille se mordió la lengua. Luchó durante unos segundos para no imaginar por qué la vieja criada quería que su piel fuera suave, y luego se rindió a sus propias pesadillas.

Le dieron arcadas y se llevó la mano a la boca. La doncella levantó la vista sorprendida.

—Tranquila, respira —dijo ella, acariciando suavemente su espalda.

Lucille dudó en apartarse. No quería compasión, ni siquiera lástima. Solo quería huir y no volver jamás.

Todo había ido demasiado rápido: la semana pasada estaba en los juegos, hoy celebraba su boda. Blake había pedido la bendición a las pocas horas de su caída, como si temiera que una infección le dejara tirado. El rey se lo había dado sin concesiones, más encantado que nunca.

A partir de ese día, Lucille no tuvo tiempo libre, ni siquiera para opinar. Los ajustes fueron un calvario y Lady Meredith le dio una conferencia especial sobre cómo comportarse en la iglesia.

La única vez que pudo dar su opinión fue cuando le pidieron que nombrara a sus testigos. Inicialmente, Katherine había planeado tener primos por matrimonio, pero contra todo pronóstico, Blake había exigido que la bruja eligiera a los suyos, como si fuera un consuelo.

Se necesitaba un hombre y una mujer. Lucille dudó durante mucho tiempo entre Lady Meredith y Lady Gisle, lo que le valió alguna reprimenda de Katherine, que odiaba a esta última. Al final, se decidió por la abuela, considerando que su humor podría salvarla el día de su boda.

En cuanto al hombre, naturalmente eligió a Gabin, el único conocido masculino con el que simpatizaba.

—Levante los brazos —pidió Gemma.

Lucille cumplió y la criada le puso un corsé. Mientras tiraba de los hilos, la solterona la interrumpió con un gesto de la mano.

—No haga demasiado ruido —dijo con suavidad—. Las jóvenes suelen estar nerviosas el día de su boda, así que hay que darles un poco de espacio. Sería una pena que acabara arrastrándose por el pasillo.

Gemma asintió y tiró de las cuerdas con más suavidad, la única buena noticia en este día sombrío. Cuando terminó, la segunda sirvienta la arrastró a una silla y comenzó a peinarla.

Observando sus movimientos con cansancio, Lucille vio cómo se peleaban por unos cuantos alfileres y luego se comunicaban a medias sobre la posición de una tela con respecto a la otra. Cuando terminaron, las sirvientas le pusieron el traje, y luego se pararon frente a ella para

admirar el resultado.

Llevaba un vestido de color crema con adornos dorados, bordado con flores y maravillosos pájaros. En el hueco de su escote colgaba una cruz dorada con pesados pendientes tachonados de piedras rojas.

—Luce preciosa —dijo Gemma con una media sonrisa.

Lucille no tenía expresión. Sentía que si movía siquiera una ceja, se derrumbaría y arruinaría todo el trabajo que habían hecho las sirvientas.

—Es la hora —dijo de repente una voz detrás de la puerta.

Katherine entró y recorrió su figura para ver si todo estaba en su sitio. Satisfecha con el resultado, le invitó a unirse a ella. Lucille la siguió, saboreando cada paso hacia la capilla, cada zancada hacia su lugar de ejecución. Cuando salió, un sol deslumbrante golpeaba Fontanelle la Grande. Miró al cielo, observando a unos cuantos gorriones que daban vueltas cerca de un árbol antes de huir detrás de un palomar más adelante en los jardines.

—Este es Barral Turner, tu padrino —dijo Katherine de repente.

Señaló a un hombre alto vestido para la ocasión.

—¿Mi padrino? —logró articular Lucille.

—Le pagué para que se hiciera pasar por un miembro de tu familia. Conoce perfectamente su guion. Es el que te llevará al altar.

Lucille se quedó mirando al hombre durante un momento, y luego asintió dócilmente. No se sentía con ánimos de discutir, gesticular, y mucho menos de luchar contra lo que resultaría ser la ceremonia más larga de su vida.

—Ahora te dejo —dijo Katherine—. Ya sabes el resto: no entres en la capilla hasta que los criados abran las puertas.

El falso Turner asintió con energía, y Katherine fue a refugiarse en el edificio, cerrando las puertas tras ella.

—Vamos, ahijada mía, no debemos hacer esperar a tu prometido —intervino el famoso Barral Turner.

Le tendió la mano, pero ella no se movió. No quería tocarlo, y mucho menos ser acompañada al patíbulo. El hombre suspiró y la agarró del brazo, guiándola hacia el lugar sagrado a pesar de todo el asco y la reticencia que la joven ponía: entre el matrimonio y el toque del hombre, no sabía qué era peor.

Cuando llegó a las puertas, la bruja sintió que una ola de histeria subía en su interior.

—¡No puedo! —exclamó.

Tiró del brazo con violencia, intentando zafarse del agarre de Barral Turner. Desgraciadamente, el hombre la sujetaba con fuerza: pretendía hacerla entrar en la capilla por elección o por fuerza.

—¡Valor mi hija! —dijo, apretando su agarre.

Estaba a punto de luchar cuando las puertas se abrieron, dejándola de frente a una multitud de personas que no conocía.

Lucille jadeó.

Al darse cuenta de que no iría sola, Barral Turner cerró un poco más su brazo bajo el de ella y comenzó la subida al altar. Lucille le siguió, deteniéndose en todo menos en lo esencial. Cuando su "padrino" finalmente la dejó, se sintió terriblemente sola.

—Arrodíllate —dijo el sacerdote.

Lucille se dejó caer más que arrodillarse. A su lado, una sombra que conocía demasiado bien se echaba a los hombros. Negándose a mirarla por miedo a desmayarse, se puso a mirar con

devoción el crucifijo plantado en el altar, dando la impresión de estar sometida a una rara y virtuosa piedad.

Cuando empezó a sentir que se le formaba un nudo en la boca del estómago, el clérigo les ordenó levantarse, despertándola de su letargo. Lucille trató de levantarse, pero sus piernas empezaron a temblar tanto que no pudo hacer nada.

Negándose a ser sometida a una nueva humillación, la joven se aferró a sus talones cuando una mano la agarró y la ayudó a ponerse en pie.

Al girar la cabeza, la bruja vio cómo sus dedos desaparecían entre los de Blake Westridefort. El agarre del hombre era fuerte, pero su piel estaba fría. A pesar de su confianza, Lucille vio que estaba tan nervioso como ella.

La joven se volvió y le miró. Su tez era pálida, sus ojos tan pálidos como un cielo de invierno y su rostro inexpresivo. Tragó, sintiendo un cosquilleo en los ojos.

Cuando las lágrimas atravesaron las barreras de sus párpados inferiores, los dedos del señor se apretaron un poco más sobre los suyos. Extrañamente, se sintió reconfortada.

—Yo, Blake John Westridefort, te tomo a ti, Lucille Abigail Turner, como mi legítima esposa...

Su voz no temblaba, pero sus dedos se fundían con los de él.

—Prometo protegerte y serte fiel en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Era el turno de Lucille. Volvió a tragar, luchando contra las náuseas que se habían apoderado de ella una vez más, y luego se lanzó.

—Yo, Lucille Abigail Turner... te tomo como mi legítimo esposo, para serte fiel en la salud y en la enfermedad... Solo... Mientras viva...

Hubo aplausos y luego el padrino de Blake, el propio rey, trajo los anillos. Al ver que ella le miraba fijamente, sonrió. Ella intentó hacer lo mismo, pero las comisuras de su boca empezaron a temblar. Sintiendo que las lágrimas estaban a punto de brotar de nuevo, simplemente inclinó la cabeza y recibió su anillo de boda: un simple anillo de oro.

Entonces, cuando le pusieron el anillo, levantó nerviosamente la cabeza, sabiendo perfectamente que había llegado el momento. Sin esperar más, Blake se inclinó y la besó, haciendo realidad su unión.

El beso fue formal, pero sus labios eran cálidos y suaves: Lucille no sintió el disgusto y la distancia que había esperado experimentar. Por el contrario, lo que debería haber parecido extremadamente violento le pareció extrañamente breve, hasta el punto de que cuando sus labios se separaron, descubrió que el ambiente había cambiado.

De vuelta entre los aplausos y las felicitaciones, se separaron lentamente antes de dirigirse una mirada que no era ni de odio ni de alegría. Ahora estaban en el mismo barco.

Blake levantó el brazo y Lucille pasó la mano por debajo de él, cruzando la capilla en dirección contraria. Estaba tan lejos que ni siquiera se dio cuenta de que los jardines del castillo habían sido tomados para la ocasión.

—¡Felicidades, Lady Lucille!

Volvió la mirada hacia su interlocutor.

—Gracias, Gabin.

Blake se había apartado ligeramente para decir unas palabras al rey.

—Son como hermanos —dijo cuando captó su mirada.

—Eso es lo que veo.

Hubo un silencio incómodo, y luego Gabin reanudó:

—Solo quería decir que fue un gran honor ser su padrino, Lady Lucille.

A pesar de la situación y de toda la melancolía que arrastraba, sonrió débilmente.

—No hay honor en ser testigo. Sin embargo, hay honor en ser un caballero. Soy yo quien le da las gracias.

Gabin sonrió y se inclinó muy bajo, como hizo con Blake Westridefort.

—Hablas como una dama —intervino de repente Lady Gisla.

—Me guío por usted —respondió Lucille.

Gabin se inclinó de nuevo y se escabulló.

—No me halagues, querida, o te robaré el protagonismo —dijo con una sonrisa radiante.

Llamó a uno de sus sirvientes que le entregó una pequeña caja. Gisla lo cogió y despidió al criado.

—Nunca lo había visto antes de hoy —dijo, entregándole el objeto—. Fue un momento privilegiado para mi sobrino.

Lucille se inclinó: había estado tan ausente durante la ceremonia que ni siquiera había prestado atención a este detalle.

—¿Qué es? —le preguntó a la señora.

—Un regalo para darte la bienvenida a los Saddlers. Ahora eres mi sobrina por matrimonio, y debo confesar que no estoy descontenta con la elección de mi sobrino.

—No tenía que hacerlo Lady Gisla, es...

—Abre —dijo la señora.

Lo hizo, agarrando con cuidado la tapa de la caja. En su interior encontró un precioso colgante con las letras S y W entrelazadas en un metal plateado muy especial.

—Es hermoso, Lady Gisla. Se lo agradezco.

—Eso es muy normal, mi dulce. Las letras S y W pueden leerse como "Lucille Westridefort" o "Saddler Westridefort". Elijas lo que elijas, serás bienvenida en nuestro feudo.

—Su invitación me llega directamente al corazón —respondió Lucille, poniéndose el collar.

—¿Qué invitación es esa? —dijo de repente una voz.

Girándose al unísono, Lucille y Lady Gisla vieron a Katherine. Como siempre, estaba impresionantemente joven y hermosa, aunque su vestido no era tan provocativo como de costumbre. Atando sus manos bajo las grandes mangas de su vestido, se acercó con paso tranquilo.

—Algunas personas deberían ocuparse de sus propios asuntos —replicó Lady Gisla en nórdico.

Por supuesto, Katherine no lo entendió: no hablaba el idioma. A Gisla le encantaba despreciarla de esta manera.

—Lady Gisla acababa de darme un hermoso regalo de bodas —respondió Lucille, señalando el collar.

—Mira eso —dijo Katherine—. Se le aprecia.

—Y respetado —intervino Lady Gisla—. No se puede decir lo mismo de todo el mundo —añadió en lengua común.

Su tono era gélido. Por un momento, Lucille sintió que el cielo se le venía encima.

Mientras buscaba una forma de aligerar el ambiente, Katherine se acercó lentamente, con una mirada fría. En ese momento parecía su hijo en un mal día.

—Estamos emparentadas, Lady Gisla —dijo, aprovechando su altura para mirarla.

—Dice la rata que quiere entrar en los gatos —respondió la otra.

Katherine la miró fijamente, pero no dijo nada, como si lo que acababa de decir la señora no fuera una verdadera afrenta. Se produjo un gélido silencio, y entonces Blake se unió a ellas. Cuando llegó, Katherine dejó de mirar a su rival y se volvió hacia él.

—Deberíamos ir a comer algo —sugirió con una sonrisa encantadora.

Blake lo ignoró:

—Tía, Lord Saddler te está buscando —informó.

—Gracias, sobrino. Lo encontraré de inmediato —dijo suavemente.

Le sonrió y se marchó, no sin antes lanzar una última y escalofriante mirada a Katherine. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, el señor se volvió hacia su madre.

—Deja de molestar a Lady Gisla —dijo fríamente.

La frase era inocente, pero sonaba como una amenaza.

Blake miró a su madre, luego se volvió hacia Lucille y la invitó a seguirle. La joven dudó, tentada de explicar lo sucedido, pero luego pensó que era más prudente decir unas palabras más tarde.

Agarrada al brazo de él obedientemente, se dejó guiar hacia las mesas de la carpa. Cuando se sentó, unos músicos empezaron a tocar música de fondo.

Lucille escuchó distraídamente, siguiendo la mirada de una Katherine visiblemente ansiosa hacia otra mesa. Ahora estaba convencida: el desacuerdo del Westridefort con Lady Gisla debía tener su origen en el padre de Blake.

«¿Lo habrá matado?» se preguntó la bruja mientras los sirvientes venían a servirle el primer plato. No tuvo tiempo de responder a su propia pregunta. Una gran sombra se situó junto a ella y la llamó.

—Fue una ceremonia preciosa, mi ahijada —dijo Barral Turner.

Lucille lo miró con desconfianza y luego respondió con una sonrisa hipócrita. El hombre se contentó con esto y se volvió hacia Lady Meredith como si no hubiera pasado nada.

Observándolo discretamente, la bruja se preguntó cuánto había pagado Katherine a este comediante. Conociendo su sentido del detalle, no debe haber sido demasiado cuidadosa con su dinero.

—Tu bebida —dijo de repente Blake a su derecha.

Se dio cuenta de que un sirviente le había servido una gran copa de vino.

La joven se levantó, lo cogió y lo chocó con la del señor. Luego, tras comprobar discretamente que no había polvo blanco en su interior, se llevó el objeto a los labios y bebió un sorbo de su bebida al mismo tiempo que su marido.

Una ronda de aplausos acompañó su gesto, y luego los dos recién casados se sentaron, listos para disfrutar de su comida.

Lucille asistió al banquete más largo al que jamás había asistido. A su derecha, Blake hablaba asiduamente con el rey, a su izquierda, su "padrino" charlaba con Lady Meredith. Como resultado, no solo se enfrentaba al día más triste de su vida bajo un calor sofocante, sino que lo hacía sola.

Acostumbrada a esta falta de consideración, le sirvieron varias copas de vino que, si no la consolaron, le hicieron olvidar que el reloj seguía corriendo.

Por la noche, los invitados empezaron a bailar, y pronto los asientos alrededor de ella quedaron libres.

—Estás muy callada —dijo Lady Gisla, sentándose a su lado. Lucille se encogió de hombros, sin saber qué decir. El vino había podido con su palabra—. No te preocupes, todas las novias son así. Yo misma lo fui hace mucho tiempo —dijo la señora. Lucille frunció los labios,

asintiendo con educación—. Quédate con el colgante que te he dado —dijo Gisle—. Te ayudará.

En el mismo momento apareció Lady Meredith. Miró a Gisle de forma poco pulida y luego se volvió hacia Lucille.

—Ya es hora —dijo.

La bruja no se tomó el tiempo de pensar. Levantándose, se dejó escoltar por los guardias sin decir una palabra, sabiendo muy bien que si se ponía a pensar en las secuelas, no tendría fuerzas para ir.

Acompañada por sus sirvientas, abandonó los jardines en medio de una ronda de aplausos y entró en sus aposentos. En religioso silencio, las sirvientas empezaron a quitarle el vestido y luego a abordar sus joyas. Gemma estaba terminando de ponerle el camisón cuando alguien llamó a la puerta.

Lucille se levantó de un salto y se puso la bata.

—Entre —dijo con suspicacia.

Lady Meredith apareció.

—Dejadnos —ordenó.

Las sirvientas hicieron una reverencia y luego se alejaron. Cuando la última había cerrado la puerta, la señora se acercó a Lucille y le dijo que se diera la vuelta. La bruja obedeció, y sintió que la abuela deshacía las flores de su pelo. La gentileza la sorprendió, sobre todo viniendo de la occidental. Al mirar el cristal de enfrente, vio su reflejo y la encontró joven y hermosa, como siempre.

—Sé por lo que estás pasando en este momento —dijo la señora, colocando una margarita en el tocador.

—Lo dudo —respondió Lucille.

Lady Meredith ignoró su respuesta.

—También estuve casada con un hombre que no me gustaba. Como mi madre. Y su madre antes de ella. La vida es un ciclo. Y son los hombres los que deciden cómo funciona. —Quitó la última margarita y empezó a desenredar su pelo—. ¿Recuerdas el pasaje de la Biblia que te hice leer?

—Cómo podría olvidarlo —se burló Lucille, recordando el fatídico día en que tuvo que arrodillarse en la grava.

—No permito que la mujer enseñe, ni que tome autoridad sobre el hombre, sino que debe permanecer en silencio —recitó la señora—. Porque Adán fue formado primero, Eva después; y...

—No fue Adán quien fue seducido, sino la mujer que, siendo seducida, fue culpable de la transgresión —continuó Lucille—. Sin embargo, se salvará al convertirse en madre, si persevera con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad —concluyó.

Vio a la señora sonriendo en el reflejo del cristal.

—¿Sabes por qué te hice aprender este pasaje?

Lucille no contestó, ignorando la respuesta.

—Estamos en un mundo de hombres. No importa lo que emprendamos, no importa lo que hagamos, nuestras acciones se ven obstaculizadas. Cuando no está en manos de nuestro marido, está en manos de nuestra iglesia. —Le ató el pelo en una larga trenza—. Si dudas de ti misma, piensa en este pasaje. Entonces recuerda que fue escrito por un hombre al que no le gustaban las mujeres.

Se hizo el silencio.

—¿Por qué me lo dice ahora? —preguntó Lucille.

—Si no te hubieras casado con Blake, tu padre te habría casado con otra persona. Así es el mundo: los hombres deciden por las mujeres. —La señora terminó su trenza y la giró para mirarla—. Acepta la idea de que tu matrimonio era inevitable, y descubrirás que esta noche será menos dolorosa de lo que esperabas.

Lucille apretó los dientes y tragó con fuerza.

Por primera vez, Lady Meredith la decepcionó. Había pensado que era una fuerza de la naturaleza, un árbol que podía soportar las ráfagas de una tormenta, pero no lo era. La abuela de Westridefort era igual que las demás: una mujer que le pedía que se inclinara y se tranquilizara.

—Me está enviando al patíbulo —dijo Lucille, más seria que nunca.

—Lo siento —dijo la otra.

La bruja no se inmutó. En su mente, era obvio que no pasaría nada esta noche.

Nunca permitiría que la utilizaran. Siempre sería la marginada que la protegía de los demás, y de los hombres. El estatus de Ejecutor no cambiaría eso.

Decidida, rodeó a la señora y salió, ajustándose el abrigo de la casa. Fuera, las sirvientas la esperaban.

Cogió una vela y cruzó el pasillo sin decir nada, dejándose guiar por los guardias. Sus pasos resonaron entre las piedras, y luego los soldados se detuvieron ante una puerta. Lucille entró, dejando que la puerta se cerrara tras ella.

Encontró hermosos aposentos con vistas a un jardín enmarcado por murallas. La sala principal estaba iluminada por velas colocadas donde había espacio. Él todavía no había llegado.

La bruja miró con frialdad este espectáculo, y luego comenzó a moverse. Caminando rígidamente por la habitación, empezó a apagar las velas una tras otra, y luego se giró, buscando algo que la ayudara. Al no encontrar nada que la satisficiera, finalmente cogió un candelabro y lo golpeó contra la pared con todas sus fuerzas.

Al ver que el objeto se mantenía en pie, lo guardó en la mano y comenzó a buscar un lugar donde esconderse.

Se estaba haciendo a la idea cuando oyó pasos en el pasillo. Presa del pánico, se apresuró a coger una silla y se subió a un armario. Si la tocaba, ella lo mataría, con o sin la ayuda de los cuervos.

Capítulo 26

Blake entró en ese momento. Abriendo la puerta con confianza, se detuvo en seco al ver la oscuridad. Iluminado por su propio candelabro, barrió la habitación con un movimiento del brazo, y luego avanzó con cautela, volviendo a encender las velas que Lucille se había esforzado en apagar.

Cuando se dio la vuelta para cruzar la habitación, oyó el sonido de su respiración y la vio. Hubo un silencio, luego el señor levantó su candelabro en su dirección.

—¿Puedo preguntar qué haces ahí arriba?

Lucille tragó. En realidad, ni ella misma lo sabía. Solo quería estar a salvo de sus garras.

—Tócame y te mataré —dijo bruscamente.

Blake permaneció inmóvil durante unos segundos y luego se acercó con paso lento. Lucille se agachó inmediatamente en el espacio que dejaba el armario, levantando su candelabro.

—Ya lo sabías. —Apretó los dientes—. Estaba muy claro. Ahora bájate, que te vas a hacer daño —replicó.

—Retrocede.

—No seas ridícula... —espetó.

—¡Atrás! —exclamó, azotando el aire con su candelabro.

Finalmente dio unos pasos hacia atrás.

Lucille asintió y miró la distancia que la separaba del suelo. Utilizando los brazos como apoyo, consiguió poner los pies en la silla que había utilizado para trepar, y luego saltó al suelo como un gato.

Blake dejó de observarla y se fue a un rincón de la habitación, dejándola a su suerte. Inmediatamente se refugió en el lateral del armario, más recelosa que nunca. Al estar atenta a la llegada del señor, se sobresaltó cuando vio su brazo asomado: le entregaba una copa de vino.

—Toma —dijo, medio oculto por la estructura de madera.

Lucille dudó y finalmente tomó el objeto, pero no sin cierto recelo.

Impertérrito, el hombre cruzó la habitación y abrió las pesadas puertas del jardín. Inmediatamente, los sonidos de los animales nocturnos llenaron los aposentos, haciendo la situación mucho menos austera. Satisfecho con el resultado, volvió sobre sus pasos.

—Debes tener muchas preguntas —dijo mientras se dirigía al banquete.

Cogió una preciosa jarra de metal y se sirvió una copa. Lucille lo miró fijamente, sin saber si debía acoger esa situación. Llevaba tanto tiempo esperando este momento que ahora lo dudaba. ¿Realmente quería saberlo? «Sí» pensó, dándose cuenta finalmente de que nunca había estado tan segura de sus intenciones.

—¿Por qué un ejecutor de la oscuridad se casa con una bruja? —preguntó con una voz más tranquila de lo que esperaba.

—Esta es una pregunta muy amplia.

Se sentó en una mesa redonda en el centro de la sala y desplegó las piernas. Lucille se dio cuenta de que iba vestido con unos sencillos pantalones y una camisa clara. Tal vez había tenido razón al amenazarlo con un candelabro después de todo.

—Prometiste contestar —comentó sombríamente.

—Siéntate —dijo, señalando una silla.

Lucille se acercó y se sentó obedientemente.

—Esta es una larga historia —anunció.

—No tengo prisa.

Su corazón latía con fuerza contra su pecho. Ella estaba lista para escuchar. Blake asintió y se llevó la copa de vino a los labios.

—Para entenderlo, hay que ir a los orígenes, al principio del ciclo: antes de nacer.

Lucille asintió.

—Te habrás dado cuenta de que Katherine y Lady Meredith no hablan nórdico —dijo mirándola—. Apenas pueden recitar nuestro lema.

De hecho, Lucille recordó cuando Lady Meredith le había informado de esta máxima. Era el primer día de su llegada a la corte, justo antes del banquete: "Ad mī sacrificium mō sagjèst" le había dicho ella con acento cortante.

Lucille no había dicho nada, pero esta revelación la había sorprendido. En cuanto a Katherine, Lady Gisla se complacía diariamente en recordarle esta desventaja. La bruja no tardó en darse cuenta de que ella tampoco sabía decir dos palabras en la lengua del norte.

—No son de aquí —dijo Blake—. Han vivido lejos de nuestras tierras, en un lugar donde los hombres rara vez ponen el pie. Las tierras de los Pueblos de la Luz.

Lucille entornó los ojos.

Las Tierras de la Luz estaban al otro lado del brazo del gran Ciwyn, en el otro extremo del mar. Los pueblos no se mezclaban debido a sus diferencias fundamentales: por un lado estaban los Hombres, que no toleraban la magia, y por otro los pueblos de la Luz, que la idolatraban. Era precisamente en las tierras de esta última donde se podían encontrar duendes, enanos, elfos, centauros o cualquier otra criatura de magia blanca; las de magia negra, como las brujas, eran quemadas vivas si no nacían en otro lugar que no fuera las tierras de la Oscuridad.

—Pero... ¿Cómo lo hicieron? —preguntó Lucille, frunciendo el ceño—. La gente de la luz no soporta a los hombres. Los matan cuando se acercan demasiado.

—No son humanos, Lilesis. Por eso.

Lucille miró fijamente al señor.

—¿Qué quieres decir con que "no son humanos"?

—Esta es su tierra. Nacieron allí.

—Eso es imposible —respondió Lucille, inflexible.

Blake dio otro sorbo a su taza.

—Lo sabes en tu corazón —dijo, mirándola—. Su belleza, su juventud... ¿No te has dado cuenta? Katherine parece diez años mayor que yo, y Lady Meredith parece ser hermana.

Lucille lo miró fijamente y luego pensó en todas las conversaciones que había tenido con las dos mujeres. Es cierto que su juventud le había llamado la atención desde el primer momento en que las conoció, pero todo esto era una coincidencia inaudita. Una terrible coincidencia. En cuanto a su belleza, fue un golpe de suerte. No todo el mundo ha nacido con los mismos atributos.

Y sin embargo...

—Son unas nellies —intervino Blake.

—¿Qué es eso? —preguntó Lucille con el ceño fruncido.

—Los nellisses son criaturas raras que viven en las llanuras, no muy lejos del mar. No tienen habilidades especiales, salvo una vida más larga de lo normal y unas alas similares a las de las libélulas.

Lucille se quedó mirando, sin palabras. Era imposible. Blake se reía de ella.

—Espera... —intervino ella—. Estás jugando conmigo... Katherine y Lady Meredith no tienen alas.

—Este es el comienzo de mi historia —respondió el señor.

Lucille no podía creerlo. Todo el tiempo había pensado que ella era la única que podía ser llevada a la hoguera, mientras que Katherine y Lady Meredith se enfrentaban al mismo castigo, los hombres no toleran la magia en su reino.

Miró a Blake con incertidumbre. ¿Era posible? Se acomodó más cómodamente en su silla y apoyó los codos en la mesa.

—Lady Meredith se llamaba originalmente Meliv. El nombre de Katherine era Dalentha. Ambas nacieron en el País de la Luz, en un pequeño pueblo costero del norte del continente. Meredith estaba casada y tenía cinco hijos, entre ellos Katherine, la más joven, que a su vez tenía dos hijos pequeños.

—¿Cómo? Pero... —comenzó Lucille.

La ignoró y continuó:

—Los Nellisses son seres reservados, que rara vez se mezclan con otras criaturas de la luz. Viven de sus propios recursos y forman pequeñas comunidades muy unidas. Allí fue donde Meredith crió a su hija. Un remanso de paz y tranquilidad.

Se detuvo, observando los jardines oscurecidos. Lucille siguió su mirada, pero no encontró nada de interés. Al darse cuenta de que estaba pensando, se preguntó si la historia era más compleja de lo que parecía. Finalmente, el señor volvió en sí y reanudó:

—El resto no lo conozco. Katherine nunca me dijo nada al respecto, pero Lady Meredith siempre se tomó el tiempo de explicármelo.

—¿Es serio? —preguntó Lucille, preocupada por la veracidad de la historia

—No. Lo que voy a contarte será suficiente. —Se enderezó y fue al grano—. En los días de verano, el horizonte era perfectamente visible. Los niños jugaban en las playas, y los adultos se afanaban en acomodarse. Mientras Katherine ayudaba a una de sus hermanas a sacar agua de un pozo, uno de sus hijos se acercó corriendo: decía ver criaturas en el cielo. Pensando que debían ser unos pájaros fabulosos, no les prestó atención y ordenó a su hijo que la dejara trabajar.

»El chico se fue y volvió una hora después, más preocupado que nunca. Estaba seguro de que no parecían criaturas de las Tierras de la Luz. Presintiendo que su hijo no la dejaría en paz, Katherine le ordenó que se quedara en el pueblo y bajó a la playa para ver por sí misma de qué se trataba. Cuando llegó allí, descubrió lo impensable: dos griffins volaban directamente hacia ellos.

—¿Griffins? —preguntó Lucille—. Son criaturas de la oscuridad, no tienen nada que hacer en el territorio de la luz...

—Exactamente, Lilesis. Eran dos y se dirigían al pueblo. Katherine extendió sus alas para volar y avisar a los demás, pero ya estaban demasiado cerca: pasaron volando junto a ella en un aleteo, haciéndola caer contra las desolladas orillas de la playa. Cuando se despertó, su ala derecha estaba rota.

»Tomando su valor en ambas manos, se apresuró a terminar la distancia restante a pie, y finalmente descubrió el sombrío espectáculo: la aldea estaba en ruinas, destripada por los griffins. La sangre pintó las paredes, los caminos y los árboles. Reinaba un olor a muerte.

»Frente a ella, los dos griffins estaban allí, durmiendo profundamente para seguir su festín. No sabía cuál de sus hermanos había muerto, pero tenía la esperanza de que su marido y sus dos hijos siguieran vivos. Así que empezó a hacer lo que cualquier madre haría: buscarlos. Caminando sigilosamente por una casa, se encontró cara a cara con cuatro brujas que estaban ocupadas haciendo algunos conjuros oscuros con la sangre de sus víctimas.

»Cuando las mujeres de la sombra la vieron, se lanzaron sobre ella. Katherine les rogó que la dejaran vivir, mencionando a sus hijos y a su marido. Las brujas se divertieron y se ofrecieron a visitarla. Katherine aceptó, agotada de tanto luchar. Cuando llegó al lugar que le indicaron, encontró a dos de sus hermanos degollados y a su madre malherida. Pero eso no fue lo peor.

—¿Qué podría ser peor que eso?

Un escalofrío la recorrió.

—Sus hijos, Lilesis.

Lucille se esforzó por tragar.

Ahora temía el resto de la historia, pero Blake continuó:

—Estaban colgados de una viga, desangrados, como el resto de los niños de la tribu. Cuando vio a sus hijos, pero también a sus sobrinos, gritó tan fuerte que Lady Meredith volvió en sí. Las brujas acogieron este golpe maestro y se apoderaron de las dos mujeres, amputándoles las alas, supuestamente por sus virtudes mágicas.

»Finalmente, cuando sintieron que se habían saciado de sangre y vísceras, despertaron a los griffins para montarlos en otras tierras. Solo Katherine y Lady Meredith seguían vivas. Al ver esto, la más vieja de las brujas se acercó a ellas y les anunció: "Oscuros son sus cuernos, nocturna es su alma. Vuelve al campo porque su poder está ardiendo. Ve nellisse, guarda tus lágrimas, pues así proclama tu mensaje".

Un extraño silencio llenó inmediatamente la sala. A su alrededor, las llamas de los candelabros parpadeaban y luego volvían a su lugar original, como si no hubiera pasado nada.

Lucille se puso rígida y luego miró al señor, sin poder decir nada. No solo estaba descubriendo que Katherine y Lady Meredith no eran humanas, sino que también habían sido víctimas de un crimen atroz.

Jadeando para despejar la cabeza, finalmente interrogó al señor:

—¿Qué tiene que ver esto con mi situación? —preguntó en voz extrañamente baja.

De repente se sintió egoísta por pensar en sí misma en lugar de compadecerse de Katherine y Lady Meredith. Eso sí, sin tener en cuenta la inagotable indiferencia de su marido: Blake estaba impasible, como si lo que acababa de decir no fuera de una atrocidad notable.

—Tiene todo que ver con tu situación, Lilesis. Con nuestra situación —dijo.

Lucille se sentía como si estuviera bajando una escalera empinada en la oscuridad: sospechaba que los escalones estaban bajo sus pies, pero podía resbalar en cualquier momento.

—Te ahorraré los detalles de su viaje —continuó—, pero debes dudar de que se hayan salido con la suya. Cuando fueron a explicar su situación a los líderes más cercanos, las despidieron con un gesto de la mano, alegando que nadie había venido a quejarse de una oleada de brujas montadas en griffins. En resumen, les llamaron mentirosas.

—¿Nadie tuvo la sabiduría de escuchar su historia?

—Ni un solo individuo —respondió Blake—. Los nellenses tienen fama de no intervenir nunca en los conflictos, aunque eso signifique quedar como egoístas. Katherine y Lady Meredith fueron castigadas por la ingratitud de toda su especie. Pero esa es la cuestión, Lilesis. Los gobernantes de las Tierras de la Luz han provocado lo que hemos venido a buscar.

—¿En qué sentido?

—Subestimaron el dolor de una madre.

Se sentó de nuevo en su silla y dio un respingo. Lucille había olvidado que se había lesionado unas semanas antes.

—Katherine no dejará que este crimen se quedara impune —continuó—. Quería un castigo que estuviera a la altura de sus expectativas. Algo que les doliera. La locura no ayudó, así que se

le ocurrió la loca idea de ir al Reino de los Hombres para cruzar la frontera con la Oscuridad y luchar ella misma contra la especie que había masacrado a su familia.

—Esto es una locura...

—Siempre ha sido impulsiva —se burló Blake, sin ninguna compasión—. Afortunadamente para ella, Lady Meredith veía las cosas de otra manera. No había que castigar a las brujas, sino a quien las había enviado ahí. ¿Recuerdas lo que dijo el mayor de ellos?

—No exactamente —admitió Lucille.

—Oscuros son sus cuernos, nocturna es su alma. Vuelve al campo porque su poder está en llamas —repitió—. Va a volver. Eso es lo que escuchó Lady Meredith.

Una sensación gélida invadió a Lucille, como si una brisa fresca hubiera entrado en la habitación. Miró al señor, buscando un rastro de decepción en sus ojos. No había ninguno. Al ver esto, la piel de gallina cubrió su piel con manchas de luz.

—¿Quién es "él"? —preguntó.

Ella sabía la respuesta, pero necesitaba escucharla de él.

Blake se quedó quieto durante unos segundos y luego lo soltó:

—El Maligno.

Las llamas de las velas volvieron a parpadear. Lucille miró con urgencia su candelabro, observando si se expandía. Cuando vio que no era así, miró a Blake Westridefort.

—¿Qué tengo yo que ver con esta historia?

—Todo a su tiempo.

—Dime —le espetó.

Blake Westridefort señaló su copa. Miró el objeto y tomó un sorbo. Cuando ella bajó el vaso, él asintió y continuó:

—El peligro, Lilesis, no son las brujas, sino su amo. Durante siglos ha estado esperando para hacer su regreso. Y ahora el tiempo ha pasado. La frontera se está desmoronando, y las criaturas de la oscuridad nunca han sido tan numerosas al otro lado. Todo esto es una señal, ¿ves? Una señal de que ha recuperado su fuerza y quiere volver a levantarse.

—Pero, ¿qué ha cambiado en todos estos años? —preguntó Lucille, con el corazón palpitante.

La mandíbula de Blake se tensó.

—No lo sé. He buscado textos antiguos desde que empecé mi trabajo, pero la mayoría de los libros son tendenciosos: la Iglesia quema sistemáticamente a cualquiera que contradiga a Dios.

—¿Me estás diciendo que no tenemos forma de afrontarlo?

—Me temo que sí. Y la literatura no nos ayuda.

—Señor... —juró Lucille, llevándose una mano a la frente.

Permaneció un momento en silencio y luego se apresuró a dar unos sorbos de vino. El calor del alcohol le calentó inmediatamente la garganta, y luego la sangre. Blake la observó en silencio y luego continuó:

—Cuando Katherine y Lady Meredith se dieron cuenta de que la bruja les había dicho que el Maligno se acercaba, decidieron avisar a los líderes. Por supuesto, los gobernantes no les hicieron caso, pues consideraron esta predicción como una forma tonta de hacer que sus quejas tuvieran más peso en la mente de la gente.

»Loca de rabia y dolor, Katherine comenzó a buscar frenéticamente sus propias respuestas. Y a fuerza de remover cielo y tierra, buscando en cada página de un manuscrito y en cada rincón de las leyendas de la Luz, finalmente los encontró. Si quería matar a la oscuridad, necesitaba un

arma. Pero no cualquier arma, Lilesis. Tenía que ser afilada, notablemente bien equipada y lo suficientemente fuerte. Necesitaba un guerrero. Alguien que pudiera matar a las criaturas de la Oscuridad, que pudiera tener un ejército a su lado, y que apenas fuese letal.

»Pero, ¿quién habría sido capaz de asumir este papel? ¿Los centauros? No pueden soportar dejar su tierra. ¿Los enanos? Al cavar en sus túneles en busca del tesoro, se han entregado a la venalidad. ¿Los elfos? Están tan ocupados cuidando sus fronteras que han olvidado que el Maligno existe.

»Era obvio para ella que si quería un guerrero, tendría que hacerlo ella misma. Tuvo que sacarlo de su vientre, Lilesis. Que fuese su hijo.

Capítulo 27

Lucille se quedó quieta. El camino hacia las respuestas a sus preguntas empezaba a tomar forma lentamente. Como espectadora de la historia, la siguió en sus contornos más sinuosos, más atenta que nunca.

—La idea de un hijo era prometedora, continuó Blake. Sin embargo, al igual que una espada, su metal debía ser el más fino, y su pomo el más cómodo: su guerrero no podía ir a la guerra solo, sin dinero y sin entrenamiento.

»Entonces sus ojos se volvieron naturalmente hacia el reino humano. ¿Qué otra especie podía conocer mejor los problemas de una frontera en descomposición que la que luchaba diariamente por mantenerla en pie?

»Explicó sus planes a su madre y finalmente la convenció, y las dos cruzaron el brazo del gran Ciwyn. Allí, para no levantar sospechas, se hicieron pasar por cristianas y cambiaron sus nombres de Meliv y Dalentha a Meredith y Katherine.

—¿Cómo se encontraron con tu padre? El territorio es enorme, y ellas eran unas desconocidas —comentó Lucille.

Blake colocó el candelabro entre ellos para tener una mejor visión. Su rostro se volvió anaranjado, dando a sus pálidos ojos un sorprendente brillo rojizo.

—Culpo a Katherine de muchas cosas, Lilesis, pero desde luego no de su capacidad de organización. Nada más poner el pie en el reino de los hombres, supo quién sería su presa. Recuerda que te dije que su guerrero debe estar entrenado y armado. Y esas cosas no son baratas.

»Tenía que seducir, y no a cualquiera. Como era de esperar, eligió a un señor joven, soltero y con muchas tierras: mi padre, John Westridefort.

Lucille levantó una ceja.

—Tienes la mano del diablo. Así que Katherine debe haber sido forzada... Forzada de alguna manera. ¿Por qué si no estarías afligido por esta maldición?

Hasta que se demuestre lo contrario, los niños marcados con el sello del Maligno eran el resultado de una violación.

—No he terminado mi historia, Lilesis —intervino el señor.

Lucille asintió.

—Así que Katherine puso sus ojos en John Westridefort. Encontrarlo no fue difícil, ya que su castillo era uno de los más conocidos del norte del reino. Rápidamente, en sus cacerías se cruzaba con él todos los días, ofreciéndole un trago. Utilizando todos sus encantos nellisianos, intentó repetidamente atraparlo en sus redes, en vano. A pesar de todos sus esfuerzos, solo consiguió seducir a los miembros de su guardia. ¿Sabes por qué?

Lucille asintió.

—Las Nellisses no pueden encantar a los hombres o a las mujeres que están enamoradas. Cuando su objetivo está enamorado de otra persona, su belleza y su juventud se vuelven ineficaces.

»John Westridefort estaba enamorado y a punto de comprometerse con una doncella del norte. Comprendiendo que el tiempo se agotaba, Katherine utilizó la magia. Recogió sus lágrimas para hacer un filtro de amor, las vertió en una calabaza de agua fresca y esperó a que el señor volviera de la caza. Cuando llegó, agotado y sin aliento, le ofreció su agua. Ignorando la

trampa, el señor se lo bebió de un trago.

»El efecto fue inmediato, Lilexis: John Westridefort se enamoró con el primer sorbo. Al día siguiente pidió la mano de Katherine en matrimonio, y al día siguiente me concibió.

—Pero... ¿La mano del diablo entonces? —preguntó Lucille.

Blake golpeó la mesa con los dedos.

—Para que un niño sea marcado, debe ser concebido en un acto de coacción, sin la decisión de alguno de los padres —anunció.

—Ese no es el caso aquí —señaló Lucille—. Katherine no fue forzada.

—Pero no es de su consentimiento de lo que estoy hablando.

Un velo de ironía pasó por sus ojos.

—El filtro del amor es solo una ilusión, Lilexis. En ningún momento los sentimientos de la persona son reales. ¿No lo entiendes? Obtuve la marca del diablo de la manera correcta: mi cuerpo fue concebido en un acto forzado, sin que ninguno de mis padres lo decidiera. No fue Katherine quien fue coaccionada, sino John Westridefort.

Hubo un silencio y luego Lucille lo miró.

—Vamos —ordenó ella.

Sentía que esto era solo el principio.

Blake no se molestó por su descortesía y continuó su relato:

—En el momento de mi concepción, Katherine no sabía lo que había provocado su error. Pero sí sabía que la ilusión estaba destinada a morir.

—¿Morir? —repitió Lucille, desconcertada.

Blake asintió.

—Una vez ingerido, el filtro solo funciona durante siete días. Después de ese tiempo, el efecto desaparece tan rápidamente como apareció, haciendo que la víctima sea inmune. Por eso Katherine solo utilizó sus lágrimas como último recurso.

—John Westridefort descubrió el engaño... —adivinó Lucille.

El señor la miró astutamente:

—En realidad, la desaparición del filtro da lugar a varias situaciones: o bien la víctima se encuentra bien, o bien entra en un estado de locura —esta última es la situación más frecuente— o bien se funde en una dudosa desesperación. John Westridefort fue víctima de la tercera: desesperado por no sentir lo mismo que cuando estaba encantado, perdió la cabeza y se suicidó tres días después.

Lucille se quedó mirando a Blake, horrorizada. Acababa de hablarle del suicidio de su padre como si estuviera hablando de la lluvia y el sol. No había tristeza en su rostro ni decepción en sus ojos. Fue casi como si el evento fuera solo anecdótico.

—Lo siento —dijo Lucille, avergonzada por la noticia.

Si el asesinato era un pecado, el suicidio era una verdadera calamidad.

—No se puede cambiar lo que está hecho —respondió con aplomo—. Ahora tienes toda la información que necesitas para entender por qué Lady Gisla no soporta a Katherine y a su madre.

Lucille abrió mucho los ojos.

—Ella... ¿Lo sabe? —se atragantó.

—No exactamente —respondió el señor—. Todo lo que sabe es que su hermano se tiró por la ventana una buena mañana de julio, y que Katherine seguramente tuvo algo que ver.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Como te dije, John Westridefort estaba a punto de proponerle matrimonio a una chica del norte. Esta última era amiga de Gisla. Mi tía sabía lo que su hermano sentía por ella. Así que

puedes imaginar su sorpresa cuando se enteró de la noche a la mañana de que se había casado con una plebeya y había acabado con su vida sin dar explicaciones.

—¿Cree que Katherine lo mató?

—Es una certeza. En cualquier caso, es la verdad.

Ahora Lucille entendía mejor por qué la señora sacaba las garras cada vez que veía a su cuñada merodeando. Sin duda, algunos pensamientos oscuros pasaban por su mente.

—¿Alguna vez Lady Gisla intentó algo contra Katherine?

—Más de una vez —respondió Blake—. Y no fue la única: te recuerdo que tengo tres tías, todas casadas con señores del norte, y todas muy enfadadas con la nellsisse. Sin embargo, no les convenía atacar el feudo para plantar la cabeza de Katherine en una pica.

—¿Por qué no?

—Fui concebido. Aunque la idea de perforar el vientre de Katherine le picaba, matar a un niño habría sido un pecado capital. Además, Gisla me veía como el legado de su hermano, así que no quería que acabara atravesado por una espada.

—¿Te ha salvado la vida?

—En parte: las otras dos hermanas no estaban de acuerdo con ella —dijo con su habitual distanciamiento—. La otra razón de esta misericordia era que existía un gran riesgo de que el sur aprovechara esta discordia para atacar al norte. En aquella época, las relaciones con la corona no estaban en su mejor momento. Ella nunca los habría defendido.

—Ya veo —dijo Lucille—. Con el debido respeto, creo que la segunda opción era más atractiva para tus tías que la primera.

—Yo también lo creo —respondió el otro con sorna.

Vio que su sonrisa se ampliaba tras la luz de las velas. Era la primera vez que lo veía reírse de una de sus palabras. Por extraño que parezca, la bruja no pudo evitar dejar entrever también el esbozo de una sonrisa: ya no se sentía sola al ser rechazada.

—Es hora de que te explique por qué estás aquí —intervino Blake de repente, cortando su momento de confusión.

Lucille sintió que su corazón se aceleraba. Se quedó en silencio y asintió con energía, como una niña al acecho. Blake terminó su copa de vino.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre el guerrero de Katherine? Tenía que estar entrenado, equipado, pero sobre todo, no ser fácil de matar. Cuando eligió a Lord Westridefort, sabía que cumplía los dos primeros criterios, pero desde luego no el tercero.

»Aunque me entrenaran como una máquina de guerra, las criaturas de la Oscuridad, con el Maligno como objetivo final, me destrozaban con toda seguridad. Así que necesitaba algo que me hiciera único. Algo que me haría más fuerte que un mortal. Algo que me convertiría en una criatura poderosa, al borde de la Luz.

—¿Qué era esa cosa?— preguntó Lucille.

—Tú, Lilesis.

Ella frunció el ceño, sin entender la conexión entre su situación y la de ella. Sin embargo, el señor asintió, confiado:

—Te equivocas al no llevarte bien con Katherine, porque le debes la vida. Ella es tu madre más de lo que tu madre nunca fue.

—¿Y podría saber cómo? —preguntó Lucille.

Sintió que estaba cerca de la meta: la verdad estaba cerca.

—En las leyendas de la Luz y la Sombra —comenzó Blake—, hay un ritual para hacer más fuerte a un hombre. Katherine encontró este ritual en uno de los manuscritos de la gente de la

Luz, de la época en la que todavía estaba en esas tierras.

»Tan pronto como fue Dama de Westridefort, se puso a llevarla a cabo. Buscando a una familia en particular, envió mensajes a los cuatro rincones del feudo e informó de que los primeros cónyuges que consiguieran tener seis hijas debían presentarse inmediatamente en el castillo.

»Tres años más tarde, un hombre se acercó a ella y le dijo que su mujer tenía seis hijas. Aprovechando la oportunidad, Katherine le ofreció un trato: si su esposa le daba otra hija, ella le ayudaría con sus finanzas y proveería de alimentos a su familia, incluso en tiempos de necesidad.

Lucille se puso rígida. Era la séptima hija de una familia de agricultores de los confines del feudo de Westland. Blake no necesitó hacerle un dibujo: la niña que Katherine tanto deseaba era ella.

—¿Por qué...? —preguntó la bruja, insegura.

Blake continuó:

—El hombre volvió un año después con buenas noticias: su mujer acababa de dar a luz a su séptima hija. Katherine fue a la casa y comprobó que decía la verdad. Había siete niños, todos con el mismo aspecto. La última, en los brazos de su madre.

»Al ver esto, la señora expuso los términos de su plan. Si la pareja quería el dinero y la comida que ella prometía, tendrían que dejar de lado a su última hija: "Cuando la pequeña crezca —les informó—, "trátenla como a una marginada". Que duerma en el establo cuando los demás duermen en la granja. Aliméntala solo con sobras, asegúrate de que viva de forma salvaje. Golpéala si es necesario, pero nunca hasta el punto de incapacitarla. Por otra parte, enséñale a leer y a escribir, y esfuérzate en su educación; porque cuando se convierta en mujer, mis hombres vendrán a por ella."

Lucille permaneció estoica, completamente aturdida por lo que estaba escuchando.

Poco a poco, comprendió que los orígenes de su nacimiento, su vida aislada y su falta de consideración cobraban sentido. Todos estos elementos se unen para describir su pasado.

Se acordó de su granja, de sus hermanas que la rehuían como a la peste, de su madre que apenas la alimentaba y de su padre que la golpeaba cada vez que tenía la desgracia de cruzarse con él. Todo estaba conectado.

Miró a Blake:

—No es posible —respiró, sin atreverse a creerlo.

Blake enarcó una ceja, sorprendido por su comentario.

—Y sin embargo, todo esto sucedió.

—¿Qué sentido tenía? —preguntó Lucille.

El señor la miró a través de las velas, más atento que nunca.

—Para crear una bruja. Pero no cualquier bruja, Lilesis: una bruja capaz de casarse con su hijo.

—No lo entiendo —soltó, sintiendo que su paciencia se esfumaba.

—Para crear una bruja, hay que encontrar una séptima niña y aislarla hasta tal punto que el propio Oscuro decida investigar su caso. Cuando la niña se consume con pensamientos oscuros, el Maligno la convierte en una de sus discípulas insuflando en ella una parte de su aliento: la magia negra.

Se hizo un silencio y luego Lucille explotó:

—¿Estaba hecha a medida? ¿Como un objeto? —dijo ella.

—Me temo que sí —respondió Blake.

Esta respuesta la impactó. Toda su vida había imaginado que había sido un accidente, un

cataclismo no deseado, una oscura noticia sin interés. Ahora descubría que no era más que un objeto, una cosa sin importancia cuyo nacimiento había sido premeditado para servir a la Oscuridad. Su existencia había sido orquestada, y su alma pisoteada por proyectos en los que no tenía nada que decir.

—Pero... ¿Qué sentido tiene casarse con una bruja? —exclamó, casi derribando el candelabro.

Blake le dijo que se calmara con una sola mirada. A diferencia de lo habitual, su mirada no era ni seca ni severa, sino increíblemente tranquila y sosegada. Parecía tener la situación bajo control, como si pudiera decidir si estar enfadado o eufórico.

—Te hablé de un ritual —dijo en tono tranquilo—. Esto es de suma importancia, Lilesis.

Se levantó y se sirvió otra copa de vino.

—¿Qué es? —preguntó Lucille.

Agitó su copa y lo soltó:

—El ritual será lo que cure todas las heridas, incluso las más graves.

Lucille permaneció en silencio, con la mente acelerada. Comprendió lo que estaba en juego ahora: este ritual no era más que una prenda de inmortalidad contra los ataques seguros de la Oscuridad. Blake sería invencible, y Katherine tendría su guerrero.

—Casarse con una bruja era parte del ritual, ¿no?

Ahora que tenía toda la información en la mano, empezaba a comprender las razones de su presencia al lado del señor de Westride.

—Te lo repito, Lilesis: no es una bruja cualquiera —respondió el señor—. Para luchar contra la Oscuridad, a veces hay que utilizar la magia oscura. Pero el ritual es un proceso de Luz. Por lo tanto, las brujas que ya han jurado lealtad al Maligno no pueden participar. Solo aquellos que aún no han sido completamente corrompidos por la Oscuridad pueden servir como ingrediente. Esto significa...

—Brujas que aún no han estado en el Sabbath —continuó Lucille.

Blake asintió.

—No son fáciles de encontrar —anunció—. Para Katherine era más fácil crearte y tenerte a mano que embarcarse en una búsqueda infructuosa y arriesgada. Te formó para ser una bruja y una mujer. Mi mujer.

—Debo mi existencia a un ritual —dijo Lucille.

Se levantó y apretó los dientes. Todas estas revelaciones superaban sus expectativas. En menos de una hora, se había enterado de que la Oscuridad crecía a pasos agigantados, que la Luz estaba a punto de flaquear y que ella era el ingrediente final de un ritual del que nadie le había hablado.

Se mordió la lengua, sintiendo que el miedo y la tristeza la invadían. Miedo porque se dio cuenta de que los días antes de que la frontera cediera estaban contados, tristeza porque era algo extraño darse cuenta de que su vida era solo una meta, un criterio a cumplir. Se sintió humillada, herida y extrañamente inexistente.

—Teniendo en cuenta lo que me has hecho pasar, espero que este ritual funcione ahora —dijo con voz temblorosa por la emoción.

Blake apretó los dientes. Sus ojos se cerraron.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿No me digas que has hecho todo esto para nada?

No respondió.

—No funciona, ¿verdad? ¿Por qué no me sorprende? Qué idea de confiar en un viejo manuscrito...

Blake salió de su silencio y un destello de ira cruzó sus ojos:

—Ya te he dicho que culpo a Katherine de muchas cosas, pero desde luego no de su capacidad de organización. Nunca habría pasado tantos años trabajando en su plan para que se desmoronara en el último momento. El ritual debe funcionar.

—¿Qué está pasando? ¿No estamos casados?

—Por supuesto que sí —dijo—. Intercambiamos votos esta misma tarde.

—No estamos casados —repitió en el mismo tono.

Blake se incorporó a su altura para mirarla:

—Un matrimonio solo se sella cuando se consuma —dijo.

La bruja sintió que un violento escalofrío le recorría el cuello hasta la boca de sus entrañas. Su corazón comenzó a latir frenéticamente en su pecho, haciendo que las vibraciones de su pulso resonaran violentamente en cada parte de su cuerpo.

Dio unos pasos atrás, alejándose del señor.

—No vas a hacer eso —consiguió decir, con el corazón en vilo.

—Espero que no, Lilesis. Pero tenemos poco tiempo.

Ella jadeó.

—¿Poco tiempo? —dijo ella, cada vez más asustada.

—El matrimonio debe consumarse en un plazo de cinco días. Después de este tiempo, el ritual se rompe.

Lucille sacudió la cabeza lentamente de un lado a otro y luego agarró el candelabro más cercano.

—No —jadeó, con los ojos muy abiertos—. No puedes hacerme esto. A mí no. Siempre he hecho lo que me has pedido. Seguí adelante con la boda. He...

Se quedó sin palabras. Las emociones la ahogaban y su corazón estaba a punto de explotar. Era como si su vida se acabara: el pánico la estrangulaba sin piedad, y estaba aplastada bajo el peso de los recuerdos, el miedo, la vergüenza, y todas las cosas que le recordaban todo el mal...

—Después tendrás tu libertad —dijo Blake—. Te lo prometí.

—¡No! —gritó, con la cara contorsionada por el miedo—. ¡No puedo!

—Esto es...

—¡Nunca! —gritó a todo pulmón—. ¡Ni en un millón de años!

Giró el candelabro en su dirección y se dio la vuelta para salir a los jardines, completamente aterrada. Corriendo a toda velocidad, atravesó la puerta que daba a la terraza y se precipitó a ciegas en la oscuridad, con el corazón a punto de estallar.

Por la noche, los perros del vecindario empezaron de repente a ladrar furiosamente, sacudiendo el castillo con una particular disonancia. La fauna se asustó con ella.

Apresurándose, buscó una vía de escape, y entonces recordó que el jardín estaba enmarcado por un gran muro. Al darse cuenta de que estaba atrapada, dejó escapar un sollozo y comenzó a deslizarse las manos contra las paredes, buscando un asidero para escalar la prisión de piedra.

Justo cuando consiguió levantarse, una sombra tiró de su ropa, impulsándola al suelo. Una mano amortiguó inmediatamente sus gritos, colocando sus dedos frente a su boca. Al sentir que la trampa se acercaba, Lucille luchó, pateando y gesticulando. Los fuertes brazos del hombre se cerraron inmediatamente en torno a ella, inmovilizándola contra su pecho.

—Silencio —susurró.

Su aliento le acarició la oreja con dureza, haciéndola sollozar de nuevo.

Sin esperar al resto, el señor dio marcha atrás, arrastrándola hacia sus aposentos como un animal. Menos de un minuto después, la bruja estaba de vuelta en el punto de partida, asfixiada

por los miembros de su atacante.

—¿Quieres calmarte? —tronó por encima de ella.

El ímpetu con el que se defendía empezaba a molestarle. Perdiendo la paciencia, le pellizcó la nariz y tiró más fuerte de su pecho entre sus brazos. Con la espalda todavía apretada contra su pecho, Lucille sintió que el aire le faltaba.

Levantando los brazos, trató de alcanzar su cara, pero solo se posó en parte de su hombro y en el comienzo de su barbilla. Pronto su visión se volvió borrosa, y un hormigueo se apoderó de todos sus miembros. Sintiendo que le fallaban las fuerzas, la bruja se desplomó sobre sí misma y luego dejó que sus temblorosas piernas cedieran bajo su propio peso.

Pasaron largos segundos sin que ella viera nada, y entonces, al sentir que las manos del señor se alejaban de su cara, respiró profundamente. Estaba completamente aturdida.

—Ayuda... —susurró, parpadeando, sin saber a qué atenerse.

—Calla —susurró suavemente la sombra sobre ella.

Por mucho que intentara controlarse, su barbilla temblaba y las lágrimas brotaban. Completamente agotada, pronto se vio afectada por una serie de espasmos que le impidieron permanecer estable durante más de cinco segundos consecutivos.

—Tranquila, Lilesis —volvió a susurrar el hombre.

Su voz era tranquilizadora. Ella no era de las que hacen daño. Sin embargo, la bruja veía el peligro en todas partes, aunque su visión seguía siendo borrosa y su mente estaba perturbada.

Mientras otra serie de temblores la recorría, sintió que una mano se posaba suavemente sobre su frente, envolviendo su cabeza en un halo protector. El señor murmuró unas palabras en nórdico y luego la acunó con un suave sermón mientras le acariciaba el pelo. Su voz era tranquila, sus gestos medidos.

Lucille se permitió llorar unas cuantas lágrimas y luego cerró los ojos. Estaba en un estado entre la locura y la inconsciencia. Se retorció varias veces para escapar de algunos recuerdos desagradables, sofocó varios sollozos y finalmente escuchó las palabras que él le susurraba, deteniéndose más en el sonido de su voz que en el significado real de sus frases.

Extrañamente, encontró consuelo en ello, como si las simples vibraciones de sus cuerdas vocales fueran suficientes para eliminar el peso aplastante que comprimía su pecho. Sus sollozos se hicieron menos frecuentes, y finalmente desaparecieron por completo. Al recuperar la respiración normal, escuchó el latido tranquilizador de su corazón, y luego se dejó caer en un coma de lo más asfixiante, sin sueños ni pesadillas.

Ad mī sacrificium mò sagjèst: lema de los Westrideforts. "Con mi sacrificio me levanto".*

Capítulo 28

Lucille abrió lentamente los ojos. Un rayo de sol le daba en la cara. Hizo una mueca de dolor y se puso una mano en el pecho. Sentía el pecho apretado, como si un tornillo de banco la hubiera apretado durante la noche. Estaba en una habitación, tumbada sobre las sábanas de una gran cama con dosel.

Preguntándose qué estaba haciendo allí, frunció el ceño y luego tuvo un recuerdo. Mirando apresuradamente su atuendo, vio que seguía vestida con su camisón, así como con su salida de cama. La bruja respiró aliviada.

—*Mò bjerck slish* —dijo con voz ronca.

Se levantó apresuradamente de la cama, con el corazón palpitante. Aunque podía ver que no le habían hecho ningún daño íntimo, sentía una ansiedad enloquecedora que sumía su mente en una histeria notable. Corriendo hacia la puerta del dormitorio, se ajustó el salto de cama y abrió la puerta con cuidado. Para su sorpresa, el lugar estaba vacío. Sin esperar ni un segundo más, la bruja se acercó sigilosamente a la salida, agarró la manilla y la giró con fuerza. El mecanismo se resistió. Sintiendo que se le formaba un nudo en el estómago, agarró el objeto con más fuerza entre sus manos y lo intentó de nuevo. Fue inútil: la puerta permaneció cerrada.

—No, no —se asustó. Lo forzó de nuevo—. *Forka* —juró, dándose cuenta de que no podía hacer nada.

Sin molestarse en callar más, se lanzó sobre las preciosas cómodas y armarios de madera, antes de arrancarlos de sus estantes, sin importarle hacer un desastre. Solo quería salir de este lugar.

—¿Es esto lo que busca?

La bruja dio un salto colosal. Al girarse, miró ansiosamente alrededor de los aposentos, y luego lo vio. Apoyado en lo alto de una escalera de madera, Lord Westridefort hizo colgar la llave en uno de sus dedos. Su rostro estaba medio oculto por la sombra de la pared que tenía detrás, lo que le daba un aspecto amenazador.

—Dámela —chilló.

No le temblaba la voz, pero seguía aterrada. El día anterior, el hombre la había controlado tan bien que se había desmayado. Si él decidiera lanzarse sobre ella para llevar a cabo sus planes, ella no podría resistirse. Para salir de esta situación, tendría que utilizar la magia, algo que sabía utilizar muy poco.

—¿Por qué quieres dejarme tan pronto, Lilesis?

—Déjame ir —exclamó la joven.

—Responde a mi pregunta.

—¡Me estrangulaste!

—Desde luego que no —respondió con suficiencia—. Si la historia hubiera ido por ahí, te puedo garantizar que no estarías hablando ahora.

Lucille se mostró contrariada por su atrevimiento. Aunque la palabra "estrangulamiento" no era propicia para el evento, la situación no era propicia para jugar con las palabras. Es cierto que aún estaba viva, pero el hombre la había maltratado.

—Me has hecho daño —dijo.

—Al principio, no quería hacerte daño —respondió—. Tú eres la que se ha dejado llevar

como una furia.

—¡No te atrevas a culparme!

La ansiedad se apoderó de ella. ¿No podía simplemente lanzarle las llaves?

—Despertaste a todos los perros de la capital —se burló con una mirada fría—. Por no hablar de los murciélagos y los pájaros que revoloteaban sospechosamente por los jardines.

Lucille recordaba el aullido de los perros, pero no el de los pájaros.

—Estás mintiendo —le espetó.

—¿Qué interés tendría en ocultar la verdad? —respondió el otro en un tono tan condescendiente que ella se sintió estúpida—. Te sometí porque estabas perdiendo la cabeza.

Bajó los escalones.

—¡No te acerques más!

Agarró el primer objeto que encontró.

—Tienes un serio problema con los candelabros —dijo.

—Las llaves —amenazó.

—¿Para ir a dónde? Estás en tu ropa de noche, y me he encargado de despedir a tus criadas por el día —dijo con voz hastiada.

El señor no estaba nada impresionado. Peor aún, parecía estar disfrutando de la situación, lo que hizo que Lucille se molestara aún más. Aunque las circunstancias la empujaron a ser irracional, tuvo que admitir, en un breve momento de lucidez, que él tenía razón. Vestida así, no llegaría muy lejos.

—No te lo diré —dijo.

—Bueno —respondió con resignación—. En ese caso, si quieres las llaves, tendrás que venir a buscarlas.

Lucille sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—Vete al infierno —exclamó enfadada.

—Como quieras.

Colocó la llave en uno de sus bolsillos y subió corriendo las escaleras. Lucille lo vio alejarse escaleras arriba, y luego se sobresaltó cuando escuchó un portazo. Se quedó quieta durante unos segundos, asegurándose de que no había ningún ruido, y luego entró en el salón, con los ojos fijos en los escalones.

¿Iba a quedarse ahí arriba todo el día?

—Más le vale —refunfuñó.

Se dirigió a uno de los aparadores y empezó a buscar un objeto afilado. Al dar la vuelta a los cajones, finalmente dio con un clavo que retiró de una parte mal dispuesta del mueble. Encantada con su hallazgo, se apresuró a acercarse a la cerradura e intentó abrir la puerta. Desgraciadamente, la manivela se negaba a bajar, hasta el punto de que, tras dos horas de intentos infructuosos, se vio obligada a admitir la derrota.

Sin perder el ánimo, se volvió de la puerta a los jardines. ¿Quizás había una salida que no había visto el día anterior? La bruja se dio cuenta y comenzó a recorrer el lugar, buscando cada rincón interesante de la muralla. Al cabo de una hora, acabó caminando por las paredes, dejando que su mano se deslizara por su superficie rugosa.

—¿Buscas un pasaje secreto?

Jadeó y miró hacia los aposentos. Blake Westridefort la observaba, apoyado en una de las pesadas puertas que daban al pequeño salón. Apretó los dientes y siguió su camino, decidida a ignorarlo. Por primera vez, le dio asco.

Mirando hacia arriba, observó la altura de la muralla, y luego continuó a lo largo de ella,

esperando locamente encontrar una puerta secreta. Su valor solo disminuyó al atardecer, cuando los primeros rayos del sol desaparecieron. Agotada, abandonó la búsqueda y volvió a su habitación. Subió y bajó, y luego se desplomó contra la cama, con las rodillas en el suelo. Cuando levantó la vista, la joven se dio cuenta de que había caído la noche.

«Ha pasado un día» pensó.

La cuenta atrás estaba en marcha. Blake Westridefort había dicho cinco días, y si ella confiaba en su determinación, era solo cuestión de tiempo que la tomara de buena o mala gana.

Ante este pensamiento, sintió un vértigo que la hizo correr hacia su orinal. La joven apenas tuvo tiempo de inclinar la cabeza hacia delante antes de vomitar lo poco que había ingerido el día anterior. Recuperando el aliento, se limpió la boca con uno de sus pañuelos y luego sació su sed con una jarra de agua. Cuando la bruja terminó de beber, toda su alma se deslizó contra la pared opuesta y lloró a mares.

Mientras intentaba detener sus sollozos, alguien llamó a la puerta. No tuvo tiempo de detener el golpe cuando se abrió, revelando parte del perfil de Blake Westridefort.

Pasó la cabeza, iluminada por un candelabro. La joven, demasiado ocupada pensando en los sombríos acontecimientos que le esperaban, se había abandonado a la oscuridad, orientándose solo por las luces de las estrellas.

—He venido a decirte que los criados han venido a traer la cena —le informó.

—No me importa —logró responder, aprovechando este momento para enderezarse.

Se le hizo un nudo en la garganta.

Hubo un silencio y luego Blake abrió más la puerta. Al instante, Lucille se acobardó en la esquina de una pared, como un animal nocturno que busca protección de la luz.

El señor dio unos pasos hacia el interior de la habitación y luego extendió el brazo para iluminar a la joven. Cuando la vio, una extraña expresión se formó en su rostro: una mezcla de amarga curiosidad y total incompreensión.

Lucille pensó de inmediato que ella debía estar en un estado muy pobre para que incluso él se permitiera semejante indiscreción. Se apretó más en su rincón, se limpió los ojos con el dorso de la manga y esperó a que se fuera. No lo hizo.

—¿Qué es lo que no me dices?

Su voz resonó en el vasto espacio de la sala.

—Dejadme en paz —consiguió decir.

Obviamente, no obedeció. Acercándose, la iluminó con la luz de los candelabros, haciéndola sentir un poco más incómoda.

—Nunca te he visto así.

—Solo puedes culparte a ti mismo —se atragantó la bruja.

Le lanzó una mirada asesina.

—Sé lo que estoy haciendo mal —respondió.

No había tanta frialdad en sus ojos como de costumbre. Desgraciadamente, Lucille no pudo aguantar mucho tiempo: el torrente de lágrimas, haciéndole agachar la cabeza lastimosamente.

—¿Hay alguna cicatriz que no pueda ver?

Al instante apretó los dientes. Heridas invisibles, tenía muchas. Todas ellas se amontonaban en un rincón de su cabeza, entre el recuerdo y los sentimientos. Sin embargo, hubo una que se negó rotundamente a ser apilado con los demás. Este fue el peor de todos. Surgía por la noche, cuando oía pasos en los pasillos, o durante el día, cuando un hombre la miraba con demasiada insistencia. Hiciera lo que hiciera, esa cicatriz nunca cedía.

Peor aún, aprovechaba sus momentos de debilidad para resurgir, como en este momento en

que la bruja luchaba por no sumergirse en los meandros de sus recuerdos. Sin embargo, a pesar de toda su buena voluntad, las imágenes volvieron por sí solas, manteniéndola presa en sus propias pesadillas.

—Todo el mal... —chilló con un sollozo.

—¿Te han hecho daño? —preguntó Blake al instante.

Lucille frunció los labios, sin saber qué decir. Se había vuelto incapaz de hablar.

Sin embargo, el señor tomó este silencio como un sí.

—¿Aquí? —preguntó.

Ella asintió.

—¿En casa?

Ella asintió, más temblorosa que nunca.

—¿Qué tipo de maldad? —preguntó finalmente.

Lucille se deslizó hasta el suelo, dominada por un ataque de lágrimas. Era como si sus nervios se estuvieran rompiendo después de meses de contención. Un nudo amargo se introdujo en su pecho y no pudo hacer nada para evitarlo.

—¿Fue un accidente? ¿Un malentendido? ¿Algo que ver con tu situación?

Lucille denigró cada una de sus propuestas.

—¿Un hombre?

No necesitó responder para hacerle entender que tenía razón: sus sollozos se intensificaron hasta tal punto que pensó que se ahogaría en sus propias lágrimas.

Hubo un silencio, y luego el señor se agachó ante ella.

—Cuéntame —pidió, dejando el candelabro en el suelo.

Lucille asintió rotundamente que no.

—Ahora estoy de tu lado.

No le importaba.

—Puedo ayudarte —sugirió.

—Oh no, no puedes ayudarme —se atragantó inmediatamente la bruja.

—Déjame intentarlo.

Blake había utilizado el mismo tono que el día anterior, cuando le había susurrado que se calmara.

Inmediatamente enterró la cara en su regazo, ocultando sus ojos enrojecidos por el llanto.

La joven no sabía qué debía hacer. Por un lado, se sentía avergonzada, por otro, una voz la animaba a hablar. Era como si la estuvieran rompiendo sin piedad.

—Una carga siempre es más ligera cuando la llevan dos personas —añadió.

Tragó con tanta dificultad que pensó que nunca lo lograría. Agachando la cabeza lastimosamente, la bruja comenzó a morderse las uñas nerviosamente.

—Sucedió poco antes de que me enviaran a ti —empezó a decir con voz ronca.

Él cerró los ojos bruscamente, como si quisiera evitar ser testigo de algo demasiado doloroso.

—Era de noche y... Y yo estaba en el establo. Y entonces entró y...

Hizo una pausa, incapaz de hablar.

—¿Y? —le animó Blake con suavidad.

—Y empezó a besarme... ¡Pero no era mi intención! ¡Juro que no era mi intención! —Se inclinó hacia adelante y hacia atrás, abrazando sus rodillas—. Era más fuerte que yo... Me aplastó contra el suelo con todo su peso y... ¡No pude quitármelo! ¡Era demasiado pesado...! Yo seguía gritando y pateando, pero él seguía... ¡Queriendo arrancarme la ropa! ¡No pude...! —

Ahora que estaba en racha, sus frases fluían a una velocidad vertiginosa, como si temiera perder la voz para siempre—. Grité con todas mis fuerzas... Grité tan fuerte que todos los animales testigos empezaron a patallar. Fue... Fue como si todos compartieran mi angustia... Sin embargo, pensé... Realmente pensé que iba a lograrlo... Pero, pero...

Hizo una pausa en su frase.

—¿Pero? —preguntó Blake.

—Pero finalmente se asustó... No podía hacer lo que iba a hacer y... Y me dejó allí, medio...

No podía pronunciar la palabra "desnuda" pero Blake no necesitaba un dibujo. Él sabía exactamente a qué se refería.

La joven se quedó quieta un momento y luego se miró las manos temblorosas antes de apoyar la frente en las rodillas. Lloró durante mucho tiempo y luego sintió una mano reconfortante sobre su cabeza. Cuando la dejó, sintió como si una sábana helada cayera sobre sus hombros.

—¿Quién es "él"? —preguntó Blake.

Lucille se mordió la lengua.

—¿Un vagabundo? —sugirió.

Asintió ligeramente con la cabeza.

—¿Un aldeano?

Una vez más, ella respondió negativamente.

—¿Un burgués? ¿Un noble?

Todavía no.

—Dímelo a mí.

Dudó durante mucho tiempo y luego, sintiendo que su corazón iba a explotar, susurró:

—Mi padre.

Cuando Blake escuchó la respuesta, se puso tan rígido que Lucille pensó que se levantaría y se iría. Hubo un pesado silencio, como si el propio mundo hubiera dejado de girar, y entonces el señor decidió abrir la boca:

—¿Ha ocurrido esto varias veces?

La bruja asintió.

Asintió con la cabeza y luego guardó silencio. Inmediatamente se mordió el labio con nerviosismo, esperando su sentencia. Al ver que no llegaba, la joven sollozó a su pesar. La despreció.

—Deja de llorar, Lilesis —anunció de repente—. Mientras estés conmigo, esto no volverá a ocurrir. Lo juro por lo que más quiero.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, y luego asintió con fervor. Por primera vez, ya no se sentía en peligro. La bruja sabía que decía la verdad.

Mò bjerk slish*: Tengo que salir de aquí

Capítulo 29

Gemma tiró de los cordones de su corsé. Lucille sintió que se le cortaba la respiración, pero no dijo nada. Permaneció inmóvil mientras la criada la preparaba, sin pronunciar palabra. Era como si se hubiera convertido en un fantasma: un ser frío, inexpresivo e incoloro.

La doncella le puso el vestido, le peinó el largo pelo rubio y le abrochó el collar que le había regalado Lady Gisla.

—¿Se encuentra bien, miladi? —preguntó finalmente, una vez que hubo terminado su trabajo.

—No podría ser mejor —respondió Lucille.

Su voz había resultado demasiado fría y aguda para ser cierta. Gemma no insistió y salió de la habitación por una puerta lateral, dejando a la joven a su suerte.

Lucille se dejó caer inmediatamente en la cama. La criada podía ser discreta, pero no se hacía ilusiones: debía saber que la noche había sido larga y dolorosa. Era la primera vez que veía a su señora desde la boda —el señor había despedido al personal al día siguiente del evento— y era obvio que tenía que establecer la conexión entre su silencio y su boda.

Sin duda, imaginó que Lucille se había dejado abrazar por su marido, como le indicaba su deber. También imaginó que las dos noches de bodas debieron ser un tormento, dada la expresión de su rostro hinchado. O tal vez pensó que, como su ama estaba en una habitación separada, el intercambio carnal entre las dos interesados debió ser siniestro.

Lucille cerró los ojos, sabiendo que no era así. En realidad, se había librado de lo que más temía: el intercambio de su púlpito. Queda por ver si Lord Westridefort cumplirá su promesa.

"Mientras estés conmigo, esto no volverá a suceder. Te juro por lo que más aprecio."

Lucille confiaba en él, pero una vocecita en su interior le susurraba que más le valía esperar que sus promesas fueran más tenaces que las suyas. Porque recuerda que dos veces le había preguntado si había sido invitada al Sabbath, y dos veces le había asegurado que no. Si descubriera el engaño, tal vez se plantearía las cosas de otra manera, aunque significara volver a su promesa final.

Se estremeció, a pesar de toda su buena voluntad, no podía cerrar los ojos ante esa posibilidad. Sin embargo, una parte de ella quería creerlo: a pesar de todo lo que estaba en juego en su relación, la bruja esperaba que el hombre fuera honesto, y que no le tocara ni un pelo.

Pero, ¿cómo explicar este sacrificio? ¿Cómo podía admitir que estaba dispuesto a renunciar al poder absoluto solo porque ella, un pequeño trozo de mujer sin mucha fuerza física, le había dicho "no"?

¿Se dio cuenta el señor de que iba a pisotear el plan de Katherine?

A Lucille le resultaba difícil de creer. Aunque lo del día anterior fue un logro, no entendió esta capitulación de última hora. No es que estuviera descontenta por ello, sino todo lo contrario, pero la joven conocía a Blake Westridefort y sabía que cuando él quería algo, lo conseguía. Era sistemático.

«A no ser que no lo conozcas tan bien» pensó.

Es cierto. ¿Qué sabía ella de él al final? No mucho, salvo por las problemáticas circunstancias de su nacimiento, su educación entre los monjes, seguida de la de su maestro Ejecutor de entonces. No sabía lo que le gustaba, lo que le hacía reír, porque ya le había visto

divertirse varias veces, ni lo que no le gustaba. Pensando en ello, la bruja tuvo la impresión de ver un ser extraño y paradójico.

Por un lado, era sanguinario, como la vez que amenazó a Gemma con su espada; por otro, incongruentemente amable, cuando le puso la mano en la cabeza mientras lloraba. Su carácter podía cambiar de un tranquilo arroyo a un rápido salpicado de piedras y remolinos.

«Como sus ojos» pensó. Lucille podría haberlos encontrado hermosos si no la miraran de forma tan despectiva todos los días.

Abrió los ojos y miró al techo. Su estómago pedía comida a gritos. Hambrienta, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuando su mano se posó en el mango, se le hizo un nudo en el estómago. Dejó caer el objeto y retrocedió unos pasos. No quería encontrarse con él.

Lucille nunca había sido tan engreída como para decir que era invencible, pero se sintió avergonzada cuando pensó en su comportamiento del día anterior. La bruja se arrepintió de haberse dejado llevar tanto. Que había llorado tanto que el propio señor sintió lástima. Había sido patética, una mujer débil y maltratada. Un océano de debilidad en una botella de cristal. Era todo menos lo que ella quería aparentar. ¿Por qué había llorado tanto? ¿Por qué había deshecho tanto su historia?

«Para salvarme» pensó.

Aunque era seguro que Lord Westridefort no la había tocado después de su historia, era difícil determinar cuál era su estado de ánimo antes de explicar su trauma. Tal vez había hecho lo correcto, y ese era el problema. ¿Habría sido capaz de forzarla en ausencia de piedad? No tenía ni idea.

«No dejes que piense que eres débil» se animó.

La bruja tomó aire y abrió la puerta. No había nadie. Los pasillos estaban desiertos. Observó con desconfianza las escaleras que llevaban a la habitación del señor, y luego recorrió el salón. No se veía ni un alma.

Frunciendo el ceño, la joven se dirigió a la terraza cubierta y descubrió una mesa de desayuno; de inmediato corrió hacia ella.

Estaba ocupada comiendo cuando se oyó un portazo. Esperando verle, se sobresaltó, pero se relajó al ver que solo era una criada.

Cortésmente, la criada recogió la mesa y luego la dejó, sumiéndola en una austera soledad.

Al darse cuenta de que el tiempo iba a ser largo, Lucille se levantó de la mesa y fue en busca de algo que hacer.

Cuando estaba a punto de volver a su habitación, se fijó en un objeto colocado de forma destacada en el tocador cerca de la entrada. Una llave.

La joven sintió que su corazón daba un salto. Se precipitó hacia el objeto y lo introdujo en la cerradura. La puerta se abrió sin concesiones. Jubilosa, salió corriendo de la habitación y luego respiró profundamente. Por fin estaba fuera.

—¡Venía a buscarte! —anunció Lady Gisla.

Lucille dejó escapar un grito de sorpresa.

Lady Gisla se llevó inmediatamente una mano al pecho, asustada por este reflejo de última hora.

—Te noto algo diferente —bromeó.

Lucille respiró aliviada.

—Puedo confirmarlo —respondió.

—¿A quién esperabas? —preguntó la señora.

—A Lady Katherine —contestó después de pensarlo un momento.

—Ah, te entiendo —dijo Gisle.

La bruja no se atrevió a sonreír ante su comentario, pero no le dio menos importancia. Si Katherine se cruzaba con ella en un pasillo, seguro que le preguntaba por su deber. Pero Lucille no tenía ningún deseo de contarle la noticia. Aunque conociera a la señora, no quería arriesgarse a su furia si alguna vez se enteraba de que su plan había fracasado estrepitosamente solo por su categórica negativa a vincularse con su hijo.

—Ven aquí —dijo Lady Gisle de repente—. Vamos a dar un paseo, antes de que el monstruo que es tu madrastra te encuentre.

Lucille no captó el comentario. Ahora entendía por qué era tan dura con Katherine.

Poniendo una mano bajo su brazo, la dama miró a su alrededor y luego la guio en dirección a los jardines, con los guardias pisándole los talones. Solo cuando cruzaron los primeros caminos de hierba, los soldados se apartaron para darles algo de intimidad.

—¿Cómo es la vida de una joven esposa?

Lucille no sabía cómo responder a esta pregunta. Si le hubiera dicho que se había pasado el día llorando, la señora probablemente se habría escandalizado. Además, era impensable que se hiciera la feliz cuando su marido la había engañado unas semanas antes con una cortesana.

—Bueno, es... Cansada —acabó por soltarlo, imaginando que las obligaciones de una esposa difícilmente podían distar más que las de una joven.

—Ah, pero esto es solo el principio —dijo entusiasmada Lady Gisle—. Espera a que quiera que tu barriga aumente de tamaño, ¡y no tendrás ni un minuto de paz!

Lucille sintió que se le helaba la sangre. Lady Gisle hablaba de fertilidad donde ella hablaba de aburrimiento. Está claro que hubo un problema de comunicación.

—¿Sugirió un heredero? —preguntó ella, curiosamente impaciente.

—Sí —mintió Lucille.

Si algo le había enseñado la vida era que los hombres querían tener hijos.

—No me sorprende. Su feudo es grande, y es el último hombre de las tierras del Oeste —respondió Lady Gisle—. No creo que te deje ir hasta que tenga un niño. Y con ello me refiero a un mínimo de tres. Los accidentes de la vida hacen que los niños desaparezcan a veces más rápido de lo que uno puede imaginar. Por cierto, ¿tienes el collar que te regalé?

La dama no esperó su respuesta antes de inclinarse hacia su escote y juzgar por sí misma.

—Perfecto —dijo entusiasmada al ver la joya agarrada a su cuello. Miró por encima de su hombro y luego se acercó a la oreja de Lucille—. Mantenlo contigo mientras haces el amor. El metal que contiene facilita la fertilidad. —Lucille se atragantó con esto—. No te avergüences, cariño —se rio la señora—. Eres la esposa de un poderoso señor, tu vida carnal nunca quedará intacta.

«Oh, sí» pensó intensamente la bruja. Si confiaba en la promesa de Blake, él no pensaba tocarla, y ella tenía la intención de hacer todo lo posible para que él nunca tuviera la tentación de hacer nada.

—Tal vez ya estés esperando un hijo —comentó Lady Gisle.

—Lo dudo —respondió fríamente Lucille.

—No te preocupes, estas cosas pasan. Tardé tres años en tener mi primer hijo. Después de él, todos mis hijos se sucedieron rápidamente. En tu caso, confío plenamente en tu capacidad para tener hijos. Además, imagino que el deseo que siente por ti debe ser muy alentador. ¿No es así?

Lucille apretó los labios, sintiendo que un escalofrío le recorría la espalda. Se limitó a mirar al frente para evitar responder. Tal vez la dama se cansara de la ignorancia.

—Ya veo... —dijo este último inmediatamente, al notar su silencio.

—¿Qué es lo que ve? —espetó Lucille.

—Sabes, mi dulce, los hombres son hombres. Sienten deseo en cuanto pasa una chica guapa a su paso, en cualquier momento de su vida. Todavía eres demasiado joven para entender la alquimia de las miradas, pero debes saber que ya no tengo tu edad. La madurez me ha empujado a detallar los muchos fallos del lenguaje corporal, y puedo garantizarte que no dejas indiferente a los hombres.

Lucille podría haber prescindido del bombo.

—Lo que quiero decir —continuó Lady Gisla—, es que no dudo en absoluto de las miradas deseantes que pasan por tu lado, y menos aún de las de tu marido.

Lucille se detuvo bruscamente en su camino.

—¿Qué? —preguntó bruscamente.

Gisla frunció el ceño, curiosa por su pregunta.

—Pues lo habrás visto por ti misma —dijo, sin ver a qué quería llegar la bruja—. ¿No se supone que las noches de boda son las más agotadoras?

—Me está avergonzando —respondió Lucille con prontitud.

Lady Gisla se rio.

—Como ya he dicho, tu forma de hacer el amor no tardará en interesar a mucha gente —replicó con suficiencia—. Tendrás que acostumbrarte a ello. Pero es una gran ventaja que mi sobrino te desee. He visto tantos matrimonios tristes que...

Lucille no escuchó el resto de su frase. Solo pudo pensar en la palabra "deseo". A pesar de todos los acontecimientos que la habían unido a Blake Westridefort, nunca se había preguntado si era posible que él pudiera sentir eso por ella. Quizá porque le parecía obvio que la respuesta era no.

Nunca había intentado nada, nunca la había mirado insistentemente, nunca había hecho ningún gesto inapropiado, desde un punto de vista frívolo, por supuesto. Solo estaba distante, lo que siempre le había parecido normal.

Entonces, ¿por qué Lady Gisla seguía insistiendo en lo afortunada que era por tener el deseo febril de su marido? ¡Nunca los había visto! O al menos no la de ella. Porque era obvio que no todos los hombres de la corte eran tan distantes como él, y que ella podría haber prescindido de las miradas socarronas de algunos de ellos, empezando por las de Gauderic.

—¿Era tan obvio? —preguntó bruscamente Lucille, interrumpiendo el discurso de la dama.

—¿De qué?

—El deseo... De mi marido —corrigió.

Gisla mostró una sonrisa enigmática. No podía estar más satisfecha con su pequeño efecto.

—A diferencia de los demás, mi sobrino tiene un don innato para imitar la indiferencia. Dicho esto, sigue siendo un hombre. ¿Cómo crees que se sentiría con tu bonita figura rubia caminando inocentemente bajo sus narices? No niego sus sentimientos, pero dudo sinceramente que te haya elegido solo por tu sensatez.

Lucille la miró con una expresión de tal desconcierto que era como si acabara de conocer el origen del mundo.

—Aquí hay algo... Interesante —logró articular.

—No debes escuchar las palabras de su madre. El deseo es el andamiaje de todas las relaciones —respondió Lady Gisla.

Lucille intentó sonreír, pero solo lo consiguió a medias. De repente, la promesa del señor pareció agitarse peligrosamente, como si amenazara con derrumbarse. Estaban en el segundo día

de su boda, y todavía podía pasar cualquier cosa.

La joven y su tía por matrimonio siguieron hablando, y luego pasaron la mitad del día juntas, dejando que la conversación derivara serenamente hacia otros temas mucho menos embarazosos. Sin embargo, aunque la bruja intentó pensar en otras cosas, las palabras de Lady Gisla le parecieron absolutamente ciertas.

Capítulo 30

Por la noche estaba aún más confundida que por la mañana. Pero si seguía siendo lógica, no tenía motivos para dar tanta credibilidad a las palabras de su tía por matrimonio. Tal vez solo fueran impresiones fugaces, sin valor particular.

—Os dejo en vuestras habitaciones —anunció Lady Gisle—. Ya es hora de que nos preparemos para la cena de esta noche.

Lucille asintió y dejó que ella y sus guardias se fueran. Al darse la vuelta, se encontró con su puerta. ¿Ya estaba dentro de los aposentos? No se dio tiempo para pensar y entró.

Todavía no había nadie.

Lucille se acercó a las escaleras y, al no oír ningún ruido, dedujo que el lugar seguía desierto. Acogiendo esto, entró en su habitación y esperó a que llegara Gemma para prepararla. La criada llegó diez minutos después con un vestido de satén azul.

Lucille saludó a la criada, que inmediatamente comenzó a prepararla. Sin embargo, al cabo de media hora, la bruja oyó el sonido de una puerta que se abría, lo que le indicó que el señor había regresado. Se estremeció, pero decidió pensar en otra cosa, aunque tuviera que centrarse en elementos fugaces, como su atuendo: un elegante vestido turquesa con mangas acampanadas que caían sobre sus dedos. El escote pronunciado no la hacía sentir cómoda, pero el conjunto era bastante bonito.

—Es la hora —le informó la criada.

Lucille le dio las gracias y la despidió. Ansiosa, abrió la puerta de su habitación y salió para encontrar a Blake Westridefort absorto en la lectura de una carta.

Ella permaneció en silencio, observándolo con una mirada distante, sin saber qué decir. Estaba de espaldas a ella, con el codo apoyado en la repisa de la chimenea, y su inmensa altura daba la impresión de que pronto llegaría al techo.

Su pelo negro azabache estaba desordenado, revelando que no se había vestido para la noche. Sin embargo, no llevaba su atuendo de Verdugo: un traje con una pesada pieza de joyería en el hombro completaba su atuendo.

Lucille estaba ocupada en detallarlo, cuando dobló su carta y se volvió en su dirección. Cuando la vio, el señor se detuvo en seco. Ambos se miraron sin comprender, como si esperaran que el otro se explicara.

—Buenas noches —dijo finalmente, con su habitual tono estoico.

—Buenas noches —respondió Lucille. Ella había respondido demasiado rápido para que pareciera natural—. Deberíamos irnos —propuso, acercándose a la puerta.

Estaba a punto de salir cuando su mano cerró la puerta.

—Espera —ordenó en un tono más bajo.

Lucille jadeó y saltó a un lado.

—No le cuentes a tu madre lo de ayer —musitó nerviosa, mientras el hombre miraba atentamente el lugar.

Ladeó la cabeza para ver si había alguien en lo alto de la escalera, y luego dirigió sus gélidos ojos hacia ella, arrastrándola en una sensación de vergüenza y debilidad que nunca había sentido. A causa de las revelaciones que le había hecho el día anterior, la joven se sentía tan vulnerable como un ratón en las garras de un gato.

—No hace falta decir que Katherine no debe ser consciente de nuestro acuerdo.

Lucille enderezó la espalda. ¿Un acuerdo? ¿Estaba tomando su promesa como una especie de tratado?

—Quieres decir... —empezó ella, pero él la cortó:

—Que para los demás, estamos obligados en el matrimonio, y en las reglas del arte. ¿Está claro?

Lucille asintió con energía, complacida de que su promesa hubiera adquirido un tono tan formal.

—Perfecto Lilesis, porque si Katherine descubre que no cumpliste con tu deber, te matará.

A la bruja se le heló la sangre.

—Ella no haría eso...

—Lo sé mejor que tú.

—No le tengo miedo.

Frunció el ceño, como si ella acabara de decir algo especialmente estúpido.

—Deberías —dijo.

Su voz había sido oscura y llena de insinuaciones.

Lucille lo miró en silencio mientras la invitaba a salir. Era solo cuestión de tiempo que Katherine se diera cuenta del engaño. ¿Qué iba a hacer?

Desvió la mirada y entró en el pasillo. En cuanto Blake terminó de cerrar la puerta, despidió a los guardias de escolta y comenzó a caminar hacia la sala de banquetes.

Era el paseo más tranquilo que había hecho nunca. Ninguno de ellos habló, como si el sonido de sus voces fuera a sacudir las columnas.

Cuando llegaron frente a la sala de banquetes, se sorprendieron de la cantidad de gente que esperaba. Blake le tendió el brazo a la joven, que lo tomó sin dudar. Ahora que tenía el acuerdo de que él no intentaría nada, estaba un poco más tranquila, aunque aún persistía cierta desconfianza.

—¡Lord Westridefort! —intervino una voz sin aliento.

Se giraron al tiempo, como si fueran una misma persona.

Frente a ellos, un hombre corpulento se acercó arrastrando los pies. Llevaba una prenda polvorienta, evidentemente demasiado pequeña para su peso, y sudaba profusamente. Parecía que acababa de correr a lo largo del pasillo, enganchado a un carro. Cuando llegó a ellos, se detuvo ruidosamente y se secó la frente con un pañuelo bordado. Miró hacia atrás apresuradamente y luego se volvió hacia Blake.

—Mi señor... —respiró, como si se sintiera aliviado al verlo. Luego, al ver a Lucille, se disculpó y se inclinó valientemente—. Lady Lucille —se atragantó—. Es un placer conocerle.

Se sorprendió de que él supiera su nombre.

La joven estaba a punto de hacer una reverencia, cuando recordó que su nuevo título no le permitía hacer una reverencia a nadie más que a los nobles. Ahora bien, era evidente que este hombre no lo era: una puntada se deshilachaba en su charretera, su cabeza calva estaba marcada por el sol y sus ropas estaban cubiertas de polvo. No pertenecía a este lugar, era un milagro que el guardia no se hubiera topado con él todavía.

—Lubin —intervino Blake—. Qué sorpresa verte aquí.

—Estoy visitando el castillo a petición del Señor de Soffolk, mi señor... Su árbol genealógico, ya ves —respondió el citado Lubin. El hombre fue recuperando el aliento poco a poco, pero continuó escudriñando su entorno, atento al más leve tintineo de una armadura—. Normalmente no me habría permitido venir aquí —susurró—, pero este era el único lugar donde

podía estar seguro de encontrarme contigo.

—¿A qué debo esta visita?

Lubin parecía muy avergonzado.

—Mi persona está siendo atormentada por un problema originado en mi casa —anunció.

—¿Qué tipo de problema?

—A... Un demonio, mi señor.

La respiración de Lucille se detuvo. Al instante, volvió los ojos hacia su marido, esperando su reacción. Curiosamente, no parecía impresionado.

—¿Y puedo preguntar qué hace este demonio?

Lubin volvió a limpiarse la frente con el pañuelo.

—Estando en la capital, tomé prestada la habitación de un criado que había ido a visitar a su madre al Centro. La primera noche estaba profundamente dormido cuando algo tiró violentamente de mis tobillos. Al principio pensé que era un mal sueño, pero luego me volví a dormir. Por desgracia, una criatura invisible me echó inmediatamente de la cama. —Lubin hizo un gran gesto, sorprendiendo a Lucille con su vitalidad—. Me encontré en el suelo, boca abajo —continuó—: Apenas tuve tiempo de levantarme cuando mi mesita de noche casi se estrelló contra la pared. Al ver esto, cogí mis cosas y me fui sin pedir ayuda.

Lucille levantó las cejas.

—¿Dónde te has alojado desde entonces?

Blake no comentó su discurso, pero su mirada se deslizó hacia la parte superior de su cabeza.

—Oh, mi señora... —dijo Lubin con tristeza—. Estoy muy preocupado por eso. —Miró a su izquierda y a su derecha, y luego se inclinó hacia ellos—. Hasta ayer estaba durmiendo en la oficina de mi noble empleador. Por desgracia, mi jefe se enteró y me ordenó que me fuera. Ahora estoy sin un techo sobre mi cabeza. Podría refugiarme en una posada, pero mi alquiler actual ya es muy caro y, a falta de pagar, solo me quedan unas pocas monedas para comer y beber. —El hombre miró a Blake Westridefort con gran vergüenza—. Mi señor, le ruego que disculpe esta petición en mi atuendo, y en este lugar tan prestigioso. Comprendo que mi petición no puede ser digna de vuestro rango y de vuestro tiempo; pero, no obstante, ¿tendríais el buen sentido de inspeccionar mi oscura morada, o en su defecto, de enviar a uno de vuestros caballeros?

»No tengo, por desgracia, ningún lugar donde dormir este día, y me temo que debo vagar por los pasillos del castillo, a riesgo de ser... Expulsado por la guardia de Su Majestad —dijo finalmente, tragándose las últimas palabras.

—¿Habla la criatura? —preguntó Blake, ignorando su pregunta anterior.

Lucille se inclinó. Ella aún no se acostumbraba a su habilidad para cambiar de un lado a otro, pero a Lubin no parecía importarle la incomodidad: sus ojos brillaban de reconocimiento, se inclinaba y tomaba la mano del señor y la presionaba contra su frente. Blake retiró al instante sus dedos, dando la impresión de que acababa de quemarse.

—No, mi señor —anunció Lubin, con los ojos llenos de lágrimas—. No habla.

—¿Dónde están tus aposentos? —preguntó el occidental.

—En el ala oeste del castillo, en el nivel de los sirvientes.

—Estaré allí después de la comida —anunció—. Mientras tanto, toma esto.

Le entregó una moneda.

—Tendrás algo para dormir mientras yo me encargo de tu casa.

—Señor... —gimió Lubin, pero Blake le cortó:

—Vete. Si los guardias te ven aquí, te castigarán.

Lubin se inclinó tanto que Lucille pensó que se arrodillaría. Retrocedió, murmurando gracias y luego salió corriendo, temiendo encontrarse con algunos soldados.

Lucille se volvió hacia Blake.

—¿Un demonio? —susurró dudosa.

No desconfiaba de la buena fe de Lubin, pero habiendo oído hablar a menudo de esas criaturas, la bruja sabía que no se limitaban a tirar de los tobillos de sus víctimas y luego a lanzarles mesas de noche.

—No —dijo Blake.

—¿Y qué es?

No tuvo tiempo de responder. Al salir de un pasillo, un guardia anunció la llegada del rey. Blake guio a Lucille hacia la sala de banquetes y se detuvo en la entrada.

Justo cuando la joven iba a ocupar su lugar habitual, él la detuvo con una mano en el hombro.

Se estremeció al tocarla.

—Ahí no, Lilesis —comentó, acercándose a su oído.

Señaló a algunos individuos, y Lucille reconoció a Katherine, que estaba ocupada charlando con algunos nobles. Se quedó helada.

—Vamos —ordenó.

La cogió del brazo y la llevó discretamente al fondo de la sala. Juntos rodearon a algunos de los invitados y luego se dirigieron a una mesa donde estaban sentados Lady Gisla y su marido.

—Has encontrado el lugar perfecto —bromeó Lucille.

—Solo el repelente adecuado —respondió.

La joven lo observó acomodarse y luego sonrió.

La comida se desarrolló sin problemas. Lady Gisla fue una rara distracción, dejando completamente de lado su anterior conversación en favor de temas más sociables, lo que no estaba mal.

Al cabo de una hora, todo el mundo empezó a abandonar la mesa, y Lucille no fue una excepción: si se quedaba sentada, Katherine iba a caer sobre ella. Pero la bruja no se sentía preparada para esquivar sus espinosas preguntas todavía.

Levantándose de su silla, paseó tranquilamente por la habitación, observando la decoración de la misma. Al dirigir su atención a un gigantesco cuadro de la coronación de un ilustre rey, se encontró con la elegante figura de Sante Martinelli, ocupado en reír con dos hombres.

Lucille observó su cabello ceniciento y luego su tierna sonrisa que se extendía por su rostro. Había algo cálido en él que ella no podía identificar. ¿Eran sus ojos constantemente risueños? ¿O era su tono de voz firme que siempre daba la impresión de estar envuelto en un halo protector? Ella no podía decirlo. Había algo naturalmente atractivo en el hombre, aunque probablemente era la persona de la que más debía desconfiar en estos tiempos difíciles.

Mientras ella lo contemplaba con un poco más de detalle, él terminó su conversación con sus compinches y levantó la vista. En cuanto se encontró con la mirada de la joven al otro lado de la sala, su sonrisa se congeló.

Lucille estaba avergonzada. Recordaba muy bien su última conversación cuando, por miedo a su criada, lo había ahuyentado como a un mal presagio.

Frunciendo los labios al recordar la escena, estaba a punto de darse la vuelta, cuando el señor hizo un discreto gesto con la mano. Sorprendida, se detuvo en su gesto y le respondió con una leve sonrisa. Esto fue suficiente para galvanizar a su interlocutor, que interceptó dos copas de vino y los señaló con una mirada cómplice. Lucille asintió, negándose a compartir una sola

copa con él. El hombre puso inmediatamente una expresión de falsa decepción en su rostro, lo que hizo sonreír a la bruja.

Justo cuando estaba a punto de encogerse de hombros para hacerle saber que era así, se encontró con la gélida mirada de Katherine a unos metros de distancia. Recta como una línea, la bella dama la miraba con una mirada de tal ira que la hizo temblar.

«¿Cuánto tiempo lleva observándome?» reflexionó la bruja, con la sangre helada.

Retrocedió unos pasos y luego se fundió con la multitud, con el corazón palpitante. Sin duda, la señora se abalanzaría sobre ella en los próximos minutos. Tenía que esconderse, y rápidamente.

Buscando una salida, miró alrededor de la habitación, y entonces se dio cuenta de que Blake Westridefort se dirigía a la puerta grande. Eso fue todo lo que necesitó para sentirse mejor. Desafiando a los invitados, se apresuró hacia la salida y lo alcanzó como pudo.

—Espera —exclamó ella, mientras él desaparecía detrás de una columna.

El hombre dejó de caminar y se volvió hacia ella, claramente sorprendido de tenerla tan cerca. Lucille se detuvo a su lado, sin aliento por su carrera.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó, con la respiración entrecortada.

Normalmente era dura, pero el corsé no estaba hecho para atravesar a toda velocidad una sala llena de invitados.

Blake frunció el ceño, sin entender este repentino entusiasmo. Pero atraído por un movimiento, levantó la vista hacia la multitud, y observó una figura delgada de pelo largo y oscuro que pasaba a toda prisa entre los invitados y se dirigía hacia ellos.

—Por aquí —dijo, detallando la vista.

Blake empujó a algunos nobles, y finalmente pasó por una puerta oculta, lejos de las que formaban la entrada principal del salón de banquetes. Esperó a que Lucille se uniera a él y cerró bruscamente la puerta tras ella, sumiéndolos en la oscuridad total.

—¿Qué te pasa? —dijo la joven con pánico.

La única respuesta fue el sonido de algo que se separaba de la pared. Hubo un crujido siniestro, y luego un débil resplandor iluminó sus rostros.

Capítulo 31

Blake acababa de encender un poco de yesca con un encendedor de pedernal. Esperó unos segundos y luego encendió una antorcha que iluminó inmediatamente el lugar. Era un viejo y mugriento pasillo de piedra. Lucille se sorprendió al ver tanta suciedad junto a una sala tan tediosa como la del banquete.

—¿Tienes miedo a la oscuridad, Lilesis?

—No —respondió categóricamente.

Estaba enfadada consigo misma por haber cedido al pánico tan fácilmente.

—Perfecto —respondió—. Si no, no podré llevarte conmigo.

Lucille levantó las cejas.

—¿Adónde vamos?

—A lo de Lubin —anunció.

La bruja le miró sorprendida. Había olvidado por completo la historia de la criatura que aterrorizaba al pobre hombre.

—Pero... ¿Es una criatura peligrosa?

Blake levantó la antorcha y comenzó a caminar por el sinuoso corredor.

—Si ese fuera el caso, no te llevaría conmigo —dijo sarcásticamente.

Lucille reconoció su desagradable temperamento. Dicho esto, tuvo que admitir que su pregunta era algo ingenua. Acelerando el paso para seguirle, le siguió a pie, y luego chocó con su espalda cuando se detuvo frente a una puerta oculta en el lateral.

—¿Dónde estamos? —preguntó, frotándose discretamente la nariz.

—En los salones de los sirvientes. Hay un centenar de ellos como este —respondió el noble.

Empujó la pesada puerta y los condujo a un amplio pasillo en el que Lucille nunca había estado. Blake se adelantó y la invitó a seguirle. La joven obedeció y se dio cuenta de que ya había oscurecido en el exterior.

Caminaron un rato, y entonces el señor se detuvo ante unas amplias escaleras que bajaban a un sótano. Un estruendo de chatarra y voces entremezcladas resonó desde un arco abierto abajo.

Lucille arrugó la nariz. El olor de la comida venía de las bodegas. Blake bajó las escaleras y se detuvo en los arcos. Le siguió, descubriendo las cocinas reales. Unas cuarenta personas corrían de un lado a otro, llevando platos, carne y vajilla. El calor era insoportable.

—Acelera, bastardo —gritó una voz poderosa—. ¡Si vuelvo a verte descansando en lugar de tirarte un escupitajo, te daré una patada en el culo!

Era un hombre grande con un delantal manchado de sangre. Sudaba profusamente, como la mitad de los demás trabajadores. Todos estaban agotados por el calor del horno. Cuando giró la cabeza en su dirección, se puso pálido y se inclinó apresuradamente.

—Ejecutor! —exclamó, para atraer la atención de sus colegas.

Inmediatamente cesó el traqueteo de ollas y sartenes, se calmaron los gritos y cesó el frenético correr, tanto que Lucille se preguntó si no estaría delirando: un criado estaba literalmente congelado con una enorme bandeja de pescado pegada al hombro.

—¿Qué puedo hacer por usted y su señora? —preguntó el hombre, con la nariz en el suelo.

Lucille dedujo que debía ser el cocinero.

—Necesito un plato de frutos rojos —dijo Blake.

La joven le miró fijamente, al igual que el resto del personal.

—Inmediatamente, mi señor —respondió el hombre.

Se levantó y se dirigió a los sirvientes.

—Vamos, vamos —exclamó al ver que no reaccionaban.

Todos se levantaron de un salto y comenzaron a caminar de nuevo, como si el hombre acabara de abofetearles a todos. Una joven cocinera metió la mano en un armario y sacó una multitud de bayas, frambuesas, fresas y grosellas. Los dispuso elegantemente en un plato, y luego añadió algunos sabores, incluido un coulis de miel para los productos más picantes. Cuando terminó, le entregó el plato al chef, que a su vez se lo presentó, no a Blake, sino a la propia Lucille.

—¿Es esto satisfactorio, mi señora?

Ella lo miró sorprendida, sin entender por qué de repente era el tema de este evento.

—Bueno... Sí, es perfecto... —anunció titubeante.

El cocinero asintió respetuosamente y le entregó el plato. Lucille lo cogió y miró a Blake con ojos inseguros. El hombre no contestó y se dio la vuelta rápidamente, subiendo las escaleras de dos en dos. Sorprendida, la joven sonrió avergonzada al cocinero y se apresuró a volver con su marido. Era evidente que los criados habían pensado que era un capricho de ella, no de él.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó ella, uniéndose a él a la carrera.

Era enorme, y una zancada era suficiente para hacer dos.

—Esta es nuestra herramienta de negociación —anunció, girando hacia un pasillo.

—¿Negociación? —dijo Lucille—. Pero, ¿qué clase de criatura requiere una negociación?

Blake levantó un poco más su antorcha antes de lanzarle una mirada añil.

—Un *familiar*, Lilesis.

Lucille frunció el ceño.

—¿Qué es un familiar?

—Pequeños genios invisibles al servicio del ser humano. Son inofensivos, pero no les gustan los cambios bruscos. Por lo general, se fijan en un maestro y nunca lo dejan ir.

—Pero... ¿Qué tipo de servicios prestan?

—Cosas triviales: mantener el hogar, ordenar los muebles o facilitar la vida cotidiana. Son seres discretos. Algunas personas mueren sin saber que existen.

—¿De verdad? Pero, entonces, ¿cómo se benefician de esta criatura?

—El azar. Cuando un maestro muere, el familiar empieza a buscar otro y se aficiona a la primera persona que le conviene.

—Increíble —murmuró Lucille.

Esta respuesta sorprendió a Blake, que la miró sorprendido. La joven no prestó atención y miró con desconfianza el plato que sostenía.

—¿Por qué un plato de frutos rojos?

—El *familiar* al que se enfrenta Lubin debe ser uno de los que custodian el hogar. La partida de su amo y la repentina llegada de su inquilino seguramente le habrá disgustado —anunció. Pasó por otra puerta y continuó su discurso—: En principio, mi función me obligaría a matarlo, pero no me gusta sacrificar criaturas de luz tan insignificantes. Así que negociaré: los *familiares* adoran los frutos rojos.

Es cierto que las criaturas de luz estaban estrictamente prohibidas en el Reino de los Hombres.

—¿Esos seres hablan? —preguntó Lucille, curiosa por saber cómo iría esta negociación.

—No, pero entienden muy rápido —dijo Blake.

Giró hacia un pasillo y redujo su ritmo. Había antorchas y grandes nichos con vistas a una parte de la ciudad. A medida que se acercaba, Lucille reconoció los débiles sonidos de la civilización nocturna, así como el leve susurro de las olas que se estrellaban contra las espinosas costas de la capital. Inhaló el aire del mar y se fijó en un grupo de tres sirvientes sentados en las cornisas.

Cuando se dieron cuenta del noble dúo, se pusieron en pie y se inclinaron valientemente.

—Estoy buscando la casa de Lubin —dijo Blake.

Los tres criados, dos jóvenes y una mujer, señalaron inmediatamente una puerta al final del pasillo. Blake se adelantó, seguido por Lucille. Al pasar, sintió que sus miradas curiosas se deslizaban por sus espaldas. No todos los días el albacea acudía al ala de la servidumbre con su mujer y un plato de frutos rojos.

—Sujétame esto —dijo Blake, entregándole la antorcha.

Lucille colocó el plato en el borde de una alcoba y tomó el objeto de sus manos.

—Cuidado —chilló, tirando violentamente de la manivela hacia un lado.

Lucille se estremeció ante su acción. Estuvo a punto de dejar que la llama se enganchara en uno de sus largos mechones rubios. Blake colocó la antorcha correctamente entre sus manos, y luego barrió suavemente su cabello hacia atrás.

Se quedó helada cuando sintió que sus dedos le rozaban el cuello para aflojarle los hombros, y luego tragó saliva cuando él se apartó para abrir la puerta.

El hombre forzó la cerradura y dio una gran patada a la superficie rugosa de la puerta. Algo estaba bloqueando al otro lado. Refunfuñó y dio un paso atrás.

—No me dejes fuera —amenazó.

Lucille lo miró fijamente.

—¿Estás hablando con él?

—Por supuesto —respondió Blake.

Tomó aire y dio un golpe con el hombro. La puerta se resistió durante unos segundos y luego cedió bruscamente. El Ejecutor se agarró a duras penas a la pared que tenía al lado, casi cayendo al suelo.

Conteniendo una carcajada, Lucille inclinó la cabeza para observar su estado, y luego, al ver que no tenía nada, observó la habitación.

El lugar parecía desierto, pero los muebles estaban volcados en todas direcciones. Una pequeña y estrecha chimenea estaba frente a una cama volcada, colocada a su vez junto a una mesita de noche completamente desordenada.

Blake cogió la antorcha que sostenía la bruja y le pidió el plato. Lucille se lo entregó, mirando a su alrededor. La criatura podía ser invisible, pero era evidente que le gustaba utilizar los muebles como dispositivo defensivo. Lo mejor era tener cuidado.

Se dio la vuelta y frunció el ceño.

—¿Sigue ahí? —preguntó.

Apenas tuvo tiempo de mirar al señor cuando una mano invisible tiró de su pelo, inclinándolo violentamente su cabeza hacia atrás.

—Auch —exclamó, totalmente sorprendida.

Blake barrió inmediatamente la habitación con la antorcha.

Esto pareció dar resultado, ya que el familiar soltó instantáneamente el pelo de Lucille y empezó a lanzar cosas en todas direcciones: la joven tuvo el tiempo justo de inclinarse hacia delante para evitar un tintero.

—¡Soy el Verdugo! —espetó Blake.

Los objetos dejaron de volar inmediatamente y cayeron sin fuerzas al suelo. De nuevo, no hubo sonido.

—Tu maestro se ha ido, pero volverá pronto —anunció Blake—. Ha prestado su habitación a otra persona. Debes dejar que duerma aquí.

Hubo un silencio, y luego la criatura invisible comenzó a volar hojas de papel en todas direcciones. Es evidente que no estaba contento.

—Te he traído un plato de frutos rojos —le informó Blake—. Tómalo, y deja al visitante que viene a quedarse aquí en paz.

El familiar comenzó a golpear la pared, mostrando su descontento.

—Es eso o te mato —dijo el señor.

El tamborileo cesó de inmediato, y el plato del verdugo subió volando por la chimenea. Pequeños ruidos de masticación resonaron en la chimenea, y luego el plato se estrelló contra las cenizas de abajo. Vacía.

—Es un trato —dijo Blake.

Miró alrededor de la habitación de forma crítica y luego se acercó a la chimenea.

—Ordena todo antes de que llegue tu invitado —exigió.

El familiar arañó la chimenea.

—Mi paciencia tiene un límite —respondió el señor.

Se hizo el silencio, y luego una gran nube de polvo se escapó de la chimenea, envolviendo a los dos individuos en una niebla de hollín negro. Lucille tosió varias veces, sintiendo cómo la ceniza se filtraba por su garganta. Apenas se molestó con la criatura, notó con sorpresa que estaba ocupado moviendo objetos por la habitación, guardándolos.

—Vamos —dijo Blake, palmeando su chaqueta.

Al igual que Lucille, su ropa estaba cubierta de una fina capa de polvo. Abrió la puerta y ambos salieron antes de ir en dirección contraria.

Juntos recorrieron el estrecho pasillo y volvieron a pasar por delante de los sirvientes. Al verlos, los sirvientes se inclinaron, pero no pudieron evitar mirarlos con desprecio. Hay que decir que su comportamiento era muy sospechoso: habían llegado limpios y bien arreglados, y ahora se iban sucios y desordenados.

Lucille miró a Blake y vio que estaba mucho más animado que ella. Por alguna razón, sintió un calor en el pecho, y luego una risa cristalina salió de sus labios.

Atónito, Blake se detuvo y se volvió hacia ella:

—¿De qué te ríes? —preguntó, levantando la antorcha para verla mejor.

Lucille intentó responder, pero no pudo. Le divertía ver a ese hombre, tan frío y ordenado, cubierto de polvo solo por el capricho de una mascota. Por primera vez, el señor estaba perdiendo la calma, y eso la hizo reír a carcajadas.

—¿Y? —dijo.

Frunció el ceño, con cara de disgusto. Eso fue todo lo que necesitó para doblarse de la risa.

En realidad, la situación no era tan risible, pero la joven no pudo evitar divertirse. Hacía tiempo que no estaba jovial, y todo su buen humor pasó del pecho a las cuerdas vocales sin ningún pudor. Era como si el mal se evaporara, dando paso a la ligereza de una felicidad que ella creía desaparecida.

Tras unos minutos de risas, se calmó y se secó los ojos llenos de lágrimas.

—¿Has terminado? —preguntó.

Lucille tragó y asintió con una última risa. El señor dejó escapar un suspiro, y comenzó a caminar de nuevo, sosteniendo la antorcha en alto. Inmediatamente aceleró el paso para

colocarse a su lado.

—¿De dónde conoces a este Lubin?

Tuvo que levantar la vista para encontrarse con sus ojos.

—Lo conocí a través de mi maestro. Era un proveedor de libros sobre lo oscuro.

—¿Ya no?

Blake asintió.

—En esa época, se dedicaba a vender manuscritos heréticos en lugar de quemarlos. Fue arrestado. Afortunadamente para él, mi maestro salió en su defensa. Lubin debe su salvación solo a sus conexiones. Desde entonces, ha dejado de vender ilegalmente y se contenta con rastrear los árboles genealógicos de quienes se lo piden. Por lo general, gente de clase media que necesita nobleza —dijo.

Lucille sonrió ante su sarcasmo y se llevó las manos a la espalda, siguiéndolo. Regresaron en silencio a sus aposentos y solo se miraron al abrir la puerta.

Entró primero y se encontró con una sirvienta encendiendo velas. Cuando la mujer vio su atuendo, sus ojos se abrieron de par en par.

—Anuncia nuestro regreso al personal —ordenó Blake—. Dile a las criadas de mi esposa que le preparen un baño, y que hagan lo mismo conmigo.

La mujer asintió con la cabeza y se apresuró a cumplir las órdenes de su amo. Blake se quitó inmediatamente la chaqueta y fue a abrir las grandes puertas que daban al jardín, como el día de su boda. Lucille se preguntó si, al igual que ella, le gustaba escuchar el ruido de los animales nocturnos por la noche. Era muy posible. ¿Qué otra utilidad tendría abrir las puertas?

—Tú... —comenzó, pero no tuvo tiempo de terminar la frase.

Gemma entró, seguida de otros sirvientes que se afanaban en llevar cubos a las dos salas de ducha. Lucille se dio la vuelta y fue a reunirse con sus criadas. No tardaron en prepararle el baño.

Encantada de poder relajarse en el agua fresca, la joven no tardó en quitarse la ropa y entrar en la cuenca. Se quedó más tiempo de lo habitual, pero finalmente salió a petición de su criada, que no quería que se resfriara.

Se puso la bata y esperó a que la sirvienta le trenzara el pelo, luego la despidió distraídamente, con los ojos fijos en la puerta.

Cuando la criada hubo desaparecido, la bruja salió de la habitación, entrando en la pequeña sala de estar. Blake estaba ocupado escribiendo una carta. Cuando la vio, se detuvo y enarcó una ceja. Había cambiado su ropa sucia por una camisa de franela limpia. Su cabello oscuro aún estaba mojado por el baño que había tomado.

—¿Hay algún problema? —preguntó, consciente de que Lucille nunca se sentiría tan cómoda como para hablar con él sin una pregunta crucial.

—No, la verdad es que no —respondió.

Levantó una ceja, sorprendido, y luego continuó escribiendo su carta, rascando la pluma en el pergamino.

—¿Y bien? —preguntó, sin tomarse la molestia de mirarla.

—Dijiste que tendría mi libertad después de mi boda —comenzó Lucille—. La boda ha terminado. Deseo dejar este lugar.

—No antes del final de los cinco días.

—¿Por qué?

—Parecería sospechoso para todos. Y abandonar el castillo no es algo que se pueda hacer en un instante.

Lucille no respondió. Ella lo observó continuar con su carta, sus ojos azules se movían de

una línea a otra. Inclinandose de esta manera, no lo encontró tan sombrío. Más bien pretencioso. O tal vez solo en serio.

—¿Puedes jurar que nunca me obligarás?

La pluma del señor dejó de rayar el papel.

Lentamente levantó la vista hacia ella.

—Ya he dicho que...

—Júrame otra vez —dijo.

Se hizo el silencio.

—Te lo juro —dijo finalmente.

Un escalofrío la recorrió.

—Buenas noches —dijo, yendo a su habitación.

—Buenas noches —respondió.

Entró en su dormitorio y apagó las velas. Cuando su cuerpo llegó a la cama, se preguntó cómo sería tener a alguien a su lado, y luego cerró los ojos.

Tan pronto como se quedó dormida, se sintió como si estuviera nadando en aguas turbulentas. Un espeso velo le impedía moverse a su antojo, y por su mente cruzaban imágenes sin cola ni cabeza. Finalmente abrió los ojos de golpe, sintiéndose oprimida por el peso de sus propios sueños.

«Se acerca el Sabbath» pensó al instante, observando el techo. Podía sentirlo en lo más profundo de sus entrañas, como si su propio cuerpo intentara enviarle un mensaje.

La joven sintió náuseas.

Al incorporarse, se sorprendió al ver que la luz se filtraba por debajo de su puerta. Al otro lado, las voces hablaban.

Frunciendo el ceño, se levantó de la cama y abrió ligeramente la puerta de su habitación, con curiosidad por saber quién era. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio a Gauderic sentado en uno de los sillones, con los pies colocados despreocupadamente sobre la mesa. Blake entró en la pequeña sala de estar, con las manos a la espalda.

—Me pondré en camino tan pronto como pueda —dijo, deteniéndose frente al caballero—. He estado aquí demasiado tiempo.

—En lo que a mí respecta, me voy mañana con Boursemolle. Tristán, Amédée y Sigard se irán en unos días. En cuanto a Sandro y Geoffrey, ya deben estar de vuelta de su última misión. Todavía puedes quedarte aquí —respondió Gauderic, tragando el fondo de lo que parecía ser una copa de vino.

A Lucille le sorprendió el uso de la forma familiar de dirigirse al señor.

—No por mucho tiempo —respondió—. Estoy recibiendo cartas de todas partes, y no puedes manejar todo el reino tú solo. Estoy perdiendo el tiempo.

De repente se agachó y dejó escapar un siseo de dolor. Gauderic giró inmediatamente la cabeza hacia él.

—¿Estás herido?

—Siempre es la herida de la justa —murmuró el otro.

Gauderic le miró con extrañeza.

—Creía que eso estaba resuelto...

—Los probadores me dijeron que esperara.

—No estaba hablando de eso —intervino el otro—. ¿Por qué no te curas a ti mismo? ¿No es eso lo que dice la maldita leyenda?

«¡¿Cómo demonios sabe esto?!» se atragantó Lucille.

Blake miró fríamente a Gauderic y éste se rio a carcajadas.

—Esta mierda no funciona, ¿verdad? —preguntó el caballero, sonriendo ampliamente.

—Baja la voz —ordenó Blake—. Esa no es la cuestión.

—¿De qué se trata? —preguntó el caballero, cuya sonrisa se había congelado.

—No compartí su cama.

Gauderic levantó las cejas.

—¿Por qué?

—Porque no quiere.

El caballero permaneció inerte durante unos segundos y luego estalló en una carcajada tan espectacular que Lucille se preguntó seriamente cómo los dos hombres podían imaginar por un momento que ella podría dormir con todo ese ruido.

—¿No te acostaste con esa perra porque ella no quería? ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Parece que me estoy riendo?

El caballero se rio, casi cayéndose de la silla.

—Pensé que eras más determinante —exclamó, con los ojos humedecidos.

—¿Qué propones? —preguntó Blake, acercándose lentamente a él.

Gauderic interrumpió su risa con una sonrisa burlona.

—Arrástrala a un rincón, métele el miembro en la raja y, si se retuerce, dale un par de bofetadas. Forzada o no, no será muy difícil empalmarse con esa diablesa. Solo con verla se me ponen los pelos de punta...

No tuvo tiempo de terminar su frase. Blake levantó la rodilla y le dio una violenta patada en la entrepierna. Fue tan inesperado que Lucille se sobresaltó. El caballero escupió al instante su vino antes de agacharse, retirando apresuradamente los pies de la mesa al mismo tiempo.

—¡Maldito seas...!

Blake lo pateó de nuevo, incluso más fuerte esta vez. El caballero gimió aún más.

—No maldigas —ordenó el señor.

Su voz era sorprendentemente tranquila, en comparación con la violencia que acababa de mostrar. Lucille no podía creerlo.

—¡Me has aplastado las pelotas...! —gimió el otro.

Blake no hizo caso de sus gemidos.

—¿Crees que no he pensado en ello?

—¿De qué estás hablando? —se atragantó Gauderic, lanzándole una mirada de odio.

—Forzarla. ¿Crees por un momento que no he pensado en ello?

El caballero apretó los dientes, sujetando las manos contra sus partes. Tras unos segundos de agitación, miró al señor y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué te detiene?

—No lo sé —dijo el otro.

El caballero observó a su señor con sus grandes ojos oscuros, y luego se levantó penosamente de su silla. Trepando, rodeó a su amo y se detuvo a su altura.

—Si no lo sabes, no puedo hacer nada por ti.

Le dirigió una mirada sombría y desapareció en el pasillo.

Capítulo 32

—¿Estoy sola? —preguntó Lucille a Gemma.

—El señor se fue esta mañana temprano. Pidió que le sirvieran el desayuno —dijo la criada, dedicándole una sonrisa cómplice.

—Bien —dijo Lucille.

Eso fue todo lo que se le ocurrió decir. La conversación que había escuchado la noche anterior la había dejado confundida y no sabía qué hacer. La joven apenas había dormido en toda la noche.

"No lo sé" dijo el señor.

¿Qué significa eso? ¿Debe estar tranquila o, por el contrario, preocupada? Su mente se debatía entre varias hipótesis y no podía decidirse. Su cabeza no lo entendía. Su instinto, aún menos.

«Blake...» pensó. Un extraño señor que no encaja en ninguna caja. Con sangre o con suavidad. Violento o tranquilo. Blanco o negro. Nunca gris.

—Voy a dar un paseo —anunció a Gemma.

—Pero... ¿Su desayuno?

—No es necesario, no tengo hambre.

La sirvienta asintió y se dirigió a su habitación para guardar algunas cosas. Lucille atravesó inmediatamente la puerta, invitando a los guardias a escoltarla.

Justo cuando estaba a punto de cruzar el último pasillo que conducía a los jardines, se fijó en un caballo ensillado en uno de los patios del ala este. Curiosa, se acercó al muro bajo y vio a un caballero de la Ejecución abajo.

—Hola Gabin —dijo ella, asomándose al balcón.

El caballero jadeó antes de girar la cabeza.

—Hola, mi señora —respondió sonriendo.

Lucille se quedó en su caballo ensillado. Llevaba alforjas con libros, instrumentos de medición y armas que sobresalían.

—¿Adónde va? —preguntó con curiosidad.

—Al Centro, mi señora. Las criaturas de la oscuridad están causando miseria a la gente pobre.

—¿Cuánto durará esta misión?

—Yo diría que entre una y dos semanas. El primer pueblo que visitamos está a cuatro días de distancia a caballo, y los demás están todos cerca...

—Lady Lucille —dijo con voz oscura.

Los ojos de la bruja se volvieron hacia el recién llegado, un hombre alto de pelo largo y mirada burlona. Gauderic. Si todavía tenía alguna duda sobre las miradas descaradas que le dirigía, ahora estaba segura. Este hombre era un canalla de primera categoría, y la joven había disfrutado del momento en que Blake le había dado una violenta patada en las pelotas. Sin embargo, algo la inquietaba: si debía creer lo que había escuchado el día anterior, todo indicaba que el caballero conocía su secreto.

Podría haber prescindido de tal descubrimiento. ¿Lo sabía todo? ¿Debe preocuparse? Esa es una buena pregunta. El futuro se lo diría.

—Es hora de que me vaya —anunció, cortando el provocativo saludo del caballero.

—Adiós, mi señora —respondió Gabin.

Le sonrió, y luego se congeló al ver la mirada burlona de su compañero.

—Hasta pronto —respondió este último, más malvado que nunca.

Hubo un silencio y luego Lucille habló.

—Espero que se haya recuperado.

Gauderic frunció el ceño, sin ver a qué quería llegar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, con una sonrisa divertida.

—De tus pelotas —dijo Lucille—. Debo admitir que me sorprendió tu dolor allí: siempre pensé que no tenías ninguno.

Gauderic la miró de tal manera que Lucille no pudo evitar saborear el momento. A su lado, Gabin enarcó las cejas de forma medio confusa, medio perpleja. No lo entendió, y eso fue un mérito suyo. Lucille echó una última mirada a su compañero y luego giró sobre sus talones, decidida a alejarse de este oscuro personaje.

Se refugiaba en la esquina de un muro cuando oyó una voz femenina que resonaba entre las viejas piedras. La bruja se detuvo en seco, mirando por encima del hombro. Vio a Lady Meredith acercarse elegantemente a los dos caballeros.

Gabin se inclinó, seguido por su compañero.

—¿Adónde vas? —preguntó fríamente.

—Al Centro —respondió Gauderic.

La nellyse miró al cielo, como exasperada.

—Así que me dejas aquí —dijo ella, juntando las manos con gracia.

—Lo siento, mi señora.

Lucille abrió los ojos sorprendida por esta repentina cortesía. Gauderic había perdido su rostro sarcástico para dar paso a uno mucho menos despectivo. A pesar de su enorme tamaño y su cuerpo musculoso, parecía extremadamente tranquilo y reservado, como si Lady Meredith estuviera planeando ejecutarlo al menor error. El caballero que solía maldecir y burlarse a tiempo completo parecía haber desaparecido.

—Trata de no volver lesionado —anunció la occidental.

Los dos caballeros asintieron, como niños obedientes.

—En cuanto a ti —continuó, mirando al más alto de los dos—, córtate esa infamia que es tu pelo. Tú eres Gauderic, no Lady Katherine. Si Blake necesitara una mujer en la Ejecución, lo habría hecho saber.

El caballero no respondió, pero su oscura mirada decía mucho de sus pensamientos. A pesar de toda la audacia que el hombre mostraba en su vida cotidiana, se mantuvo sabiamente en su lugar y no tentó al diablo. Sin duda, sabía que responder de forma tan grosera a una dama de tanta importancia como Lady Meredith era un camino expedito hacia diversos castigos.

«A menos que...» reflexionó Lucille, mirando a los dos individuos.

A no ser que Gauderic y Lady Meredith se conozcan desde hace tiempo como para que el primero ceda tan fácilmente ante la segunda. Al fin y al cabo, el caballero le había dado su broche de ganador durante su lucha en los juegos. Era demasiado extraño para ser una coincidencia.

Lucille los miró por un momento, indecisa, luego dejó de observarlos y siguió su camino, con los guardias pisándole los talones. Giró hacia un pasillo y se encontró con varios hombres hablando en voz baja. Dudó en pasar, sintiéndose insegura, pero luego recordó que iba escoltada por guardias y dio el paso.

—¿Lady Lucille? —preguntó una voz.

La bruja se volvió y vio la cara de Sante. El hombre le sonreía.

—Lord Martinelli —contestó amablemente.

Detrás de su hombro, el resto del grupo la miraba con mala cara. Sin embargo, Sante no se desanimó. Tranquilizado por el breve intercambio con la dama, se separó del grupo, decidido a reunirse con ella. Nada más poner un pie delante del otro, los soldados de Lucille se adelantaron, sacando sus espadas ligeramente de las vainas.

El Martinelli se detuvo al instante, mostrando sus manos vacías con una mirada divertida.

—Está bien —dijo Lucille a sus acompañantes.

Los soldados dieron un paso atrás y dejaron pasar al sureño, que los esquivó con una mirada pícara.

—Me alegro de verle, pero tengo que irme —le dijo.

—¿A dónde vas? ¿Vas a visitar a tu marido?

—Sí —mintió.

No quería ahuyentarlo, pero la proximidad de ese hombre la incomodaba. Aunque le gustaba, no podía evitar pensar en las amenazas de Blake si alguna vez la veía en su compañía. Ya que Katherine había escuchado su conversación en el banquete del otro día, era arriesgado seguir hablando con él. La cabeza de Gemma estaba en juego.

—Está en la sala de armas —dijo Sante.

Lucille levantó una ceja.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he visto esta mañana.

—Ah. Bueno, yo... Voy a unirme a él ahora mismo.

—Bien, estaba a punto de ir al ala Oeste. ¿Tal vez podríamos caminar un poco juntos?

Lucille dudó, haciendo que su homólogo pusiera los ojos en blanco.

—Ahora eres su mujer —dijo bromeando—. Ambos sabemos que no tienes intención de defraudarlo. No tengas miedo.

—No tengo miedo —respondió ella, demasiado rápido para que pareciera natural.

—Así que vamos —dijo el otro.

La miró con ojos risueños, satisfecho de su capacidad para atraparla tan fácilmente. Consciente de su derrota, la joven aceptó.

—Bien —respondió encogiéndose de hombros.

Le sonrió y la invitó a caminar. Los guardias que estaban detrás de ellos se apartaron inmediatamente.

—¿Por qué tiene tanto interés en "caminar conmigo"?

No había olvidado que el hombre se había ofendido cuando le había ordenado que la dejara en paz. Sin embargo, ese día, ya no parecía guardarle rencor. Era como si el intercambio silencioso del día anterior hubiera borrado todo, eliminando permanentemente su breve altercado de los juegos.

—Porque tu presencia no es desagradable —respondió, cruzando las manos a la espalda.

Ella suspiró divertida y giró la cabeza hacia él.

—¿Qué va a hacer en el ala Oeste?

—Búsqueda de mapas en la biblioteca. La última vez me encontré con algunos ejemplares muy interesantes, especialmente en las clasificaciones de la Tierra de la Luz.

—¿De verdad? ¿Cómo has encontrado esas cosas? —preguntó Lucille, picada.

Se encogió de hombros.

—A fuerza de buscar. La biblioteca está muy bien organizada, pero algunos lugares son menos visitados que otros. A menudo es en estos lugares donde se encuentran las verdaderas pepitas de oro.

—Cómo le envidio —murmuró.

Las mujeres podían ir a la biblioteca, pero ciertas secciones estaban prohibidas para ellas. A pesar de su optimismo, Lucille no dudaba de que Sante había encontrado las cartas en una de ellas.

—Si quieres —anunció con una sonrisa cómplice—, te enviaré algunos ejemplares. No son muy generosos en las Tierras de la Luz, pero es mejor que nada.

Lucille levantó las cejas.

—Esto no sería muy bien recibido.

—Si Dios hubiera querido que las mujeres fueran incultas, difícilmente las habría dotado de una mente —dijo.

La bruja le miró sorprendida. Salvo Lady Meredith, nadie le había hecho ese tipo de comentarios desde que estaba aquí.

—Algunas personas piensan que necesitan un mínimo para criar a sus hijos —aventuró.

Sante se rio.

—Probablemente son las mismas personas que piensan que pueden comprar su entrada al cielo.

Se miraron y luego se rieron.

—Aquí estamos —dijo, señalando unas pesadas puertas de madera al final de un pasillo—. Intentaré encontrar más mapas.

—Gracias, señor Sante.

Se inclinó y la dejó, pero no sin dedicarle una última sonrisa. Observó su figura alejarse y luego se volvió, decidida a atravesar los jardines.

Caminaba por un estrecho pasillo cuando escuchó el sonido de espadas chocando. Miró con desconfianza las pesadas puertas de la sala de armas y se acercó, repentinamente llena de curiosidad.

Abriendo una de las puertas, llegó a un largo balcón del que descendía una amplia escalera de piedra. Abajo, dos hombres luchaban ferozmente. Reconoció inmediatamente a Blake Westridefort y a Sandro Martinelli. Los dos individuos parecían deslizarse por el suelo, tan fluidos eran sus movimientos. Sandro era impresionante, pero Blake parecía tener una habilidad dantesca para adivinar sus movimientos, tanto que se tomó la libertad de flanquearlo con la parte plana de su espada en el antebrazo.

El golpe no mostró gran brutalidad, pero fue suficiente para que el joven caballero chillara y se girara rápidamente para escapar de otro golpe de su oponente.

Apenas tuvo tiempo de hacer este gesto cuando Blake le dio una gran patada en la espalda, haciéndole caer lamentablemente hacia delante. Inmediatamente estallaron las risas. Lucille se acercó al balcón y vio al resto de los caballeros sentados tranquilamente en el fondo de la sala. El mayor de ellos aplaudía con una mirada sabia y compasiva.

—Me has golpeado por la espalda —gritó Sandro, limpiándose la nariz ensangrentada.

Blake bajó su espada.

—Peleas como un perfecto caballero de la corte. A las criaturas de la oscuridad no les importa el código de la caballería: atacan donde hay debilidad. Ahora deja de quejarte y levántate.

Sandro sonrió aún más y se puso en pie, oliendo con fuerza.

Blake se estaba apartando para dejarle suficiente espacio, cuando vio a Lucille. Distraído por su presencia, su mirada se detuvo en la de ella, cuando Sandro se lanzó sobre él para asestarle un violento rodillazo en el flanco izquierdo.

El señor dejó escapar un grito de dolor y se agachó para cubrir la zona magullada de su cuerpo.

Orgulloso de su pequeño efecto, Sandro sonrió ampliamente, pero se detuvo de inmediato cuando Lord Westridefort lo fulminó con la mirada.

—Acabas de decirme que las criaturas de la oscuridad atacan donde ven una debilidad. ¡Vi tu flanco herido en la justa y me defendí en consecuencia!

Detrás de ellos, los otros caballeros se rieron a carcajadas.

Blake los miró con desprecio, lo que no surtió efecto, y luego comenzó a desatar con rabia la protección de entrenamiento que llevaba. Cuando se la hubo quitado, se levantó un lado de la camisa para comprobar que la herida no estaba abierta, y luego la bajó con rabia.

—¡Te tiene! —se rio un caballero con voz cálida.

Tenía el pelo rizado, cruzado entre el marrón y el rojo, y una mirada de insolente claridad, similar a la de su señor. Su cara estaba bien hecha, al igual que su cuerpo, que parecía parecerse al de los atletas legendarios. Apoyado en una columna, comía ruidosamente una manzana.

—¿De verdad, Tristán? —se molestó Blake, girando la cabeza hacia él.

—Lo siento, mi señor, pero mantengo lo que he dicho —respondió el caballero.

Su sonrisa era tan grande como sus orejas.

—Geoffrey —llamó de pronto el señor—, ¿qué te parece, tú que siempre eres sabio?

Se dirigió al hombre más viejo de la sala. Lucille lo reconoció inmediatamente como compañero de equipo de Sandro. Su gran frente y sus numerosas arrugas no se le habían escapado. El hombre no era un joven.

—Bueno... —dijo reflexivamente—, creo que Monseñor se distrajo con su mujer, y eso le honra.

Los demás caballeros le miraron con incredulidad y luego levantaron la cabeza a coro.

Cuando vieron a Lucille desde el balcón, se levantaron y la saludaron respetuosamente. Siguieron algunas sonrisas y cumplidos hacia ella antes de que los caballeros iniciaran un animado debate sobre la victoria de Sandro. Por desgracia para Blake Westridefort, la mayoría de sus hombres coincidieron en que el golpe de su oponente había sido decisivo, lo que no parecía afectarle.

—Creo que el chico hizo lo correcto —dijo Geoffrey, guiñando un ojo a su compañero.

—Le dijo que se levantara —intervino otro caballero con un mohín enfurruñado—. Era una señal para que se detuviera.

Hubo protestas, seguidas de palabras entremezcladas; cada uno dando su opinión como si fuera una cuestión de estado. Solo Blake los miraba sin decir una palabra, dando la impresión de que estaba sopesando los pros y los contras.

Lucille bajó los escalones para acercarse a la refriega.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el señor.

—El azar me trajo hasta ti —respondió sin mucha convicción.

Blake no tuvo tiempo de responder. Frente a él, las voces se intensificaron:.

—¡No me comporté como un cobarde!

—Se podría considerar que la jugada es una prueba de engaño —se burló un caballero.

Tenía las mejillas hundidas, una protuberancia en el puente de la nariz y el pelo negro azabache. Sus ojos, tan oscuros como el resto, no mostraban nada de encanto. Lucille lo encontró

extraño. El hombre tenía un mohín de indiferencia, pero su voz era extrañamente traviesa.

—¡Sigard, me decepcionas! Solo estaba llevando a cabo el consejo del señor. Él me golpeó en la espalda, yo le golpeé en el costado.

—Estoy de acuerdo con él —intervino Geoffrey entre protestas.

Las discusiones se reanudaron, haciendo que las voces resonaran contra los altos techos de la sala.

Buscando la opinión de Lucille, Blake la miró durante unos segundos, esperando su respuesta. Indiferente a la pregunta, la joven se encogió de hombros. Ella no tenía opinión.

—El señor estaba distraído con su esposa —dijo Geoffrey entre argumentos—. El error está, por desgracia, de su lado. Está enamorado de su dama.

Hubo risas, seguidas de argumentos polémicos.

—Una mujer tan hermosa... —susurró débilmente una voz desde un lado.

Tristán se había inclinado hacia el oído de Sigard. Había pensado ser discreto, pero, por un golpe de suerte, las voces se habían apagado, haciendo que Lucille y Blake fueran los principales espectadores de su pequeño comentario.

—Mis disculpas —se justificó de inmediato, inclinándose hacia adelante confusamente.

Sorprendido, dejó caer la manzana y esta rodó hasta los pies de Lucille. Dudó un momento, luego se inclinó y se la entregó.

—Gracias... —dijo el caballero.

La bruja se sorprendió de la timidez de su voz. A pesar de su buen aspecto, el hombre bajó la cabeza lastimosamente, mostrando solo su revuelto pelo rizado castaño.

—Me inclino ante ti, Sandro —dijo Blake de repente.

Fingiendo que no había pasado nada, el señor dejó de mirar a Tristán y giró la cabeza hacia Sandro que, satisfecho con este comentario, no pudo evitar una pequeña sonrisa de complicidad. Lucille reconoció inmediatamente la cara de Sante. Tenían que ser hermanos.

—No te emociones demasiado —dijo Blake, mirando a los Martinelli—. Tu nórdico es tan malo como la propiedad de Gauderic. Geoffrey te hará estudiar el idioma durante el resto del día —anunció, acercándose a las escaleras.

—Mi señor... —protestó Sandro.

—Una palabra más y te haré vivir con mis sirvientes. Esta sería una excelente manera de formarte.

—Pero...

—¿Quieres que te pida una cama en el ático? Te acompañarán los que trabajan en las cocinas: están acostumbrados a los ambientes húmedos.

Sandro frunció los labios y admitió su derrota.

—Eso es lo que pensé —dijo Blake.

Invitó a Lucille a subir y luego se dirigió a Tristán.

—Quédate en tu sitio —dijo con frialdad.

El caballero frunció los labios, visiblemente molesto. Blake lo observó durante unos segundos, quizás buscando una posible rebelión, y luego subió los escalones antes de salir bajo las miradas curiosas de los demás caballeros.

Lucille esperó a que él cerrara la puerta tras ellos antes de soltar la lengua.

—No quería ofenderte —empezó diciendo—. Fue un accidente.

Blake frunció el ceño, obviamente sorprendido de que ella lo defendiera.

—Sin embargo, lo hizo. Comentando la apariencia de mi esposa frente a mí... Podría hacer que lo golpearan por eso.

Lucille no pudo evitar poner los ojos en blanco. Este Tristán decía una cuarta parte de lo que decía Gauderic a diario. Al lado de las palabras groseras de este último, el comentario del joven sonó dulce a sus oídos.

—¿Humillarías a este caballero cuando su comentario fue probablemente lo más bonito que he oído desde que estoy aquí?

Fue más para molestar al señor que para salvar a Tristán. Blake la miró con mezquindad.

—Lo siento —se burló—. No sabía que te gustaba ese tipo de comentarios.

—Bueno, ahora ya lo sabes —le desafió ella—. Incluso diría que me alegra el día.

En realidad, no le importaba oír comentarios sobre su aspecto, pero contradecir a Lord Westridefort era una distracción poco frecuente.

—¿Alegrarte? —preguntó Blake—. ¿Es así?

Lucille asintió con energía.

—En ese caso, ¿quieres que te lo diga? ¿O prefieres que ordene a Tristán que venga aquí y lo haga de nuevo? Su comentario seguramente será suficiente para "alegrar" tu día.

Lucille le miró ofendida: ahora su pequeño juego le salía por la culata.

—Desde luego que no.

—Bien por ti, Lilesis. Le habré ganado —rio, claramente satisfecho con su pequeña broma.

Lucille suspiró molesta.

—Me gustaba más cuando no me hablabas. Aunque no lo hicieras, tus chistes eran más divertidos que los que haces ahora.

La mirada de Blake cambió por un breve momento, pero se recuperó rápidamente para mostrar solo su habitual indiferencia. Sin embargo, Lucille sintió que su comentario le había picado. Satisfecha, se dio la vuelta y se dirigió a sus guardias para volver a sus aposentos. Ahora no tenía ningún deseo de pasear por los jardines.

—¿Adónde vas, Lilesis? —le preguntó de repente, interrumpiendo su paseo.

—A casa —respondió.

Asintió y despidió a los guardias.

—¿Cómo estás vestida? —preguntó mientras se acercaba a paso lento.

—¿Qué? —preguntó ella, desconfiada.

Caminó alrededor de ella y la miró de arriba abajo.

—Eso es todo —dijo con frialdad.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a caminar.

—No tengo ganas de caminar.

En realidad, ella no quería caminar con él. Aunque su instinto le decía que no pasaba nada, ser la única persona que hablaba con el señor la intimidaba. Él la hacía sentir incómoda, y ella no quería sentirse avergonzada por la idea de no tener nada que decirle, lo cual era probable que ocurriera si él la forzaba.

—No era una propuesta, Lilesis.

—Me lo esperaba —respondió.

—¿De qué?

—Que no me dejas otra opción.

El señor sonrió.

—Entonces sabes lo que tienes que hacer.

Lucille contuvo una mueca y le siguió por los pasillos.

Capítulo 33

Curiosamente, tomaron el camino a través de los jardines, y pronto llegaron al exterior, donde el calor ambiental era insoportable. Sin embargo, en lugar de dirigirse a los parques, el señor fue en dirección contraria y se alejó lentamente de los muros del castillo.

Al cabo de un rato, entraron en un bosque rebelde, uno de los que aún no habían sido destruidos por el arquitecto del rey, y se resguardaron del sol.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella al ver que se metía en unas hierbas altas.

—Lo verás en unos minutos —respondió el otro.

—Bueno... —suspiró, sabiendo muy bien que no conseguiría nada más. Sin embargo, la curiosidad era más fuerte—. ¿Vas a llevarme a cazar otra mascota? —le preguntó ella, siguiéndole hacia la maleza.

—No —respondió.

—¿Un duende? —preguntó entonces.

—No —dijo de nuevo.

—¿Un dahut?

—No seas ridícula, estas criaturas solo existen en los cuentos.

—¿No es un demonio después de todo?

Se detuvo en seco y la miró condescendentemente.

—Me gustaba más cuando no me hablabas. Aunque no existieran, tus comentarios eran más inteligentes que los que haces ahora.

Lucille se estremeció y abrió la boca, sorprendida por su respuesta. Pero después de una pausa de unos segundos, durante la cual el señor aprovechó para reanudar su camino, se encontró con una sonrisa traviesa.

—Te he ofendido, ¿verdad? —preguntó ella, levantando la voz para que él pudiera oírla bien.

Curiosamente, no replicó.

«Touché» pensó Lucille y no pudo evitar saborear su victoria. Herirle era una satisfacción que ella no descuidaba de ninguna manera. Era casi placentero.

Frunciendo los labios para no soltar una risa, se echó el pelo largo hacia atrás y empezó a caminar por la hierba alta: puede que los árboles les protegieran de los rayos del sol, pero el calor ambiental no los disminuía, y el caminar y el peso de su vestido no ayudaban a su situación.

Mientras sacaba una rama de un pliegue de su vestido, oyó unas risas. Sorprendida, giró la cabeza y vio un grupo de nobles a su izquierda, discutiendo en un camino mucho más transitable.

En principio, debería haberse preguntado por qué el señor prefería la hierba alta a un camino de tierra, pero, en cambio, la joven se preguntó por qué Valentina Rossi, su enorme perro negro y su hermano gemelo estaban en ese grupo de nobles.

Se estremeció al ver que la cortesana sonreía ampliamente, y luego se volvió hacia el señor. Él había fingido no darse cuenta, pero ella había captado su mirada furiosa.

Claramente consciente de que le habían pillado con las manos en la masa, Blake desenfundó su espada y cortó las hierbas más molestas para despejar un camino lejos de los caminantes.

Lucille lo siguió, aventurándose por el estrecho sendero. El camino subía por una ladera rocosa, lo que obligó a la joven a coger un bastón. Empezó a usarlo para barrer la maleza y,

finalmente, lo utilizó para ayudarse a trepar. Moviéndose con cautela detrás del señor, empezó a notar que el tiempo se ralentizaba.

—¿Te gusta? —preguntó mientras metía el palo entre dos piedras.

El hombre levantó una ceja.

—¿Quién? —preguntó con suspicacia.

—Tu cortesana. Valentina Rossi.

La pregunta debió parecerle extraña, pues frunció el ceño.

—¿Por qué te diría eso? ¿Planeas envenenarla?

Lucille tuvo la tentación de decirle que había sido la cortesana la que había intentado acabar con su vida, pero prefirió guardarse la historia para sí misma.

—Si eso evita revelar mi identidad, sí. Aunque dudo que esa amenaza te quite el ánimo —se burló.

—No te preocupes, Lilesis, a diferencia de Sigard, la prefiero viva a muerta —respondió sarcásticamente.

Lucille frunció el ceño, sin entender a qué se refería, y luego decidió que era mejor para ella no saber cuál era la oscura historia.

Siguiendo su camino, Blake cortó una raíz que serpenteaba en el suelo y se volvió hacia ella.

—No, no me gusta —dijo con calma.

—¿Por qué sigues con esa mujer, entonces?

Blake le miró con malos ojos.

—Si quieres aprender sobre la vida, díselo a Lady Meredith. Estará encantada de explicarte los placeres del púlpito.

Pregunta estúpida, respuesta estúpida. Lucille se sintió terriblemente tonta e ingenua, lo que pronto hizo que le ardieran las mejillas, y no ayudó cuando se dio cuenta de que el señor sonreía de una manera demasiado pícara para estar desprovista de pensamientos oscuros. De pie frente a ella, la miró con ojos burlones.

—Parece que te falta el aire de repente, Lilesis.

Sintió que las llamas le subían a la cara y en su vergüenza se chocó con una piedra. A duras penas se agarró a su bastón.

—¡Oh, basta! Mi pregunta era más bien: ¿por qué te quedas con alguien que podría contagiarte la sífilis?

—No creo que sea apropiado recibir lecciones de higiene de alguien que se ha criado en una granja —respondió, continuando la marcha.

Lucille se detuvo en seco, ofendida por su respuesta. Dio un pisotón en el lugar y luego exclamó:

—Al ritmo que fornican, pronto ocuparán su lugar entre los conejos y el ganado.

Su voz resonó en el bosque.

Blake se volvió para mirarla inquisitivamente.

—Controla tu lengua, Lilesis, o te juro que haré que le corten la lengua a tu sirviente.

—Olvidé que no tenías piedad —se burló—. Lo cual no es tan sorprendente, considerando que no amas a nadie.

Levantó una ceja, claramente sorprendido por su respuesta.

—¿Qué te hace decir eso?

—Eres tan frío como el invierno —dijo resignada—. No, tú eres el invierno —corrigió ella.

—Supongo que tengo que aprender algunas lecciones de ti.

—Puede que sí —respondió ella.

—¿Amas a alguien, Lilesis?

Lucille frunció los labios.

—Por supuesto —se justificó—. Me agrada mucho Lady Meredith... Y... El caballero Gabin —respondió finalmente, subiendo a una piedra.

El camino era ahora caótico y subía por una pendiente seca que no era muy agradable para su ropa. Así colocada en su promontorio, era una buena cabeza más alta que Blake, lo que le resultaba bastante agradable.

—¿Es un amor verdadero, Lilesis?

—Por supuesto —preguntó, orgullosa de su respuesta.

—¿Así que supongo que eres capaz de sacrificar tu vida por la de ellos?

—Bueno... —dudó—, no tengo que preocuparme por cosas tan malas.

—Entonces no sabes nada del tema del que hablas —respondió este último.

Lucille lo miró desde lo alto de su piedra.

—Es cierto que no me entretengo con este tipo de tonterías —dijo con seguridad, pensando que el señor debía saber seguramente de qué estaba hablando, ya que la revisión de sus sentimientos no debía ser mucho más establecida que la de una pequeña piedra.

La miró pasivamente y luego la soltó:

—Qué triste es tu vida, Lilesis. Me da pena.

Subió la piedra de una sola zancada, pasando por ella como una corriente de aire.

La bruja le miró fijamente, ofendida.

—No te lo permito —se burló—. ¿Quién eres tú para darme lecciones?

—Un hombre que ya se ha enamorado —respondió.

Ella le miró, atónita. Le parecía increíble.

—¿Quién fue la afortunada? —preguntó sarcásticamente.

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? —respondió el otro, echando una mirada maliciosa por encima del hombro.

Lucille se quedó paralizada durante unos segundos, sorprendida por su provocación, y luego puso los ojos en blanco. Era obvio que quería saber, pero no quería demostrarlo. Afortunadamente para ella, el señor no se quedó callado.

—Era una señora del Centro —respondió.

—¿Del Centro?

—Cuando eres joven, no te importa la familia de tu amante.

Tomó un camino sinuoso por la ladera de un montículo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Lucille, luchando por quitarse el vestido.

—Se casó y tuvo hijos —respondió simplemente.

—¿Estás decepcionado?

—No, no lo estoy. En el momento de su boda apenas la había visto. Estaba constantemente de viaje con mi maestro.

—¡Ah, así que no eres más sensible que yo a este tipo de cosas!

Dejó de caminar para observarla:

—La diferencia entre tú y yo es que yo sé de lo que hablo —dijo—. Mi experiencia fue breve, pero hermosa mientras duró.

Levantó la vista para ver un par de gorriones refugiados en un árbol, y luego siguió caminando, dejándola atónita. Se sintió tonta por haber pensado que Lord Westridefort era un hombre sin facetas, sin relieve. Claro que tenía su carácter, pero el hecho era que era un ser vivo

como cualquier otro, con sus sentimientos y su historia.

¿Por qué se sorprendió tanto? Probablemente porque desde el principio se había formalizado en la idea de que él era solo una roca.

—La colina no subirá sola.

Blake le esperaba en la cima.

Volviendo en sí, la joven asintió brevemente con la cabeza y luego comenzó a subir la pendiente que la separaba de su marido. Cuando lo alcanzó, tomó aire y utilizó su bastón para subir los últimos metros que la separaban de él. Al ver su vergüenza, le tendió la mano para ayudarla a subir, lo que ella rechazó cortésmente, encontrando sus propias marcas en otra parte.

Cuando por fin llegó a su lado, tuvo tiempo de sobra para fijarse, entre sofocos y dolores por el corsé, en una alta torre medio devorada por las zarzas y la hiedra.

La bruja miró hacia arriba para admirar la altura.

—¿Qué es este edificio?

—Una vieja torre de vigilancia —respondió Blake—. La vista desde la cima es bastante impresionante. Tienes que verlo antes de irte.

Lo observó acercarse a la torre, inmóvil.

—¿Y bien? —le preguntó al ver que ella no activaba la marcha adelante.

—¿Me traes aquí solo para ver el paisaje?

Blake dejó escapar un suspiro.

—¿En serio crees que me voy a lanzar sobre ti en cuanto entremos?

En respuesta, se encogió de hombros.

—Vamos —se burló, claramente emocionado.

Lucille observó la parte superior de la torre y luego siguió al hombre. Pasó un arco que servía de entrada y se adentró en la oscuridad del edificio.

—Ten cuidado con los escalones, no hay antorchas para iluminar el camino —señaló.

Ella asintió y subió las escaleras con su bastón.

Cuando llegó a la cima, la luz del sol la deslumbró, haciendo que sus ojos se entrecerraran. Al abrir los párpados, se quedó sin aliento al ver que las vistas daban a todo Fontanelle.

Los edificios más grandes de la capital eran ridículamente pequeños, y el mar se extendía hasta donde alcanzaba la vista alrededor de las islas. Abajo, con un estruendo de espuma y guijarros, las olas de color zafiro se estrellaban con fuerza contra los pies del acantilado.

Lucille observó el espectáculo y luego apoyó las manos en el muro bajo de la torre, con cuidado de no caer.

—¿Por qué está abandonado este edificio?

Blake se puso a su lado.

—La torre se utilizaba antiguamente como vigía de los ataques paganos —respondió Blake.

Era cierto. Los llamados "herejes" siempre han negado la existencia de Dios. Preferían sus propias deidades: seres poderosos, cada uno con un poder particular. Tras años de condenas por herejía y algunas decenas de rebeliones de una violencia sin precedentes, la corona acabó exiliándolos al centro del mar, tres siglos atrás. Desde entonces, se han adaptado a su nuevo territorio y reinan en parte del Brazo del Gran Cywin.

—A veces vuelven a atacar nuestras costas —dijo Blake de repente.

—¿Por qué razón? —preguntó la bruja.

Blake se encogió de hombros.

—El atractivo de la ganancia. Saquean, matan, secuestran y luego vuelven al mar.

Lucille se puso las manos en las caderas.

—¿No envía el rey ejércitos?

—En tierra, sí. En el mar, no.

La joven levantó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque su flota es inmensamente poderosa, y las islas que ocupan son difíciles de localizar. Si se les ocurriera la descabellada idea de lanzar tal cruzada, los ejércitos avanzarían a ciegas y serían masacrados.

—Entonces... —dijo Lucille—, ¿dejamos que los paganos se enriquezcan y esperamos que se aburran?

—Así es —respondió Blake.

—Esto es algo absurdo.

—Política, Lilesis.

Lucille chasqueó la lengua.

—¿No tendría el rey interés en salvaguardar a su pueblo? ¿Por qué no iba a llegar a un acuerdo?

Blake sonrió.

—Al rey no le importa que su pueblo muera, especialmente si es una minoría. La guerra es cara, y los acuerdos también, Lilesis. Donde tú ves sufrimiento, él ve un déficit.

—¿Sigue sin importarle al Rey la situación de los pequeños?

—Bastante a menudo —respondió Blake.

—Es un egoísta.

—Es un rey —se limitó a corregir el señor.

Lucille lo miró, entrecerrando los ojos. ¿Acaso era de extrañar que lo defendiera en todas las circunstancias?

—¿Le hablaste de la monstruosa locura de Girart Sans Personne?

Blake enarcó una ceja.

—Por supuesto —respondió.

El corazón de Lucille dio un salto.

—Y... ¿Qué ha decidido?

—Su Majestad no desea actuar en este momento.

Lucille frunció el ceño con fuerza.

—¿Le dijiste que una de tus súbditas había muerto?

—Por supuesto.

—¿Y le explicaste que Girart pretendía matarme enviándome a ese maldito pantano?

—También.

Abrió la boca con indignación.

—Pero... ¿A qué espera para emprender acciones?

—No es tan sencillo —respondió Blake—. La corona es pobre, y el rey está contando el dinero que le queda. Enviar un ejército y luchar contra Girart sería una pérdida colosal. Y aunque tuviera la cabeza, no encontraría a ningún señor lo suficientemente estúpido como para tomar sus aposentos —explicó, caminando a lo largo del muro bajo.

Lucille movió la cabeza de un lado a otro. No podía ser cierto. Desde que estaba ahí, Blake y Alaric II eran tan amigos. Se había enterado de que habían crecido juntos, y el propio rey lo presentaba en la corte como su hermano. ¿Por qué no actuó en su favor?

Volviendo a sus cabales, alcanzó al señor a pasos cortos.

—El rey no tiene dinero para mantener el orden, pero tiene el suficiente para organizar

fastuosos juegos? ¡Eso es lo más absurdo que he oído nunca! Tú eres como su hermano, y yo se supone que soy tu esposa. ¿No te ama lo suficiente como para vengar la ofensa que me hicieron?

Blake dejó de caminar.

—El rey piensa según sus prioridades.

—No puedo creer tal cosa —soltó Lucille, repentinamente molesta por la situación—. Te sacrificas por él y no te lo devuelve de ninguna manera.

—Así son las cosas —respondió Blake—. Es egoísta, pero es el rey. Nos hemos criado juntos y le he prometido lealtad para el resto de mi vida. Sacrificar mi disgusto por sus propios caprichos también forma parte de ese acuerdo sagrado.

—¿Y hasta dónde estás dispuesto a extender tus sacrificios?

Blake le dirigió una mirada socarrona.

—¿Y tú, Lilesis? ¿Hasta dónde estás dispuesta a extender tus sacrificios?

Lucille frunció los labios.

—¿Qué quieres decir?

—Deseas ver la cabeza de Girart en una pica. ¿Por qué quieres verlo?

La joven le miró con incredulidad.

—Porque está loco —se justificó ella, sin ver a dónde quería llegar—. Su pueblo está muriendo, y su egoísmo no está ayudando.

Blake soltó una risa quebradiza.

—Ahora te preocupa la gente —se burló.

—¿Por qué te sorprende?

—Porque no te importa nadie más que tú misma.

Lucille le miró fijamente.

—Eso no lo sabes.

—Oh, sí —respondió con una sonrisa malvada—. Eres más egoísta que el Rey, Girart y Katherine juntos.

Lucille se rio a carcajadas.

—¿Perdón? ¿Me estás diciendo eso a mí?

—Por supuesto.

—¿Y se puede saber lo que vale un juicio así para mí? espetó.

Blake la miró con sus ojos de hielo.

—El día de nuestra boda te pedí un favor... —comenzó.

Lucille sintió un escalofrío que la recorrió.

—No hables de eso —amenazó.

—Y este debe hacerse dentro de cinco días...

—Cállate.

—Es un sacrificio que salvaría a la gente que parece importante tanto en este día...

—Me juraste que no me obligarías —gritó ella, agitando un dedo amenazador en su dirección.

Entrecerró los ojos al ver su dedo índice levantado en el aire, claramente sorprendido de que se permitiera tal cosa. Lucille lo imitó y luego dobló el dedo hacia atrás, avergonzada. Había que admitir que, además de descortés, era muy innecesario.

—Por tercera vez, cumpliré mi promesa, Lilesis —la tranquilizó Blake.

—Entonces, ¿por qué vuelves a sacar esta conversación?

La fulminó con la mirada.

—Porque odio la hipocresía. Pretendes preocuparte por la gente de Girart cuando un acto

tuyo podría salvarlos.

—Es algo que no puedo hacer —justificó.

—Claro que sí —respondió él—. Todo lo que tienes que hacer es entregarte a mí. Solo una vez. Solo una vez.

—No lo haré.

Blake la miró. Se encontró brevemente con su gélida mirada juzgándola desde su titánica altura, y no supo cómo justificarse ni cómo explicar lo que sentía. Ella conocía esos ojos llenos de condescendencia, llenos de juicio... No le gustaban. Más que enfadarla, la hacían sentir incómoda.

—Así que solo piensas en ti —se burló Blake—. Te olvidas del sufrimiento que puedes evitar y de la gente que puedes salvar. Pisoteas la vida de cientos de miles de almas por un capricho.

Lucille se estremeció y volvió los ojos hacia él.

—No es un capricho —dijo.

Ella le miró con mala cara, sintiendo un fuerte calor en las mejillas. La mirada de él la hirió, y tuvo un impulso irresistible de darle una patada en la espinilla. Sin embargo, ella se quedó allí, inerte, mirándolo con consternación. Quizá fue esta constatación la que hizo que Blake Westridefort dejara inmediatamente de juzgarla con suficiencia y relajara los rasgos de su rostro.

—Si aceptas que se selle nuestra unión, te das cuenta de lo que Katherine quiere hacer conmigo, y nos permites luchar contra algo que va a sembrar mucho dolor.

Había bajado la voz y se había inclinado hacia ella para mostrar su sinceridad. Lucille lo miró con gran dificultad. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Estás tratando de hacerme sentir culpable —dijo en voz baja.

Blake frunció el ceño, obviamente molesto por lo que acababa de decir. Giró bruscamente la cabeza de izquierda a derecha, como si ella acabara de dar una respuesta equivocada a una simple pregunta.

—No, Lilesis. Estoy tratando de hacer todo lo posible para que el paisaje que ves hoy no sea lamido por las llamas mañana.

La había agarrado por los hombros, lo que la sorprendió considerablemente, pero no hasta el punto de ponerla histérica. En el fondo, ella sabía que él tenía razón. Ella podía verlo en sus ojos y en su forma de hablar.

Quiso decirle que entendía sus palabras, y que estaba de acuerdo con ellas, pero que simplemente estaba más allá de su comprensión. Hacerlo la asustó. La sola idea la ponía enferma, y habría dado cualquier cosa por que otra persona hiciera el trabajo por ella. Sin embargo, por un segundo se imaginó diciendo que sí, una idea que se esfumó en el momento en que apareció en su mente. Nunca más volvería a pasar por eso con nadie.

—No te ayudaré —dijo finalmente.

Blake no ocultó su fastidio. Dejó caer los hombros y la miró fijamente.

—¿Por qué finges no entender? El Maligno no hará ninguna diferencia. No te salvará de ninguna manera, y menos cuando sepa que una vez fuiste mi esposa. Crees que estás evitando más sufrimiento cuando en realidad estás ayudando a producir más. ¿No ves que estoy tratando de salvarte a ti también?

Lucille tragó.

Ahora había tocado algo en lo que ella nunca había pensado. Aunque el Maligno volviera a aparecer, a ella nunca se le ocurriría hacerse pasar por uno de sus aliados. En cuanto al hecho de que estaba tratando de salvarla... Ella solo le creyó a medias. Él no era así. Intentaba hacerla

retroceder.

—Lo estás haciendo de nuevo... —dijo ella, alejándose de él.

—¿De qué estás hablando?

—Haciendo que me sienta culpable.

Esta conversación empezaba a ser peligrosa.

—No pretendo que te sientas culpable, sino que abras los ojos.

—Me niego —le espetó—. ¡¿Puedes oírme?! ¡Me niego! —Se puso de puntillas para hacerse más alta a sus ojos—. Si aceptas el destino que Katherine ha planeado para ti, ¡bien por ti! Por mi parte, me niego a estar de acuerdo con ella y a sacrificarme por una causa que no he elegido.

Blake adoptó su aire gélido.

—Entonces morirás.

Lucille lo miró fijamente. ¿No era él quien, unos segundos antes, había afirmado querer salvarla?

—Entonces moriré —repitió ella, dominada por la ira.

Se observaron durante un momento, luego ella tomó su bastón y se dirigió a las escaleras de la torre.

Capítulo 34

En el exterior, tomó el empinado camino a paso ligero, y se apresuró a salir del alcance del señor. Molestando a su ingenuidad, se comprometió a no volver a hablar del tema con él, aunque tuviera que hacer oídos sordos.

Había dado por terminada la conversación no porque le molestara, aunque no se puede negar que lo hacía, sino porque le parecía profundamente peligrosa. Blake estaba planteando todo lo que ella más temía: el sufrimiento injustificado de los demás. Lo quisiera o no, él había plantado su semilla venenosa, y por primera vez ella había pensado en su propuesta. Es cierto que solo había durado un segundo y que su mente seguía firme en la respuesta, pero aun así lo había pensado. Y eso, Lucille no lo apreció.

—Que se vaya al diablo! —gritó, golpeando su bastón contra el primer árbol que apareció. Al hacerlo, su pie resbaló en una serie de grava y se encontró en el suelo, con la pierna raspando hacia arriba y hacia abajo—. ¡Forka! —exclamó, apartando con rabia una lágrima que amenazaba con resbalar por su barbilla.

Cogió su bastón y se ayudó a subir.

Estaba comprobando la hinchazón de su tobillo cuando oyó voces desde un lado. Frunciendo el ceño, se inclinó hacia delante para ver de quién se trataba y vio a tres hombres que venían por el camino, ricamente vestidos. En la chaqueta de uno de ellos, tres esferas amarillas rodeaban un sol.

«Martinelli» pensó mientras se agachaba.

Eso era todo lo que se necesitaba.

Lucille miró por encima de su hombro, pero solo pudo ver la cima de la colina que acababa de descender. Se refugió detrás de unos arbustos, prefiriendo ponerse a cubierto. En la familia Martinelli, su único aliado era Sante, y era mejor no tentar al diablo caminando delante de ellos, especialmente como esposa del albacea.

—¡Eres peor que un perro, Aldo! Fornicas todo lo que pasa.

Lucille se inclinó para ver al grupo. Los tres hombres habían dejado de caminar para hablar. El más alto de ellos, sin duda el mencionado Aldo, levantó un dedo en el aire.

—Déjame corregirte —anunció con una sonrisa burlona—. A diferencia de ese pendejo de Richard, yo solo fornico a las mujeres.

Los tres hombres se rieron a carcajadas y Lucille levantó las cejas con desconcierto.

—¿Y? —preguntó uno de los hombres—. ¿Cómo se llama la última?

Aldo se encogió de hombros.

—Ella no es de nuestro mundo. Es una sirvienta.

Los dos hombres soltaron un "oh" sorprendidos y volvieron a reírse.

—¿Quién es ella? —preguntó uno de ellos.

—Una bonita morena —dijo con picardía.

—No nos dice quién es.

Aldo se rio.

—Es un secreto entre ella y yo. Supongo que entiendes que no me interesa en absoluto que pierda su trabajo.

Los dos acólitos se rieron.

—Al menos una pista —exigió uno de los hombres.

Aldo levantó la vista para pensar.

—Solo puede ver por un ojo —dijo.

Lucille se pellizcó la nariz, al igual que los demás hombres.

—Pero... ¿Está desfigurada? —preguntó uno de los dos.

—¡Dios, no! —se burló Aldo, claramente preocupado de que la gente pensara que estaba fornicando con una mujer fea—. Nació así, pero su cara sigue siendo la más agradable.

—No dudamos de tu buen gusto, mi querido primo. Dicho esto, debe ser muy bonita para que tus ojos hayan encontrado el camino hacia su mirada de criada.

—Lo confirmo —terminó el otro.

Miró el camino que conducía a la cima de la colina y luego hizo una mueca de dolor.

—Sigue sin mí, tengo trabajo que hacer.

Los dos hombres asintieron antes de iniciar el camino. Aldo los vio desaparecer por la ladera y se volvió para aventurarse entre los arbustos.

Lucille se puso rígida en cuanto oyó que sus botas aplastaban las hojas secas que conducían directamente a su escondite. Mirando a su alrededor, dudó en saltar a un nido de ortigas, luego se obligó a quedarse quieta, consciente de que el menor ruido la delataría.

A medida que los pasos del hombre se hacían más insistentes, ella vislumbró su sombra, y luego lo vio moverse repentinamente más allá de su arbusto sin mirar a un lado. De espaldas a ella, observó el resto del bosque por un momento, luego se desabrochó los pantalones y orinó sobre el tronco de un árbol.

Lucille no sabía si estaba inmóvil por el miedo o por la extrema incomodidad que sentía en ese mismo momento. Con las manos agarrando su bastón, esperaba que el hombre se diera la vuelta sin mirar a su alrededor. Evidentemente, no fue así: al abotonarse los pantalones, dio un violento salto al ver a la joven.

—¿Qué...? —comenzó, pero Lucille le cortó:

—Me he perdido —dijo, girando la cabeza para encontrar el camino.

Sus ojos se posaron en un camino y se apresuró a recorrerlo con la ayuda de su bastón.

—Espere un momento —dijo.

De una sola zancada la agarró del brazo y la hizo girar como un timón. Lucille sintió que su corazón se elevaba, pero fingió estar perfectamente tranquila.

—¿Sí? —preguntó ella, separándose más bruscamente de lo que quería.

—Conozco su cara —dijo Aldo, entrecerrando los ojos—. ¿No es usted la esposa del verdugo? ¿Lucille Westridefort?

Se estremeció. De repente sintió como si toda la corte la conociera sin que ella lo supiera.

—No —respondió ella, con cara de falsa ofensa.

Aldo le sonrió con una mirada demasiado simpática para ser auténtica.

—Interesante. Entonces, ¿a quién se refieren las iniciales?

Entrecerró los ojos en su escote, destacando el collar que le había regalado Lady Gisla: una "S" y una "W" entrelazadas. Lucille tragó. Era difícil que quedara más claro. Al sentir el cambio de viento, retrocedió lentamente, sin querer exponerse más a la longitud de sus brazos. Por desgracia, el hombre no tardó en avanzar.

—¿Dónde está su marido? —preguntó con una sonrisa que se extendía hasta sus orejas—. ¿No habrá sido tan tonto como para dejar a su mujer sola en este bosque?

Lucille dejó de temblar. Ella conocía ese tipo de sonrisa.

«Todo mal» pensó en un instante. De repente le pareció evidente que iba a atacarla y luego

a matarla. Nunca se arriesgaría a dejarla viva para que lo delatara.

—Justo al lado —mintió—. ¡¿Blake?!

Levantó la voz para mostrar que efectivamente estaba cerca. En realidad, esperaba secretamente que él saliera de una arboleda para ayudarla.

—Mientes —replicó Aldo, cuya malicia no hacía más que aumentar con cada mirada.

—Bueno... —comenzó, pero no le dio tiempo a terminar la frase.

De un tirón, levantó el bastón y lo clavó con todas sus fuerzas en la barbilla del hombre. Él dejó escapar un gemido, y ella aprovechó para lanzarse entre los árboles, bajando por los empinados senderos lo más rápido posible. Detrás de ella, el sonido de los pasos fue suficiente para decirle que la carrera había comenzado.

—¡Blake! —gritó a todo pulmón.

Tenía que escucharla.

Colándose entre los árboles, miró asustada por detrás de su hombro y vio a Aldo corriendo por el camino como un demonio.

Esta visión fue suficiente para congelarla: Lucille era dura, pero su traje tenía desventajas que su oponente no conocía, como un corsé o telas tan bonitas como inútiles. La carrera no ayudó, y sintió que su pecho se rompía con cada una de sus jadeantes respiraciones.

Sin aliento, saltó sobre una roca y estuvo a punto de caer al otro lado.

«No lo conseguiré huyendo» pensó de inmediato, con la respiración cada vez más entrecortada por la ansiedad y el pánico. Miró a su alrededor y se fijó en un precipicio situado más a su derecha: unos pinos arrancados marcaban el inicio de un acantilado que conducía directamente al mar.

Apretando la mandíbula, Lucille apretó su bastón en las manos y se situó detrás de la piedra más cercana, esperando a su oponente, que no tardó en aparecer.

—¿Dónde estás, guapa? —preguntó con voz melosa.

Estaba justo detrás de ella. Cuando pasó junto a ella, la bruja levantó su bastón y lo golpeó contra su cráneo con toda su fuerza. El choque fue tan brutal que el hombre dejó caer su espada.

Sin esperar ni un segundo más, se abalanzó sobre su arma y la blandió todo lo que pudo. La pesada arma cayó al suelo de grava y luego se deslizó lentamente por la ladera antes de desaparecer con un estruendo.

—¡Hija de puta! —exclamó el noble, frotándose la cabeza.

—¡Blake! —volvió a gritar Lucille, viendo que acababa de despertar a una bestia a la que habría tenido cuidado de no provocar.

Lanzándose hacia él, intentó tranquilizarlo con otro golpe del bastón, pero el hombre agarró su arma improvisada y se la arrancó de las manos sin piedad, haciéndola caer pesadamente hacia delante. Inmediatamente se colocó sobre ella para inmovilizarla con una de sus rodillas.

—¡Ayuda! —gritó, a pesar del dolor que empezaba a extenderse en su pecho.

Aldo le puso inmediatamente una mano sobre la boca, decidido a callarla. Por desgracia, la joven le mordió con fuerza y solo la soltó cuando él le dio una bofetada en la cara con la otra mano. Inquietante, el hombre sacudió su dolorido miembro y luego la miró con odio.

—Vamos a hacer que esa cara sea un poco menos agradable de ver —dijo.

Levantó un puño amenazante, y luego se detuvo en seco al ver una figura que se cernía a su lado. No tuvo tiempo de reaccionar cuando un agresivo rodillazo voló hacia su cara, haciéndole rodar como una piedra hacia un lado.

Lucille se puso en pie con dificultad, tratando de recuperar el aliento a pesar del dolor punzante que empezaba a extenderse por su pecho. Luchando contra el dolor, se obligó a abrir

los ojos y reconoció a Blake, que estaba ocupado sometiendo a su atacante. Sin esperar ni un segundo más, buscó a su alrededor su bastón, se abalanzó sobre él y luego, sin prestar atención a su marido, lo rodeó antes de golpear violentamente su bastón sobre el estómago del Martinelli.

Bajo el dolor, dejó escapar un largo y lastimero gemido antes de acurrucarse sobre sí mismo. Sin entristecerse lo más mínimo por este espectáculo, Lucille hizo caer su arma sobre su cuerpo una vez más, seguida de una tercera. A la cuarta, Blake la interceptó en el aire.

—Déjalo —le informó.

Con un movimiento brusco, desenfundó su espada y la clavó violentamente en el pecho del Martinelli, que emitió un último gemido. Lucille miró el cuerpo y dejó caer su arma, mientras Blake limpiaba la parte plana de su espada en el árbol más cercano.

La bruja le miró durante unos segundos y luego se inclinó hacia delante: el dolor de su pecho estaba despertando.

Tartamudeando, trató de calmar su pulso respirando profundamente, pero, al ver que era inútil, acabó apartando la parte superior de su corpiño de la piel para tomar aire.

—Mi... corazón... —informó con dificultad.

Blake dirigió una mirada interrogante hacia ella.

—No puedo respirar —se atragantó mientras su visión se oscurecía en varios puntos negros desordenados.

El señor dejó de ocuparse y pasó por encima del noble antes de girar violentamente a la joven, haciéndola hipar por la sorpresa. Con un gesto brusco, le quitó los botones nacarados del vestido y luego cortó los primeros hilos del corsé, bajando la prenda hasta la mitad de los hombros.

Inmediatamente, Lucille respiró profundamente. Agarrando la parte superior de su vestido, cerró los ojos por un momento, y luego trató de ponerse de pie a pesar de que sus piernas se tambaleaban. Un par de brazos se acercaron para sostenerla en su ascenso, pero ella se negó con un movimiento del hombro: la parte superior de su vestido se sostenía solo con la fuerza de sus manos, y estaba fuera de lugar que se mostrara así.

Blake pareció entenderlo, pues inmediatamente se quitó su propia chaqueta y se la dio.

En silencio, la joven se puso la prenda con un movimiento flexible y luego la cerró con cuidado. Cuando terminó de prepararse, recuperó el aliento y miró la sombra que se cernía sobre ella.

Blake la miró santamente. Lucille sintió que se le humedecían los ojos, lo que la molestó muchísimo.

—Este es el peor viaje que he hecho —le reprochó ella, ansiosa por justificar su llanto.

Blake enarcó una ceja, evidentemente insensible a este comentario. Al ver esto, Lucille se secó las lágrimas y gruñó, exasperada por su propia debilidad. No sabía por qué se empeñaba en justificar lo evidente, pero empezaba a sospechar que los juicios despectivos del señor tenían algo que ver. Estaba empezando a ponerla nerviosa.

—Estaba asustada, ¿vale? —le espetó, mirándole fijamente.

Blake la miró fijamente.

—Yo también —respondió.

Las facciones de Lucille se relajaron de repente. Era una respuesta que ella no esperaba, especialmente de él. Ella lo miró, sorprendida, y luego abandonó el silencio.

—Maldito seas... —exhaló una voz repentina desde un lado.

Ambos giraron la cabeza al unísono: era evidente que Aldo no estaba del todo muerto.

Blake se acercó al hombre, lo levantó por las axilas y tiró de él hasta el borde del acantilado,

desde donde lo hizo rodar con la mayor calma para que cayera.

Los ojos de Lucille se abrieron de par en par al ver que volvía, dando palmas. Estaba claro que el señor no se detenía ante la noción de vivo o muerto.

—Vamos —ordenó.

—Lo tiraste por el acantilado... Vivo —respiró.

—¿Y? —preguntó con el ceño fruncido.

Lucille negó con la cabeza, sin saber qué pensar. Los acontecimientos iban demasiado rápido, y no podía creer que tuviera que explicar por qué era mejor matar a alguien antes de tirarlo por un precipicio.

—¿No habría sido mejor matarlo... De antemano?

Esta vez le tocó a Blake fruncir el ceño.

—Al tirarlo por el acantilado he matado dos pájaros de un tiro —explicó, como si fuera obvio.

—Ah —dijo Lucille.

Tragó saliva y miró hacia otro lado, repentinamente avergonzada.

El señor se ajustó el cinturón de su espada y luego pasó junto a ella, aparentemente sin darse cuenta. Fue un golpe de suerte que llegara a tiempo. Fue aún más afortunada por haber sido capaz de enfrentarse a ese Martinelli durante tanto tiempo.

Lucille se apresuró a seguirlo, en silencio. Detrás de él, tuvo cuidado de mantener sus pasos en línea con los de él, como si la más mínima desviación pudiera arrojarla a un pozo sin fondo.

El suceso había sido tan rápido y violento que apenas se dio cuenta de lo que le había ocurrido. Con los ojos todavía muy abiertos por el miedo, lanzó una mirada a la espalda de Blake mientras este continuaba su camino en un silencio imperturbable.

De repente se dio cuenta de que echaba de menos su voz. Podía parecer absurdo, pero deseaba que él le hablara, aunque solo fuera para desviar su atención de las oscuras imágenes que pasaban por su cabeza, aunque para ello tuviera que utilizar su tono sarcástico y despectivo.

También le hubiera gustado que dejara de ir tan rápido para que sus furiosas zancadas se unieran más fácilmente a las suyas, interminables.

—La próxima vez, apunta a los ojos o al bajo vientre, te saldrás con la tuya mejor —dijo Blake, apartando una rama del camino.

Lucille le agradeció interiormente que abriera la boca, aunque fuera para un reproche.

—Me defendí lo mejor que pude —contestó ella con una voz tan estrangulada que se preguntó si él había oído algo.

A pesar del caos que había supuesto su defensa, había conseguido ganar el tiempo suficiente para que el señor acudiera en su ayuda. Este acontecimiento no debía tomarse a la ligera, y ella quería recalcarlo.

—Si te hubieras defendido bien, habrías podido acabar sin mi ayuda —respondió el señor.

Los labios de Lucille seguían temblando, pero su lengua permanecía firme en su sitio.

—Eres tacaño con los cumplidos —se burló.

—Y tú no sabes cómo dar las gracias —respondió.

—Era tu deber salvarme.

—Cállate.

—¿Perdón?

Blake le indicó que bajara la voz. A unas decenas de metros se oyó el sonido de pasos en las ramas.

—¡Aldo! —llamó alguien.

Lucille se puso rígida cuando reconoció una de las voces de los acólitos. Presa del pánico, quiso lanzarse a un lado, pero la fuerte mano de Blake la sujetó por el collar, tirando de ella hacia atrás como un perro con una correa.

Soltándola, el hombre le hizo una señal para que no se moviera, cosa que ella hizo en un segundo. Si los acólitos de Aldo los vieran alguna vez, seguramente establecerían la conexión entre la desaparición de su amigo y su sospechosa presencia.

Conteniendo la respiración, Lucille evitó removerse, pero no pudo evitar saltar cuando un pie se estrelló no muy lejos de su escondite. Conmocionada, estaba a punto de saltar a un lado cuando la mano de Blake apretó la suya violentamente, impidiéndole moverse. Estremeciéndose, cerró los ojos cuando vio que una sombra se cernía sobre sus cabezas, y luego se relajó cuando se volvió para mirar a otra parte.

El señor esperó un momento sin moverse y luego, atento al menor ruido, se enderezó y comenzó a caminar. Atraída por su mano, Lucille se vio obligada a seguir su ritmo, con cuidado de no hacer ningún ruido sospechoso.

Caminaron durante un largo rato sin decir nada, y entonces Blake le soltó la mano, sorprendiéndola. El gesto fue casual, pero le dio a Lucille una sensación de vacío que la incomodó. Se sintió vulnerable y lamentó perder su agarre. Mientras caminaba detrás de él, sintió deseos de sujetarlo, pero le pareció vergonzoso el movimiento y se obligó a permanecer en su lugar.

Cuando por fin llegaron al borde del bosque, Blake recorrió el parque con una mirada fluida y luego se quitó el polvo de la camisa antes de realizar la misma maniobra con la chaqueta de Lucille.

—¿Qué sentido tiene? Nuestra ropa está arrugada y manchada. No tiene sentido ocultar las apariencias.

Había que decir que sus atuendos estaban en mal estado: aunque Blake se conformaba con una o dos manchas marrones en su camisa, no tenía chaqueta y su pelo oscuro estaba cubierto por una película de suciedad que no se parecía en nada al aspecto que solía dar.

En cuanto a Lucille, no solo la parte superior de su traje era la de un hombre, lo que sin duda daría que hablar a los más infantiles de la corte, sino que además los laterales de su vestido estaban rotos y su pelo completamente enmarañado.

—Los nobles lo verán como una lascivia —dijo Blake mientras se ajustaba el cuello de la camisa—. También podrías inclinar la balanza en esa dirección —respondió.

Lucille sonrió nerviosamente, haciendo que sus labios se estiraran de forma inusual. No supo si su comentario la hizo reír o si solo fue el consuelo de estar viva. Todo le parecía surrealista.

Blake terminó de quitarse una hoja muerta del zapato, y luego partieron hacia su estancia.

Capítulo 35

Estaban ocupados regresando al castillo cuando se encontraron con Tristán, el caballero de pelo cobrizo. Cuando los vio cubiertos de polvo, levantó las cejas, obviamente sin entender qué había cambiado entre el momento en que salieron de la armería y el momento en que regresaron.

—¿Qué sucedió? —dijo Tristán, acercándose a él.

La miró y luego giró la cabeza hacia Lucille, con cara de pocos amigos.

—Tristán, mi mujer ha tenido una mañana muy desagradable —comenzó con autoridad—. Dile que te parece guapa, porque parece que ese tipo de comentario le alegra el día.

Tristán levantó las cejas y Lucille lo miró fijamente. No sabía qué le chocaba más: que el señor se atreviera a pedirle algo así a uno de sus hombres, o que utilizara esa ironía cuando ella acababa de escapar de un ataque de lo más violento.

—Yo no... —comenzó ella, pero Blake la cortó con un gesto de la mano.

—Adelante —le dijo al caballero.

Se sonrojó visiblemente.

—Bueno... —dudó—, creo que Lady Lucille es muy hermosa.

—No me estás hablando a mí —replicó Blake, añadiendo un toque de rojo a la cara de Tristán.

De mala gana, era como la nariz de su cara, se volvió hacia Lucille y reiteró.

—Lady Lucille, creo que es usted muy hermosa —dijo con una voz demasiado fría para parecer cómoda.

Hubo un silencio especialmente abrazador, y luego Blake despidió al caballero, que no esperó ni un segundo más para perderse de vista.

En cuanto desapareció, Lucille se volvió hacia el señor. Ella no sabía qué beneficio obtenía él de este tipo de provocación. ¿Por qué intentaba hierla cuando el suceso que habían vivido anteriormente ya era bastante malo? ¿Era tan cruel?

—¿Por qué haces esto?

Blake parecía sorprendido de que estuviera hablando.

—¿Hacer qué?

—Humillarme.

Blake la miró con suficiencia para variar.

—Si quisiera humillarte te habría dejado con Aldo.

Le habría dado una bofetada y el efecto habría sido el mismo. Lucille se quedó atónita por un momento por lo que acababa de decir, y luego sintió que una ola de ira la invadía. Loca de rabia, tomó impulso y envió con todas sus fuerzas una violenta patada en la espinilla.

Por desgracia, el señor tenía botas, y bajo las botas llevaba polainas siempre que entrenaba. Entonces notó con dolor que su pie había sido convenientemente incrustado en una estructura de madera especialmente diseñada para ello. Al sentir la vibración desde los dedos de los pies hasta la mitad de la rodilla, abrió los ojos y se inclinó con un gemido.

—¡Forka! —exclamó, saltando sobre un pie.

El resto fue una serie de insultos en nórdico que ni siquiera Blake entendió. Siguió saltando durante unos segundos y luego se apoyó en la pared, tratando de pensar en otra cosa.

—De todas tus payasadas, esta fue probablemente la más estúpida, Lilesis.

Lucille lo miró con odio.

—Me estás presionando demasiado —exclamó, masajeando su pie.

En realidad, intentaba tocarlo, pues el dolor persistía y sentía algo viscoso en su zapato que solo podía ser sangre.

—Eso es algo que me gusta —dijo Blake—. ¿Podemos irnos ya a casa? —preguntó sin el menor rastro de compasión.

Lucille hizo una mueca. Sus ojos brillaban por el dolor que no desaparecía. Temía haberse arrancado una uña. Se levantó con dificultad y gimió al darse cuenta de que no podía poner el pie en el suelo: tenía que sacudirse.

—Vamos —dijo Blake.

Y comenzó a alejarse como si nada hubiera pasado. Lucille lo miró con total incredulidad. No podía dejarla sola en un pasillo después de lo que había pasado. El lugar estaba lleno de gente a la que no le importaba.

—¡Eh! —le gritó ella. Quería parecer tranquila, pero era fácil ver el pánico en sus ojos—. Espérame —ordenó con un dedo enfadado.

Sonaba como una señora que se enfadaba con su criado, y Lucille se maldijo interiormente. Blake entornó los ojos.

—Nunca has sido tan burgués como ahora —se burló.

Lucille estuvo a punto de insultarlo más, pero logró detenerse a tiempo. No pudo aguantar más y temió que la dejara allí, en medio de la nada. En realidad, ella sospechaba que había pocas posibilidades de que él fuera capaz de tal escenario, pero prefería no arriesgarse. No necesitaba volver a toparse con un par de malas personas, y menos aún con un pie perdido.

Blake se acercó, pero en lugar de tenderle el brazo, como ella esperaba, se inclinó hacia delante para cargarla. Lo detuvo bruscamente con un golpe de antebrazo en el hombro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó agresivamente—. Necesito tu brazo, no el resto.

Blake se irguió y la miró con tal dureza que ella se estremeció. Sus ojos helados la miraron literalmente, y el músculo del borde de su mandíbula no tenía buen aspecto.

—La próxima vez que me pegues, Lilesis, te devolveré el golpe.

Lucille no respondió. Había momentos en los que era bueno quedarse callada.

—El hombre es el único dueño de su casa —añadió.

Se quedó quieta, comprendiendo lo que significaba esta frase. En derecho, significaba que solo el hombre podía decidir el destino de su familia. En otras palabras, ella dependía de él, y si le apetecía pegarle por gesticular demasiado, tenía derecho a hacerlo, porque "el hombre es el único dueño de su casa".

Lucille decidió no responder y se dejó llevar a su "casa". Durante el viaje, estaba tan rígida que parecía que el señor llevaba un mueble. Afortunadamente, no se cruzaron con nadie, y con paso rígido entraron en su piso.

Blake rodeó la silla y la dejó caer literalmente sobre ella, lo que la sobresaltó. ¿Debería esperar algo menos de él? No. Observó cómo él escudriñaba el lugar, supuestamente en busca de algún pobre sirviente que pasara por allí, y luego se detuvo en su dolorido pie. El zapato que llevaba era de color marrón con suciedad, pero había una desagradable mancha de color bermellón en una de las esquinas de la izquierda. Puso la pierna sobre la silla y se quitó el zapato muy lentamente. Cuando sacó el tacón, no pudo evitar una mueca de dolor.

—Mira —dijo una voz por encima de ella.

Blake Westridefort estaba inclinado sobre la chimenea.

—Desde luego que no —espetó.

Rodeó la silla, se sentó en el otro extremo y tiró de su tobillo en su dirección. Los hombros

de Lucille se deslizaron inmediatamente por el reposabrazos. Enderezándose sobre los codos, intentó tirar violentamente del pie hacia ella, pero el agarre del señor le agarró el tobillo con tanta fuerza que se disuadió de hacer cualquier movimiento si no quería perder el equilibrio más rápidamente de lo que pretendía.

—Me gustaría que me viera un curandero —se atragantó, observando cómo juzgaba su pie.

—Prefieres que te atienda un burro a que te atienda un señor —replicó Blake.

Es cierto que cuando la había mordido el ghoull en Noir Marrais, le había costado aceptar la idea de que un curador se permitiera tocarla. Lucille desconfiaba realmente de sus curadores y prefería tratar el problema en solitario antes que pasar por sus manos.

—¡Ouch! —soltó cuando el señor se aventuró a manipular su articulación un poco más de la cuenta.

La miró con cansancio, como si estuviera haciendo un escándalo, luego se levantó y subió. Bajó unos minutos después con un paño limpio, una extraña botella sucia cuyo contenido Lucille prefirió no imaginar, una venda y un recipiente con agua.

—¿Qué vas a hacer?

—Cortar —respondió, sentándose en el mismo lugar que antes.

Lucille entornó los ojos.

—No es divertido —dijo mientras le agarraba el tobillo y se lo colocaba en la rodilla.

Blake la miró brevemente y sonrió. Lucille puso los ojos en blanco. Resignada, apoyó la cabeza en el reposabrazos y observó todos sus movimientos. Comenzó a limpiar la sangre con el paño y descubrió la herida: un arañazo que iba desde los tres últimos dedos del pie hasta la punta del mismo. Estaban hinchados.

—Debes haberte caído en el bucle de la pierna —comentó Blake—. Eso te enseñará.

Como él sostenía su pie magullado y estaba en una posición de fuerza, evitó responderle con una frase asesina sobre lo que pensaba de su pierna ensangrentada, y decidió en cambio encargarse de vengarse más tarde.

—Va a escocer un poco —anunció de repente.

Lucille se levantó.

—¿Qué?

Blake no respondió y descorchó la botella con los dientes. Derramó un poco del líquido ámbar sobre la herida y Lucille se estremeció al sentir las quemaduras en su pie. En cuanto terminó, comenzó a vendar la herida. Fue preciso y rápido. Así le habían enseñado.

—No sé nada de ti —dijo de repente.

Blake le enrolló la banda alrededor de los dedos del pie. Él se mostraba indiferente, pero ella notó un pliegue en sus cejas. Su pregunta la sorprendió y entendió su sorpresa: ella misma no sabía realmente por qué quería iniciar la conversación. Probablemente porque era más agradable pensar en las palabras de la otra persona que pensar en lo que había sucedido anteriormente.

—No hay nada importante —dijo Blake.

—Pero tú lo sabes todo sobre mí. Eso no es justo.

—Si el mundo fuera justo, lo sería —respondió.

No dijo nada, pero le molestó. Ella se sentía expuesta mientras él aún tenía muchas sombras. Fue en este sentido que vio la injusticia.

—Cuando me vaya, ¿debo alejarme de Westridefort?

Esta vez, Blake frunció más el ceño. Debió de encontrarla muy habladora de repente, y los temas que le lanzaba no debían de gustarle mucho. La verdad es que Lucille ansiaba escuchar cosas en lugar de callar.

—Puedes vivir donde estén mis tierras, donde estén mis moradas. Mi feudo es tuyo.

Lucille lo miró con incertidumbre.

—No tendrás un hijo.

—Lo sé.

—Tampoco tendrás una esposa que cuide de tu casa cuando no estés.

—Soy consciente de ello.

Se quedó en silencio por un momento. Tenía la boca seca y los pensamientos confusos. Ella frunció el ceño, sin entender su razonamiento, había cosas ilógicas, todo era demasiado ventajoso para ella. Tenía que haber un compromiso, el señor no podía resignarse a dejarla marchar como si nada hubiera pasado, sin más. Ella había rechazado todo desde el principio. Era demasiado problema para él.

—¿Por qué dar tierras y casas a alguien que no te da nada a cambio?

Arrancó un hilo que sobresalía de una tira.

—Porque eres mi esposa, y todo lo que es mío es tuyo.

Lucille lo miró un momento y luego asintió en silencio, como si no hubiera pasado nada. En realidad, no sabía qué decir, porque estaba avergonzada y confundida. Compartir era algo de lo que ella sabía poco o nada. La propiedad, aún menos. La joven no deseaba depender de él, pero la lógica le dictaba que debía agradecer que no la arrojara como un residuo limpio. No tenía techo, ni familia, ni fortuna, y su interior le decía que no debía escupir en la sopa.

"No sabes cómo dar las gracias" recordó lo que él le dijo.

—Gracias.

Blake terminó el vendaje.

—Volveremos a hablar de ello cuando terminen los cinco días.

Movió la pierna y subió las escaleras.

Por su parte, Lucille estaba llena de una extraña vergüenza, entre la vergüenza de no dar nada y la vergüenza de ayudarse a sí misma alegremente sin remordimientos. Pero, sobre todo, se sentía mal.